

Alfonso López Quintás

El logro de la plenitud personal

Un nuevo método formativo

TeenSTAR
Santiago de Chile 2012

ÍNDICE

Prólogo

1. Sorprendente fecundidad del pensamiento riguroso. Un nuevo método formativo
2. Los ocho niveles de realidad y de conducta
3. Los procesos de vértigo, o fascinación, y los de éxtasis o creatividad
4. La conquista de la verdadera libertad
5. El conocimiento de los valores
6. Conocimiento de algunos valores relevantes
7. La creatividad en la vida cotidiana
8. La elevación de los profesores al rango de "formadores"
9. El enigma de la belleza
10. La literatura de calidad, fuente de formación humana
11. Poder formativo del cine de calidad
12. El poder formativo de la música
13. El papel promotor del cristianismo en la cultura occidental
14. Un método para humanizar la empresa
15. La manipulación del hombre a través del lenguaje

PRÓLOGO

En esta obra ofrezco una exposición muy accesible del método formativo que he ido elaborando a lo largo de una serie de obras que, aun dedicadas a temas diversos, persiguen un mismo fin: *mostrar de manera sugestiva y convincente las grandes posibilidades que tenemos de crecer como personas y conseguir el ideal de una vida lograda y, por tanto, feliz.*

Creo firmemente en la perennidad de los grandes valores, pero estoy asimismo seguro de que los métodos para transmitirlos a los jóvenes han de remozarse de tal modo que cada día vean éstos más claro que los valores son *imponentes pero no se imponen*, más bien *atraen*, nos invitan a que los asumamos activamente y seamos, así, más creativos en nuestra vida cotidiana.

Para conseguir esto, hemos de *enseñar descubriendo*, compartiendo con los demás el proceso de asumir los valores para realizarlos en la propia vida. Al realizar esta fecunda experiencia bidireccional, descubrimos que para desarrollarnos personalmente debemos enriquecer las realidades de nuestro entorno vital y transformar nuestra actitud respecto a esas realidades una vez enriquecidas. Es una tarea apasionante, que supera la obsoleta tendencia a reducir la ética a un rimerero de normas. A las normas les daremos la importancia que tienen en nuestro ascenso a la verdadera libertad, pues descubriremos pronto que, lejos de achicar nuestro horizonte de creatividad, lo amplían indefinidamente.

Esta ampliación prometedor y gozosa la analizaremos en el primer capítulo, y, a partir de él, descubriremos las inmensas posibilidades creativas que se nos abren a cada paso en la vida. Con ello, realizaremos uno de los cometidos más urgentes de la cultura actual: *revalorizar la vida cotidiana*. Actualmente, innumerables personas viven frustradas por estimar que su vida es anodina, demasiado sencilla para dar sentido a la propia existencia.

Esta frustración sólo podemos superarla si descubrimos que *tener sentido* equivale a *estar bien orientado*, y la vida la orientamos bien si actuamos inspirados por el ideal de la unidad, que va unido de raíz con el ideal de la bondad, la verdad, la justicia, la belleza. Cuando una persona puede decir, con la firmeza de las decisiones fuertes, que "el bien hay que hacerlo siempre, el mal nunca; lo justo siempre, lo injusto nunca..." y actúa en consecuencia, sube a la cota más alta de la vida ética –la que denomino *nivel 3*– y en ella alcanza su plenitud de valor y de sentido.

Qué significan los niveles de realidad y qué perspectivas nos abren para comprender lo que somos y lo que estamos llamados a ser lo veremos en el capítulo 2. Y lo expuesto en él nos dará luz suficiente para abordar una serie de temas a cada cual más sugestivo e interesante para descubrir la vía recta hacia la felicidad.

La historia de tantos jóvenes que buscaron la felicidad febrilmente y abocaron a la insufrible amargura de una vida sin sentido quedará al trasluz cuando, en el capítulo 3, analicemos los dos grandes procesos que podemos seguir en la vida: el de vértigo y el de éxtasis. En el capítulo 4 descubriremos que la libertad verdadera –es decir, la libertad creativa o libertad interior– sólo podemos alcanzarla si seguimos el proceso de éxtasis –o de encuentro–, que al principio nos exige todo, nos lo promete todo y, al final, nos lo concede todo con creces.

Lo antedicho sólo conseguiremos entenderlo a fondo cuando, en los capítulos 5 y 6, advirtamos que los valores son fuente de posibilidades para crear modos de encuentro, y sólo se nos revelan si estamos dispuestos a oír su llamada, su invitación a realizarlos en nuestra vida.

Si respondemos positivamente, creamos relaciones de encuentro y experimentamos los espléndidos frutos del mismo. Al reflexionar sobre el hecho de que, en una vida penosa como la nuestra, nos basta encontrarnos –en sentido estricto– para sentir alegría, entusiasmo, plenitud y felicidad, descubrimos que no hay en el mundo un valor más alto que el del encuentro (nivel 2), o, dicho más en general, la creación de los modos más elevados de unidad (nivel 3). Acabamos de descubrir que *el ideal de nuestra vida, la meta a la que debemos tender, es el ideal de la unidad.*

Al optar por este ideal (nivel 3), nos disponemos para comprender –en los capítulos 9, 10, 11 y 12– cómo surge nuestra capacidad creadora, cuál es el papel de la belleza en nuestra vida y de qué modo podemos convertir en fuente de formación ética la literatura y el cine de calidad, el arte plástico y la música.

Una vez elevados a este nivel 3 –en el que muestra el ideal de la unidad todo su poder transformante–, nos resulta fácil averiguar de qué forma podemos humanizar la empresa –capítulo 13– y descubrir el papel promotor que jugó el Cristianismo en la cultura occidental (capítulo 14). El *ideal* no se reduce a una *mera idea*; es una idea motriz, dinamizadora, capaz de transformarlo todo.

La destreza que hemos adquirido en los capítulos anteriores nos permite –en el capítulo final– hallar un antídoto eficaz contra las tácticas manipuladores de dominio del hombre a través del lenguaje y la imagen. Es urgente poner en juego tal antídoto si queremos conservar la libertad creativa en un mundo ansioso de dominar las conciencias de forma artera.

Cada uno de los capítulos forma un cuerpo compacto, condensa libros enteros –que indico a pie de página para orientación del lector– y sirve, a la par, de eslabón en la trama articulada de mi método formativo. Los aspectos más técnicos de este método puede verlos el lector interesado en los libros citados en los distintos capítulos.

Esta obra intenta *revalorizar la vida cotidiana*, y, para ello, se propone abrir nuevas perspectivas, ofrecer posibilidades de pensamiento y acción, mostrar que toda persona –incluso las que sufren por considerar su vida como anodina– puede sorprendernos con su poder creativo y su alta calidad humana. A medida que recorremos este camino ascendente, descubrimos que nuestro crecimiento ético implica una firme decisión de ser creativos, pues cada paso hacia la meta implica una transfiguración de nuestra actitud ante las realidades que vamos tratando. Al adoptar una nueva actitud, subimos de nivel de realidad y abrimos nuevas y fecundas posibilidades de desarrollo.

Alfonso López Quintás
Madrid, Navidad 2012

1

SORPRENDENTE FECUNDIDAD DEL PENSAMIENTO RIGUROSO. UN NUEVO MÉTODO FORMATIVO

Existe actualmente gran preocupación en numerosos países por el estado de "emergencia educativa" en que se hallan. De ordinario, esta expresión alude a la falta de los conocimientos debidos por parte de las nuevas generaciones. Más grave, a mi entender, es la situación de emergencia o de colapso *en cuanto al modo de pensar*.

I. Situación de desconcierto

Si en un examen de filosofía contemporánea, un alumno ignora que Max Scheler y Nicolai Hartmann escribieron sendos tratados de ética, carece de los conocimientos necesarios. Si piensa que la libertad y las normas se oponen *siempre*, no sabe pensar con la necesaria precisión. Éste no es un fallo meramente académico; afecta a la vida personal del alumno, la bloquea.

- Un joven centroeuropeo escribió, desconcertado, al renombrado teólogo Karl Rahner: «Mis amigos y yo nos lanzamos febrilmente en busca de la felicidad, y ahora nos vemos convertidos en carne de hospital. ¿Podría usted decirme qué es eso de la felicidad?». Rahner se limitó a decirle que no debía pretender una felicidad demasiado grande. Haría bien en contentarse con la felicidad sencilla que anhelaron sus padres y sus abuelos¹. No consiguió desbloquear al pobre chico.
- Un joven de diecisiete años confesó en un programa televisivo lo siguiente: «Hasta hace poco yo era totalmente feliz: amaba a mi madre -con la que vivo-, adoraba a mi novia, me encantaba mi carrera. Pero un mal día me entregué al juego de azar y me convertí en un adicto, un ludópata. Desde entonces ya no me interesa mi madre, ni mi novia ni mi carrera. Sólo me interesa seguir jugando. Y lo que más rabia me da es que todo esto lo hice libremente. Y ahora me veo convertido en un esclavo». Aunque su tono fue de inmensa tristeza, el director del programa no le dijo una palabra de orientación; renunció a ser guía.

Numerosas anécdotas afines nos permiten concluir que hoy reina el desconcierto en muchas mentes y faltan líderes que, con una palabra acertada, las iluminen y articulen. La desmotivación en los profesores crece de día en día y les lleva a confesar, con frecuencia, que "no saben qué hacer con los jóvenes". ¿Es posible superar este pesimismo destructor? Largos años de estudio, cursos y conferencias me llevaron a la convicción de que sí lo es, pero no mediante el simple cambio de planes de estudio sino con un *método adecuado*. Por mi parte ofrezco el siguiente, tras comprobar largamente su eficacia.

¹ Cf. K. Rahner: *Tengo un problema. K. Rahner responde a los jóvenes*, Sal Terrae, Santander 1984, págs. 12-14.

II. El método del descubrimiento

Debemos comenzar por una experiencia básica: *la necesidad de crecer*. Crecer es ley de vida. Para crecer no me basta ejercitar mis potencias: moverme libremente, andar, hablar, manejar objetos... Necesito recibir posibilidades del entorno -al que me hallo vinculado de raíz- a fin de *actuar con eficacia y con sentido*. El sentido lo adquiero *jugando*. Jugar -entendido en sentido filosófico preciso- significa recibir posibilidades para crear con ellas algo nuevo valioso: *jugadas*, en los juegos de mesa y en el deporte -cuya meta es dominar el campo adversario-; *formas*, en el arte, para "engendrar obras en la belleza" (como indicaba Platón); *escenas*, en el teatro, destinadas a mostrar la "intrahistoria" de unos personajes².

Paso del nivel 1 al nivel 2. Uno de los juegos que podemos realizar es, por ejemplo, el ajedrez. Para jugar necesito un tablero. Tomo una tabla cuadrada. Es mía, puedo hacer con ella lo que quiero. A este nivel de mi vida en el que dispongo de objetos y los pongo a mi servicio vamos a llamarle *nivel 1*. Ese dominio no me satisface, pues para crecer como persona necesito actuar de forma creativa. La *creatividad* comienza cuando *asumo activamente* posibilidades para generar algo nuevo dotado de cierto valor.

Para actuar creativamente pinto, en la tabla, unos cuadraditos en blanco y negro, y la convierto en *tablero*. He *transformado* la tabla, y ahora debo *transformar mi conducta* respecto al tablero. En vez de poseerlo y dominarlo, debo obedecerle, por ser el cauce del juego que voy a realizar conforme al reglamento. Justo cuando renuncio a mi libertad primera -la *libertad de maniobra*-, adquiero un tipo superior de libertad, la libertad para crear una forma de juego. Al moverme con esta *libertad creativa* entre realidades *abiertas* -que, como el tablero, me ofrecen posibilidades para crecer-, me hallo en el *nivel 2*. Subir del nivel 1 al nivel 2 es decisivo en la vida humana.

La experiencia del poema. Dentro del nivel 2, puedo elevarme a un plano todavía superior al del ajedrez. Alguien me regala un folio en el que se ha escrito un poema. Con el papel puedo hacer lo que quiera. Con el poema, no. He de asumir activamente las posibilidades que me ofrece para declamarlo y darle vida. Mi declamación es libre, pero con *libertad creativa*, vinculada a las condiciones del poema. El poema me inspira, guía e impulsa; yo lo configuro a él. Me siento llevado por él, pero soy yo quien le da un cuerpo sonoro. Los dos colaboramos por igual. De aquí se deduce que, si deseamos crecer, debemos renunciar a la *libertad de maniobra* -capacidad de actuar conforme a nuestra voluntad-, y adquirir un modo de libertad creativa o libertad interior, que nos permite ser creativos precisamente cuando obedecemos a las realidades valiosas que nos otorgan posibilidades.

Las experiencias reversibles. Acabamos de descubrir, por nosotros mismos, un tipo superior de experiencias: las *experiencias reversibles* o

² Un amplio estudio del juego se halla en mi *Estética de la Creatividad*, Rialp, Madrid 1998, 3ª ed., págs. 33-183.

bidireccionales. De ellas depende nuestro crecimiento personal, pues en ellas aprendemos a ser creativos, al aceptar el hecho de que debemos ser *receptivos y activos a la vez*. Gracias a esta doble condición, podemos dar vida a obras literarias y musicales y unirnos a ellas con un modo de unión superior a las formas tangenciales de unión propias del nivel 1. De nuevo observamos que sólo al obedecer a algo valioso crecemos como personas. Vislumbramos ya el secreto de la vida personal, lo que podemos llamar la "lógica de la vida creativa": obedecemos a lo que nos perfecciona sin ser coaccionados, sino movidos por la necesidad de crecer y perfeccionarnos.

El descubrimiento del encuentro y el ideal de la vida. Al entrar en el campo de estas experiencias reversibles, descubro rápidamente la forma más alta: el *encuentro*, que es la unión estrecha de dos personas deseosas de crear un estado de enriquecimiento mutuo. La experiencia me dice que también aquí tengo que obedecer si quiero crecer. Efectivamente, el encuentro me pone como condición para darse que sea generoso, veraz, fiel, cordial, comunicativo, participativo... Si cumplo estas condiciones, y tengo la suerte de que otra persona adopte esta misma actitud, tiene lugar el encuentro. Y con él vienen sus frutos: nos da energía interior, luz para conocer, alegría, entusiasmo, plenitud, felicidad.

En este momento tiene lugar la experiencia decisiva de mi vida. Al darme cuenta de que, incluso en momentos penosos, me basta encontrarme de verdad para tener alegría y ser feliz, concluyo que el valor más grande de mi vida -o sea, la fuente más copiosa de posibilidades de crecer- es el encuentro. *Acabo de descubrir el ideal de mi vida, que es el ideal de la unidad*, o del amor auténtico. Estoy en el momento decisivo de mi desarrollo personal, pues del ideal depende todo en mi existencia.

La asombrosa capacidad transformadora del ideal de la unidad. Este ideal no es una mera idea; es una *idea motriz*, dinamizadora. Si elegimos siempre en virtud del ideal de la unidad -no de nuestras apetencias-, este ideal orienta nuestras acciones y nos impulsa hacia la plenitud personal. Tal plenitud queda de manifiesto cuando alguien es capaz de afirmar, con la seriedad de las decisiones fuertes, que "el bien hay que hacerlo siempre; el mal, nunca", "lo justo, siempre; lo injusto, nunca". Al convertir el ideal de la unidad -y, con él, el de la bondad, la verdad, la justicia, la belleza- en un principio interno de acción, nos situamos en el *nivel 3*, que es la cumbre de la vida ética. Entonces experimentamos varias transformaciones, que cambian nuestro modo de pensar y de actuar, y nos dan un toque de excelencia:

- La "libertad de maniobra" se transforma en "libertad creativa" o "libertad interior".
- La vida anodina se colma de sentido. Tener sentido equivale a estar bien orientado. La persona se orienta bien al actuar en virtud del ideal de la unidad.
- De modo semejante, la vida pasiva se vuelve creativa.
- La vida cerrada se torna abierta, creadora de relaciones.
- El lenguaje pasa de ser mero medio de comunicación a ser vehículo viviente del encuentro.
- La vida temeraria -entregada al vértigo- se torna prudente, inspirada por el ideal de la unidad.

- La entrega al frenesí de la pasión se trueca en amor personal.

III. La eficacia de este método

Esta múltiple transfiguración que experimentamos al descubrir el ideal y optar por él nos dispone para realizar dos tareas decisivas: 1) anular las causas que bloquean el proceso de crecimiento personal, 2) superar los malentendidos provocados por la falta de un pensamiento riguroso. Si se demuestra esta eficacia, queda patente que el método empleado es el adecuado para la situación actual.

1. Superación de fallos

- Superamos la *emergencia cualitativa* en cuanto, al descubrir las experiencias reversibles, el encuentro y el ideal de la unidad, descubrimos la *lógica* propia de los niveles 1, 2 y 3, y aprendemos a pensar de forma adecuada a los diversos modos de realidad. Al pensar de forma precisa, podemos superar mil prejuicios y malentendidos, y neutralizar el poder destructivo de la manipulación y las diversas adicciones patológicas³.
- Nos preparamos, con ello, para "dar la batalla de las ideas", en el sentido más positivo y eficaz de la expresión. Para mi proyecto formativo, el contrincante a batir es la confusión de ideas, la tergiversación del lenguaje, la manipulación de los razonamientos. Por eso debemos conceder primacía al arte de pensar y expresarse con la máxima precisión. Es la única forma segura de superar la situación de emergencia provocada por la voluntad de dominar las mentes a todo precio.
- Evitamos el "reduccionismo", pues, al ir subiendo de nivel, sentimos que se enriquece nuestra vida -sus conceptos, su capacidad creativa, su sentido...-; no buscamos el goce sino el gozo; no nos contentamos con la vecindad, sino buscamos el encuentro; no pretendemos sólo nuestro bien, sino que procuramos la felicidad de los demás. Descubrimos, por propia experiencia, que el encuentro es el valor supremo, por ser un estado de enriquecimiento *mutuo*, y empezamos a entrever la grandeza asombrosa de la *unidad* en la vida humana. Al adentrarnos en la ciencia actual, nos vemos impactados por la importancia de esa unidad -vinculada de raíz a la enigmática categoría de *relación*- en todo el universo. Ya vemos que, al subir de nivel, ascendemos a lo mejor de nosotros mismos, lo más exigente y gratificante. ¿Cómo vamos a querer reducir todo aquello que nos lleva a pleno logro? Nos vacunamos *de raíz* contra el reduccionismo y nos abrimos, ansiosos y confiados a las inmensas posibilidades que nos ofrece la vida.
- Neutralizamos la tendencia al *subjetivismo relativista*, ya que, al desarrollarnos mediante el ascenso de nivel, descubrimos que lo equilibrado es pensar de modo *relacional*. Al hacerlo, vinculamos en una experiencia reversible el sujeto y el objeto; el *sujeto*, visto como realidad abierta a cuanto le rodea, y el *objeto*, realidad que el sujeto

³ Lo explico en mis obras *La tolerancia y la manipulación* (Rialp, Madrid 2001), *Vértigo y éxtasis* (Rialp, Madrid 2006).

puede convertir en realidad *abierto* cuando lo asume en un proyecto propio y lo descubre como fuente de posibilidades. En la vida estética, por ejemplo, asumo las posibilidades que me otorga una realidad artística -que es más que un mero objeto- y le doy mi capacidad de configurarla, dándole vida al otorgarle un cuerpo sonoro. Por ello, lo importante no es el sujeto solo ni el objeto solo, sino ambos unidos y enriquecidos mutuamente. *Lo importante no eres tú, lo importante no soy yo; lo decisivo es lo que sucede "entre" tú y yo:* he aquí el inspirado lema de la mejor filosofía dialógica⁴.

- A medida que perfeccionamos nuestra vida, la llenamos de sentido y superamos la tentación del *nihilismo*. Al elegir en virtud del ideal de la unidad y confirmar en todo momento su fecundidad, sentimos que en él radica nuestra *verdad* como personas, y no tenemos otro empeño que *vivir en ella, de ella y para ella*. Al crear más y más interrelaciones valiosas, notamos que nuestra vida adquiere una densidad inquebrantable, capaz de hacer frente a las vacilaciones intelectuales y espirituales de un pensamiento débil. Nuestra *seguridad interior* crece a medida que ganamos en capacidad de crear relaciones valiosas, que dan lugar a realidades de alto rango ontológico.
- *Vinculamos en su raíz la razón y la fe*, por cuanto el pensamiento relacional descubre que nuestra capacidad de conocer se acrecienta a medida que transfiguramos nuestras actitudes. De este modo, penetramos más y más en las realidades que Gabriel Marcel denomina "misteriosas", realidades que sólo podemos conocer cuando ellas *se nos revelan* y nosotros *acogemos activamente* esa revelación. Esta forma de valioso conocimiento reversible recibe, en la filosofía actual, la denominación de "conocimiento en fe". Es un conocimiento por vía de encuentro, cada día más valorado en antropología y en estética. La fe humana, profundamente comprendida y vivida, nos prepara para vivir la fe sobrenatural y dar razón -en buena medida- de ella y valorarla inmensamente. Estamos en la alta cota del *nivel 4*.
- El lector avisado habrá advertido que son justamente los cuatro fallos antedichos los que dan origen -según Benedicto XVI- a la quiebra cultural de nuestra época.

2. Desbloqueo de las mentes y de la capacidad creativa

Superados estos fallos radicales, logramos desbloquear las mentes y abrirlas a la creatividad en todos los órdenes. Lo confirma la experiencia:

- Si alguien me dice que la libertad y las normas se oponen, le respondo a la luz de lo antedicho: "En el nivel 1, sí; en el nivel 2 sucede todo lo contrario: se complementan y enriquecen". Con ello nos abrimos al mundo de la creatividad, propio del nivel 2, y al de los valores, que llegan a su plenitud en el nivel 3.
- Para defender una ley abortista, un ministro de justicia escribió: "La mujer tiene un cuerpo y hay que darle libertad para disponer de cuanto en él acontezca". Para neutralizar esta afirmación basta decir que confunde los niveles 1 y 2. Lo que afirma es cierto en el nivel 1, pero

⁴ Véase Martin Buber: *Qué es el hombre*, Fondo de cultura económica, México, 1954, 3ª ed., págs. 150-155.

falso en el nivel 2. Según la antropología filosófica actual más cualificada, la mujer y el varón no *tenemos* cuerpo; *somos corpóreos*; el verbo *tener* sólo puede usarse en el nivel 1; el ser humano –cuerpo, psique y espíritu- integra los niveles 1 y 2. Por eso no cabe hablar de *la libertad*, en general, porque es obvio que existen varias formas de libertad. El ministro se refería a la *libertad de maniobra*, que es la más elemental, por ser propia del nivel 1. Y dejaba de lado, injustamente, la libertad creativa, que surge en el nivel 2.

- En un telediario se comunicó lo siguiente: “Janes Doplin murió de una sobredosis; fue una joven absolutamente libre”. El joven que haya seguido el *método del descubrimiento* no se deja seducir por el tipo de manipulación que late en esta forma de dar la noticia. Sabe que la adicción a la droga -como al juego, el alcohol, la velocidad...- constituye un *vértigo*, que nos seduce y fascina, por tanto nos arrastra y nos despoja de la libertad creativa. Considerar que es *absolutamente libre* quien se entrega a un proceso que promete todo al principio, no exige nada y lo quita todo al final es un contrasentido.
- En su *Diario íntimo*, Unamuno confiesa su condición *egoísta* y añade: “Sólo me queda en la vida la tristeza; lo preveo, nunca más estaré alegre”⁵. El joven bien formado sabe que el egoísmo provoca la entrega al proceso de vértigo, cuya tercera fase es la tristeza⁶. Ello le permite descubrir la relación entre egoísmo y tristeza, y explicar mil fenómenos de la vida diaria.

Por falta de espacio para exponer múltiples casos que muestran la eficacia del método propuesto, me limitaré a indicar una regla de oro que de él se deriva: *antes de enseñar a niños y jóvenes lo que es la ética, la estética y la religión hemos de procurar que se eleven, al menos, al nivel 2, que es donde aprendemos a realizar las transformaciones que dan todo su valor a las experiencias ética, estética y religiosa*. Si están instalados en el nivel 1, no pueden entender cuanto se les diga de tales áreas de conocimiento, pues desde un nivel de realidad inferior no se conoce lo que sucede en los niveles superiores.

Este método permite descubrir las tácticas arteras de la manipulación y conservar la libertad interior en una sociedad manipuladora. Una exposición amplia y pedagógica de este sugerente tema y, en general, del *método de descubrimiento* se halla en los tres cursos online que son impartidos por los colaboradores de la *Escuela de Pensamiento y Creatividad* y otorgan el título de “Experto universitario en creatividad y valores”. Información en la web www.fundacionlopezquintas.org.

A pesar de su extrema brevedad, esta exposición permite colegir que el método ofrecido es sencillamente analítico –no “dogmático”, en sentido de autoritario– y, a la par, contundente, en sentido de claro, preciso y decidido. Su fuerza no procede de la voluntad de imponerse sino de la

⁵ Cf. o. c., Alianza Editorial, Madrid 1970, p. 123.

⁶ Una exposición muy amplia de los procesos de vértigo y de éxtasis se halla en mis obras *Inteligencia creativa* (BAC, Madrid 2003, 4ª ed.) y *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones* (Rialp Madrid 2006).

fidelidad a la realidad y la coherencia; cualidades que generan una gran fecundidad⁷.

2

LOS OCHO NIVELES DE REALIDAD Y DE CONDUCTA⁸

A un niño le gustó el postre que había preparado su madre y le preguntó, muy interesado: "¿Con qué hiciste el bizcocho, mamá?". Ella respondió: "Con mucho cariño, hijo". Él agregó: "Sí, ipero le habrás puesto también algo de harina, huevos, azúcar...!". ¿En qué nivel de realidad respondió la madre, y en cuál rearguyó el hijo?

Don Juan, protagonista de la obra de Tirso de Molina *El burlador de Sevilla y Convidado de piedra* –precedente de la ópera de Wolfgang Amadeus Mozart *Don Giovanni*– sostuvo una conversación con Don Gonzalo, el comendador. Al despedirse, ya de noche, Don Juan le dijo: "Aguarda, iréte alumbrando". Don Gonzalo le contesta: "No alumbres, que en gracia estoy" (vs. 2456-2458). ¿En qué nivel de realidad se movió Don Juan y en cuál le respondió Don Gonzalo? Para contestar con precisión, vamos a analizar los ocho niveles de realidad y de conducta en que podemos movernos.

1. Los cuatro niveles positivos

Nivel 1. Un papel es un mero objeto: una realidad delimitable que puedo comprar, poseer y manejar para mis fines. Soy muy libre de hacer con ella lo que quiera. Dispongo de *libertad de maniobra* para ello. Vamos a convenir que este tipo de realidades y esta forma de tratarlas constituye el *nivel 1 de realidad y de conducta*.

Nivel 2. Si en un papel escribo una obra musical, la convierto en *partitura de música*. He transformado una realidad, e inmediatamente debo transformar mi actitud frente a ella. En cuanto papel, puedo hacer con ella lo que quiera; en cuanto partitura, si quiero interpretarla debo *respetarla* –tratarla como realidad abierta, expresiva–, *estimarla* –por revelarme una obra musical– y *colaborar con ella*, siguiendo sus pautas, es decir, obediéndole. Renuncio, con ello, a mi *libertad de maniobra*, pero gano una libertad superior: la *libertad creativa*, libertad para crear una obra, darle cuerpo sonoro, hacerla existir en verdad. Interpretar una obra musical es una actividad creativa *reversible*, es decir, de doble dirección, pues la obra influye sobre mí y yo sobre ella. Al adoptar esta actitud, asciendo al *nivel 2*, el nivel de la creatividad.

⁷ Una aplicación de este método formativo se halla en mis obras: *El secreto de una vida lograda. Curso de pedagogía del amor y la familia*, Palabra, Madrid 2008, 2ª ed.; *Descubrir la grandeza de la vida. Una vía de ascenso a la madurez personal*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2011, 2ª ed.; *El descubrimiento del amor auténtico. Claves para orientar la afectividad*, BAC, Madrid 2012.

⁸ Este sugestivo tema es ampliado en las obras citadas en la nota anterior.

La experiencia reversible más enriquecedora de este nivel es la del encuentro entre personas, y entre personas y toda suerte de *realidades abiertas* o *ámbitos*. Si quiero dominar y manejar a otra persona para lograr mis fines, la trato *como si fuera un objeto*, la bajo injustamente al *nivel 1* y la rebajo. No podré encontrarme con ella. Si renuncio a dominarla y la trato con generosidad, veracidad, fidelidad, cordialidad..., creo con ella ese estado de enriquecimiento que llamamos *encuentro*. Es el estadio más alto del *nivel 2*.

Para ser perseverante en el cumplimiento de esas condiciones del encuentro, debo optar por los grandes valores: la unidad, la bondad, la justicia, la verdad, la belleza. Si, con la firmeza de las convicciones fuertes, afirmo que "el bien hay que hacerlo siempre, el mal nunca", "lo justo, siempre; lo injusto, nunca...", estaré incondicionalmente dispuesto a ser contigo generoso, fiel, cordial... Me sitúo, con ello, en el *nivel 3*.

Nivel 3. Para adoptar de manera estable la actitud de generosidad y colaboración que nos exigen las realidades que no son objetos sino ámbitos (*nivel 2*), necesitamos estar vinculados de raíz no sólo a las personas e instituciones sino a ciertas sutiles realidades que parecen meras ideas, pero son decisivas para vivir plenamente como personas. Me refiero a *la bondad, la verdad, la justicia, la belleza, la unidad*. El animal, por tener "instintos seguros" -que ajustan su actividad a las condiciones de supervivencia-, no necesita inspirar su modo de actuación en esos grandes valores. Actúa bien -es decir, garantiza su existencia y la de la especie- con sólo dejarse llevar de sus pulsiones instintivas. En cambio, el ser humano necesita orientar dichas pulsiones hacia la realización del ideal auténtico de su vida. Tal ideal consiste en crear formas elevadas de unidad con espíritu de amor incondicional a la bondad, la verdad, la justicia, la belleza.

Este vínculo profundo a tan altos valores sólo es posible cuando renunciamos a la voluntad de dominio, posesión, manejo arbitrario e interesado y nos hacemos sensibles a lo más noble y valioso. Esa fina sensibilidad para lo elevado nos hace presentir la insospechada fecundidad de unos valores que no se nos *imponen coactivamente*, pero muestran un poder *imponente* para colmar nuestra vida de sentido, creatividad y libertad interior. Por eso presentan para nosotros un valor excelso y nos *atraen* poderosamente, sin *arrastrarnos*. Cuando sabemos responder positivamente a la llamada de estos valores, experimentamos su fuerza transfiguradora. Esa energía interior la adquirimos en el *nivel 3*.

Nos convencemos de que tales valores son reales y principios de vida en plenitud cuando *participamos* de ellos al vivir experiencias valiosas. Antoine de Saint-Exupéry nos cuenta en su obra *Tierra de los hombres* que dos pilotos jóvenes se hallan extenuados en el desierto. Su vida pende del hecho azaroso de que un beduino, el hombre más humilde del desierto, los descubra al pasar, se apiade de ellos y les ayude. Cuando la situación es ya desesperada, uno lo hace, renunciando a buena parte de la reserva de agua que le quedaba para su larga travesía. ¿Cómo se explica este gesto heroico de generosidad? Sin duda porque, en lo hondo de su ser, se hallaba vinculado a la bondad de tal forma que consideraba el ser generoso como la meta de su vida.

Al vivir enraizados en la bondad, la justicia, la belleza, la verdad y la unidad, nuestra persona se transfigura, adquiere su máxima dignidad y logra un poder insospechado de transfigurar a los demás. Nada extraño que

los pilotos se reconcilien, en la persona del beduino, con todos sus enemigos y deseen retornar a la unidad con los suyos:

«En cuanto a ti que nos salvas, beduino de Libia –le dice uno de los pilotos–, tú te borrarás sin embargo para siempre de mi memoria. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No nos has visto nunca y ya nos has reconocido. Eres el hermano bienamado. Y, a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres (...). Tú me apareces bañado de nobleza y de bondad, gran Señor que tienes el poder de dar de beber. Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y yo no tengo ya un solo enemigo en el mundo»⁹.

Los jóvenes pilotos, tal vez hasta entonces sensibles a la amistad pero no enraizados incondicionalmente en el bien, la verdad, la belleza, la unidad y la justicia, hicieron, en su encuentro con el beduino, la experiencia de estos fecundísimos valores e intuyeron de súbito la grandeza que adquiere la vida humana cuando se eleva a ese nivel. De ahí su inmediata conversión a la amistad *incondicional*, la que se sitúa por encima de los sentimientos inspirados por el egoísmo.

Nivel 4. Para lograr que nuestra vinculación radical al bien, la verdad, la justicia, la belleza y la unidad sea *incondicional*, de modo que se mantenga por encima de cualquier vicisitud, debemos sentirnos religados por nuestra misma realidad personal a un Ser que no cambia y constituye la encarnación perfecta de tales valores. Dios, por amor, crea a las personas a su imagen y semejanza. Este acto creador las dota de una dignidad suma e inquebrantable, que las hace acreedoras a un respeto *absoluto*, es decir, *absuelto* o *desligado* de cualquier condición. Puede hallarse alguien, por culpa suya, en un estado de desvalimiento total, e incluso de envilecimiento e indignidad. No es digno de alabanza por ello, pero, como persona, merece ser tratado con respeto y bondad compasiva, porque su origen es el Señor absolutamente bueno. Al sentirnos religados, en el núcleo de nuestra persona, a quien es la bondad, la verdad, la justicia, la belleza y la unidad por excelencia, situamos nuestra vida en el *nivel 4*, que es un nivel religioso.

2. Los cuatro niveles negativos

Hemos visto anteriormente el proceso ascensional que seguimos cuando orientamos nuestra vida hacia la realización del ideal de la unidad. Esta orientación está impulsada por una actitud *generosa*. Si adoptamos, por principio, una actitud de *egoísmo* y tomamos como nuestro ideal de vida, no el servir a los demás, sino servirnos de ellos para nuestros fines, podemos tener una primera impresión eufórica de plenitud, pero pronto nos sentimos decepcionados, porque con ello no seguimos una vía de plenitud sino de envilecimiento progresivo. Veámoslo en pormenor, pues nos conviene analizar este proceso de forma bien articulada, porque nos ayudará a *prever* y a *prevenir*.

⁹ Cf. *Tierra de los hombres*, Círculo de lectores, Barcelona 2000, págs. 165-166; *Terre des hommes*, Gallimard, París 1939, p. 212.

Nivel -1. Si, debido a nuestra actitud egoísta, se debilita nuestra relación con el ideal de la unidad, carecemos de energía interna para ascender a los niveles 2, 3 y 4, y nos movemos exclusivamente en el *nivel 1*. En consecuencia, damos primacía a nuestro bienestar, consideramos a los demás como un medio para nuestros fines, intentamos poseer y dominar cuanto nos rodea para incrementar nuestras gratificaciones de todo orden. Al no estar compensada esta tendencia al propio bienestar (*nivel 1*) con la voluntad de hacer felices a los demás (*nivel 2*), corremos riesgo de tornarnos egocéntricos e insensibles, poco o nada preocupados de ser bondadosos, justos y veraces con ellos, así como de unirnos a ellos y procurarles una vida bella (*nivel 3*). Al unirse esta insensibilidad con la propensión a supeditar el bien de los demás a nuestros intereses, no tenemos mayor dificultad en hacérselo ver y sentir abiertamente, con lo cual herimos su sensibilidad y quebrantamos su autoestima. Iniciamos, con ello, el proceso de vértigo y bajamos al *nivel -1*.

Dos jóvenes se unieron en matrimonio, y tanto su posición social como su porte hacían presagiar un buen futuro. Tal presagio pareció cumplirse durante varios años. Pero un día, tras una larga y azarosa estancia en el hospital, a la joven esposa se le diagnosticó una enfermedad crónica, que no es mortal, pero amengua la vitalidad notablemente. Cuando regresó a casa, las primeras palabras que oyó a su marido fueron éstas: "Lo siento, pero ahora ya no me sirves como mujer. Tengo que irme". Y la dejó sola, con su hija. Esta frase dio un vuelco a su vida, porque le reveló de un golpe que su marido la había reducido a un medio para saciar sus apetencias (*nivel 1*), y, al perder calidad ese medio, resultaba para él "inservible", término que implica una descalificación total en el *nivel 1*. Tal vez le había dicho mil veces que la "amaba" con toda el alma. A juzgar por su actitud actual, nunca la amó de verdad (*nivel 2*). La *apeteció* (*nivel 1*) cuando ella tenía sus potencias en estado de florecimiento. Ahora la ve inútil, como un utensilio estropeado (*nivel 1*), y se apresura a canjearla por otro nuevo. Las operaciones de canje son típicas del trato con meros utensilios. Realizarlas con personas supone un rebajamiento de éstas al *nivel 1*. Es, por eso, un acto de violencia. Decirlo abiertamente a la persona interesada supone un *ultraje* e implica un descenso al *nivel -1*.

Nivel -2. Si alguien considera a otra persona sólo como un medio para sus fines –por tanto, como una posesión –, y no ve satisfechas sus pretensiones, puede llegar a desahogar su frustración con insultos e incluso con malos tratos, psíquicos y físicos. Se trata de una ofensa de mayor gravedad que la anterior y supone la caída en el *nivel -2*.

Actualmente, la sociedad se halla confusa e indignada ante el fenómeno de los malos tratos entre cónyuges. Se reclaman, para evitarlo, toda clase de medidas policiales y judiciales. Pero apenas se investigan las fuentes de tamaña calamidad social. El análisis de los niveles de realidad y de conducta nos permite radiografiar este fenómeno degenerativo y poner al descubierto algunas de las causas que lo provocan.

Nivel -3. Una vez entregados al poder seductor del vértigo del dominio, podemos vernos tentados a realizar el acto supremo de posesión que es matar al cónyuge –cuando desea evadirse de nuestra área de dominio – y decidir de un golpe todo su futuro. Al hacerlo, nos precipitamos

hacia el *nivel* -3. No pocas personas manifiestan su estupor ante el hecho de que alguien mate a quien comparte con él la vida. Visto aisladamente, es un hecho que parece inverosímil. Si lo situamos en su verdadero contexto (que es el *nivel* -3) y lo vemos como continuación del *nivel* -2, con cuanto implica, advertimos que estamos ante una caída por el tobogán del vértigo. Todo ello es injustificable, pero resulta perfectamente comprensible cuando conocemos las fases de la vía de envilecimiento que es el proceso de vértigo.

Nivel -4. En esta caída hacia el envilecimiento personal cabe la posibilidad de llevar el afán dominador al extremo de ultrajar la memoria de los seres a quienes se ha quitado la vida. No pocos terroristas mancillaron las lápidas que guardan los restos de sus víctimas. Esta vileza los hundió en el abismo del *nivel* -4. La burla y la mofa son formas prepotentes de dominio, propias de quien disfruta altaneramente al presenciar el espectáculo del ídolo caído. En el fondo, las actitudes propias de los niveles negativos son formas cada vez más agresivas de dominio. Son inspiradas por el ideal egoísta de dominar, poseer y disfrutar, así como las actitudes características de los niveles positivos responden al ideal generoso de la unidad y el servicio.

El conocimiento de los ocho niveles nos permite dar razón de múltiples sucesos de nuestra vida y, derivadamente, de las obras culturales que la reflejan. La película de Bruce Beresford *Camino al paraíso* nos muestra a un grupo de mujeres sensibles que, en el horror de un campo de concentración, forman clandestinamente un coro. Un día, a punto de iniciar un concierto no autorizado, los guardianes son alertados y acuden precipitadamente a la carpa en que se hallan las cantoras y sus compañeras de infortunio. Se teme una represión brutal. Pero, justo en el momento de irrumpir en la improvisada sala, suena el primer acorde del Adagio de la *Novena Sinfonía* ("*Del nuevo mundo*") de Antolin Dvorak. El encanto de la armonía retiene a los guardianes y los adentra en un mundo de belleza, opuesto a la sordidez extrema de la vida carcelaria. Sobrecoge observar que la aparición de lo bello en estado puro pueda transformar la actitud de personas de corazón al parecer endurecido. Se explica por la conmoción que produce verse elevado súbitamente de los niveles -2 y -3, en que se movían, al nivel 3, el de la pura bondad y pura belleza. Este transporte supone un descubrimiento salvador.

Acontecimientos afines -ascendentes como éste o descendentes- podemos contemplarlos en numerosas obras literarias y cinematográficas¹⁰.

¹⁰ Véanse mis obras *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid 2008, 3ª ed.; *Literatura y formación ética. Un modo creativo de educar*, Puerto de Palos, Buenos Aires 2005; *Poder formativo de la música. Estética musical*, Rivera editores, Valencia 2010, 2ª ed.

3

LOS PROCESOS DE VÉRTIGO, O FASCINACIÓN, Y LOS DE ÉXTASIS, O CREATIVIDAD¹¹

Al descubrir, por experiencia propia, las doce fases de nuestro desarrollo personal, advertimos que nuestra posibilidad de encontrarnos de veras con realidades que nos ofrecen posibilidades de crecimiento depende de nuestra actitud de generosidad. Esta experiencia es la que inspira los procesos de *éxtasis*. Si nos encerramos, por egoísmo, en nosotros mismos bloqueamos nuestro desarrollo y anulamos nuestra personalidad. Esa cerrazón destructora da lugar a las temibles experiencias de *vértigo*. Ha llegado el momento de analizar cuidadosamente estos dos procesos opuestos: el de vértigo y el de éxtasis.

1. El proceso de vértigo o fascinación

En la extraordinaria película de Carl Theodor Dreyer *Dies irae*, un joven y una joven, vinculados por un amor imposible, se acercan a un lago y saltan a un pequeño bote. "¿A dónde vamos a ir?", pregunta el joven. Su amada responde, resignada: «A donde nos lleve la corriente». En este plácido lago no había corrientes de agua que pudieran arrastrar una barca impulsada por un remero fornido. Obviamente, el *sentido* de esta respuesta va más allá de su *significado* cotidiano. ¿Cuál es exactamente ese sentido? Al responder la joven que irán a donde les lleve la corriente, se refiere a un tipo de corriente espiritual que arrastra sin mostrar la meta, porque la meta de la seducción es el *vacío*, y éste no ofrece rostro. Esa corriente que arrastra a las personas -a menudo, contra su voluntad- es el vértigo.

Esta imagen de unos jóvenes perplejos ante su incierto destino, al verse dominados interiormente por una pasión, nos lleva a preguntarnos en qué consiste el proceso de vértigo y cómo se desarrolla.

- Supongamos que me hallo ante una persona que me resulta atractiva debido a las dotes que ostenta. Si soy egoísta y me muevo sólo en el *nivel 1*, tiendo a tomarla como un *medio para mis fines*; no la considero como un ser dotado de personalidad propia, deseosa de realizar sus proyectos de vida, crecer en madurez, establecer relaciones enriquecedoras para todos en condiciones de igualdad. La rebajo a condición de mera *fente de sensaciones placenteras* y procuro dominarla para ponerla a mi servicio. En el nivel ético, el dominio se logra a través de la *seducción* y la *fascinación*. Fascinar y seducir a una persona equivale a arrastrarla, a doblegar su libertad interior y rebajarla al *nivel 1*.
- Cuando logro ese dominio, siento *euforia*, exaltación interior. (Notémoslo bien: No digo *exultación*, *gozo*, sino *exaltación*, *euforia*. Es decisivo matizar bien el lenguaje si queremos evitar la corrupción de la mente y, con ella, la de la vida personal y comunitaria).

¹¹ Este tema lo explano en las obras: *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid 2003, 4ª ed.; *Vértigo y éxtasis*, Rialp, Madrid 2006.

- Esa forma de exaltación es tan llamativa como efímera, porque se trueca rápidamente en *decepción* al advertir que no puedo encontrarme con la realidad apetecida por haberla reducido a mero *objeto de complacencia*. (Recordemos que con los objetos no podemos encontrarnos porque son realidades cerradas).
- Al no encontrarme con ella, no desarrollo mi personalidad, pues soy un "ser de encuentro". Ese bloqueo de mi crecimiento se traduce en *tristeza*, que es un *sentimiento de vacío*, de alejamiento de la plenitud personal a la que tiendo por naturaleza.
- Si no cambio mi actitud básica de egoísmo, tal vacío crece de día en día hasta hacerse muy profundo. Al asomarme a él, siento esa forma de *vértigo espiritual* que llamamos *angustia*. Tengo la sensación de que no hago pie, que me falla el fundamento de mi vida –que es el encuentro- y estoy a punto de destruirme como persona, pero no puedo volver atrás.
- Es el sentimiento de *desesperación*, la conciencia amarga de haber cerrado todas las puertas hacia mi realización personal.
- El presentimiento angustioso de estar bordeando el abismo desemboca, finalmente, en una *soledad asfixiante*, frontalmente opuesta a la vida de comunidad que me veía llamado a fundar por mi condición de persona.

Sobrevolemos esta breve descripción. El proceso de vértigo es falaz y traidor: nos promete, al principio, una vida intensa y cumplida, y nos lanza súbitamente por una pendiente de excitaciones crecientes, que no hacen sino apegarnos al mundo fascinante de las sensaciones (*nivel 1*) y alejarnos irremediabilmente de la vida creativa y del ideal de la unidad (niveles 2 y 3). El vértigo nos aleja del encuentro y, en consecuencia, amengua al máximo nuestra capacidad de unirnos a las realidades del entorno y nos engeguece para los grandes valores. Nos entrega, temerariamente, a todo tipo de riesgos por ser radicalmente *imprudente*, es decir, por rehuir la inspiración del ideal de la unidad. Certeramente subraya dicha temeridad una de las obras cumbre de la literatura española:

"¡Oh amor, amor! –exclama Pleberio, cuando llora la muerte de su hija Melibea-. (...) ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? (...) Dulce nombre te dieron; amargos hechos haces. (...) ¿Por qué te riges sin orden ni concierto?"

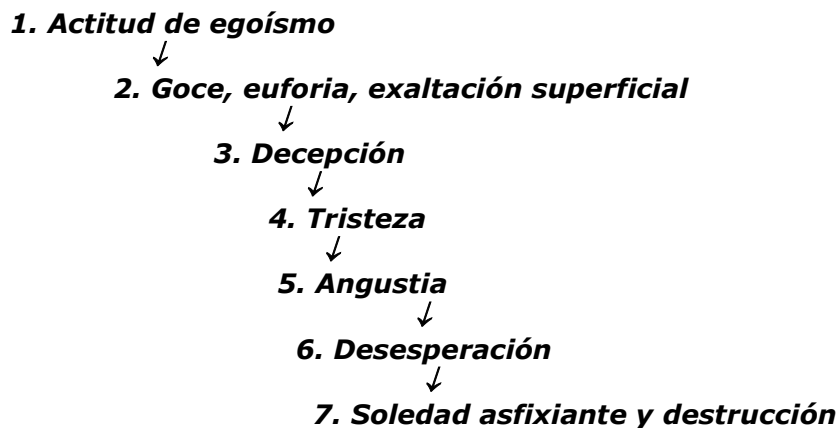
Y apostrofa así al mundo, por incitarnos falazmente al vértigo:

"Cébasnos, mundo falso, con el manjar de tus deleites, y al mejor sabor nos descubres el anzuelo. No lo podemos huir, que nos tienes cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples; échasnos de ti porque no te podamos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuidados, a rienda suelta; descúbrenos la celada cuando ya no hay lugar de volver"¹².

Al hacernos cargo de esta condición siniestra del vértigo, comprendemos por dentro el desvalimiento que sienten las personas

¹² Fernando de Rojas: *La Celestina*, Salvat-Alianza Editorial, Barcelona 1970, págs. 177, 179.

entregadas a algún tipo de vértigo: de ambición o de poder, de evasión a través de la embriaguez producida por el alcohol o la droga, de cultivo de la sexualidad desgajada del amor, de entrega descontrolada al juego de azar... La caída en el abismo que provoca el proceso de vértigo puede visualizarse en una línea descendente:



El vértigo es un proceso espiritual que al principio no te exige nada, te promete todo y, al final, te lo quita todo. Te impide crear relaciones de encuentro con lo cual te priva de libertad creativa; te impide establecer modo elevados de unidad con los seres del entorno y te enceguece para los valores.

2. El proceso de éxtasis o creatividad

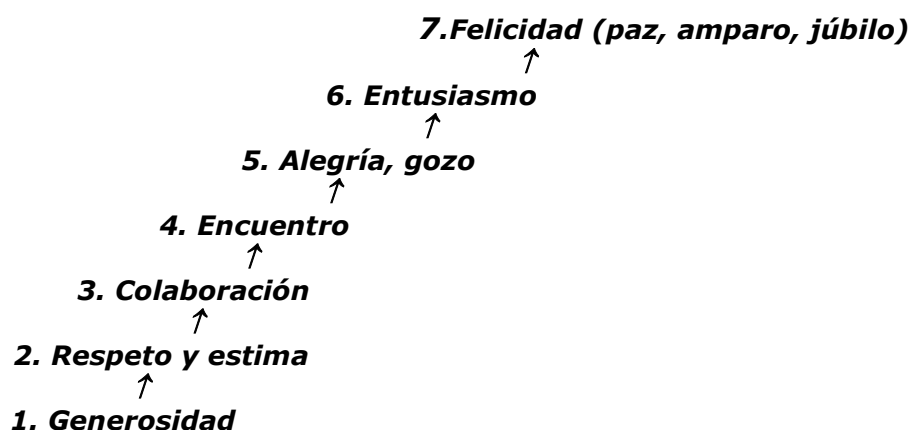
Este proceso sigue el camino opuesto al de vértigo. No va de arriba abajo, sino de abajo arriba.

- Si soy generoso y desinteresado, al ver una realidad atractiva -por ejemplo, una persona- no tomo esa atracción como un motivo para querer dominarla, es decir, *seducirla y fascinarla (nivel 1)*, sino como una invitación a *respetarla, estimarla y colaborar con ella*, intercambiando posibilidades de todo orden. Ese intercambio da lugar a una relación personal de *encuentro (nivel 2)*.
- Al encontrarme, siento *exultación, alegría y gozo* por partida doble, pues con ello perfecciono mi persona y colaboro a enriquecer a quien se encuentra conmigo.
- Si me encuentro con una realidad muy valiosa, porque me facilita grandes posibilidades de desarrollo y me eleva a un nivel de excelencia personal, siento *entusiasmo, un gozo desbordante* que supone la medida colmada de la alegría, es decir, de la conciencia feliz de estar desarrollando plenamente mi personalidad.
- Al adentrarme en un estado de plenitud personal, siento *felicidad*, veo que he llegado a una cumbre. Al encontrarnos por primera vez con obras geniales, como *El Moisés* de Miguel Ángel o *La Pasión según San Mateo* de Bach, pensamos que ha valido la pena vivir hasta ese momento para poder realizar tal experiencia. Ciertamente, la felicidad se da en lo alto, en el *nivel 2*, no en el *nivel 1*. Ese ascenso hacia lo elevado, lo "perfecto", lo bien logrado, fue denominado por los griegos "éxtasis". Lo bien logrado en cuanto al desarrollo personal viene dado por la vida

auténtica de comunidad, que se configura mediante una trama de relaciones de encuentro.

- Al vivir en estado de encuentro, sentimos que hemos realizado plenamente nuestra *vocación* y nuestra *misión* como personas, y ello nos procura *paz interior, amparo* y *gozo festivo*, es decir *júbilo*. La fiesta es la corona luminosa y jubilosa del encuentro. Por eso rebosa simbolismo y marca el momento culminante de la vida de todos los pueblos.
- En síntesis, el éxtasis es un proceso de auténtico y verdadero desarrollo personal. Por ser creativo, es exigente: pide generosidad, apertura veraz, fidelidad, cordialidad, participación en tareas relevantes... Si cumplimos estas exigencias, nos lo da todo porque nos facilita el *encuentro*, que es *un espacio de realización personal festiva*, en el cual recibimos luz para ahondar en los valores, energía para incrementar nuestra capacidad creativa, poder de discernimiento para elegir en cada instante lo que da sentido a nuestra existencia.

Este proceso extático podemos visualizarlo en una línea ascendente:



El éxtasis es un proceso espiritual que empieza exigiéndotelo todo - pues te pide generosidad-, te lo promete todo y, al final, te da una conmovedora plenitud. Favorece la creación de toda suerte de encuentros, promueve tu capacidad creadora y afina tu sensibilidad para los valores.

3. Oposición entre las experiencias de vértigo y las de éxtasis

El vértigo nos seduce y arrastra; el éxtasis nos entusiasma y libera. El vértigo nos desorienta porque no se deja inspirar por el ideal de la unidad. El éxtasis nos centra porque se mueve, agradecido, a la luz del ideal del encuentro.

El proceso de fascinación o vértigo no nos plantea exigencias, responde a una actitud de entreguismo. Nos invita simplemente a dejarnos arrastrar; nos exalta y enardece; nos da una primera impresión eufórica de poder, parece prometernos una rápida plenitud, pero, al instante, nos pone fuera de juego y nos asfixia en el aspecto lúdico-creador.

El éxtasis, en cambio, se muestra muy exigente; nos introduce en una noche de largas y pacientes purificaciones que parecen vaciarnos interiormente. Al perder el apoyo de cuanto solemos considerar en la vida

cotidiana como fundamental e indispensable (*nivel 1*), sentimos una sensación difusa de desvalimiento. Pero este sentimiento de inestabilidad se trueca pronto en una impresión exultante de seguridad eminente cuando, tras superar los modos fusionales de unidad, creamos con las realidades valiosas que nos apelan modos auténticos de encuentro (*nivel 2*).

El vértigo es la consecuencia de la fascinación que nos produce el halago de las ganancias inmediatas, sean de tipo intelectual o de tipo sensible.

El éxtasis es fruto de la atracción que ejerce sobre nosotros lo valioso cuando no queremos dominarlo, sino respetarlo, estimarlo y colaborar con él.

El vértigo es *alienante* por entregarnos a una realidad distinta, distante, externa y extraña. En la misma medida, nos deja fuera de nosotros mismos, dispersos, faltos de la unidad que nos otorga la vinculación creadora a lo valioso. Recuérdese la teoría pascaliana del "divertissement" (la diversión, en sentido de pérdida de sí). El divertirse superficial, entendido como mero salir de sí, es una actitud propia del *nivel 1*.

"Hay programas en los medios de comunicación –advierte Ernesto Sábato– donde divertirse es degradar, o donde todo se banaliza... Esta desesperación por divertirse tiene sabor a decadencia". "La búsqueda de una vida más humana debe empezar por la educación. Por eso es grave que los niños pasen horas atontados delante de la televisión, asimilando todo tipo de violencias; o dedicados a esos juegos que premian la destrucción. El niño puede aprender a valorar lo que es bueno y no caer en lo que le es inducido por el ambiente y los medios de comunicación"¹³.

El éxtasis, por su parte, pide *recogimiento* para despertar *sobrecogimiento ante lo que encierra valor*. En la medida en que crea vínculos entre nosotros y las realidades relevantes, el éxtasis configura nuestra identidad personal.

Las experiencias de vértigo son momentos degenerativos que bloquean el despliegue de la personalidad.

Las experiencias de éxtasis constituyen los jalones de nuestro proceso de desarrollo.

El vértigo, tras la exaltación del primer instante, nos deja en situación de *desamparo espiritual*.

El éxtasis nos *ampara*, al abrirnos a formas auténticas de encuentro, tan arriesgadas como fecundas

El éxtasis provoca en nuestro ánimo una sana *inquietud*, una interna tensión hacia aquello que nos ofrece posibilidades que impulsan nuestra actividad y hacen viable nuestro cabal despliegue como personas. Esta inquietud no engendra *desasosiego*, sino *paz*, la paz del que tiene conciencia lúcida de estar en todo momento nutrido por la realidad que busca esforzadamente.

La apasionada entrega a las experiencias de vértigo, por el contrario, provoca una ineludible *desazón* en cuanto nos arrastra, nos succiona y nos sitúa fuera del juego de la vida auténticamente personal. El vértigo, contra

¹³ Cf. *La resistencia*, Seix Barral, Barcelona 2000, págs. 87, 67.

lo que puede parecer a una mirada superficial, no engendra *dinamismo*, sino simple *agitación*. El hombre entregado al frenesí del vértigo, en cualquiera de sus modalidades, no hace sino girar sobre su propio eje sin avanzar. Al tomar conciencia de que su agitación ha sido mero desgaste baldío de energías, el hombre fascinado por la exaltación del vértigo siente ineludiblemente una amarga decepción.

El éxtasis suscita *gozo desbordante*, por lo que implica de plenitud, e inspira sentimientos de optimismo realista al abrir ante nosotros horizontes de sentido, cuajados de valores. Valor y sentido, profundamente entendidos, penden de la creatividad, y, en concreto, de los acontecimientos de juego y encuentro.

El vértigo engendra *decepción* y *pesimismo*, debido al desnivel que media entre la magnitud de las expectativas que despierta en quien se rinde a su hechizo y la condición catastrófica del resultado a que aboca.

El éxtasis aviva en nuestro interior la *melancolía*, sentimiento profundo de añoranza por realidades valiosas, todavía no del todo alcanzadas, tan sólo entrevistas. El hombre extático vive *en esperanza*.

El vértigo despierta pasión, por cuanto embriaga con el halago efímero del momento presente. El hombre del vértigo es un obseso de ganancias inmediatas. Vive *a la espera* del instante gozoso, se atiende hedonísticamente al "Carpe diem" horaciano y exclama con el poeta Alphonse de Lamartine: "*Ô temps, suspends ton vol*" (Oh tiempo, suspende tu vuelo).

El éxtasis suscita *agradecimiento*, pues el hombre que responde creadoramente a la apelación de las realidades que producen entusiasmo tiende a interpretarlas como un *don*.

El vértigo, por el contrario, fomenta actitudes de *resentimiento* frente a las realidades que, por no ser fácilmente reducibles a objeto de posesión, no provocan actitudes de entrega fascinada, antes apelan a la libertad creadora. Piénsese en el amor humano bien entendido, en las realidades religiosas, en el gran arte de todos los tiempos.

El éxtasis fomenta la actitud de generosidad y respeto. El hombre extático se abre a los demás para ofrecerles, en un campo de juego común, sus posibilidades creadoras. Esta ofrenda significa, en el fondo, un obsequio al poder creador de los otros, que uno reconoce y acoge.

El vértigo, en cambio, es fuente a la par de *sadismo* y *masoquismo* porque arrastra al hombre que lo sufre como si fuera un *mero objeto*, y lo impulsa a no ver en los demás seres sino su condición de *objetos manipulables*. El vértigo no es respetuoso ni generoso. El hombre que es presa del vértigo tiende por igual a dominar y a dejarse dominar, a absorber en sí las realidades del entorno, negándoles toda independencia, y a perderse en ellas, anulando de raíz su capacidad personal de iniciativa. El vértigo convierte al hombre en un ser dominador e indolente a la vez.

De ahí que el vértigo del *totalitarismo* y el del *gregarismo* sean, en rigor, dos vertientes de un mismo error básico: la adopción de una actitud *reduccionista*. Sentirse a resguardo e, incluso, en posición de dominio porque se está al día y "todos piensan igual que uno" constituye la ingenuidad radical del hombre *gregario*, que interpreta como *energía personal* la fuerza de *arrastre* que ejerce sobre su ánimo el vértigo del gregarismo.

Al reduccionismo se debe que en tantas obras literarias y cinematográficas puedan seguirse sin solución de continuidad escenas de

erotismo y de violencia, vinculando así la aparente ternura con la crueldad vesánica. Decimos *aparente*, porque de hecho el erotismo implica la *reducción* de una persona a mero objeto de complacencia fugaz, carente de la debida creatividad, y, en la misma medida, constituye un modo *violento* de interrelación. Por el contrario, el hombre que realiza experiencias de éxtasis se muestra siempre respetuoso con la condición de cada realidad. Lo hace fundamentalmente porque se asienta en la convicción de que la vida personal es vida creadora, y la creatividad sólo es posible entre realidades que no son meros objetos, sino centros de iniciativa que ofrecen determinadas posibilidades de juego a quien pueda asumirlas. Las realidades personales, si son reducidas a objetos, dejan de ser posibles compañeros de juego.

Al ser reduccionista y no fundar auténticas relaciones de encuentro y de juego creador, la experiencia de vértigo no alumbró sentido, provoca la ceguera para los valores, orienta al hombre hacia la actitud existencial del *absurdo*. Con ello, desplaza al hombre de su verdadero lugar, lo sume en tinieblas y lo adentra en el reino de fealdad que engendra el desorden. Realmente, como bien escribió Ernesto Sábato, "*lo peor es el vértigo*"¹⁴.

Por su talante creador de formas auténticas de juego y encuentro, la experiencia de éxtasis alumbró luz, pone al hombre en verdad y es fuente de la más honda belleza. Desde antiguo se define la belleza como el *esplendor del orden*, entendido éste positivamente como *ordenación*, entreveramiento de diversas vertientes de la realidad.

Es obvio que las experiencias de vértigo y de éxtasis se oponen por su origen, su desarrollo y sus consecuencias, pero actualmente se los confunde con frecuencia. Es una cuestión de máxima transcendencia que urge precisar.

4. Confusión de los procesos de vértigo y los de éxtasis

Como acabamos de ver, vértigo y éxtasis son procesos opuestos por su origen, su desarrollo y sus consecuencias.

- El vértigo es impulsado por el egoísmo; el éxtasis, por la generosidad;
- El vértigo provoca tristeza, angustia y desesperación; el éxtasis suscita alegría, entusiasmo, felicidad.
- El vértigo aboca a la desolación de la soledad que sigue a la destrucción del encuentro; el éxtasis culmina en la paz y el gozo de una convivencia amorosa.

A pesar de esta triple oposición, hoy día se tiende a confundir los procesos de vértigo y de éxtasis para rodear a los primeros del aura de prestigio que orla de antiguo a los segundos. Esta confusión nos impide discernir qué conductas edifican nuestra personalidad y qué otras la disuelven. Cuando nos entregamos a la fascinación del vértigo, podemos pensar ilusamente que nos elevamos a lo mejor de nosotros mismos. Cuando nos damos cuenta de que somos unos *ilusos*, es, a menudo, demasiado tarde porque ya hemos caído por el tobogán del vértigo y

¹⁴ Cf. o. c., p. 101.

apenas podemos, de hecho, cambiar la experiencia básica del egoísmo por una de generosidad y renunciar al uso indiscriminado de la *libertad de maniobra* para adquirir esforzadamente una verdadera *libertad creativa*.

Es sobremanera importante para nuestra vida personal distinguir netamente las experiencias de vértigo y las de éxtasis. Esta labor se halla dificultada en extremo por la semejanza que una mirada desprevenida cree descubrir entre ciertos fenómenos humanos como

- el *arrastre* y la *atracción*,
- la *fascinación* y la *admiración*,
- la *exaltación* y la *exultación*,
- la *entrega desmadrada* y la *entrega entusiasta*,
- la *unidad fusional* y la *unidad-de-integración*.

A menudo se afirma, en la conversación diaria, que algo nos *fascina* para indicar que nos *atrae poderosamente*, debido a su valor. En realidad, queremos decir que suscita nuestra admiración e incluso a veces nos produce sobrecogimiento por su relevancia. Si no precisamos con rigor el sentido de estos términos y otros semejantes, corremos peligro de tomar como acontecimientos afines las experiencias de vértigo y las de éxtasis, que, vistas adecuadamente, presentan condiciones opuestas.

Para poner en forma la capacidad de matizar debidamente los conceptos antedichos, es útil confrontar fenómenos tales como

- el vértigo de la pura competición (que es ambiciosa, por ser propia del puro *nivel 1*) y el éxtasis deportivo (que se muestra generoso, como corresponde a los niveles 2 y 3).
- el vértigo de la embriaguez rítmica electrizante -que arrastra- y el éxtasis de la inmersión libre y enriquecedora en una obra musical valiosa,
- el vértigo del erotismo y el éxtasis del amor oblativo,
- el vértigo de la entrega a fuerzas destructivas y el éxtasis de la unión personal con el fundamento de toda realidad, es decir, con el Dios creador.

Esta confrontación aquilatada nos permite descubrir, más allá de cualquier afinidad aparente, una abrupta diferencia cualitativa entre los fenómenos de fascinación o vértigo y los de juego creador o éxtasis, ya que aquellos provocan la quiebra -en mayor o menor medida- de la capacidad creadora, y éstos la llevan a cotas diversas de desarrollo.

Vértigo y éxtasis coinciden en que *sacan al hombre de sí*, pero el primero lo aliena -porque lo deja a merced de realidades o fuerzas distintas, distantes, externas y extrañas a él-, y el segundo -el éxtasis- lo eleva a lo mejor de sí mismo, al estado de encuentro plenificante al que aboca el ser humano cuando se relaciona con realidades valiosas que, a través del juego creador o trato, se convierten en *íntimas* sin dejar de ser distintas.

La dilemática oposición entre vértigo y éxtasis parece venir desmentida por el hecho de que un fenómeno tan significativo como el amor conyugal presenta una vertiente -la atracción sexual- que implica, a primera vista, un movimiento de vértigo, y otra -el encuentro personal- que constituye un acontecimiento extático. Ciertamente, el amor conyugal puede llevar consigo cierto momento de fascinación, pero éste debe ser

asumido por el dinamismo creador de un campo de amistad personal generoso y lúcido. El instinto sexual se convierte en fuerza provocadora de vértigo cuando el hombre lo autonomiza, no lo encauza hacia una meta superior, como si fuera una potencia autárquica, *di-soluta*, es decir, desgajada del dinamismo integral de la persona. Esta energía instintiva que amenaza con arrebatarse al hombre y lanzarlo por el plano inclinado del frenesí sexual cobra un valor peculiar y un sereno equilibrio al ser asumida conscientemente por la persona e integrada en el proceso de fundación de un campo de juego amoroso, un espacio de encuentro. Lo que en sí presenta un *significado* de vértigo adquiere en este contexto creador un *sentido* de éxtasis. Esta transformación responde a un cambio radical de actitud por parte del hombre: sustituye la actitud de *entrega fascinada* a los valores inferiores -que *seducen*- por la actitud de *colaboración amorosa* con los valores superiores, que *atraen*.

A la vista de esta oposición entre las experiencias de vértigo y las de éxtasis, sorprende que actualmente se los presente a menudo como afines. Este malentendido se comete, a veces, por inadvertencia -debido a un escaso conocimiento de ambos fenómenos-, pero con frecuencia responde al intento manipulador de lograr que multitud de personas -sobre todo, jóvenes- se dejen seducir por las experiencias de vértigo al confundir la *euforia* que produce el vértigo con el *entusiasmo* que suscita el éxtasis.

La forma más peligrosa de manipulación radica en confundir de propósito, dolosa y arteramente, las experiencias de vértigo y las de éxtasis. Con esta tergiversación, en apariencia inocua, se subvierten los valores que están en la base de la mejor cultura occidental, y se deja a las personas y a los grupos humanos inermes frente a los afanosos de poder fácil.

Ante esta forma sutil de manipulación no hay más salida que estar alerta, conocer en pormenor los recursos de la estrategia del lenguaje y fomentar la creatividad. Pueblo poco creativo y escasamente formado es pueblo fácilmente manipulable. Pueblo creativo y bien formado es pueblo que sabe enfrentarse con éxito a la marea de la manipulación.

De lo antedicho se desprende que fomentar las experiencias de vértigo es el modo más eficaz -y siniestro- de amenguar al máximo la creatividad de los pueblos, distorsionar el lenguaje y hacer, con ello, posible la manipulación masiva de las gentes. Promover la creatividad significa incentivar las experiencias de éxtasis, en todas sus facetas, y desoír las voces de sirena que incitan al vértigo. Amplio, difícil y fecundo programa para una tarea educativa con visión de futuro.

Para llevar a cabo tal programa debemos investigar las causas que provocan la injustificable identificación de los procesos de vértigo y los de éxtasis.

5. Causas que provocan la confusión de ambos procesos

Hemos destacado ya varios de los motivos que inducen a identificar estos procesos. Veámoslos un poco más de cerca:

Ambos entrañan una *salida de nosotros mismos*. Ello explica que se hable tanto de "éxtasis místico" como de "éxtasis pasional". Visto con rigor, el llamado *éxtasis pasional* no es sino un tipo de *vértigo*, pues nos halaga con el hechizo de una aventura excitante, para sumirnos, al final, en una

situación de extremo desamparo. El *éxtasis místico* es una forma de éxtasis auténtico, pues nos libera del apego a las actitudes egoístas propias del *nivel 1* y nos lleva a realizar -con las actitudes creativas de los niveles 2, 3 y 4- modos de encuentro valiosísimos que engendran felicidad.

En la descripción de los dos procesos movilizamos términos que parecen sinónimos o, al menos, muy semejantes, y tal afinidad nos lleva a confundirlos.

- Decimos que el vértigo *arrastra* y el éxtasis *atrae*. Parecen acciones semejantes, pero es un espejismo, porque arrastrar significa restar libertad, mientras atraer hacia algo valioso implica invitar a enriquecerse libremente.
- El vértigo provoca una entrega *eufórica, desmadrada*, y el éxtasis suscita una entrega *entusiasta*. La euforia es una exaltación superficial y pasajera. El entusiasmo implica plenitud personal.
- El vértigo *seduce* y el éxtasis *enamora*.
- El vértigo *fascina* y el éxtasis *sobrecoge*... Lo fascinante arrebatada de modo irresistible hacia algo atractivo que anula la voluntad. Lo que sobrecoge nos emociona con el valor de algo muy elevado.

Los términos subrayados presentan un sentido muy diferente. Si queremos determinarlo con precisión, debemos considerar que las experiencias de vértigo se realizan en el *nivel 1*, y las de éxtasis en el *nivel 2*. Ningún proceso de vértigo es inspirado por una realidad que *se haga valer* ante nuestra inteligencia y persuada a nuestra voluntad a dejarse *enamorar* por el atractivo de las posibilidades creativas que nos ofrece -*nivel 2*-. Se limita a *fascinar* o *seducir* nuestra voluntad, es decir, a *arrastrarla* mediante una forma fácil de halago, que al principio nos pone *eufóricos*, pero luego nos *vacía* y nos aleja del *entusiasmo* y la *felicidad*.

6. Finalidad perseguida con la confusión de vértigo y éxtasis

Si confundo las experiencias de éxtasis y las de vértigo, proyecto sobre éstas el inmenso prestigio que han adquirido aquéllas desde antiguo tanto en el campo filosófico y teológico como en el artístico y el amoroso. Este falso prestigio nos lleva a pensar que, al entregarnos a la fascinación de un vértigo, nos elevamos a lo mejor de nosotros mismos. Al vivir la *exaltación eupórica* del vértigo, la confundimos fácilmente con la *exultación jubilosa* del éxtasis y nos hacemos la ilusión de que estamos viviendo una "experiencia cumbre" (Abraham Maslow). Si nos dejamos *fascinar* por una acción que encandila los instintos y sentimos en nuestro ser una especie de *fuerza de gravitación* que nos arrastra como un torbellino pasional, creemos estar logrando una *personalidad desbordante de energía*.

El gran escritor ruso Fedor Dostoyevski expresó de forma inolvidable, en *El jugador*, su propia experiencia del poder de arrastre que posee el vértigo. Tras señalar que una anciana rusa había perdido a la ruleta todos sus ahorros, comenta con decisión:

“No podía ser de otro modo: cuando una persona así se aventura una vez por ese camino, es igual que si se deslizara en trineo desde lo alto de una montaña cubierta de nieve: va cada vez más deprisa”¹⁵.

En la experiencia de vértigo, nuestra *libertad individual* es anulada violentamente por una *fuerza de gravitación* que nos catapulta al vacío. Al ser arrebatados por esa energía aniquiladora, podemos tener en principio una sensación de *poderío y libertad sin fronteras*, pero se trata de un otro espejismo. No tenemos el menor poder; somos arrastrados hacia un estado de absoluto desvalimiento. No alcanzamos la suprema libertad; vivimos la experiencia límite de la caída en el vacío.

Si vértigo y éxtasis se confunden, no tendremos dificultad en conceder la primacía a las experiencias de vértigo, porque halagan nuestros instintos y nos prometen una fácil realización personal. No tardaremos en descubrir que es una promesa *falaz*, pero, una vez entregados a la seducción del vértigo, apenas podremos reiniciar una vida creadora de ámbitos. El que se entrega, *ilusionado*, a cualquier tipo de vértigo lamenta al final haber sido un *iluso* al confundir la *libertad de maniobra* -que opera en el *nivel 1*- con la *libertad creativa* -propia del *nivel 2*- y haber utilizado la primera para destruir la segunda.

Imaginémonos a Macbeth, un noble inglés que, por ambición, se entrega al vértigo del poder. Pensaba, sin duda, que así obtendría la felicidad. Nada más iluso, porque logró el poder pero no la felicidad. Al contrario, se vio sumido en la tristeza, la angustia y la desesperación, para acabar cercado y letalmente asfixiado. Son, justamente, las distintas fases del proceso de vértigo.

El vértigo da rienda suelta a nuestra libertad de maniobra, pero amengua nuestra libertad creativa. Decece, con ello, nuestra decisión de optar en todo momento por el ideal de la unidad y crear entre nosotros formas de vida *bien estructuradas*. Esta pérdida de cohesión nos masifica y nos vuelve fácilmente *dominables*. Ahora vemos con claridad que el manipulador nos halaga para seducirnos y dominarnos, no para incrementar nuestra verdadera felicidad. Hacernos cargo de esto a tiempo nos vuelve precavidos frente a falsos liderazgos que no intentan sino *empobrecernos espiritualmente* -amenguando nuestra capacidad de unirnos a las realidades del entorno- y *someternos a los propios intereses* sin apenas oposición.

Al analizar las experiencias de éxtasis y de vértigo, hemos descubierto que, en la vida, podemos seguir una *vía ascendente* hacia el pleno desarrollo de nuestra personalidad y otra *descendente* que supone una caída gradual en la inautenticidad, por no decir en el desquiciamiento total de nuestro *modo de ser*, nuestro *êthos* o vida ética. Cada una de esas vías presenta diversos escalones, planos o niveles. Cuando los conocemos con cierta precisión, estamos bien dispuestos para descubrir el sentido profundo de la afectividad humana: sus inmensas posibilidades y sus abismales riesgos.

¹⁵ o. c., Alianza Editorial, Madrid 1980, págs. 126-127.

4

LA CONQUISTA DE LA VERDADERA LIBERTAD

La *libertad* ha sido objeto en todo tiempo de inmenso aprecio, como resalta en el vibrante elogio que le dedicó el gran Cervantes: “*La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida*”. ¿A qué tipo de libertad se refiere el autor? Posiblemente, el amargo recuerdo de las mazmorras africanas le hiciera pensar en la “libertad de movimiento”, que tiene, ciertamente, una importancia básica. Si ponemos ante la vista, bien ordenadas, las distintas formas de libertad, veremos con lucidez cuál de ellas merece nuestra máxima estima.

El vocablo *libertad* (derivado del término latino *liber*) está emparentado con *libre*, *liberal*, *liberalidad*, *libertario*, *libertinaje*. Presenta en el uso cotidiano diversos y ricos matices, que hemos de precisar cuidadosamente si queremos evitar graves malentendidos. Cualquiera de éstos tiene una capacidad de confusión suficiente para frenar nuestro desarrollo personal o anularlo, incluso, del todo. La palabra *libertad* es usada, a menudo, para indicar modos de conducta que no pueden ser calificados de *auténticamente libres*.

El protagonista de la obra de Jean Paul Sartre *Los caminos de la libertad. La prórroga* se niega a alistarse, deserta del ejército y callejea sin rumbo por las calles del viejo París. Se siente invadido de libertad, pero al final se pregunta: “Y ¿qué voy a hacer yo con toda esta libertad? ¿Qué voy a hacer conmigo?”¹⁶. Sin duda intuyó que su libertad era vacía, no conducía a ninguna meta, no era impulsada por ningún ideal digno de la persona humana. Un desertor es una persona desarraigada, por haber roto los vínculos que lo unían a su entorno y daban sentido a su vida. Cuanto haga estará fuera de lugar, desubicado, des-centrado. Mathieu renunció a la *libertad creativa*, y ahora se siente ahído de *libertad de maniobra*. Puede hacer lo que quiera, pero esta forma de libertad *ab-soluta* (desgajada de todo vínculo valioso, fuente de posibilidades creativas) no le permite sino “deslizarse por un astro muerto”. París, toda Francia, el mundo entero es para él un desierto, en el aspecto lúdico. Cuando no sirve de base para el ejercicio de la *libertad creativa*, la *libertad de maniobra* deja la vida humana desolada.

Esta desolación resulta especialmente penosa para nosotros, pues el anhelo de libertad se halla enraizado en lo más profundo de nuestro ser. Es ley de vida que el ser humano quiera emanciparse de cuanto bloquea, en alguna forma, su desarrollo normal. El bebé se mueve en la cuna para ejercitar sus potencias motrices; el niño va perdiendo poco a poco su apego casi fusional a los padres a fin de moverse autónomamente; el joven se

¹⁶ Cf. *Los caminos de la libertad. I. La prórroga*, Alianza Editorial, Madrid 1985, págs. 362-365. Edición original francesa: *Les chemins de la liberté. I. Le sursis*, Gallimard, Paris 1945, págs. 418 ss.

esfuerzo por independizarse en el pensar y actuar... Es una lucha por adquirir *libertad*. Pero ¿en qué consiste la *verdadera* libertad? Descubrirlo es un hallazgo decisivo para toda la vida.

Para realizarlo, debemos observar atentamente los diversos *sentidos* que presenta el concepto de libertad. Ya sabemos que un concepto suele tener un *significado* común y presentar diversos *sentidos* en circunstancias diferentes. Al hablar de libertad, aludimos siempre a la capacidad de elegir algo voluntariamente. Esta elección voluntaria es su *significado*.

- Si la elección se realiza sólo en virtud de los propios intereses, ejercitamos una "libertad de maniobra". Hacemos lo que queremos, nos movemos impulsados por nuestras apetencias.
- Cuando elegimos inspirados por un valor superior a la mera complacencia de quien elige, la palabra "libertad" adquiere un carácter distinto: estamos ante la "libertad creativa" o "libertad interior". El valor nos inspira y nos mueve al elegir.

Son dos *sentidos* diferentes de un mismo concepto y un mismo término. Distinguirlos con precisión es indispensable para orientarse debidamente en la vida. La *libertad de maniobra* encierra un inmenso valor en nuestra existencia, pero puede despeñarnos hacia los procesos de *vértigo*, que nos lo prometen todo y acaban destruyéndonos. La *libertad creativa* debemos adquirirla con esfuerzo porque es exigente, pero nos permite desarrollarnos del todo como personas.

I

La "libertad de maniobra", o libertad de movimiento y acción (nivel 1)

1. La libertad de ejercitar las potencias fisiológicas y las psíquicas

La primera forma de libertad que desea ejercitar el ser humano es la *libertad de movimiento*. El bebé, en la cuna, mueve sus extremidades constantemente y se sentiría muy frustrado si no pudiera hacerlo. A medida que pone en forma sus potencias –moverse, ver, oír, tocar, pensar, recordar, querer...-, el niño tiende a ejercitarlas con avidez.

En cambio, el paralítico se ve trabado, incapaz de dar rienda suelta a su afán de caminar, quemar energías, desplazarse, tomar iniciativas... No se siente libre, y su estado de postración le duele en lo más hondo. Le falla la vida en su misma raíz, pues la libertad de ejercitar las potencias fisiológicas está enraizada en las bases mismas del propio ser. De ahí la necesidad que experimenta de compensar esa falta de libertad primaria con el logro de formas superiores de libertad.

2. La libertad de ejercitar estas potencias en todo tiempo y lugar

La libertad de movimiento necesita, para desplegarse plenamente, un *campo de libre juego*, un espacio en el que moverse y trazar diversos proyectos: viajar, entablar relaciones, establecer la residencia... Si carece de

este tipo de *libertad*, el hombre ve limitada su capacidad de desplazarse y realizar sus planes. De ahí la angustia del encarcelado, que tiene libertad para ejercitar sus potencias naturales, por gozar de buena salud, pero no puede hacerlo donde y cuando quiere. Por eso siente la cárcel como un encierro, pues reprime su tendencia natural a moverse sin cortapisas. Su deseo de liberación es, en cierta medida, semejante al del minusválido. Aunque la prisión sea amplia y confortable, la imposibilidad de planificar sus movimientos le produce una sensación desazonante de ahogo, semejante al del asmático que se ve rodeado de aire por todas partes, pero no puede aspirarlo. Al prisionero le sucede esto respecto al espacio. Recordemos la patética estampa de los presos saliendo del calabozo a la luz del día, escena que inmortalizó Beethoven, paladín de la libertad, en su genial ópera *Fidelio*.

3. *La libertad de moverse en la sociedad con un mínimo desahogo económico*

El que puede moverse sin trabas en un medio social que ofrece múltiples posibilidades de diverso orden pero no puede asumirlas por carecer de medios económicos adecuados se siente privado de libertad, libertad real de elección.

Acabamos de ver que nuestra primera forma de libertad viene dada por la capacidad de ejercitar, sin traba alguna, nuestras *potencias* (andar, ver, oír, hablar, pensar, diseñar proyectos de todo orden...), pero el ejercicio de las *potencias* no es fecundo si no contamos con *posibilidades*. Leonardo da Vinci estuvo dotado de potencias extraordinarias –inteligencia, imaginación creadora, poder inventivo...-, pero no pudo satisfacer su ansia de volar, porque su sociedad carecía de posibilidades para ello: conocimientos científicos y técnicos, recursos económicos, planes políticos... La falta de posibilidades supone para el hombre una merma de libertad. De ahí que pasar de la penuria económica a la holgura suponga una *liberación*.

Para sentirse libre, debe uno contar con posibilidades diversas entre las que poder elegir. Por eso los niños y los jóvenes suelen considerarse muy libres cuando disponen de numerosas posibilidades y pueden elegir las que desean. El gobernante que ofrece esta *libertad de maniobra* a los ciudadanos es considerado a menudo como un *liberador*, un promotor de la libertad. ¿Es ésta una valoración justa? En unos casos sí, en otros no, pues poder elegir entre muchas posibilidades no equivale todavía a ser libre interiormente. Es sólo una *condición para ello*, como lo es el ejercicio expedito de las propias potencias -ver, oír, andar...-.

II

El ascenso a la libertad creativa o libertad interior

1. *La mera libertad de maniobra carece de horizontes elevados*

Supongamos que me he liberado de las trabas fisiológicas y sociales, y puedo moverme, hacer planes, relacionarme a mi arbitrio con otras gentes. Dispongo de absoluta *libertad de maniobra*. Siento satisfacción al poder elegir, pero me veo frustrado si advierto que mis elecciones se

mueven dentro de un horizonte vital angosto, por carecer de valores que orienten mi actividad y le den pleno sentido. Entre esos valores se halla el *encuentro*, entendido en sentido riguroso. Vivo diversos encuentros en mi vida diaria, pero no logro encontrarme de veras con nadie pues no cumplo las condiciones del encuentro. Sólo pienso en mí mismo, en acumular sensaciones gratificantes. Al no ser generoso, no asumo las exigencias del encuentro: la veracidad, la fidelidad, la cordialidad, la comunicación sincera... Estoy recluso en mis intereses privados y me siento dominado por el egoísmo. Dispongo de libertad para maniobrar sin cortapisas, pero carezco de "libertad interior", *libertad para distanciarme* del afán de conseguir ganancias inmediatas y crear auténticas relaciones de amistad con los demás.

Esta falta de "libertad creativa" achica mi horizonte personal, mi campo de posibilidades, y deja vacía mi "libertad de maniobra". Soy libre para hacer lo que quiera en el *nivel 1*, pero no logro llenar mi vida de sentido mediante el encuentro, acontecimiento que pertenece al *nivel 2*.

2. El cambio de actitud nos eleva a un nivel de libertad creativa

Para descubrir la forma de llenar de sentido mi libertad, he de realizar las *transfiguraciones* que descubrimos en el capítulo 2: convertir los objetos en ámbitos y cambiar mi actitud de *dominio, manejo y disfrute* por otra de *respeto, estima y colaboración*. Entonces descubro la maravilla de las *experiencias reversibles*, y constato que, si renuncio a tomar egoístamente las otras personas como medios para mis propios fines y paso a considerarlas como posibles compañeros de juego, puedo crear relaciones en las que se funda un tipo de unión excelente, la unión de *intimidad*.

Esta unión da lugar al encuentro: encuentro con una obra de arte, una persona, una comunidad... Con ello amplió inmensamente el horizonte de mi vida. Me siento libre de verdad, libre de las ataduras del egoísmo – que me mantiene en el nivel del dominio y la posesión de cosas-, y libre para crear un tipo nuevo de vínculos sumamente prometedores. *Estamos ya en la alta cota del nivel 2*.

Reparemos en que esta liberación nos exige, en principio, la renuncia a la costumbre de mirar sólo por nuestro propio bien. Pero enseguida nos aporta una considerable ganancia: ascendemos a un nivel de vida superior, en el cual los goces se *transforman* en gozos, la reclusión se *cambia* en apertura, el egoísmo se *vuelve* generosidad, el individualismo se *trueca* en encuentro y vida comunitaria. Esta serie de transfiguraciones suponen, en principio, un *sacrificio*, la renuncia al valor de lo agradable y placentero. Pero esta pérdida es compensada, con creces, por la múltiple liberación que experimentamos. Lejos de bloquear nuestro desarrollo personal y reprimirnos, el sacrificio nos *libera y perfecciona*, pues nos asciende de nivel y nos dispone para un modo de libertad superior.

Grabemos bien esto: La *libertad de maniobra* nos atrae fuertemente porque va unida con la tendencia primaria a ejercitar nuestras potencias naturales: andar, hablar, ver, beber... Sin dejar de darle importancia a este modo de libertad, debemos descubrir que hay formas de libertad superiores, porque nos abren a horizontes de actividad más amplios. Para alcanzarlas, debemos realizar una transfiguración interior; la que cambia nuestra actitud de egoísmo por una de generosidad. El paso de la *libertad de maniobra* (nivel 1) a la *libertad creativa* (nivel 2) procede de una transfiguración y da

lugar a otras transfiguraciones: las experiencias lineales se *convierten* en experiencias reversibles, la mera vecindad se *trueca* en encuentro, las realidades con la que nos encontramos dejan de estar *fuera* de nosotros para hacérsenos *íntimas*...

3. *Este cambio de actitud nos abre a una nueva forma de vida*

Una vez situados en el *nivel 2*, nuestro empeño no se dirige a *dominar* ciertas realidades sino a *asumir* otras que nos dan posibilidades creativas -como sucede al declamar un poema o interpretar una obra musical- y encontrarnos profundamente con ellas. *Este encuentro hace surgir nueva vida*. El que declama un poema le da vida, le otorga un cuerpo sonoro, expresa su espíritu en palabras expresivas. De modo afín, al encontrarnos de veras con una persona, le damos vida al tiempo que ella nos la otorga a nosotros. La libertad creativa no se dirige a hacer la propia voluntad, sino a crear nuevas formas de vida. Este salto cualitativo hacia una vida de rango superior nos hace olvidar la renuncia que hicimos a buena parte de nuestra *libertad de maniobra*.

Nuestra libertad ya no consiste ahora sólo en movernos, hablar, beber..., como sucede con la mera *libertad de maniobra* (nivel 1); nos ofrece la posibilidad de *crear nueva vida* (nivel 2). ¿Valió la pena transformar nuestra actitud de dominio en actitud de colaboración? Inmensamente, porque esa transfiguración nos da un nuevo modo de ser, un nuevo *êthos*, nos lleva a *madurez ética* porque nos hace vivir plenamente como "*seres de encuentro*", que es lo que somos, según la Biología actual más cualificada.

Pero el encuentro sólo es auténtico cuando no se realiza por interés o mera apetencia, sino por admiración ante la grandeza de la unidad. Este cambio de perspectiva lo realizamos al advertir que *la unidad es, en sí misma, un valor excelso, el supremo, el que aúna y ensambla -como una clave de bóveda- todos los demás valores*. Ya en el capítulo 2 descubrimos que el logro de la unidad -y, con ella, de la bondad, la verdad, la justicia, la belleza...- constituye el "ideal" de nuestra vida.

Podemos ahora decir que somos verdaderamente libres cuando nos liberamos del apego al propio interés y elegimos, en todo momento, conforme al *ideal de la unidad*, del amor auténtico, el que no se reduce a mera confluencia de intereses, pues supone la creación de un *campo de juego* estable y enriquecedor.

Al vivir la grandeza que la unidad tiene *en sí misma* -unidad que nosotros mismos contribuimos a crea-, nos sentimos *interiormente libres*, porque actuamos conforme a las exigencias íntimas de nuestra propia naturaleza y, por tanto, en la línea de nuestra radical vocación como personas.

III

El logro de la libertad auténtica y el ideal de la unidad

Ahora sabemos lo que significa exactamente la libertad creativa: *la capacidad de elegir en virtud del ideal de la unidad, no de nuestros intereses particulares*. Mejor aún: la libertad creativa es la capacidad de entusiasmarnos con el *ideal de la unidad* de tal forma que nuestro mayor

interés sea ajustar a él nuestra conducta, inspirarla en él, para que asuma toda su riqueza y la energía que irradia. Figurémonos que tengo que salir para dar una conferencia que prometí a unos estudiantes, pero me encuentro muy cansado y desearía reposar, como le pasaba al "viejo" de Hemingway cuando regresaba a casa muerto de cansancio en su viejo bote. Pero, si he optado por el ideal de la unidad, no dudo en ir. Renuncio al valor que tiene para mí en ese momento el descanso, a fin de realizar el valor superior de cumplir la palabra de dar la conferencia y crear un encuentro con los estudiantes. El ideal de la unidad me apela, y soy yo mismo quien me impongo el grato deber de responder positivamente a la llamada de ese ideal con espontaneidad creadora, porque lo he convertido en mi principio de actuación. Lo he *interiorizado*.

El esfuerzo que implica esta respuesta al ideal de la unidad queda, así, *transfigurado*; se hace leve, porque me eleva a lo mejor de mí mismo. Con ello, no voy a dar la conferencia impulsado por un deber *exterior a mí*, el de cumplir la palabra dada que me impone la sociedad en torno. El deber me lo impongo yo mismo por amor, amor al ideal.

El amor es una formidable energía creativa, pues nos lleva a crear vínculos entrañables *por inspiración propia*. El amor auténtico nos convierte en "criaturas nuevas", nos eleva al *nivel 3*. En los días anteriores a la guerra civil norteamericana, dos hombres pujaban, en una subasta, por conseguir la posesión de una joven negra muy bella. El uno era de temple sereno; el otro, iracundo. Al final, ganó el primero, y el antiguo dueño le transmitió los documentos de propiedad y le entregó a la joven de un empujón. Ella miró con odio a su nuevo amo. Éste se mantuvo en silencio durante unos momentos. Luego se acercó a la joven y le dio los documentos, al tiempo que le decía: "*Eres libre; puedes irte*". La joven se quedó perpleja. Luego le dijo, conmovida: "*No me voy; me quedaré a servirle, pero no por obligación... sino por amor*". Ante la bondad inesperada de su nuevo dueño, la pobre mujer cambió el resentimiento por la aceptación amorosa, interiorizó el deber de servirle y subió de un golpe a los niveles 2 y 3, en los que se viven los grandes valores de la unidad y la bondad.

1. La participación, la libertad y la responsabilidad

Cuando conseguimos que los grandes valores –con el valor *ideal* en la cima-, se nos hagan íntimos, aun siendo distintos, damos un paso de gigante hacia nuestra madurez personal, porque esa intimidad indica que *respondimos positivamente* a la apelación de tales valores y nos hicimos *responsables*. Ser responsables significa, en principio, prestar suma atención a cuanto encierra valor y nos invita a que lo asumamos y realicemos. Nos invita en cuanto nos ofrece posibilidades para actuar de modo creativo, fundando relaciones cordiales, bondadosas, justas, bellas. Si asumimos activamente esas posibilidades, *participamos* activamente en el valor que las ofrece. Ese tipo de *respuesta participativa* es la *quintaesencia de la verdadera libertad*. Sólo este tipo de libertad nos permite alcanzar la meta que corresponde a nuestro ser y a la que nos vemos *llamados*. Ahora advertimos con claridad que el grado máximo de libertad lo alcanzamos cuando somos *plenamente responsables*, porque nos liberamos del egoísmo individualista y *respondemos activamente* a la llamada de los más altos valores.

Esta forma de altísima libertad la rehuimos, con frecuencia, porque no tenemos el coraje de *aceptar responsablemente* todo lo que somos.

Grabemos bien esta idea decisiva: *Ser responsable indica responder positivamente a los valores que me apelan y responder de las consecuencias de tal respuesta.* Si asumo activamente estas posibilidades valiosas, actúo responsablemente y me hago responsable del resultado de mis acciones. Primero, *respondo a un valor, y, segundo, respondo de las consecuencias de haberlo asumido.* Son las dos formas de respuesta que dan a nuestra libertad creativa toda su fecundidad.

Ahora descubrimos que nuestra libertad creativa será tanto más elevada cuanto más excelente sea el valor al que respondemos. Si respondemos positivamente al valor más alto –la unidad que funda con los demás el que está dispuesto a dar la vida por amigos y enemigos–, conseguimos una forma de libertad *perfecta*, que parece superar las fuerzas humanas.

2. *La libertad perfecta viene dada por la entrega al amor absoluto*

En el horror de un campo de concentración, un padre de familia está a punto de ingresar en un calabozo para morir allí de extenuación. Uno de los prisioneros –el número 16.670, de nombre Maximiliano Kolbe– se adelanta y se ofrece para entrar en su lugar. ¿Cómo es posible esta libertad interior, la capacidad de crear esa relación de bondad extrema con un desconocido? Tal libertad frente al propio instinto de conservación sólo es posible cuando uno ha interiorizado de tal modo el ideal de la unidad que todos los demás valores –incluido el de la propia vida– quedan supeditados a él.

Un joven israelita es arrastrado, a empellones, fuera de los muros de Jerusalén. Al final del trayecto, el grupo que lo acosa se aleja un tanto de él y empieza a lapidarlo. ¿Puede alguien hacerse una idea del desamparo espiritual que supone morir cercado de odio? Los animales moribundos suelen buscar un refugio para sentirse menos desvalidos. Esteban se hallaba solo, en el descampado, frente a sus verdugos. Lo normal era intentar huir, gritar, defenderse a la desesperada, morir matando. Pero se mantuvo sereno, con la mirada dirigida a lo alto, y desde esa altura pronunció una palabra de perdón para quienes poco después lo dejarían sin voz para siempre. Hace falta una capacidad sobrehumana de despego de sí mismo, de distanciamiento respecto a la propia situación adversa para desbordar el presente y situarse en el punto de vista del *puro amor*, del amor que, incluso en una situación límite, consagra las últimas fuerzas a restaurar la unidad que los enemigos están desgarrando de forma implacable. *Esta identificación con el amor absoluto, incondicional, marca el momento cumbre de la libertad humana.*

III

Consecuencias de la libertad creativa

1. *La liberación del desconcierto intelectual.* La libertad creativa permite al hombre ser muy receptivo a cuanto encierra auténtico valor y, al mismo tiempo, actuar con total autonomía frente a cualquier intromisión manipuladora. La manipulación puede ser *externa* (prejuicios y malentendidos consagrados por los medios de comunicación, empobrecimiento injustificado

de la vida personal, tergiversación del lenguaje...) o *interna* (primacía de las energías pulsionales sobre las espirituales; exaltación de los procesos de vértigo por lo que encierran de halago...).

Al inmunizarnos, al menos en cierta medida, contra la manipulación, nos *liberamos* de multitud de riesgos: confundir la *libertad creativa* con las *libertades para entregarnos al vértigo*, identificar el *entusiasmo* con la *euforia*, la *autonomía personal* con la *ruptura del vínculo con los valores*, la *exaltación* que produce la entrega a una experiencia de fusión seductora con la *exultación* suscitada por un encuentro personal...

2. *La recuperación de la energía creativa.* Esta múltiple liberación espiritual nos dispone para cumplir, una a una, las diversas exigencias del encuentro y desarrollarnos plenamente como personas. Lograr este desarrollo es la única forma verdadera de vivir una vida lograda. Entregarnos al frenesí del vértigo implica un gran despliegue de energía, pero se reduce a dar vueltas sobre el propio eje sin avanzar, pues la forma de libertad ejercitada es *ilusa* de raíz. Sólo cuando orientamos nuestra vida hacia la creación de modos de auténtico encuentro vivimos con una forma de libertad plena y nos hallamos colmados de *ilusión*,

3. *El logro de la verdadera alegría interior.* Debemos distinguir la *alegría* y la *euforia*. La *euforia* es la exaltación que nos invade cuando comenzamos a saciar nuestras pulsiones instintivas. La *alegría verdadera* es el sentimiento de plenitud que experimentamos cuando desarrollamos nuestra vida personal. Este desarrollo se lleva a cabo al elegir en virtud del ideal auténtico de nuestra existencia y crear verdaderas relaciones de encuentro con toda suerte de realidades valiosas. Para ello debemos cumplir una serie de exigencias, poniendo en juego nuestra capacidad de ser libres-para-ser-creativos. Aquí resalta el nexo profundo de la "libertad interior" – conseguida con esfuerzo- y la verdadera alegría.

IV

Tres enemigos de la libertad creativa: la manipulación, los malentendidos, las presiones ideológicas

Hasta aquí hemos descubierto las diversas formas de libertad, en cuya cima se encuentran las formas más elevadas de la *libertad creativa*. Este magnífico edificio puede desplomarse si no disponemos de un antídoto eficaz contra la manipulación –con los malentendidos que provoca–, y contra las presiones del entorno.

1. *La manipulación intenta vencer sin convencer, modelar de una determinada forma el pensar, el sentir y el decidir de las gentes sin dar las razones pertinentes.*

Para ganar el favor del público, ciertos dirigentes se manifiestan partidarios de "la libertad" y conceden todo tipo de libertades en cuestión de costumbres. Saben que en nuestra época, el concepto de "libertad" tiene condición de "talismán", al ser considerado por las multitudes como una panacea, una fuente inagotable de bienes. Por ello suelen utilizar el término "libertad" de forma general, imprecisa, para que el pueblo no advierta que,

en realidad, sólo promueven el tipo de libertad inferior: la "libertad de maniobra". El uso predominante o exclusivo de este tipo de libertad amengua nuestra libertad creativa o libertad interior, y nos deja sometidos al poder seductor de quienes dominan los recursos de la propaganda. Los pueblos que reducen "la libertad humana" a la mera "libertad de maniobra" renuncian a la autonomía de pensamiento y decisión. Están propicios para someterse a la servidumbre ética y política.

Para conseguir que el pueblo no alcance la verdadera libertad –que consiste en elegir en virtud del ideal de la unidad y, consiguientemente, de la verdad, la bondad, la justicia, la belleza-, el dirigente manipulador aplica toda su capacidad de tergiversación a reducir el valor de los aspectos más relevantes de la vida humana: el amor es reducido a la saciedad de un impulso pasional; el deporte es visto como mera competición, impulsada por el afán de ganar a cualquier precio por razones de prepotencia; el poder económico y político es ansiado como medio para aumentar el dominio y la posesión de bienes de todo orden... Esta precaria valoración de la vida –difundida mediante los recursos demagógicos de la manipulación- somete a multitud de personas a una penosa *menesterosidad espiritual*. Tal pobreza de espíritu nos dispone para el gregarismo, para la aceptación sumisa de alguien que nos "dicte" lo que debemos hacer.

2. *Los "dictadores culturales" –precursores de los dictadores políticos- se valen de los recursos de la manipulación para retener a las gentes en los niveles culturales más bajos, en los cuales son fácilmente vulnerables y dominables. Para ello*

- 1) confunden los procesos de vértigo y los de éxtasis, a fin de proyectar dolosamente sobre los primeros el prestigio bien merecido que tienen de antiguo los segundos. Cuando uno se entrega a cualquier tipo de vértigo –vértigo de poder, dominio, embriaguez, droga, sexualidad banalizada, velocidad embriagadora...-, pierde la libertad interior, la que nos da independencia de criterio, soberanía de espíritu, poder de resistencia frente a los afanosos de poder fácil;
- 2) no matizan los conceptos y hablan de "libertad" –en general-, para que las gentes piensen sólo en la forma más elemental de libertad –la "libertad de maniobra"- y renuncien, de hecho, al cultivo de la libertad interior;
- 3) oponen las normas a la libertad, dejando de lado, arteramente, la posibilidad de lograr un tipo de libertad que asuma activamente las normas y potencie la creatividad de la persona;
- 4) enfrentan la autonomía con la solidaridad, olvidando astutamente que, en el nivel de la creatividad o el encuentro, somos verdaderamente autónomos –es decir, logramos una personalidad recia- cuando nos abrimos solidariamente a los demás;
- 5) consideran el sacrificio como el enemigo de la felicidad, obviando astutamente el hecho de que la verdadera felicidad sólo podemos conseguirla cuando renunciamos voluntariamente a valores inferiores.

Esta corrupción de la mente provoca, inevitablemente, la corrupción de las personas y de la sociedad.

3. Presiones de todo orden coartan gravemente la libertad interior

Una persona puede disponer de las formas de libertad antedichas y verse amordazada espiritualmente por diversas presiones de orden ideológico, político, moral o religioso que le hacen muy difícil comportarse según los dictados de su propia conciencia. Tiene capacidad para actuar con libertad interior, creativa, pero se enfrenta a un cerco de hostilidad que convierte cada decisión en una fuente de riesgos. Los que han vivido este tipo de cerco espiritual no podrán olvidar el ansia vehemente que sentían de *liberarse* de tan insufrible tensión¹⁷.

Conclusión

Hemos seguido un proceso de crecimiento muy sugestivo. A lo largo de sus distintas fases, aparece la libertad en sus diversas formas y nos muestra su inmensa riqueza. En el *nivel 1*, la *libertad de maniobra* presenta un valor; nos permite ejercitar nuestras potencias, asumiendo las posibilidades que nos son dadas. Pero este ejercicio de las potencias tiene por meta crear *nuevas posibilidades*. Por ejemplo, ejercitamos la libertad de movernos con el fin de realizar diversos encuentros. Orientar la libertad de maniobra a la realización de encuentros es la tarea propia de la *libertad creativa*. Debemos amenguar, para ello, nuestra capacidad de libertad de maniobra, y con esa renuncia adquirimos una forma superior de libertad, la *libertad creativa*. En cuanto crecemos como personas, aprendemos a ver la libertad no tanto como la capacidad de movernos arbitrariamente cuanto como el poder de crear relaciones más y más valiosas. Este poder implica una renuncia a la reclusión egoísta en nosotros mismos, pero tal sacrificio no frena nuestro ascenso hacia lo alto; lo impulsa de forma progresiva.

A medida que alcanzamos una forma superior de libertad, nos liberamos del apego a las formas inferiores. Así se explican casos heroicos de personas que han soportado la falta absoluta de *libertad de maniobra* sin perder el buen ánimo, la fidelidad a sus creencias, la cordialidad con los demás.

Ahora queda patente ante nosotros una de las bases de la vida ética: *la necesidad de aceptar que amengüe la libertad de maniobra para hacer posible la libertad creativa*. Este paso de un tipo de libertad inferior a otro superior lo damos siempre que transformamos una realidad y acomodamos nuestra conducta a las exigencias de la realidad nueva. El proceso de perfeccionamiento ético va unido a una serie de transfiguraciones de la realidad y de la conducta. De ahí la importancia decisiva del estudio de los ocho niveles de realidad en que podemos vivir¹⁸.

¹⁷ Los temas abordados en este capítulo son explicados en las obras de A. López Quintás: *El secreto de una vida lograda*, Palabra, Madrid 2004, 2ª ed.; *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid 2008, 2ª ed.

¹⁸ Estos niveles son descritos ampliamente en mi obra *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2010, 2ª ed.

5

EL CONOCIMIENTO DE LOS VALORES¹⁹

¿Qué función ejercen los valores en nuestra vida? Si respondemos que desempeñan un papel decisivo, debemos averiguar cómo los conocemos. ¿Basta, para ello, movilizar la inteligencia o debemos disponer nuestro ánimo para responder a su apelación? ¿Cuál es el criterio para considerar algo como valioso? Estas son las preguntas que han inspirado mi análisis.

Se cuenta que, en plena guerra, un soldado le dijo al capitán: «Un amigo mío no ha regresado del campo de batalla, señor. Solicito permiso para salir a buscarlo».

“Permiso denegado –replicó el oficial–. No quiero que arriesgue usted su vida por un hombre que probablemente ha muerto”.

El soldado, haciendo caso omiso de la prohibición, salió, y una hora más tarde regresó mortalmente herido, transportando el cadáver de su amigo.

El oficial se puso furioso: “¡Ya le dije yo que había muerto! ¡Ahora he perdido a dos hombres! Dígame, ¿merecía la pena salir allá para traer un cadáver?”

Y el soldado, moribundo, respondió: “¡Claro que sí, señor! Cuando lo encontré, todavía estaba vivo y pudo decirme: “Jack... estaba seguro de que vendrías”²⁰.

Esta anécdota resalta el valor de la *fidelidad en la relación de amistad*. En otra anécdota, tomada de *Los miserables*, de Víctor Hugo, nos sorprende un ejemplo admirable de *bondad pura*. Un obispo, de nombre Bienvenido, recibe en su casa, de noche, a un expresidiario, Jean Valjean, que le pide posada. Éste, como pago por su actitud acogedora, le roba, antes de marcharse, unos cubiertos de plata. Poco después regresa acompañado de tres guardias. El obispo finge que le había regalado esos cubiertos, así como dos candelabros, que él se olvidó de llevar consigo. En consecuencia, los guardias lo dejan en libertad. Al quedarse solo con él, el obispo le dice en voz baja: “*No olvidéis nunca que me habéis prometido emplear este dinero en haceros hombre honrado*”. “*Jean Valjean, hermano mío, vos no pertenecéis al mal sino al bien. Yo compro vuestra alma; yo la libro de las negras ideas y del espíritu de perdición y la consagro a Dios*”²¹.

Estos episodios nos sumergen en dos situaciones en las que se alumbran sendos valores: la fidelidad y la bondad. *Empezamos a entrever que el camino real para descubrir los valores es la experiencia*. Ahora veremos cómo ha de ser esta experiencia para que resulte fecunda.

¹⁹ Este tema lo expongo, desde el punto de vista filosófico, en la obra *El conocimiento de los valores*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1999, 3ª ed.

²⁰ Cf. Anthony de Mello: *La oración de la rana*, Sal Terrae, Cantabria 1989, p. 201.

²¹ Cf. *Los miserables*, Círculo de Lectores, Barcelona 1967, p. 114.

La experiencia y el conocimiento de los valores

En principio, los valores nos impresionan, porque aparecen rodeados de una aureola de prestigio. Luego nos apelan, nos instan a realizarlos, nos invitan enérgicamente a convertirlos en un *principio interno de actuación*. Ya sabemos que los valores no sólo existen; *se hacen valer*. No son una mera idea. Son ideas propulsoras y orientadoras de nuestra conducta. Por eso debemos conocerlas muy bien. Esforzarse en adquirir este conocimiento es la gran labor iniciada por Sócrates y Platón. Gracias a ellos sabemos que, al decir: “*El bien hay que hacerlo siempre; el mal, nunca... La justicia hay que practicarla siempre; la injusticia, nunca*”, las ideas de *bien* y de *justicia* son algo muy real, por ser eficiente y valioso. Son *la fuente de una conducta bondadosa y justa*. De ahí se deriva su gran poder para inspirar nuestra actividad.

Los conceptos que movilizamos desde niños iluminan nuestra mente y nos permiten expresarnos con sentido, sin que sepamos dar una definición precisa de los mismos. Cuando, de niño, me levantaba y abría la ventana que daba a la ría de Ferrol, veía a veces el mar tranquilo como un lago y surcado por veleros y lanchas, y me decía: “Qué *bonita* está hoy la ría!”. Tenía razón al atribuir el concepto de belleza a la ría, pero, si me hubieran preguntado qué es la belleza, no hubiera sabido contestar. *Estaba seguro* de que la ría era bella, pero no hubiera podido demostrarlo mediante una exposición precisa de las características de la belleza. *Lo decisivo era que me sentía inmerso en el reino de la belleza*.

A diario pronunciamos y oímos palabras muy significativas cuyo sentido preciso apenas conocemos pero nos iluminan la mente, pues abren en ella espacios de comprensión de cuanto existe. Si movilizamos, luego, nuestra capacidad de intuición y reflexión, vamos poco a poco penetrando en su secreto, viviendo de su riqueza interna como de un tesoro escondido. Pensemos en términos como *belleza, bondad, relación, encuentro, ideal, unidad, justicia, valor...*

Los valores se nos revelan a través del lenguaje que nos viene transmitido por nuestros mayores, en los que solemos confiar. Si respondemos a esa primera manifestación y apelación de los valores, realizándolos en nuestra vida, vamos conociendo más y más su sentido y su alcance. Supongamos que leo un poema y adquiero una primera idea de su valor. Esta idea se hace más clara y profunda si aprendo el poema de memoria y lo declamo una y otra vez hasta que tenga la impresión de que todas sus cualidades resaltan y quedan a plena luz. La experiencia del poema es el *campo de luz* en que reluce el valor del mismo. Podemos afirmar que los valores se alumbran en experiencias de *participación*, experiencias creadoras en las cuales los valores ejercen el papel de principio interno de actuación. Nuestro conocimiento es entonces *genético*: conocemos algo como si lo estuviéramos gestando por primera vez.

El conocimiento de la función que ejercen los valores

Este conocimiento de los valores se hace todavía más profundo y radical cuando descubrimos la función que están llamados a ejercer en nuestra vida. Y como, según la ciencia actual, la vida de los seres humanos se realiza y perfecciona a través de diversas formas de encuentro,

para conocer de verdad los valores hemos de investigar la función que ejercen en los acontecimientos de encuentro. Entonces los vemos *en su raíz*, en lo que constituye su razón de ser, la fuente misma de su relevancia.

Figurémonos que deseamos conocer a fondo el valor del *acogimiento*, al que cada día se concede mayor importancia. ¿Cómo experimentamos la relevancia de este valor? Viendo el papel que desempeña en nuestra vida desde el principio. Hoy afirman los biólogos y los pediatras más destacados que lo que más necesita un niño al nacer es ser bien acogido. Los seres humanos nacemos prematuramente, muy a medio gestar en el aspecto inmunológico, enzimático, neurológico. Este anticipo de un año fue determinado por el Creador (y, derivadamente, por la Naturaleza) para que el bebé acabe de troquelar su ser fisiológico y psicológico *en relación con el entorno*. Su entorno es en primer lugar la madre, luego el padre y los hermanos mayores. Esa relación troquela debidamente el ser del niño si es una relación acogedora, tierna, amorosa, ya que ésta suscita en su interior un sentimiento de confianza en el entorno, que será a lo largo de la vida una de las condiciones del encuentro.

Al ver la función que desempeña el valor del acogimiento en el proceso de desarrollo humano, nos hacemos cargo de su verdadera significación y relevancia *a lo largo de toda la vida*.

No basta, pues, hablar de cada uno de los valores, describir su sentido, resaltar su importancia. Debemos ver la eficacia que muestran en el proceso de configuración de nuestra personalidad. Esta configuración tiene lugar, sobre todo, en la fundación de relaciones de encuentro. Para encontrarnos -es decir, para crear un *estado de comprensión, ayuda, amor y enriquecimiento espiritual mutuo*- debemos adoptar una actitud de generosidad, veracidad, confianza, fidelidad, paciencia, cordialidad, comunicación cordial, participación en tareas nobles... Estas y otras actitudes afines encierran un gran valor porque hacen posible el encuentro, y, con él, nuestro desarrollo personal. Son "valores". Es valioso todo aquello que contribuye a perfeccionarnos. Por el hecho de estar dispuestos al encuentro descubrimos ya una serie de valores, que, al asumirlos como criterios de conducta, reducen el nombre de *virtudes*.

Si practicamos estas virtudes, con los valores que implican, y tenemos la suerte de hallar otra persona que haga lo mismo, vivimos una experiencia auténtica de encuentro. Entonces, experimentamos sus *frutos*, que son energía interior, alegría, entusiasmo y felicidad, sentimiento de plenitud que se manifiesta en paz y amparo interiores, así como gozo festivo, es decir, júbilo. Al experimentar estos frutos -que entrañan otros tantos valores-, nos damos cuenta -sentimos verdaderamente- que en la vida humana no hay un valor superior al encuentro, o dicho más en general, al hecho de crear modos elevados de unidad. Acabamos de descubrir el *valor supremo*, el que da sentido a todos los demás y los sostiene, como una clave de bóveda: *el ideal de la unidad*.

En este momento, el nombre de los valores antedichos tiene para nosotros una especial vibración, un relieve insospechado, porque sabemos la altísima función que ejercen en nuestra vida. En un debate televisivo varias personas me reprocharon que defendiese la fidelidad matrimonial. "¿Por qué te empeñas -me decían- en obligar a las gentes a *aguantar* durante toda la vida?" - "Pero si no se trata de aguantar, les respondí yo; aguantar es propio de muros y columnas. Los seres humanos estamos llamados a algo superior, que es *ser fieles*, es decir, crear en cada momento

la forma de vida que, en un determinado momento, prometimos crear. Lo que importa es vivir el amor con autenticidad en cada momento. Entonces el amor perdura de por sí, como dura un buen paño. No debemos pensar en lo duro que es prometer *para toda la vida*. Debemos prometer esforzarnos en dar al amor una alta calidad *cada día*. Con ello tenemos garantía de que el amor perdure, naturalmente con las modalidades propias de cada edad”.

No bien terminé de hablar, otro participante me dijo con tono airado: “Pero ¿por qué ponéis algunos tanto interés en defender la fidelidad matrimonial? Dejad que cada uno haga lo que desee...”. “Es obvio, le contesté, que yo no tengo mando alguno para obligar a nadie a asumir ciertos valores. Además, no tiene sentido coaccionar a alguien para que realice los valores porque los valores no se imponen; *atraen*, que es bien distinto. Por eso la labor de los pedagogos es acercar a las gentes al área de irradiación de los valores. El resto lo hace el valor mismo, que es *imponente* por su eficacia, pero no se *impone*, invita a las gentes a que lo realicen, y, de esta forma, se realicen plenamente a sí mismos como personas. Si me preguntan, pues, por qué defiendo la fidelidad –y lo mismo diría de la cordialidad, o la piedad o la justicia...– contestaré sencillamente: porque es un valor, y nos permite encontrarnos, y conseguir, así, una vida lograda. No se trata de imponer los valores, sino de descubrir la función que realizan en nuestra vida y dejar al descubierto toda su relevancia.

Lo que son los valores y la razón por la cual debemos asumirlos activamente en la vida sólo podemos determinarlo al observar de cerca cómo se desarrolla nuestra personalidad. Este desarrollo tiene dos momentos decisivos: 1º) cuando descubrimos lo que significa, en sentido estricto, encontrarse y cuál es el ideal verdadero de nuestra vida; 2º) cuando optamos incondicionalmente por este ideal –el *ideal de la unidad*– y orientamos toda la vida hacia él.

Necesidad de reflexionar sobre el valor de la unidad

El ideal no es una mera idea; es una idea propulsora, dinamizadora. Da sentido a todo lo que hacemos. Yo he venido esta tarde a dar esta conferencia. Si lo hice inspirado por el valor de la unidad, he actuado con pleno sentido, y esta noche me acostaré contento, pensando que he vivido hoy en *estado de encuentro*, que significa una cumbre en la vida, porque me realiza plenamente y ayuda a otros a realizarse. Vivir como persona es vivir relaciones de encuentro.

Lamentablemente, es muy posible que no hayamos pensado lo suficiente en el valor de la unidad. Desde antiguo se viene diciendo que “la unión hace la fuerza”, que “el cordón de tres dobleces con dificultad se rompe”, etc. Esto es verdad, pero resulta peligroso, porque induce a pensar que la unidad es un medio para un fin: el de tener fuerza y adquirir resistencia. Pero la unidad es *un fin en sí*; es decir, el estar unidos encierra de por sí un gran valor, es una meta. Los cristianos lo sabemos bien, porque desde niños se nos insta a vivir trinitariamente, vivir en unidad, en una forma de unidad que nos da la vida y da la vida a otras personas. Ese dar la vida por amor es un trasunto de la vida trinitaria. Hoy día, todas las disciplinas que estudian al ser humano confluyen en la idea de que vivir una alta forma de unidad es la meta por excelencia de nuestra vida, porque es el valor supremo.

Para descubrir por dentro este valor de la unidad, recordemos que, al desarrollarnos como personas, realizamos constantemente todo tipo de transfiguraciones, que elevan de rango y de valor a las realidades que tratamos y nos permiten unirnos más profundamente a las realidades del entorno.

- Convertimos una tabla en tablero de juego, y con éste podemos unirnos más intensamente que con la tabla.
- Convertimos un papel en partitura musical, y con ella nos unimos de forma más íntima que con la tabla y el tablero.
- Al tocar el piano y crear en él una obra musical, convertimos el piano-mueble en piano-instrumento, y podemos unirnos a él de forma mucho más valiosa que cuando acariciamos por fuera la tabla que lo recubre. Adquirimos, así, una unión profunda con el piano, con la obra, con el autor de la obra, con el estilo del autor, con la época del autor...

Pero hay formas todavía más elevadas de unidad.

- Convierto la mera cercanía con una persona en encuentro, y me uno *íntimamente* a ella.
- Convierto un piso en hogar, cuando creo en él relaciones personales de encuentro, y fundo así un clima de *verdadera intimidad*.
- Convierto cada camino que transito en una "ruta de mi vida", una vía hacia la realización de mi vocación y mi misión, y me uno íntimamente a tales caminos porque, vistos así, son los hilos que tejen la trama de mi vida. Es lo que sugirió bellamente el poeta Antonio Machado al decir que se hace camino al andar.

"Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar".

¿Cómo se entiende esto de que hacemos camino al andar? En la vida encontramos muchos caminos ya hechos (*nivel 1*). Los caminos que hacemos nosotros son las rutas que trazamos en la vida para realizar los proyectos que nos dan sentido (*nivel 2*). Si el camino ya trazado por la sociedad me sirve para seguir una determinada ruta gana para mí un valor. *El valor no está en las cosas; surge en el dinamismo de la vida humana.*

El conocimiento de los valores debe ser genético

Acabamos de descubrir una clave para comprender los valores y la forma de conocerlos a fondo. El único modo de conocer de verdad una realidad que pertenece a la vida humana es *verla en su génesis*, como algo vivo que brota y se desarrolla. Los valores no se los conoce de forma estática, sino dinámica. Los valores nos muestran que son necesarios para

nuestra vida en cuanto nos ofrecen posibilidades creativas, sobre todo para fundar formas de encuentro. Si asumimos esas posibilidades activamente, descubrimos su eficacia y quedamos interiormente persuadidos de su relevancia.

Los valores no se revelan a quien desea conocerlos de forma incomprometida. Sólo se dan a conocer a quienes están *de antemano* dispuestos a abrirse a lo valioso, lo que es fuente de vida. Pero ¿cómo podemos adoptar esa actitud de acogimiento respecto a los valores si todavía no sabemos si existe el valor? La respuesta es muy clara: A medida que creamos diversas formas de encuentro y experimentamos sus espléndidos frutos, sentimos que *la vida tiene valor porque vale la pena vivirla, aunque sea a veces dura y amarga*. Vivir la vida con autenticidad supone vivirla creando formas de encuentro en virtud del ideal de la unidad.

Esta convicción básica de que la vida encierra valor porque tiene sentido vivirla la adquirimos ya de niños si nacimos y crecimos en una familia bien estructurada y acogedora. En este tipo de familias, lo normal es vivir en el *nivel 2*, en el que se adopta frente al entorno una actitud de generosidad, y, por tanto, de respeto, estima y colaboración. El *respeto* nos lleva a renunciar a la voluntad de dominar y manejar todas las realidades – incluso las personas- como si fueran objetos. La *estima* nos inclina a reconocer los valores de los demás. La voluntad de *colaboración* nos insta a entrelazar nuestras posibilidades de vida para crear un estado de enriquecimiento mutuo, es decir, de encuentro. Al adoptar esa actitud de respeto, estima y colaboración, nuestra vida se llena de sentido y de valor, porque se convierte en una trama de encuentros. Al vivir en actitud de encuentro, sentimos que la vida tiene valor. Pero el encuentro hay que *crearlo*, cumpliendo todas sus condiciones.

El conocimiento de los valores y la creatividad

Esto nos permite descubrir que la creatividad es una de las condiciones fundamentales para descubrir los valores. Por eso el Principito (según el relato de Saint-Exupéry), cuando llegó a la tierra en busca de amigos, lo primero que hizo al ver al piloto en la desolación del desierto no fue pedirle que le diera de beber y lo llevara a casa, sino que le dibujara un cordero, es decir, que se elevara al nivel 2, el nivel de la creatividad. Hubiera sido igual que le pidiera que le cantara una canción o le contara un cuento. Quería probar su disposición a vivir en el nivel donde florece el encuentro –y, derivadamente, la verdadera amistad-. Cuando el piloto abandonó el trabajo urgente de arreglar el avión y salvar, así, su vida y acogió al principito para consolar su llanto, éste cobró confianza, le abrió el corazón y le hizo confidencias. Con ello inició un proceso de encuentro entrañable. *En tal proceso descubrieron los dos una serie de valores*: el de la confianza, el de la entrega generosa, el de la búsqueda en común del sentido de la vida, el del encuentro y su poder de transfigurar todo: el dolor, la muerte, el paisaje, los espacios siderales...

Vemos cada vez con mayor claridad que los valores se descubren siempre de forma dinámica y comprometida. El principito analizó a su flor; descubrió que era vanidosa y la abandonó en busca de amigos. Más tarde descubrió que el amor se dirige a la persona, no sólo a las cualidades de la persona. A través del trato cordial y comprometido con la suerte de una persona, ésta se convierte para uno en "única en el mundo", y nos

conquista el corazón. Ese valor de ser *único en el mundo para alguien* se adquiere a través del trato, surge a través del encuentro diario. Se lo conoce cuando se moviliza la inteligencia y el corazón, es decir, la voluntad de poner corazón en lo que uno hace. Por eso le dijo el zorro al principito: "Sólo se conoce bien con el corazón". "Sólo se conoce de verdad lo que uno ha domesticado, es decir, ha convertido en amigo".

Pensemos, por ejemplo, en el valor de la *piEDAD*. Sabemos todos que significa la tendencia a ayudar a los menesterosos. Pero su conocimiento verdadero se alumbraba cuando lo vivimos por dentro, al darle vida en alguna ocasión. Bajaba un día las escaleras mecánicas del metro madrileño. No había allí nadie en ese momento, excepto un señor que intentaba saltar a la escalera de subida pero no acertaba a manejar sus muletas adecuadamente. Advertí claramente que estaba en peligro. Yo tenía prisa, pero me sentí llamado a ayudarlo. Cuando llegué abajo, ya él había saltado a la escalera. Muy pronto empezó a inclinarse hacia atrás. Salté a la cinta rápidamente, y lo sostuve por detrás con ambas manos. Si se hubiera caído para atrás, se hubiera muerto seguramente. Me alegré de haber respondido a la llamada del valor de la *piEDAD*. La fuerza de este valor, su inmensa riqueza la percibí claramente cuando, tras acompañar al buen hombre por las escaleras y los pasillos hasta la salida, me despidió con una mirada de agradecimiento difícil de olvidar. Me recordó el mensaje que nos da Saint Exupéry en su obra *Tierra de los hombres*: la *piEDAD* nos devuelve el amor a la humanidad. Recordemos lo que le dijo el piloto joven, rico y fuerte, al hombre más humilde del desierto, el beduino que le dio buena parte de su escasa ración de agua para librarlos a él y a su amigo de morir de sed en aquel mar de arena ardiente:

"¡Ah! Habíamos perdido la pista de la especie humana, nos habíamos alejado de la tribu, nos encontrábamos solos en el mundo, olvidados por una migración universal, y he aquí que descubrimos, impresos en la arena, los pies milagrosos del hombre". "En cuanto a ti que nos salvas, beduino de Libia, tú te borrarás sin embargo para siempre de mi memoria. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No nos has visto nunca y ya nos has reconocido. Eres el hermano bienamado. Y a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres". "Tú me apareces bañado de nobleza y de bondad, gran Señor que tienes el poder de dar de beber. Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y yo no tengo ya un solo enemigo en el mundo"²².

La generosidad del pobre recadero del desierto no sólo les salvó a los pilotos la vida biológica sino también la espiritual, porque descubrieron el verdadero valor de la generosidad y el encuentro, por una parte, y del agradecimiento, por otra. Agradecer un acto realizado con espíritu benevolente significa indicar que se está a la recíproca en cuanto a generosidad. Ese triple descubrimiento llevó a los pilotos a reconciliarse con la Humanidad. En verdad, *los valores se nos revelan plenamente en las experiencias de participación*. Se alumbran en el juego de la vida, cuando uno se compromete con las situaciones, llamado por un valor entrevisto.

²² Cf. *Terre des hommes*, Gallimard Paris 1939, p. 207; *Tierra de los Hombres*, Círculo de Lectores, Barcelona 2000, págs. 165-166.

Y se comprende esto muy bien, porque los valores tienen un modo de ser abierto, relacional. Nos ofrecen posibilidades, y, al asumirlas nosotros, se nos revelan en toda su riqueza. Esa revelación acontece entre los valores y quien los asume activamente. En el *nivel 2* -el de la creatividad y el encuentro-, nada se nos manifiesta si nos mantenemos pasivos, sin la decisión de aceptar, de forma comprometida, aquello que se nos ofrece. En la conocida obra de Samuel Beckett "*Esperando a Godot*", los dos protagonistas se hallan esperando que venga Godot a salvarlos. Estragón dice: "No hagamos nada. Es lo más prudente...". Vladimir agrega: "Tengo curiosidad por saber qué va a decirnos Godot. Sea lo que sea, no nos comprometo a nada"²³. La espera se hace larga y Godot no aparece. Aunque hubiera ido, no hubiera podido hacer nada por unas personas que de antemano se habían cerrado a su mensaje.

La confianza de que existe el valor

Llegamos a conocer los valores si tenemos una confianza básica e inquebrantable de que *existe el valor*, de que la vida humana no es de por sí *absurda*, pues tiene una *tendencia natural a llenarse de sentido*. Estoy oyendo una sonata de Juan Sebastián Bach. Me encanta su ritmo sereno, el equilibrio de sus voces entrelazadas, la energía soterrada bajo su firme andadura. De repente, oigo que alguien pide ayuda y lo dejo todo para correr a su encuentro. Esta reacción espontánea revela mi convicción profunda de que *la vida alberga valores que tienen el poder de apelarme*. Si los escucho y atiendo su llamada, pese a mi apego a las experiencias gratificantes, dejo claro que los valores se hacen valer porque son "imponentes", en el doble sentido de que *sobrecogen* por su importancia y *se imponen* a quien sabe escucharlos. Pero no se imponen de modo coactivo, como sucede en el *nivel 1*. Se imponen sugestivamente, mediante la oferta de posibilidades creativas (*nivel 2*). Digamos, por tanto, que *se hacen valer*.

Se trata de una propuesta fecunda de los valores, que nos invita a responder activamente a su apelación, asumiéndolos de forma creativa. Un valor se revela como tal -como fuente de posibilidades- cuando la persona apelada responde activamente a su apelación. Es una experiencia *reversible*, no meramente *lineal* sino *relacional*, de doble dirección, en la que el valor se adelanta a ofrecer posibilidades y el hombre responde acogéndo las con energía creativa.

De lo antedicho se desprende que, si veo mi entorno como una trama de *ámbitos*, me siento apelado por una serie de *fuentes de posibilidades creativas*, es decir, de *valores que acrecientan mi capacidad de actuar con sentido*.

- Así, al encontrarme con alguien sensible a la belleza y la fecundidad de las interrelaciones, me veo inmerso en un *campo de intimidad*, que es un espacio sumamente valioso. Y me convengo de que existe el valor.
- Oigo el *Requiem* de Gabriel Fauré y quedo elevado a una región de altísima belleza, que es un valor eximio. Mi conciencia de que existe el valor se afirma, con ello, al máximo.

²³ *Esperando a Godot*, Barral Editores, Barcelona 1970, p. 19; *En attendant Godot*, Les Editions du Minuit, Paris 1973, págs. 22-23.

- En la cima de un total desamparo, descubro en quien me tiende la mano la existencia de la *bondad pura*, y es como si un ángel me trajera la buena nueva de que la vida tiene valor y sentido.

Llego, así, a la convicción firme de que mi "elemento vital" -el espacio que me permite vivir y desarrollarme plenamente- está constituido por una trama de valores concatenados que se potencian entre sí. Mi *mundo auténtico* es un *campo de valor*. En cuanto me veo inmerso en él, me siento feliz, realizado en cuanto persona, pues el ser humano es *axiotrópico*: se vuelve hacia el valor como el girasol hacia la fuente de la luz, el astro rey.

De aquí se desprende que, para educar a niños y jóvenes en los valores, debemos ayudarles a ver las realidades del entorno de modo penetrante y descubrir que buen número de ellas son -o pueden llegar a ser- *ámbitos*, realidades abiertas que, por ser fuentes de posibilidades para ellos, se les presentan como *valores*. Al encontrarse con tales realidades valiosas, van experimentando que *en el mundo existe el valor*, y éste nos eleva a una vida auténtica, colmada de sentido.

Conviene, pues, cultivar desde la infancia el sentido de la admiración, del asombro ante lo que es prometedor, lo que nos ofrece posibilidades y se nos revela como valioso si acogemos activamente tales posibilidades para dar lugar a algo nuevo dotado de sentido. Es erróneo pensar que podemos descubrir los valores al modo como percibimos los objetos, sin movilizar nuestra capacidad creativa y siguiendo un proceso afín a éste:

1. Los valores aparecen ante nosotros de forma espontánea, como se nos muestran los objetos cuando hay luz.
2. Los examinamos como si fueran una realidad que no nos insta a asumirlos activamente.
3. Decidimos, arbitrariamente, si los aceptamos o no.

Al que adopte esta actitud de indiferencia, propia del *nivel 1*, los valores no se le revelan, por la profunda razón de que pertenecen a los niveles 2 y 3. Estos niveles están regidos por un tipo de lógica que podemos denominar "circular", pues, según ella, los valores se nos revelan cuando estamos dispuestos a escuchar su apelación y realizarlos en nuestra vida.

Vivimos en un entorno lleno de realidades valiosas, que nos ofrecen posibilidades creativas. Pensemos, por ejemplo, en una obra musical que se nos revela en una partitura. Al principio entrevemos tales realidades, y sólo llegamos a conocerlas si nos acercamos a ellas con espíritu abierto, dispuesto a asumir las posibilidades que nos ofrecen y crear campos de juego comunes. Estos *campos de juego* -de intercambio de posibilidades- son *campos de iluminación*, y a su luz se conocen los valores.

Lo importante es acercarse a esa área de irradiación de los valores con espíritu abierto, con sensibilidad para el asombro ante lo grande, dispuestos a asumir activamente las posibilidades de vida que nos dan los valores, como hace el intérprete musical al entrever el valor de una obra en su primera ojeada a la partitura.

Nuestra personalidad se desarrolla cuando vamos, animosos, hacia metas cuya grandeza entrevista nos atrae e impulsa. Este impulso es una fuerza inspiradora. En estas experiencias reversibles -bidireccionales- actuamos *inspirados*, es decir, nos dejamos llevar de realidades valiosas, convertidas en el principio de nuestro obrar. Tales realidades son, entre

otras, un poema, una norma moral, una obra musical, cualquier realidad valiosa... Al dejarnos inspirar por tales realidades, *participamos* en ellas del modo más enriquecedor y hacemos la experiencia de su valor o fecundidad.

Veamos cómo se clarifican algunos valores al destacar la función que ejercen en nuestro proceso de desarrollo personal.

6

CONOCIMIENTO DE ALGUNOS VALORES RELEVANTES²⁴

Si conocemos los valores al participar de ellos, hemos de analizar en pormenor la forma concreta de acceder a algunos especialmente significativos. Será la forma más lúcida de acrecentar nuestra estima de la participación y nuestra admiración ante la fecundidad que muestran dichos valores cuando los asumimos con energía creadora.

1. *La vocación y la misión*

Dos de los valores que al principio se nos revelan de forma borrosa y están llamados a ser en nuestra vida una fuente de inmensa energía y tenacidad son la *vocación* y la *misión*. Me siento *llamado* a llevar tal o cual género de vida y *enviado* a desarrollar un género determinado de actividad. Esta misión y esa vocación me sirven de inspiración un día y otro, me guían y me dotan de una fuerza inquebrantable. No se trata de meras ideas o suposiciones ilusas. Son *principios de vida*. Me siento llamado a algo valioso, y lo persigo y realizo. Son algo en lo que participo intensamente porque vienen a ser la razón de mi vida. Su valor es tan grande como el sentido de mi existencia.

2. *El valor de la inteligencia madura y las ideas precisas*

Tener ideas fecundas, claras, firmes, precisas, incontaminadas... es un tesoro. En otras conferencias subrayé la necesidad de distinguir bien los diversos niveles de realidad en que podemos vivir las personas y la necesidad de adaptar nuestra conducta a las exigencias de las distintas realidades. Cualquier desajuste por nuestra parte tiene unas repercusiones muy graves en nuestra vida. Si situamos nuestra vida de relaciones en el *nivel 1* –el del dominio, posesión, manejo y disfrute de objetos–, no daremos a nuestro trato con los demás una mínima calidad. Confundiremos

²⁴ Una descripción de la vertiente ética de valores relevantes, con apoyo en textos de autores distinguidos desde la antigüedad hasta nuestros días, se halla en mi obra *El libro de los grandes valores* (BAC, Madrid 2013).

el entusiasmo con la euforia, el gozo con el goce, el amor con la apetencia..., y desquiciaremos nuestra conducta. *Si fallan nuestras elecciones básicas debido a la confusión de ideas y actitudes, nuestra mente y nuestro espíritu enferman, se desajustan gravemente.* Tal desajuste acaba desordenando la vida de los hombres y de la sociedad. Cuidar la salud de la mente significa cultivar la vida de la inteligencia, ejercitar el arte de pensar con el debido rigor, matizar las ideas, mantenerlas libres de toda contaminación. Las ideas penetran las estructuras de la vida humana y de la vida social. Las ideas ricas de contenido, vigorosas, precisas nos guían e impulsan, nos abren horizontes de vida y nos animan a incorporarlos en nuestra vida. Las ideas falsas, turbias, desajustadas oscurecen nuestra mente y desorientan nuestra vida; bloquean nuestro desarrollo personal.

De aquí se deduce que cultivar la inteligencia para lograr ideas precisas sobre las cuestiones decisivas de la vida sea una tarea inmensamente valiosa.

3. El valor del sentido

Eminentes psicólogos y psiquiatras afirman actualmente que la felicidad y el equilibrio psíquico de los hombres depende de que su vida tenga sentido. No hay mayor emoción que ver la propia existencia desbordante de sentido. No existe mayor desconsuelo que verse falto de sentido. A lo largo de la vida advertimos que el valor del sentido es inmenso. ¿Cómo se colma la vida de sentido? La respuesta es fácil si vivimos las distintas fases que debemos recorrer hacia la plenitud personal. Nuestra vida adquiere sentido si la orientamos decididamente hacia el *nivel 3*, el nivel de los grandes valores -la bondad, la justicia, la belleza...-, que culminan en el *ideal de la unidad*. Vernos colmados de sentido nos alborozan tanto porque nos asegura que estamos instalados en la verdad, ob-ligados a aquello que nos realiza plenamente como personas.

Advertimos claramente que el valor del sentido lo descubrimos de modo dinámico, al orientar la vida hacia el ideal de la unidad y sentir que nuestra vida alcanza una sorprendente elevación. Orientar de este modo la vida supone consagrarla a fundar relaciones de encuentro. En este *espacio de compromiso creador* se alumbra el valor del sentido.

4. El valor de la tolerancia

De la tolerancia se dan diversas definiciones. Su verdadero valor se nos revela, a mi entender, cuando descubrimos la función que ejerce en nuestra vida. El papel de la tolerancia en nuestro camino hacia la plenitud personal es el de *buscar la verdad en común*. Para vivir plenamente, necesitamos ajustar nuestra vida a la realidad, tal como se nos va manifestando luminosamente en nuestra experiencia y en los estudios de los expertos. *Esa manifestación luminosa de la realidad es la verdad*. Nuestro camino hacia la verdad es siempre limitado, parcial, determinado por nuestra forma de ver las realidades y los acontecimientos. Necesitamos complementar esta perspectiva nuestra con la de otras personas. Alguien puede estar en desacuerdo con nosotros respecto a nuestra manera de ver y juzgar algo. Si soy tolerante, no lo rechazo por contradecir mi opinión. Al contrario, respeto y estimo su capacidad de buscar y encontrar la verdad. Por eso atiendo a las razones que aporte y estoy dispuesto a cambiar de

opinión si tales razones me resultan convincentes. Esa flexibilidad de espíritu no responde a indiferencia respecto a la verdad, sino a mi decisión de preferir la verdad a la defensa orgullosa de mis posiciones.

Vista de esta forma profunda, la tolerancia no se reduce a *permisividad*, que responde a indiferencia respecto a la verdad y al bien de los demás. Tal permisividad no nos perfecciona; nos empobrece. La tolerancia nos pone en camino de ajuste a la realidad, vista –por diferentes vías- en su plena verdad.

5. El valor de la veracidad

Si describimos lo que es la veracidad, de modo abstracto, como la actitud fiel a la verdad, podemos caer en el error de pensar que se trata de una actitud sumisa, nada creativa, sometida a los cauces de la realidad e incapaz de tener iniciativas propias. Vista dinámicamente en el proceso de desarrollo humano, se nos manifiesta como una condición básica para crear relaciones de encuentro. La veracidad suscita *confianza*, y ésta lleva a hacer *confidencias*, que facilitan el intercambio de posibilidades que supone el encuentro. Presenta, pues, una condición muy positiva. Este carácter se acrecienta al pensar que el ajuste a la realidad –y, por tanto, a la verdad- incrementa la *libertad creativa*, propia del *nivel 2*, aunque amengüe la *libertad de maniobra*, propia del *nivel 1*.

Hace un tiempo, tres notables periodistas abandonaron una emisora de radio porque sus estudios estaban presididos por el lema: “La verdad os hará libres”. Ignoraban, al parecer, que la atencencia a la verdad no implica una *sumisión pasiva* –propia del *nivel 1-*, sino un *ajuste activo y creador* (característico del *nivel 2*). De modo semejante a como la fidelidad absoluta a una partitura y a la obra en ella expresada no se traduce en sujeción servil; da lugar a una libertad creativa plena.

6. El valor de la historicidad

Vivir históricamente implica un alto valor, que debemos estimar y potenciar en cada momento. No se reduce a *vivir decurrentemente*, condición que también comparten las plantas y los animales. Indica que, en cada instante de la vida, estamos recibiendo posibilidades creativas de nuestro pasado; con ellas hacemos surgir posibilidades nuevas, y se las transmitimos a las generaciones más jóvenes. De esta forma se vinculan creativamente el pasado, el presente y el futuro. Este valor va unido estrechamente a otros tan relevantes como la creatividad, el sentido, la solidaridad, el entusiasmo...

Resulta admirable la imagen de Mme. Curie extenuándose para conseguir unos hallazgos de cuya fecundidad médica ella no iba a participar. Es, asimismo, entrañable la estampa de un filósofo como Xavier Zubiri que, a sus 80 años, dedicó el breve plazo de vida que le habían garantizado los médicos a concluir unas obras que hoy son para todos una fuente de luz y de energía interior. Fueron personas que vivieron intensamente el valor de la historicidad, bien entendido. Este valor lo comprendemos en todo su alcance cuando hacemos la experiencia personal de la creatividad y descubrimos que, para ser creativos, debemos ser solidarios: recibir posibilidades del pasado, incrementarlas en el presente y transmitir las a las nuevas generaciones.

Vemos de nuevo que, al seguir por dentro el proceso humano de desarrollo, se alumbran ante nosotros los distintos valores en su espléndida riqueza, es decir, en su verdad.

7. El valor de ser locuentes

Una de las tareas más importantes de la formación humana es la de descubrir el valor del lenguaje, o mejor, el valor que encierra el hecho de que seamos *locuentes*, seres que hablan. Este valor no se reduce al poder de comunicarnos. Implica la capacidad de ser llamados y responder; ser invitados generosamente a compartir la vida y responder con agradecimiento a esa invitación. Antes de nacer, cada uno de nosotros estuvimos ya presentes en el proyecto amoroso de nuestros padres. Si éstos se casaron abiertos a la vida –por exigencias del mismo amor conyugal–, al unir sus vidas en un proyecto común nos llamaron a la existencia. Nuestra vida ha de ser una respuesta agradecida a tal llamada. *Por estar insertos en el espacio de amor abierto por esta llamada y esta respuesta, somos locuentes.* Toda nuestra vida, con cada uno de sus actos, debe ser una elocuente manifestación de agradecimiento.

Por eso Ferdinand Ebner –el genial precursor de la Antropología filosófica actual– vincula estrechamente la palabra y el amor:

“La palabra y el amor se implican. Todas las desgracias que ocurren entre los hombres proceden de que éstos rara vez pronuncian la palabra recta. La palabra recta es siempre aquella que pronuncia el amor”. “Hay dos hechos, no más, en la vida espiritual; dos hechos que se dan entre el yo y el tú: la palabra y el amor. En ellos radica la salvación del hombre, la liberación de su yo de su autorreclusión. La palabra sin amor. ¡Qué abuso del lenguaje es esto! Aquí la palabra lucha contra su propio sentido, se burla espiritualmente a sí misma y pone fin a su propia existencia”²⁵.

8. El valor de los dones primarios

El valor del lenguaje es uno de los dones primarios que constituyen la base de nuestra vida. Debemos afinar nuestra sensibilidad para agradecer y valorar debidamente los dones primarios, los que recibimos al nacer. Hemos de acoger con agradecimiento cuanto se nos ha dado: nuestro ser personal, con sus peculiaridades, sus potencias y sus limitaciones; la situación en que nos hallamos al nacer: la familia, el país, el clima, la cultura, la tradición... Todo esto es algo *originario*; supone el punto de arranque de nuestra existencia. Por eso no fue posible consultarnos sobre nuestras preferencias. Estamos ante nuestro punto de partida, el acontecimiento primario de nuestra existencia, y hemos de tener la sabiduría de aceptarnos a nosotros mismos, con todas las implicaciones que alberga nuestro ser. Por el afán de poseer, dominar y manejar las realidades, nos resistimos, con frecuencia, a reconocer el alto valor de los dones primarios. Pero este reconocimiento, por responder a una ley de vida, constituye una base para el normal y fecundo desarrollo de nuestra personalidad.

²⁵ Cf. *La palabra y las realidades espirituales*, Caparrós, Madrid 1993, p. 125; *Das Wort ist der Weg*, Herder, Viena 1949, págs. 112, 142.

9. El valor de la libertad auténtica o libertad creativa

En el proceso de desarrollo humano marca una cumbre el descubrimiento del valor de la verdadera libertad. Yo me siento verdaderamente libre cuando me distancio de mis apetencias y me vinculo a las realidades que me ofrecen posibilidades de una vida fecunda. Cuanto más decididamente asumo tales posibilidades, más libre me siento. Entonces veo las normas morales como valores que fomentan mi libertad creativa. Lo mismo que, cuando me atengo fielmente a una partitura musical, me siento libre interiormente, es decir, capaz de dar vida a la obra con soltura, decisión, rotundidad, belleza. *Descubrir el valor de la libertad creativa es un acontecimiento en la vida...* Voy buscando algo libremente en virtud de la energía que me da la realidad buscada. No soy autónomo, pero sí libre. Estoy obligado a una obra, vinculado profundamente a ella, y, al mismo tiempo, me veo libre de veras. Es el valor de la libertad creativa y de las normas vistas en el *nivel 2*. Es una visión de la vida amplia, flexible, integradora, llena de *contrastes* -que enriquecen-, no de *contradicciones* -que desgarran y empobrecen-.

10. El valor de los sentimientos

Bien entendidos, los sentimientos humanos no se reducen a emociones pasajeras; significan la vibración de toda la persona ante lo valioso. Esta vibración cordial es indispensable para la fundación de relaciones de encuentro. De ahí la importancia de cultivar la vida del corazón, darle la elevación debida, descubrir su capacidad de conocer las realidades más elevadas y de insertarse en el "ordo amoris", es decir, la trama de preferencias-o líneas de afecto- que determina la orientación que toma el hombre en cada momento de su vida.

"Quien posee el ordo amoris de un hombre posee al hombre -escribe Max Scheler-. (...) El hombre no prefiere siempre las mismas cosas y las mismas personas, pero sí las mismas clases de personas y de cosas, clases que son, en todo caso, clases de valores que le atraen en todas partes conforme a ciertas reglas constantes del preferir (o posponer) lo uno a lo otro, o le repelen dondequiera que vaya. (...) En cada caso de este atraer y repeler se oculta el ordo amoris del hombre y su especial relieve"²⁶.

Si se deprecian los sentimientos, por considerarlos como meros estados subjetivos y arbitrarios del ser humano, se resta importancia al papel que representa el corazón en el proceso de desarrollo de la personalidad.

²⁶ Cf. *Ordo amoris*, Caparrós, Madrid 1996, págs. 27-29. Versión original: *Schriften aus dem Nachlass. I. Zur Ethik und Erkenntnislehre*, Francke, Berna 1957, págs. 348-349.

11. El valor de la alegría

Si quiero conocer de veras el valor de la alegría, debo examinar la función que ejerce ésta en mi vida diaria. San Pablo instaba a los primeros cristianos a estar alegres. "Estad alegres. Otra vez os lo digo: Estad alegres". ¿Tiene sentido mandar estar alegres? ¿Por qué juega un papel tan destacado la alegría en el Antiguo y en el Nuevo Testamento?

Los seres humanos nos desarrollamos a través del encuentro, y uno de los frutos más sobresalientes del encuentro auténtico es la alegría. Si estamos de verdad alegres, no sólo *divertidos* sino *alegres* en lo más hondo de nuestro ser, indica que vivimos una vida de encuentro. *La alegría es un testimonio elocuente de una vida en sazón*. No es algo superficial, sino muy profundo; revela un estado de ánimo, una actitud ante la vida. Romano Guardini, el gran pedagogo italoalemán, puso gran empeño en que sus discípulos descubriesen el valor de la verdadera alegría.

"Vamos a intentar que nuestro corazón se vuelva alegre. No divertido; eso es algo bien distinto. Divertirse es algo externo, que hace ruido y desaparece rápidamente. En cambio, la alegría vive dentro, es callada y echa profundas raíces. Es hermana de la seriedad (...)"²⁷.

12. El valor de la ternura

El valor de la ternura va unido con la necesidad primaria de todo ser humano de sentirse acogido. Llama la atención que en una de las obras más imponentes de la cultura universal, la Novena Sinfonía de Beethoven, al llegar a su momento más expresivo y solemne, la orquesta y el coro, aunados, envíen un beso y un abrazo a toda la Humanidad. El cosmos entero parece sentirse acogido por ese abrazo inmenso. Cuando nos elevamos de la ternura expresada en la relación de intimidad personal a la ternura vertida a la humanidad entera nos volvemos adultos, porque logramos una gran apertura afectiva –opuesta a la mera fusión egoísta– y, por tanto, un alto grado de madurez. Nos sentimos, entonces, insertos en el *ordo amoris*, en la ordenación viva de los seres hacia el ideal de la unidad. Tal inserción tiene un inmenso valor. Nos sobrecoge sentirnos dentro de un *orden del amor*, de una ordenación viva de los seres hacia el ideal del encuentro. Cada persona tiene un *ordo amoris* peculiar. Conocer esa trama de líneas de afecto es conocer a la persona. En todo el universo hay un *ordo amoris*, en el que debemos insertarnos activamente. No se trata de un mero sentimentalismo; estamos ante una manifestación muy seria y constructiva del auténtico sentimiento humano, que es la vibración de toda la persona ante lo verdaderamente valioso.

Hoy destacan los psicólogos que en nuestra vida es muy importante el amar, pero tanto o más lo es ser amado, aceptar ser amado, sentirse acogido, aceptado, valorado; en una palabra: *verse inserto en el ordo amoris de la humanidad*.

²⁷ Cf. *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Palabra, Madrid 2000, p. 11; *Briefe über Selbstbildung*, Grünewald, Maguncia 1930, p. 6.

Conclusiones

El criterio para discernir si algo es valioso

El criterio para discernir que algo es valioso es ver si me lleva al ideal de la unidad. Hay una tendencia difusa en la sociedad actual a considerar como *valioso* todo lo *deseable*. Se piensa, en el fondo, que el mero desear algo es el árbitro absoluto del valor. Si somos egoístas, caemos en este malentendido porque lo vemos todo desde nuestra perspectiva de solitarios (nivel 1). El deseo ejerce un papel positivo en la vida del hombre porque es un primer detector de lo valioso; insta al hombre a salir de sí en busca de algo que se presenta como apetecible. Desear es sentir nostalgia por lo que encierra valor, posibilidades de vida en plenitud (niveles 2 y 3).

Esa nostalgia es fuente de energía. Pero ésta ha de ser orientada de forma que el hombre realice su vocación y su misión en la vida. La misión y vocación de todo ser humano consiste en lograr el ideal adecuado a su alta dignidad. Si deseamos firmemente –es decir, si *queremos* de veras– alcanzar esta meta, nos situamos en la perspectiva adecuada para descubrir el rango de cada valor y discernir qué valores han de tener la primacía en nuestros actos de elección.

Esta forma de elegir no nos viene *impuesta* por ninguna tradición o doctrina ajena a nosotros. Nos viene *propuesta* por nuestra misma experiencia. Las doctrinas que la tradición nos lega se anticipan a indicarnos dónde está la clave para una elección certera. Pero somos nosotros, con la luz que brota en el juego que hacemos con la realidad circundante, quienes hemos de optar con plena lucidez y garantía de éxito.

La ceguera para el valor

Las experiencias de vértigo o fascinación, al anular la posibilidad del encuentro y desconectarnos de lo real, nos desgajan de los valores. Y, como éstos sólo se revelan a quien participa en su juego, el desarraigo provocado por el vértigo se traduce en *ceguera para el valor*. Una vez producida tal ceguera, la “subversión de valores” –la alteración arbitraria de la escala de valores– resulta tarea fácil. *Los valores que resaltan en las experiencias de éxtasis son sustituidos con dramática naturalidad por los antivalores que provocan las experiencias de vértigo.*

Estas experiencias fascinantes pueden dar a personas inexpertas una impresión de fecundidad creadora. Son experiencias intensas, atractivas, conmovedoras, exaltantes. Pero esta *exaltación* es opuesta a la *exultación* que conduce al pleno desarrollo humano. No debemos caer en el error de pensar que son creativas todas las experiencias humanas, incluso las de vértigo. Ello nos llevaría a creer que para llevar una vida ética basta realizar todo tipo de experiencias por vía de puro experimentalismo. *Creatividad* no se confunde con *activismo*. Nada más importante que precisar lo que ha de entenderse por actividad creativa y cuál es su articulación interna.

De lo expuesto anteriormente se deduce que para educar en valores a niños y jóvenes no basta precisar su significado y sus implicaciones. Todo ello es útil, pero insuficiente. Por eso, los libros destinados a tal análisis han

de complementarse con los que describen el proceso de desarrollo de la personalidad humana²⁸.

Al conocer de cerca este proceso, sabemos que nuestro corazón está moldeado conforme al ideal de la unidad. Al vivir este ideal en la vida diaria, satisfacemos el impulso de nuestro corazón, es decir, de nuestro yo, visto como un ser que aspira a la felicidad plena. En la medida en que promovemos esta aspiración y la satisfacemos, nos mantenemos jóvenes de espíritu, pues tenemos en todo momento una razón poderosa –la suprema– para vivir con ilusión.

7

LA CREATIVIDAD EN LA VIDA COTIDIANA²⁹

«La creatividad por excelencia es la del hombre que suscita vida generosa en otros».

(Henri Bergson: *L'Énergie spirituelle*, en *Oeuvres*, PUF, Paris 1970, p. 834).

En un reportaje televisivo pudimos ver a los miembros de una tribu del Alto Volta que emigraba debido a la sequía. Caminaban, en fila india, por una tierra resquebrajada. Iban exhaustos, y era de temer que de un momento a otro se fueran desplomando. Pero, de repente, el que cerraba la fila empezó a musitar una melodía en una flauta de construcción casera. Y el ánimo volvió al grupo. Yo me quedé pensando: Estas gentes desvalidas acaban de dejarlo todo, pero lo único que no se resignan a perder es la creatividad, representada aquí por la música.

La música, bien entendida y practicada, es una actividad eminentemente creativa y, por serlo, nos anima. En el terror de Auschwitz, el P. Maximiliano Kolbe animó a sus compañeros de infortunio entonando cánticos. En un entorno extremadamente hostil, en el que parecía normal mofarse de la muerte de unos inocentes, el canto les ayudó a soportar con dignidad la dureza de esa situación límite. El canto religioso nos enardece porque nos une estrechamente a las realidades más valiosas. Crear ese modo elevado de unidad es una actividad *creativa*.

²⁸ En coherencia con esta convicción, antes que *El libro de los valores* (Planeta, Barcelona) escribí *El conocimiento de los valores* (Verbo Divino, Estella, Navarra) e *Inteligencia creativa* (BAC, Madrid), perfeccionados posteriormente en otras dos obras: *“Descubrir la grandeza de la vida”* (Desclée de Brouwer, Bilbao 2010) y *El secreto de una vida lograda* (Palabra, Madrid 2004, 2ª ed.).

²⁹ Sobre este tema pueden verse mis obras: *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp, Madrid 1998, 3ª ed.; *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid 2003, 4ª ed.

I. Qué es la creatividad

Nos importa sobremanera precisar bien este concepto, pues su amplitud es mucho mayor que la del concepto romántico de creatividad, reducido a los genios. Mozart, Miguel Ángel, Goethe y Cervantes fueron geniales y sumamente creativos. Esto es obvio. Pero no sólo los genios son creativos. Si ahondamos en el concepto de creatividad, veremos que todos podemos –y debemos– serlo, e incluso en grado eminente. No hablaremos, por tanto, sólo de la creatividad artística y del poder inventivo de todo orden. Intentaremos captar el sentido radical de la creatividad. Ello nos permitirá llevar a cabo una revalorización de la vida cotidiana.

Somos creativos cuando asumimos activamente ciertas posibilidades que nos ofrece el entorno y damos lugar a algo nuevo valioso. Al asumir tales posibilidades, nos unimos de modo estrecho a las realidades que nos las ofrecen. Esa unión operativa es la base del juego creador³⁰.

Hacer juego con las realidades del entorno y unirnos a ellas es indispensable para nuestra vida orgánica, psíquica y espiritual. Lo es por la profunda razón de que los seres humanos estamos, por naturaleza, “distanciados” del entorno, es decir, podemos dar respuestas distintas a cada estímulo. El animal reacciona automáticamente a cada estímulo con una respuesta prefijada. Está, por así decir, “fusionado” con el entorno. Nosotros nos hallamos a cierta distancia; podemos elegir una respuesta entre varias posibles. Esa elección es el origen de la libertad y la creatividad. Necesitamos elegir libremente las posibilidades que nos da el entorno y crear formas de unidad con las realidades circundantes. Esas formas de unión valiosas dan lugar a la Cultura³¹.

La cultura auténtica empieza por la atención a todo lo que nos ofrece posibilidades para crear algo nuevo lleno de sentido. Esa atención suscita admiración, asombro, a veces incluso pasmo. Admirar lo valioso, lo que ofrece posibilidades, es condición ineludible para responder positivamente a esa oferta. Al principio, sólo vislumbramos ese valor, apenas lo conocemos, pero lo aceptamos confiadamente. Esa aceptación confiada nos permite entrar en relación con el valor y conocerlo más profundamente.

La creatividad procede de esta primera actitud de apertura confiada al entorno. De ahí la decisiva importancia de que los niños se sientan acogidos en el hogar, pues tal acogimiento genera en su ánimo una actitud de confianza. El niño se ve rodeado de realidades que lo acogen, le van al encuentro, le facilitan mil estímulos de todo orden que le instan a responder activamente. De ahí el inmenso valor del hogar para la vida creativa del niño. Una sonrisa le invita a crear un ámbito de acogimiento. Una palabra lo lleva a sumergirse en el mundo del lenguaje, con su múltiple oferta de posibilidades. Aprendemos a crear al tiempo que aprendemos a hablar. “Ven”, le dice la madre al niño que inicia sus primeros pasos. Al tiempo que aprende el significado de ese imperativo, está ensayando la actividad creativa de ir al encuentro. Si vemos la vida profundamente, observamos que todas las formas de cultura auténtica son formas de encuentro.

³⁰ Un amplio estudio del juego, como actividad creativa, puede verse en mi obra *Estética de la creatividad. Juego, arte, literatura*, Rialp, Madrid, 1998, 3ª ed., págs. 33-183.

³¹ Esta idea de “cultura” la expongo en la obra *La cultura y el sentido de la vida*, Rialp, Madrid 2003, 2ª ed.

Por eso, cuando se destruye el encuentro entre los seres humanos, se desguaza la cultura y sobreviene el caos. Siete años tras la última guerra mundial, tuve ocasión de visitar Alemania. Desde la estación de ferrocarril pude ver la inmensa catedral gótica como una dama enlutada que se alzaba patéticamente entre un campo de ruinas. Ante este paisaje desolador, no pude sino pensar cómo es posible que la culta Europa, que nos abrió los caminos de la ciencia y el arte, se haya desgarrado a sí misma en tal manera. ¿No habíamos quedado en que la ciencia y la técnica elevan nuestra calidad de vida y que el arte forma nuestro espíritu y refina nuestra sensibilidad? Es compatible un alto grado de cultura y un conflicto devastador?

La respuesta más lúcida nos la dio tempranamente –en 1921- el genial precursor de la Antropología filosófica actual, Ferdinand Ebner, al decirnos que buena parte de la espectacular cultura europea no supuso un auténtico “cultivo del espíritu”; se redujo a un mero “soñar con el espíritu”. Vivir conforme a las leyes de la vida espiritual implica crear toda suerte de vínculos fecundos con el entorno. Esta creación exige todas las condiciones del encuentro: generosidad, apertura, veracidad, fidelidad, cordialidad, comunicación fecunda.... El encuentro nos eleva a lo mejor de nosotros mismos. Por eso constituye un proceso de “éxtasis”, en el noble sentido que esta palabra adquirió desde Platón, Plotino, Agustín, la Escuela de Chartres, los grandes místicos, cultivadores modélicos de la vida del espíritu. Si no cumplimos tales exigencias, porque no orientamos la vida hacia el ideal de la unidad, sino al ideal egoísta de dominarlo todo para poseerlo y reducirlo a medio para nuestros fines, nos dejamos llevar de la fascinación y nos precipitamos por el tobogán del vértigo o fascinación.

II. Modos de creatividad

Según sean las posibilidades que uno recibe, así es el tipo de creatividad que lleva a cabo. Oler una flor puede ser una mera experiencia de vértigo o fascinación si me dejo llevar del halago que produce su perfume y me quedo fusionado en él, sin entrar en juego con la flor y la planta que en ella se expresa. Me he movido en lo que podemos llamar nivel 1, el nivel del manejo de realidades y disfrute de las mismas. En cambio, el mismo acto de oler una flor puede ser una experiencia creativa (propia del nivel 2, el de las realidades que no son meros objetos y no son, por tanto, realidades dominables, manejables, disponibles). Si, al oler el perfume, entro en relación con la planta, y con la tierra, el agua y el sol -fuente de toda energía-..., y considero el olor como la forma de expresarse una planta en sazón, inicio una relación de encuentro con dicha flor. No quedo empastado en ella, no la tomo como un mero medio para mis fines hedonistas; le doy todo su valor de expresión viva de la planta, y a ésta la veo engarzada con todo el universo. Si soy creyente, advierto que la flor está dando gloria al Creador, al vivir unida ecológicamente al entorno. Esta forma de pensamiento “relacional” –no “relativista”- me permite crear una relación sumamente enriquecedora con la realidad circundante. Con razón, el principito –en el relato homónimo de Antoine de Saint-Exupéry–

reprochaba a las personas mayores el no haber olido jamás una flor en plan creativo³².

Si oigo una pieza musical de ritmo electrizante y me dejo llevar de una marea de sonido, quedo empastado en ese mundo sonoro, perdido en él, en una especie de embriaguez rítmica y sonora. Es una experiencia de vértigo que no crea nada; más bien destruye toda relación personal con el entorno. En cambio, si oigo una obra de música clásica, vibro con sus temas básicos, doy vida a sus melodías y armonías, viviéndolas como propias, articulándolas debidamente, captando la estructura musical que tejen entre todas..., realizo una actividad creativa. Cada obra musical –como toda obra artística– integra al menos siete planos de realidad: los sonidos aislados; los sonidos vinculados entre sí; los sonidos intervenculados y estructurados mediante una forma; los ámbitos de realidad que expresan estas formas – ámbitos de alegría o de dolor, de amor o de odio, de expectación o de desidia... Si los vivo todos al mismo tiempo, creo un ámbito expresivo muy valioso; realizo una experiencia eminentemente creativa.

Hay personas que, cuando te diriges a ellas, te reciben con una sonrisa benévola, acogedora. Es toda su persona la que te acoge amablemente. Esa sonrisa crea un ámbito de acogimiento, e invita a fundar con ella una relación de encuentro. Es profundamente creativa. Por el contrario, un mohín de desprecio o un simple gesto de indiferencia no son creativos sino, más bien, destructivos, porque no invitan a crear confiadamente un ámbito de encuentro.

Cuando una mujer espera en casa a su esposo –o viceversa– puede limitarse a dejar que pasen los minutos del reloj. En ese caso, su espera no es creativa; se realiza en el *nivel 1*. Pero, si al tiempo que deja correr el tiempo, crea un *ámbito de acogimiento*, se eleva al *nivel 2*, adopta una actitud creativa sumamente valiosa. Esto nos permite descubrir el sentido profundo del final del primer Acto de *Yerma*, el “poema dramático” de Federico García Lorca. En un atardecer de verano, Juan, marido de Yerma, se dispone a salir de casa para regar los campos. Yerma le dice: “¿Te espero?”. Él le contesta: “¡No! Tú acuéstate y duerme!”³³ Yerma no se encontraba cansada físicamente (*nivel 1*); se hallaba fatigada espiritualmente de estar siempre sola; necesitaba encontrarse con su marido (*nivel 2*). Pero éste seguía moviéndose en el *nivel 1*, sin percatarse de lo que sucedía en el interior de su esposa. Desde un nivel inferior de realidad y de conducta no se puede captar lo que pasa en los niveles superiores. Este desconocimiento llevó a los protagonistas a la tragedia final.

Es maravilloso descubrir las posibilidades de creatividad inagotables que tiene la vida humana.

- Visitar el claustro de un monasterio, recorrerlo, crear un ámbito de paz al moverse entre sus columnas bien ritmadas es una actividad creativa.
- Lo mismo sucede al recitar un poema. Hagan esta experiencia y descubrirán el tipo de unidad entrañable que podemos crear con una realidad que, en principio, es distinta, distante, externa, extraña y

³² Cf. *El principito*, Alianza Editorial, Madrid 1972, 2ª ed., p. 12. Versión original: *Le petit prince*, Harbrace Paperbound Library, Nueva York, 1943, p. 4.

³³ Cf. *Yerma*, Cátedra, Madrid 1970, p. 65.

ajena a nosotros y luego se nos vuelve íntima. Aprendan de memoria un poema, teniendo en cuenta que la memoria es una facultad creativa; intenten darle vida, crearlo de nuevo como si fueran ustedes los autores, cambien el ritmo una y otra vez, fráséenlo de un modo y otro, hasta que toda su expresividad salga a superficie. Al cabo de unos minutos, verán que el poema les parece algo propio, distinto e íntimo a la vez, pues se ha convertido en una voz interior, en el impulso de su actividad como declamadores. Adviertan entonces que entre ustedes y el poema ha surgido una forma de unidad entrañable. Su actividad declamatoria fue, en todo rigor, una actividad creativa, y, como tal, *transfiguradora*; convirtió lo distinto, distante, externo, extraño y ajeno en algo íntimo, sin dejar de ser distinto.

- Algo semejante sucede al interpretar una canción o una obra instrumental. Cuando un pianista toca una obra, ésta va surgiendo bajo sus dedos, que están impulsados en buena medida por los brazos y antebrazos. Todo el cuerpo del intérprete vibra con la composición y resalta, pasa a primer plano, pero poco a poco se va ocultando discretamente para que haga acto de presencia luminosamente la obra interpretada. Con ello, el cuerpo adquiere su plena dignidad. En un bello texto, Juan Ramón Jiménez, premio Nobel de Literatura, entona un himno a la belleza de las manos de una niñera que cuida a un niño y a las de Toscanini cuando con un leve gesto aúna y ensambla armónicamente a una familia numerosa de intérpretes. Son manos *transfiguradas* por ser manos *creativas*. Nuestro cuerpo se transfigura cuando es el vehículo viviente de una labor creativa. Lo ha visto certeramente el gran poeta Juan Ramón Jiménez:

«¡Qué encantadora armonía el uso de las manos de la niñera de un niño, el alzarlo, el mecerlo, el vestirlo, el lavarlo, el entretenerlo con gestos relacionados con la fantasía! ¡Qué delicia ver las manos de Toscanini dirigiendo y qué encanto no habrá sido el ver modelando las manos de Miguel Ángel!» «Aplaudir con sinceridad, con gozo, con alegría también puede ser un buen empleo de las manos: sobre todo si se goza lo que se aplaude»³⁴

Hay creatividad siempre que nos movemos en el *nivel 2*, y respetamos las realidades que nos ofrecen posibilidades, las estimamos y colaboramos con ellas.

“Todos hemos conocido a lo largo de nuestra existencia –escribe el filósofo y dramaturgo francés Gabriel Marcel– seres que eran esencialmente creativos; por la irradiación de bondad y de amor que emanaba de su ser, hacían una contribución positiva a la obra invisible que da a la aventura humana el único sentido que puede justificarla”³⁵.

El psiquiatra vienés Víctor Frankl advierte que la falta de sentido es la causa de la mayoría de los desarreglos psíquicos que afligen a multitud de personas. Esa falta de sentido se debe a falta de creatividad.

³⁴ Cf. *Política poética*, Alianza Editorial, Madrid 1981, p. 429

³⁵ Cf. *Le mystère de l' être II*, Aubier, Paris 1951, págs. 46-47.

Veamos algunos ejemplos de esa irradiación de bondad a la que alude Marcel:

- Vivo con otras personas; puedo ofrecerles posibilidades y recibir las que ellas me ofrecen. Si lo hago, actúo creativamente. Pueden ser posibilidades sencillas: ayudar a clarificar un problema, hacer una suplencia en un momento de apuro, atender y acompañar a un enfermo.... Con ello, creo actos de colaboración y ayuda. Soy *creativo*.
- Me hago cargo de la situación de un amigo y le echo una mano cuando está más angustiado. Creo un ámbito de colaboración amistosa.
- Ayudo a un alumno a perfeccionar el estilo, a pensar con más rigor, a poner más empeño... En cuanto lo hago, *soy creativo*, y, por tanto, mi vida es auténtica.
- Pongo empeño en prepararme bien y adquirir el arte de dar claves de interpretación de la vida. Cuando alguien me pide consejo, me basta oírle con atención para hallar una respuesta atinada. Esta facilidad para guiar le he conquistado al alto precio de la preparación. Al ir la adquiriendo con esfuerzo, *he vivido creativamente* y he creado valiosas relaciones de unidad con los demás.
Estamos descubriendo que nuestra actividad creativa cotidiana va de la mano con la fundación de ámbitos de todo orden.
- Miguel Ángel asumió interiormente la multitud de ámbitos de vida que implica la Historia de la Salvación, desde el instante misterioso en que el Creador infundió el primer hálito de vida en el hombre hasta la venida del Salvador al final de los tiempos. Al darles vida mediante una depurada expresión artística en el techo de la Capilla Sixtina, en el Vaticano, mostró una eminente creatividad. Pero también lo hace una humilde madre de familia que amamanta con la debida ternura a su bebé, pues con ello crea esa "urdimbre afectiva" que, según los más cualificados biólogos actuales, debe tejerse entre padres e hijos si éstos han de desarrollarse normalmente³⁶.
- En esta línea, es creativo quien establece vínculos afectivos con los demás y transforma un *piso (nivel 1)* en *hogar (nivel 2)*; el profesor que logra convertir su clase en un ámbito de encuentro; el ciudadano que trata las realidades del entorno con delicadeza ecológica; todo aquel que orienta su actividad hacia metas altas y le confiere, así, un sentido muy hondo.
- Somos creativos cuando creamos formas valiosas de unidad. Entonces colmamos la vida de sentido porque la orientamos debidamente.

Vivir creativamente es vivir históricamente

Se cuenta que, en plena Edad Media, alguien se acercó a las obras de una catedral, y le preguntó sucesivamente a tres canteros qué estaban haciendo. El primero contestó adustamente: "Estoy desollándome las manos

³⁶ Cf. Juan Rof Carballo: *El hombre, como encuentro*, Alfaguara, Madrid 1973.
Manuel Cabada Castro: *La vigencia del amor*, San Pablo, Madrid 1994.

para pulir esta piedra". El segundo indicó, serenamente: "Estoy ganando un salario para sacar adelante a mi familia". El tercero, con voz entusiasta, respondió: "Estoy colaborando a edificar una catedral para gloria de Dios y bien de la Humanidad". El primer operario no parecía saber lo que significa ser creativo; se movía en el *nivel 1*, el del mero *producir*. El segundo entendía su trabajo como medio para un fin; rebajaba el rango de su actividad, pero participaba en una modalidad de la vida creativa: hacer posible la existencia del ámbito familiar (*nivel 2*). El tercero daba a su actividad un sentido plenamente *creativo*: construir no sólo un edificio sino un templo, una *iglesia catedral*, con todo cuanto implica en la vida cultural y religiosa de un pueblo (niveles 2, 3 y 4).

Este sencillo obrero participaba en una labor rigurosamente *histórica*. Vivir históricamente no implica sólo vivir *decurrentemente*. Esto lo hacen también los vegetales y animales. Significa asumir las posibilidades que generaciones anteriores han ido transmitiendo hasta el día de hoy, crear con ellas posibilidades nuevas y transmitir éstas a generaciones más jóvenes. Transmitir se dice en latín *tradere*, de donde se deriva *traditio*, tradición. La tradición no es un peso muerto que lastra la voluntad creativa de cada persona. Al contrario, es la fuente que hace posible su creatividad. Por eso, todo auténtico revolucionario –el que innova para perfeccionar– es necesariamente conservador; reconoce con sencillez que sus llamadas "creaciones" no proceden de la nada absoluta. Dependen, en buena medida, de realidades distintas de él, externas, incluso extrañas, pero que llegan a serle íntimas una vez que las asume activamente en un proyecto vital. La grandeza de nuestro ser personal no procede del aislamiento autosuficiente, sino de la apertura acogedora. A un ser que es un "ámbito", una realidad abierta, la reclusión lo agosta, y la relación fecunda lo enriquece. Es ésta una clave de orientación decisiva para centrar nuestra vida y llevarla a definitivo logro.

Para descubrir y comprender adecuadamente esta vinculación entre *vida histórica* y *vida creativa* debemos movilizar la *imaginación*. La imaginación –bien distinguida de la fantasía loca o "Schwärmerei" romántica– es la facultad de lo ambital, no de lo irreal. Parece irreal a quien se mueve en el *nivel 1*, el de las ganancias inmediatas, pero a quien vive en el *nivel 2* se le aparece como la capacidad de abrirse a todos los aspectos de la realidad. Es muy ilustrativa a este respecto la siguiente anécdota. Una persona madura está a punto de partir para América, y un joven le ruega que le lleve un paquete a un familiar. Él se resiste, y aduce diversos pretextos. El joven insiste una y otra vez. Cuando ve que todo es inútil, recurre a un argumento supremo: "Si me lo lleva –le dice– se lo agradeceré mucho". Él contesta impávido: "Y ¿qué gano yo con que me lo agradezcas?" En el *nivel 1*, el de las recompensas materiales, no va a recibir nada que justifique la molestia de llevar el paquete. Pero por encima de las realidades manejables que pueblan el *nivel 1* se hallan las relaciones valiosas que tejen el mundo de la vida personal (*nivel 2*). El gesto de agradecer algo significa, precisamente, que uno se sitúa a la recíproca y responde a la generosidad del otro creando una relación de afecto y disponibilidad. El agradecimiento es una actitud creativa.

Para captar la realidad eminente y el valor las relaciones de generosidad y de agradecimiento necesitamos movilizar la *imaginación creativa*, de la que parece carecer la persona mayor. Sí la tenía Martín Buber al escribir: "*El que dice tú a otro* (es decir, el que lo trata como

persona) *no tiene nada, no posee nada, pero está en relación*³⁷. Se intuye en esta frase el gran valor que otorgaba el pensador hebreo al hecho de vivir vinculados a los demás. Para él la unidad era una meta en la vida, no sólo un medio para conseguir ciertos fines.

Gabriel Marcel subraya la atención de la imaginación a la realidad: *"Yo diré todavía que la imaginación creadora no es invención o combinación más o menos arbitraria de datos. Implica una docilidad a lo real infinitamente más profunda e íntima que toda otra actividad del espíritu"*³⁸. La imaginación creadora no fomenta la evasión fantástica, sino el adentramiento fiel en los estratos más hondos y valiosos de la realidad. Esa fidelidad a lo real no entraña una actitud de pacata pasividad o autosuficiente aislamiento, sino de actividad impulsada por las posibilidades que ofrece el entorno.

Para asumir activamente las posibilidades que nos ofrecen las generaciones pasadas, debemos tener en forma la capacidad de *admiración*. Con razón advierte G. Marcel que "admirar es ya crear, porque es recibir activamente"³⁹. Las personas incapaces de admirar están agotadas. Esa capacidad de admiración depende, en buena parte, de la actitud de *sencillez*. El altanero no es capaz de admirar el valor de lo que es distinto de él y puede ensombrecer su figura.

El hombre sencillo no rehúye confrontar su vida con el ideal que quisiera realizar y reconocer que para alcanzar dicha meta debe ser sensible a las ofertas valiosas que reciba. Ambas tareas se realizan mediante el *recogimiento*, actitud que nos lleva a *sobrecogernos* ante lo valioso.

Así entendida, la creatividad encierra un valor más alto que la mera *funcionalidad*. Uno puede ejercer en la sociedad una función sobresaliente. Si lo hace sin creatividad, llena un hueco en la organización social pero apenas contribuye a otorgar la calidad debida a la vida personal de las gentes. *"La calidad –decía A. S. Pushkin– es siempre el resultado del esfuerzo de la inteligencia"*.

De lo antedicho se desprende que existe un nexo fecundísimo entre vivir de forma creativa, histórica y valiosa, y fundar encuentros a impulsos del ideal de la unidad, mediante el poder de la imaginación, con voluntad de recogimiento y sobrecogimiento. La actividad creativa no es una actividad autónoma –en sentido de desarraigada– aunque sea muy personal y original y presente un carácter subjetivo, porque el sujeto que impulsa los procesos creativos recibe su energía de las posibilidades que le otorga el pasado histórico a través de la sociedad presente. Por eso la creatividad no se identifica con la pura espontaneidad, con el brotar algo de la nada.

De aquí se infiere que todos podemos y debemos ser creativos en nuestra vida cotidiana, sea brillante o sencilla. Si impregnamos toda nuestra vida de creatividad y le damos, así, elevación y sentido, la convivencia se convierte en una fuente inagotable de alegría.

³⁷ Cf. *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1995, 2ª ed., p. 8. Versión original: *Ich und Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, Schneider, Heidelberg 1954, p. 8. El paréntesis es mío.

³⁸ Cf. "De l'audace en métaphysique", en *Revue de métaphysique et de morale* 52 (1947) p. 239.

³⁹ Cf. Gabriel Marcel: *Obras Selectas I*, BAC, Madrid 2002, p. 130.

III. Los frutos de la creatividad

Ya hemos indicado algunos de los frutos que reporta la creatividad. Ahora hemos de retomar algunos de esos temas y ampliarlos. Es el procedimiento que podemos denominar "método en espiral".

1. La creatividad nos eleva del *nivel 1* al *nivel 2*. Nos lleva a tomar las realidades del entorno más bien como ámbitos que como objetos y a recibir activamente las posibilidades que nos ofrecen. Con ello nos vemos abiertos, no a *manejar* realidades, sino a *crear* relaciones fecundas con ellas, participar en ellas, a fin de dar lugar a algo nuevo dotado de valor.
2. Esta actitud de participación fomenta nuestra *libertad creativa*, aunque amengua nuestra *libertad de maniobra*, el mero estar en franquía para hacer lo que más nos apetezca.

"Debemos reconocer –escribe Marcel– que hay modos de creación que no son de orden estético y que son accesibles a todos; y es en tanto que creador, por humilde que sea el nivel de creatividad en que uno se mueva, como un hombre cualquierapuede sentirse libre. Pero habría que mostrar que la creación, entendida en este sentido general, implica siempre una apertura al otro"⁴⁰.

Si soy creativo en mi vida ética, puedo ser a la vez plenamente libre (con libertad creativa) y plenamente obediente a las normas que sean fecundas. Tengo que renunciar, para ello, a ejercer la *libertad de maniobra*, la libertad de actuar arbitrariamente, a capricho, pero esa renuncia hace posible que yo sea *libre* para realizar en cada momento lo que *debo* llevar a cabo si quiero lograr mi *verdadero ideal*, que es *el ideal de la unidad*. Cuando doy una clase, tengo libertad creativa si renuncio a realizar actividades ajenas a la misma. De llevarlas a cabo, podrían ustedes decirme que eso no viene a cuento en este contexto. ¿Tendría sentido que yo les reprochara que me están impidiendo ser libre, por despojarme de mi libertad de cátedra? De ningún modo. Ustedes sólo me pedirían que acotara mi *libertad de maniobra*, que la ajustara al plan que nos habíamos trazado de antemano. Ese ajuste no destruiría mi auténtica libertad, sino todo lo contrario. Si me ajusto a lo que debo hacer en ese momento -lo cual supone una renuncia-, me siento de verdad libre; hablo con soltura, con seguridad de que estoy haciendo lo justo, lo adecuado y conveniente, lo que a ustedes por tanto les satisface. Entonces soy libre con el tipo superior de libertad: la *libertad creativa*.

3. Lo mismo cabe decir de la relación entre la *independencia* y la *solidaridad*. No pocos jóvenes piensan actualmente que para ser solidarios con sus padres deben renunciar a ser independientes. Si regresan pronto a casa los viernes por la noche, como desean los padres, se ven privados de libertad, pues no pueden disponer del tiempo a su antojo. ¿De qué tipo de libertad se trata? De la *libertad de*

⁴⁰ Cf. *Les hommes contre l'humain*, Editions du Vieux Colombier, Paris 1962, p. 24.

maniobra. Pero ¿es ésta la forma auténtica de libertad? ¿Se sienten libres interiormente cuando actúan de espaldas a la felicidad de sus progenitores? Obviamente, hacer esto no implica la menor creatividad, no crea vínculo alguno de convivencia; más bien anula los ya existentes. Pensémoslo seriamente: ¿Puede considerarse libre el que no es capaz de distanciarse de sus apetencias inmediatas y evitar aquello que angustia a quienes debe nada menos que el ser? Pobre idea de libertad tendría el que contestara afirmativamente.

Quisiera invitar a estos jóvenes a crear una relación de encuentro con sus padres, de encuentro *auténtico*. Si lo hacen, verán que los problemas de éstos son también problemas suyos, y lo mismo sus angustias y sus gozos. Esta forma de alta *participación* supone una cima en la vida humana. Cuando los jóvenes lo descubran por propia experiencia, advertirán que el secreto de la vida humana verdadera radica en armonizar la independencia y la solidaridad. Dentro del campo de encuentro, toda independencia va de por sí vinculada a la atención a los demás. En ese contexto, no tiene sentido una independencia *desarraigada*, pues no sería independencia *creativa* de vínculos y, por tanto, de vida comunitaria, sino destructiva de la misma. Al hablar de solidaridad en ese campo, no aludimos a modo alguno de sujeción esclava, sino de armonización lúcida y constructiva de intereses y necesidades. Un cantor es libre creativamente cuando se responsabiliza de su voz y lo hace vibrando con todas las demás. La libertad de actuar a capricho en cada momento de la interpretación no tendría nada que ver con la creatividad; la destruiría de raíz; no sería una *libertad creativa*.

Los análisis anteriores nos permiten descubrir que, al adoptar una actitud creativa, los conceptos se enriquecen de contenido y dejan de oponerse abruptamente para complementarse y enriquecerse. Tal enriquecimiento otorga a nuestra vida una altísima calidad, una elevación impresionante. En cambio, si nuestra mente está guiada por conceptos rígidos, empobrecidos por su enfrentamiento innecesario con otros, nuestra vida se empequeñece, achica su horizonte, se hace mezquina y ruin. "Debemos, pues, esforzarnos en pensar bien", como recomendaba Pascal al escribir: *Travaillons, donc, à bien penser*. Pero pensar bien exige expresarse adecuadamente. No olvidemos que la corrupción del lenguaje provoca la corrupción de la mente, y la corrupción de la mente provoca la corrupción de la persona, y, consiguientemente, de la sociedad.

4. La libertad creativa, al fundar relaciones de *participación*, da lugar a los modos más altos de unidad que son posibles entre el hombre y los seres de su entorno. Cuando participamos en alguna realidad valiosa –por ejemplo, un poema o una obra musical–, creamos un campo de juego común, y en éste se desborda la escisión entre lo interior y lo exterior, el dentro y el fuera, el aquí y el allí, lo crispadamente mío y lo exclusivamente tuyo. Ello genera la posibilidad de comunicarse con sinceridad y fluidez, sin las barreras que interpone el *egoísmo*, actitud propia del *nivel 1*. Si participo en algo que me ofrece posibilidades creativas, *pertenezco* en cierta medida a esa realidad, pero esa pertenencia no implica sumisión sino colaboración en una tarea creadora común. Se trata de una *pertenencia creadora*.

5. Esa superación de la escisión entre el dentro y el fuera, lo interior y lo exterior se da también en la vida ética cuando la vivimos creativamente. Una norma moral puede haberme sido sugerida *desde fuera de mí, desde el exterior*. Si la asumo activamente –es decir, creativamente–, se convierte en un principio interno de actuación. Es distinta de mí, pero ya no distante, externa, ajena. La actitud creativa supera, por elevación, la escisión entre lo mío y lo tuyo, lo que se halla en mi interior y me pertenece y lo que se encuentra fuera de mí y me es indiferente. De ahí que, si alguien para desahogarse me comenta un problema y yo le indico que ése es un problema *suyo, no mío*, indico claramente que no soy su amigo, no he creado con él una auténtica relación de *encuentro*.

Realizada esta *interiorización* de los principios, normas y valores morales, cada acción moralmente recta que realicemos acrecentará nuestra identidad personal, pues, al comportarnos conforme a criterios recibidos en buena medida *desde fuera*, actuamos con plena *libertad creativa*. Lo veremos tan claro que no correremos riesgo de pensar que, al ser fieles a normas y preceptos que no hemos elaborado nosotros, nos entregamos a algo distinto y ajeno, es decir, nos enajenamos o *alienamos*. Lamentablemente, millones de jóvenes actuales piensan esto último, y con ello bloquean el desarrollo de su personalidad. Su persona se desarrolla creando relaciones de encuentro con realidades que son distintas de ellos y, en principio, distantes y extrañas. Si estas realidades no pueden llegar a serles íntimas, dejando de ser extrañas y distantes, no tienen posibilidad de ser creativos en la vida. Y un hombre falto de creatividad se asfixia espiritualmente.

El que adopta en la vida una actitud *posesiva* y piensa que todo lo distinto es distante y extraño ineludiblemente –actitud propia del *nivel 1*–, tenderá a considerar a las demás personas y grupos como "los otros", en sentido negativo, es decir, los extraños, los forasteros, los posibles usurpadores de su espacio vital. De ahí que las personas del entorno sean tomadas frecuentemente como una presa a dominar o un enemigo a batir. Esta conducta no encierra ni un adarme de creatividad. No crea relaciones de convivencia.

En cambio, el que se comporta respetuosamente con cuanto le rodea, ve a los otros como posibles compañeros de juego, colaboradores en las grandes tareas de la vida (*nivel 2*). Nuestra visión del entorno pende de nuestra actitud básica. Desde 1918 se nos pide que realicemos un cambio en el estilo de pensar y de sentir, sustituyendo el ideal del dominio por el ideal del servicio. La realización de este giro decisivo pende, en definitiva, de nuestra capacidad creativa, la capacidad de crear auténticas relaciones humanas. Lo grave es haber pensado durante siglos que verdadera creatividad es sólo la que nos capacita para producir toda suerte de obras culturales y artefactos técnicos. Naturalmente, esta labor implica diversas formas de creatividad: asume activamente ciertos tipos de posibilidades y da lugar a realidades nuevas cargadas de valor. Pero es posible que tal actividad, muy fecunda en diversos aspectos, vaya disociada de la creatividad relativa a la vida de encuentro de los hombres entre sí y con las realidades de su entorno. Si esto sucede, esa forma de "cultura" no supone un verdadero "cultivo de la vida espiritual". De hecho, los conflictos sociales que cubrieron de luto y oprobio el siglo XX delatan con claridad que una persona y un grupo

social pueden estar muy *cultivados* en cuanto a conocimientos científico-técnicos y carecer, en cuanto a su trato con los semejantes, de todo desarrollo espiritual. Se trataría, en tal caso, de gentes muy *civilizadas*, pero escasamente *cultas*, si se toma este vocablo en sentido riguroso. Ferdinand Ebner, el genial promotor de la Antropología Filosófica contemporánea, diría que "sueñan con el espíritu" pero no viven una "auténtica vida espiritual"⁴¹.

6. Esta forma de unión estrecha con las realidades que nos rodean crea a nuestro alrededor un *campo de juego* estable, un *ámbito de vida*, un "mundo" propio, que nos confiere una forma de ser peculiar, una personalidad característica. Al perder ese *ámbito de despliegue*, el ser humano se desenraíza y ve amenguada en gran medida su capacidad creadora. De ahí la impresión de desmoronamiento que han experimentado en todo tiempo los desterrados, como vio lúcidamente Gabriel Marcel en su descripción del "hombre de la barraca"⁴². Un ser humano se mueve en un entorno determinado, ha creado en él una red de relaciones; mediante sus potencias y sus posibilidades traza proyectos, intenta realizarlos, siente el gozo del éxito y la decepción del fracaso, y de esa forma va realizando su vida. Pero súbitamente es desplazado de su "mundo" propio, se ve desposeído de sus pertenencias físicas y espirituales, y queda situado en un entorno extraño, como es, por ejemplo, una barraca de un campo de refugiados. Supongamos que el campo es modélico y cubre todas las necesidades básicas de los exiliados. Estos no dejarán de echar en falta cuanto constituía su "medio vital". Pero la naturaleza humana tiende, por una especie de fuerza de gravitación, a la configuración de ámbitos, y llevará a los refugiados a establecer toda suerte de relaciones entre sí y organizar pequeñas asociaciones de diverso orden para satisfacer sus necesidades materiales, culturales y espirituales. De esta forma, pronto volverán a sentirse en cierta medida "ambientalizados" y, por tanto, centrados. Con ello, su nuevo entorno cobrará un cierto aspecto de "hogar" y su vida volverá a tener una condición "humana".

IV. La lógica de la creatividad

La lógica de la creatividad, es decir, la forma de comportarnos cuando actuamos creativamente, se desprende de la experiencia de declamación del poema y de interpretación de una obra musical. Al descubrirla, ganamos una gran flexibilidad de espíritu para coordinar aspectos de nuestra vida que parecen contradecirse, pero en realidad se complementan y enriquecen. Al asumir activamente las posibilidades que nos ofrece una realidad abierta –un "ámbito"–, creamos con ella un campo de juego común en el cual se supera la escisión entre el dentro y el fuera; creamos, así, un espacio de intimidad. Con ello, la relación entre nuestra libertad y las normas o cánones de vida que nos vienen propuestos de fuera deja de ser *dilemática* para pasar a ser *contrastada*. Ser libre con libertad creativa y aceptar normas o cauces que regulen tal libertad no se

⁴¹ El pensamiento dialógico de Ebner lo expongo en la obra *El poder del diálogo y del encuentro*, BAC, Madrid 1997, págs. 8-91.

⁴² Cf. *L'homme problématique*, Aubier, Paris 1955, págs. 11-14.

contradican; se contrastan y complementan. En el nivel de la creatividad - *nivel 2*-, podemos decir con toda lógica o coherencia que

- “el que da su vida la gana; el que la retiene la pierde”;
- “cuanto más fiel es el intérprete a una partitura, más libre se siente y actúa”;
- “a mayor entrega por parte del que ama, mayor amparo siente interiormente”...

No se trata de paradojas sino de algo perfectamente lógico en el plano de la creatividad. En el *nivel 1*, si alguien quiere ampliar su finca, tiene que hacerlo a costa de las colindantes. En el *nivel 2*, sólo tenemos un camino para incrementar el ámbito que abarcamos: participando de la vida de quienes constituyen nuestro entorno. Esa participación no amengua su riqueza; la incrementa.

Hemos observado también en la experiencia de interpretación musical que vamos buscando una realidad sólo entrevista merced a la energía que irradia esa misma realidad.

“Si el ciego marcha hacia el fuego –escribe Saint-Exupéry-, es que ya ha nacido en él la necesidad del fuego, ya el fuego lo gobierna; si el ciego busca el fuego es que lo ha encontrado ya. Así, el escultor está ya en posesión de su creación si se siente inclinado hacia la arcilla. Nosotros lo mismo. Sentimos el calor de nuestros lazos: por eso somos ya vencedores”⁴³.

Este tipo de “pensamiento circular” no constituye un “círculo vicioso” sino un “círculo virtuoso”. *Virtud* significa, según la etimología latina, *capacidad*. Salir en busca de algo merced al impulso que nos otorga la intuición primera de que estamos ante una realidad valiosa –desbordante de posibilidades creativas para nosotros- nos capacita para encontrarnos con aquello que nos perfecciona.

Esta lógica circular se da en las diversas formas de experiencia humana: la estética, la ética, la metafísica y la religiosa.

a) Experiencia estética de interpretación musical

Oyes a un pianista interpretar la sonata en do menor (“*Patética*”) de Beethoven y te sorprende su fuerza expresiva, su energía rítmica, la lógica interna con que se suceden los temas de forma arrebatadora. Tus sentidos están asombrados hasta el pasmo, pero no retienen tu atención, más bien la lanzan hacia algo suprasensorial: la estructura de la obra. No olvidas esa especie de invasión de belleza que te produjo la primera audición de la obra, pero tienes especial empeño en conocer su interna articulación. Para ello analizas el *tema masculino*, con su carácter brioso, y el *tema femenino*, más bien melódico y dulce; y sigues el *desarrollo*, en que ambos juegan entre sí, a veces luchan y se adueña el uno del espacio del otro, para luego repetir la andadura desde el principio. Este análisis hace más lúcida y entrañable tu experiencia primera de la obra.

⁴³ A. de Saint Exupéry: *Piloto de Guerra*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1958, p. 178. Versión original: *Pilote de guerre*, Gallimard, Paris 1942.

Pero imagínate que el pianista te explica el proceso que ha seguido en el aprendizaje de la obra y el tipo de unión profunda que ha creado con ella. Al principio, lee despacio la partitura; estudia nota a nota la digitación debida; analiza las diversas frases y las ensambla. Mientras va adentrándose en la obra, su interpretación es tanteante y premiosa, carente de soltura y libertad interna. Pero, a fuerza de ensayos, las formas se perfilan a través de la fronda de las notas, cobran cuerpo, se articulan unas con otras. Al configurar de esta forma la obra, el intérprete gana una creciente libertad. Ya no está preso en la partitura. Ésta va pasando a un segundo plano a medida que las formas de la obra se hacen presentes. El intérprete sigue poniendo en juego todos sus medios técnicos (conocimientos musicales, agilidad mental, fuerza muscular...), pero éstos se vuelven transparentes, se convierten en *vías abiertas a la expresión musical*. Con ello, el intérprete se halla *inmediatamente presente* a la obra, pero de forma *indirecta*, en el seno expresivo de unos medios que ahora ejercen una función *mediacional*, no *mediatizadora*.

En este momento, el intérprete *configura* la obra en cuanto se *deja configurar* por ella. Es una experiencia *reversible*, sumamente valiosa. El intérprete se encuentra en su elemento, en su hogar espiritual, cuando convierte la obra en su impulso interior, se deja llevar por su ritmo y llenar de sus armonías. No pierde con ello su personalidad; la incrementa y afirma. Al deslizarse aladamente por las avenidas de la obra, el intérprete siente que la obra se identifica prodigiosamente con él, es re-creada por él y le es, sin embargo, trascendente. Por eso admite interpretaciones diversas, que se contrastan y complementan.

Recuerda ahora el deslumbramiento que te produjo la obra al principio. Seguramente, no ha perdido nada de su brillantez y su encanto, pero ha ganado una serie de dimensiones que son distintas de la sensorial y se hacen presentes en ella: las dimensiones propias del sentimiento y la inteligencia. Con ello, tu conocimiento del valor estético de tal interpretación y tal sonata se acrecienta. Este acrecentamiento es tarea propia de la Estética, vista como Teoría de la Creatividad.

En un primer momento estamos absortos en la realidad estéticamente valiosa. Luego reflexionamos, a fin de explicitar lo que sucede en nosotros durante tal experiencia. Tal reflexión no nos aleja de la obra; nos distancia, con una *distancia de perspectiva*, para luego unirnos a ella de forma entrañable y lúcida.

La experiencia estética se enriquece sobremanera cuando nos percatamos de que el intérprete –y, derivadamente, el oyente– va buscando el conocimiento pleno de una obra gracias a la energía que le otorga la obra buscada desde que entra en su área de irradiación. Ello sucede porque el llamado “objeto estético” no es un mero objeto, sino un “ámbito de realidad”, que nos ofrece ciertas posibilidades. Por “ámbito” entiendo una realidad que no está cerrada en sí sino abierta a otras realidades con las que intercambia ciertas posibilidades. Un piano, como mueble, es un *objeto*: podemos medirlo, pesarlo, moverlo de un lugar a otro. Como *instrumento*, es una realidad que ofrece posibilidades de sonar y es capaz de recibir las posibilidades que tiene un pianista de crear formas musicales en su teclado. Más que un objeto delimitado, es un *campo de sonoridad*, el lugar viviente en el que se hacen presentes las obras interpretadas. Debemos considerarlo como un “ámbito”.

Algo semejante puede decirse de una partitura musical. Como fajo de papel, es un objeto, que podemos utilizar a nuestro arbitrio. En cuanto un músico escribe en él ciertos signos, adquiere un rango distinto y más elevado: se convierte en medio expresivo de una obra musical, es decir, en partitura. Ésta es una realidad abierta, una fuente de posibilidades de acceso a diversas obras, un ámbito de realidad.

En un nivel superior se encuentran las personas. Por ser corpóreas, pueden ser delimitadas, pesadas, situadas en un lugar y otro..., como si fueran objetos. Pero ostentan un poder de iniciativa asombroso: pueden pensar, idear proyectos, desear, sentir, querer, colaborar, encontrarse... Por ello, abarcan cierto campo: asumen parte del pasado histórico, proyectan el futuro, establecen relaciones de todo orden, con el fin de configurar su personalidad, esa segunda naturaleza que los griegos denominaron *êthos*, de donde se deriva la palabra *Ética*. Constituyen, más bien, un campo de realidad que un objeto. Son ámbitos de rango privilegiado, que se abren a otros ámbitos para asumir las posibilidades que les ofrecen y otorgarles las propias, con objeto de ampliar, por vía de colaboración, el espacio que abarcan.

Al descubrir esta condición perfectiva del ser humano, queda patente el carácter de búsqueda que tienen sus experiencias básicas: la estética, la ética, la metafísica, la religiosa...

b) Experiencia ética

Oigo hablar de la excelencia del valor de la *piedad*, de la actitud benevolente con seres desvalidos. Ese primer contacto con dicho valor me insta a acercarme a su área de influencia mediante la realización de un acto *piadoso*, benevolente. Ese esfuerzo lo realizo mediante la fuerza interior que me otorga el valor mismo, que no sólo existe sino que *se hace valer*. Al conocerlo más de cerca, recibo de él mayor energía para seguirlo buscando. Con ello me acerco más y más a su área de influencia, le conozco más profundamente y lo realizo con mayor decisión. Y así sucesivamente. Al asumir este valor en mi vida, lo convierto en una especie de *voz interior*, y procuro ser piadoso con los menesterosos no porque alguien me lo imponga *desde fuera* sino porque me veo impulsado *interiormente* hacia ese modo elevado de conducta.

c) Experiencia metafísica

Me preocupo de estudiar las cuestiones relativas al ser, el sentido de la existencia, su origen y su meta. Ese estudio lo inicio y continúo un día y otro porque desde siempre estoy inmerso en el ser, soy un ser, me veo rodeado activamente de seres que constituyen la trama de mi vida. El hecho de existir y participar de la existencia me estimula y dinamiza para analizar a fondo todas las implicaciones que tiene mi vida, la vida de los demás, los diversos seres. Me preocupo del ser pues soy un ser; voy buscando el conocimiento profundo del ser porque debo mi vida a otros seres y la desarrollo en vinculación con ellos.

d) *Experiencia religiosa*

En un plano todavía más elevado, buscamos a Dios porque de alguna manera ya estamos en Él, y Él viene a nuestro encuentro y nos invita a una relación de amistad, a un compromiso de alianza. Si asumimos activamente esta posibilidad que Dios nos ofrece, tiene lugar el encuentro. Sin nuestra actitud de apertura y acogimiento, Dios no se nos revela. En buena medida, la revelación de Dios depende de nosotros, pero nosotros no somos dueños de esa revelación. En general, podemos decir que lo valioso se nos manifiesta cuando lo acogemos con amor, pero su valor no depende de nuestro arbitrio. En definitiva, su existencia es para nosotros un don, no un producto de nuestra imaginación creadora.

V. *Cómo surge la creatividad*

La creatividad tiene su origen en la admiración ante lo valioso, en la nostalgia por lo noble y elevado. A esta nostalgia la llama Romano Guardini *melancolía*⁴⁴. Éste es un sentimiento bipolar: implica nostalgia por una vida de alta calidad y provoca, a veces, gran inquietud al comprobar que se halla uno lejos de tal elevación.

Lo valioso presenta diversas modalidades y grados. Son distintos, por ejemplo, los valores artísticos y los valores éticos. Tienen un grado de valor diferente una sinfonía de Mozart y un vals de Johann Strauss. Pero todos estos valores coinciden en una cualidad común: *constituyen para el hombre otras tantas fuentes de posibilidades*. Cuando descubrimos que un valor no es sólo un objeto de admiración e incluso de pasmo, sino una realidad que nos ofrece la posibilidad de asumirla como un principio de acción y desarrollo personal, ganamos una visión de la vida mucho más positiva y optimista. De niño oí hablar a menudo de la *Pasión según San Mateo* de Juan Sebastián Bach. Se me aparecía como una cumbre del arte universal, una obra sublime y, como tal, inaccesible al común de los mortales. Lo más a que aspiraba era a comprenderla en alguna medida, pero siempre desde lejos, como un terreno sagrado en el que apenas osaba adentrarme. A base de audiciones cada vez más perfectas y de análisis teóricos de esta obra maestra, fui descubriendo que su autor no intentó anonadarnos con su grandeza, sino ofrecernos una fuente de vida espiritual tan elevada como íntima. Por eso, a la elevación inigualable de los coros y arias une la emoción íntima de los *corales*, canciones litúrgicas entonadas briosamente por el pueblo fiel en los oficios dominicales.

Las realidades que se nos ofrecen como fuentes de posibilidades suelen denominarlas *ámbitos de realidad*, o sencillamente *ámbitos*. Hay muchas realidades que no están delimitadas como los meros objetos y tienen cierta iniciativa: ofrecen al hombre posibilidades y pueden recibir las que él les ofrece. Una persona, un instrumento musical, una partitura, una institución... nos otorgan diversas posibilidades y tienen capacidad de asumir de alguna manera las que nosotros les ofrecemos. Recibir activamente tales posibilidades para unir las a las que nosotros ya tenemos y crear otras nuevas con nuestras potencias naturales -inteligencia, voluntad, sensibilidad...- es la quintaesencia de la creatividad.

⁴⁴ Cf. *Vom Sinn der Schwermut* (Sobre el sentido de la melancolía), M. Grünewald, Maguncia. 1996, 6ª ed.

La creatividad se da siempre en el seno de experiencias *reversibles*, de doble dirección, en las cuales dos o más realidades se ofrecen posibilidades y crean un *campo de juego* común. Si pienso que el valor de la *piedad*, por ejemplo, es una realidad distinta de mí y, como tal, externa, extraña y ajena, no puedo entrar con él en una relación reversible, colaboradora, en la cual, por una parte, el valor cobra cuerpo, se manifiesta como tal, se hace valer, muestra su fecundidad, y, por otra, yo capto la importancia de tal valor, lo asumo como una voz interior, un principio de acción, un canon de vida.

La primera condición para hacer posible la actividad creadora es descubrir en el entorno todas las realidades que nos ofrecen posibilidades de uno u otro orden y sentirnos cercanos a las mismas en sentido operativo, por cuanto podemos crear con ellas una fecunda relación reversible. De niños oímos diversas canciones populares. Las oímos cantar a personas de nuestro medio en circunstancias que nos invitaban a colaborar en ese juego artístico y ejercitar en alguna medida nuestra creatividad. Pero, tal vez, no sucedió lo mismo con obras musicales de mayor calidad y dificultad de interpretación. Ya sabemos que, desde la época barroca, la música selecta se profesionalizó de tal forma que sólo los muy dedicados podían interpretarla dignamente. Es posible que hayamos admirado estas obras y procurado conocerlas cada día mejor. Pero ¿nos mostró alguien en pormenor que nuestra relación con ellas debe ser *colaboradora*, ya que toda audición verdadera es una nueva creación?

Recordemos que hay diversos tipos de lectores, y de intérpretes en general.

- Los que ven las obras en un plano más elevado que el suyo y se contentan con acceder a algunas de sus riquezas. No pretenden comprender la articulación interna de las mismas y la razón profunda por la que el autor dice en cada momento lo que expresa. A lo sumo tienden a hacerse cargo del *argumento*.
- Los que se mueven en un plano de preparación semejante al del autor, y procuran descubrir el *tema* profundo de la obra en la trama del *argumento*.
- Los que disponen de conocimientos superiores, que les permiten sobrevolar la obra y discernir en cada momento por qué ha procedido el autor de tal o cual manera, y si ha sido consecuente en todo instante con su punto de partida.

Los lectores de los dos últimos grupos adoptan una actitud creativa respecto a la obra. La toman como un *ámbito de realidad*, un *campo de juego* en el cual el autor se encontró con ciertas vertientes de la realidad, y, a la luz que este encuentro desprende, nos dio su visión de la misma. Leen las obras con voluntad de *interpretarlas*, es decir, de rehacer personalmente sus experiencias básicas y comprenderlas por dentro, genéticamente, como si fueran ellos los autores. En realidad, son co-autores. Sin lectores-intérpretes, las obras quedarían muertas en los anaqueles de las bibliotecas. Les faltaría el polo que necesitan para ganar vida y existir realmente como obras literarias.

La primera condición para vivir creativamente es descubrir la condición de ámbito que ostentan ciertas realidades de nuestro entorno y

dejar de verlas como meros objetos, realidades distintas y distantes, que podemos contemplar y admirar en una región externa a nosotros.

La segunda condición para actuar de forma creativa consiste en ejercitar la capacidad que tenemos de convertir los objetos en ámbitos. Voy a una tienda y veo varios bolígrafos iguales. Cada uno presenta las condiciones propias de los objetos: es delimitable, pesable, canjeable, manejable, situable en un lugar o en otro... Alberga un tipo de tinta que se graba en el papel cuando alguien desliza su punta sobre él. Merced a ello, me ofrece posibilidades para escribir. Si compro uno y lo uso, como utensilio, para realizar mi actividad de escritor, lo convierto en un "ámbito", una fuente de posibilidades para desarrollar un proyecto vital; en cierta medida, lo "ambientalizo". Con ello, deja de ser para mí un objeto distinto y distante para hacerse en cierta medida "íntimo" y "familiar".

Algo semejante ocurre con el sillón en el que una anciana madre de familia vive buena parte de sus últimos días de vida. Al fallecer, puede alguien pensar que los hijos se desharán rápidamente de ese mueble. Pero ellos dudarán en hacerlo, porque está lejos de ser para ellos un mero objeto deteriorado. Es un "ámbito" -una realidad relacionada estrechamente con un ser querido en momentos especialmente delicados y sensibles-, y ha de ser tratado con el respeto debido a lo que encierra un valor.

Los valores son fuentes de posibilidades para quien los asume como principio de su obrar. Podemos decir, pues, que la creatividad tiene su origen en el entusiasmo por los valores, la disponibilidad para responder a su llamada, la apertura de espíritu a cuanto nos permite desarrollarnos como personas.

VI. Formación para la creatividad

Primera fase

1. A la luz de lo dicho anteriormente, descubrimos que el primer paso para formar nuestra capacidad creativa y movernos a ponerla en juego fecundamente es cultivar nuestra sensibilidad para lo valioso, abrir los ojos y la mente a la condición ambiental de nuestra realidad y de las realidades más relevantes de nuestro entorno, aprender a asombrarnos ante la grandeza de tales realidades y admirar su fecundidad.

Si miras de noche el cielo estrellado y piensas que la luz de las estrellas que estás percibiendo en ese instante ha recorrido durante miles de años espacios inmensos, te sentirás lleno de sobrecogimiento. Esa impresión te abre el espíritu a todo lo grande y noble, te cultiva el espíritu.

Contemplas una rosa y te detienes a oler su perfume. No te quedes en el halago sensible del mismo. Intenta ver el perfume como el mensaje peculiar que te trasmite este tipo determinado de flor; considera la rosa olorosa como el máximo logro del rosal; apresúrate a ver cómo el rosal es amamantado por la tierra en la que hunde sus raíces y es vivificado por el sol que le regala su luz fecundante. Al inhalar hondamente el perfume, estás creando una relación estrechísima con la flor, la planta, la tierra, el sol, el agua, el océano del que procede, el viento que arrastra las nubes... Disfrutas del encanto que supone un perfume agradable, pero no te empastas con él, no te quedas fusionado en el agrado sensible; creas, al mismo tiempo, una relación estrecha con

todo el universo, y, más radicalmente aún, con el Creador que nos otorgó un entorno lleno de encantos enigmáticos y profundos.

Vas por el campo y encuentras una fuente que mana de la tierra. La consideras, naturalmente, como algo útil para recobrar tus fuerzas exhaustas. Bebe a borbotones y sacia tu sed, pero luego dedica un tiempo a descubrir el carácter simbólico de ese fenómeno natural. Diversas realidades y circunstancias hubieron de concurrir para que en este lugar esté saliendo agua a la superficie y puedas hacer la experiencia de sentir que la madre tierra te ofrece lo necesario para proseguir tu camino animosamente. Pocas veces habrás hecho una experiencia tan directa y expresiva de lo que es un *don primario*, aquello que se recibe gratuitamente y es indispensable para vivir.

Los grandes escritores y cineastas nos ayudan a descubrir y valorar múltiples fenómenos de este género. Para sacar pleno rendimiento a los hallazgos que albergan sus obras debemos contar con un método adecuado⁴⁵. Algunos centros académicos, excelentes en cuanto a su capacidad de formar el poder creativo de los alumnos, basan su éxito en la decisión de abrirlos tempranamente a la llamada de los valores, a la comprensión y valoración de cuanto encierra hondura, largo alcance y sentido profundo: una flor, una obra musical o literaria, un fenómeno natural lleno de expresividad... El amor de los niños a la lectura de cuentos y al ejercicio del juego significa que son sensibles a los ámbitos y a la creación de ámbitos. No tomemos esas actividades como meras diversiones, sino como modos eficaces de poner en forma la propia creatividad. No hagamos ver a los niños que los juegos y los cuentos son un pasatiempo superficial que se opone a la "seriedad" del estudio. No hay nada más serio que abrirse a los diversos ámbitos que juegan un papel decisivo en la vida humana. El estudio de las diversas áreas académicas también es "serio", a condición de que abra a los niños y jóvenes al mundo de los ámbitos y la creatividad⁴⁶.

2. Estamos observando que la capacidad creativa se despierta al contacto con realidades valiosas. En consecuencia, los educadores deben ayudar a niños y jóvenes a distinguir tempranamente diversos niveles de realidad y vincularlos con espontaneidad, como sucede cuando vivimos los fenómenos expresivos: una sonrisa, un poema, una melodía musical...
3. La creatividad queda en buena medida amenguada, si no anulada, cuando nos dejamos llevar de la nostalgia por el mundo infrapersonal, infrarresponsable, puramente instintivo. Esta nostalgia se observa desde la primera guerra mundial en diversos escritores, artistas y pensadores, que, impresionados por la magnitud de la catástrofe bélica, atribuyeron a la inteligencia y, más radicalmente, al espíritu la causa de la misma, debido a su poder de planificación. El espíritu -se dijo- tiene el poder de

⁴⁵ He intentado configurarlo y mostrar su fecundidad en dos obras: *Cómo formarse en ética a través de la literatura* (Rialp, Madrid 2008, 3ª ed.); *Literatura y formación humana* (Puerto de Palos, Buenos Aires 2006).

⁴⁶ Lo he mostrado pormenorizadamente en la obra *Cómo lograr una formación integral*, San Pablo, Madrid 1997, 2ª ed. Sobre la peculiar "seriedad" del juego, visto como una actividad creadora, véase mi obra *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp, Madrid 1999, 3ª ed., págs. 33-183.

alejarse al hombre de la realidad en torno y realizar proyectos, por ejemplo, de guerra. Se olvidó que la misma inteligencia que puede *alejarse* al hombre de la realidad en torno es capaz de crear entre ambos la *distancia de perspectiva* que instaura la única forma de verdadera presencia.

4. Lo antedicho nos advierte que la creatividad no puede *enseñarse*; sólo cabe sugerir las experiencias que debemos realizar para descubrir por propia cuenta lo que significa ser creativo a fin de enardecernos con la actividad creadora.

"El ejemplo es el instrumento esencial de la educación intelectual - escribe Xavier Zubiri-. El verdadero educador de la inteligencia es el que enseña a sus discípulos a ver el 'sentido' de los hechos, la 'esencia' de los acontecimientos. La intuición se tiene o no se tiene, no cabe refutarla ni reforzarla. En estas condiciones, la misión del maestro es colocar al discípulo en 'el punto de vista' adecuado para que 'vea' el objeto. La función discursiva será siempre secundaria lo mismo en pedagogía que en lógica. Los objetos del mundo real se 'perciben' pero no se demuestran"⁴⁷.

Segunda fase

Una vez realizadas tales experiencias creativas, hemos de ayudar a los niños a comprenderlas interiormente: cómo se llama cada uno de sus elementos y cuál es su articulación interna. Este proceso de realización de experiencias y de análisis de su articulación interna podría seguir el camino siguiente⁴⁸:

1. El hogar debe estar constituido de tal forma que el niño pequeño se halle en presencia de altos valores: cordialidad, ternura, generosidad, encuentro... Él no sabe todavía lo que significan estas actitudes, no conoce su nombre, no advierte la importancia que tienen para su vida. Pero se siente *atraído* por ellas, porque intuye que son benéficas y agradables, y, además, observa que personas queridas y admiradas - padres, hermanos, familiares cercanos- están identificadas con tales valores, dan testimonio de ellos y los irradian. El niño cobra, así, una confianza incondicional en el carácter admirable de tales valores y se mueve a acoger activamente en su vida las posibilidades que le ofrecen de actuar con altura de miras.
2. A medida que el niño va descubriendo gozosamente la riqueza de diversas experiencias creativas, adquiere luz para comprender el sentido de los términos que utilizan los mayores para describirlas. Es adecuado, entonces, irle sugiriendo que portarse cordialmente con el hermano es algo "bueno", ser generoso es una "virtud", estar unido a la familia es una "obligación"... Estos términos, y otros semejantes, van adquiriendo con ello una coloración muy positiva, que moverá al niño a penetrar más y más en su sentido profundo y a vivir lo que ellos significan.

⁴⁷ Cf. "Filosofía del ejemplo", en *Revista de Pedagogía*, Madrid 5 (1926) 289, 293.

⁴⁸ Condensó seguidamente los análisis realizados en mi obra *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid 2003, 4ª ed., págs. 467-472.

3. Pronto llegará la hora en que alguien de la familia o del colegio pueda explicarle al niño con éxito el alto valor que encierra el *hogar* y, por tanto, el *encuentro*. Una vez impresionado por el don que implica hallarse inmerso en una familia hogareña, el niño comprenderá fácilmente que "obligarse" a algo que tiene tal valor no supone la pérdida de la libertad sino el logro de la libertad verdadera, la creativa, la que nos realiza como personas. El está viviendo cada día que la vinculación a la familia y al colegio -si éste constituye un auténtico "segundo hogar"- le esponja el ánimo, le da seguridad y capacidad de movimientos, lo abre a multitud de valores que otorgan sentido y alegría a la vida.

4. De este modo, el niño se va haciendo cargo de la riqueza que alberga su existencia diaria. Tal constatación le da seguridad interior, le produce gozo y acrecienta su fe en quienes le están abriendo esas magníficas posibilidades de vida. Ello le dispone el ánimo para realizar otras experiencias, cada vez más elevadas. No hay tarea más noble que ampliar el horizonte de la propia creatividad y facilitar a otras personas que lo hagan. Varios jóvenes de familias acomodadas de una gran ciudad participan en una agrupación juvenil. Suelen realizar en grupo diversas actividades creativas: canto, marchas por el campo, clases sobre temas culturales... Todo ello les permite sentir la vibración personal que produce crear algo valioso. Un día alguien les propuso renunciar a una parte de sus vacaciones estivales para acompañar y ayudar a unos campesinos de la tórrida estepa castellana. Aceptaron, y durante un mes prestaron toda clase de servicios: atendieron a ancianos, cuidaron enfermos, impartieron clases de alfabetización... Al final mostraron su extrañeza por el hecho de que habían sentido una indefinible felicidad durante esos días de austeridad. *"No es extraño -les dije-. Habéis realizado una experiencia de encuentro, que exige mucho pero lo da todo. Podía preverse que ibais a sentir alegría, entusiasmo, felicidad, paz interior, amparo, júbilo festivo. Y una inmensa libertad interior, libertad creativa"*. Sin duda, esta experiencia veraniega elevó a esos jóvenes a un nivel nuevo de vida, el *nivel 2*, el propio de la creatividad.

Lo ideal sería que niños y jóvenes hicieran a menudo experiencias de este tipo, que les descubren las cotas de plenitud y riqueza que podemos alcanzar cuando encaminamos nuestra vida hacia el ideal de la unidad y el encuentro. No olvidemos nunca que lo que suscita la creatividad y lleva nuestra persona a su cabal desarrollo no es lo vacío sino lo pleno, no lo mezquino sino lo noble, no lo degradado sino lo valioso.

VII. Los enemigos de la creatividad

A la creatividad se oponen las actitudes que dificultan o impiden del todo el encuentro con las realidades valiosas del entorno. Entre tales actitudes resaltan las siguientes:

1. El *reduccionismo*. La actitud contraria a la admiración y el respeto -que nos llevan a considerar los "ámbitos" como fuentes de iniciativa y a

convertir los simples objetos en ámbitos- es el reduccionismo, la tendencia a reducir el valor de las realidades y los acontecimientos de la vida humana. Reducir la "creación artística" a mera "producción de obras" ciega de raíz la fuente de la inspiración, rectamente entendida, y aleja el arte de su intención primera y nuclear: la búsqueda de la belleza y la verdad. Si bajamos al hombre del *nivel 2* al *nivel 1*, y lo reducimos de "ser de encuentro" a mero "ser de pulsiones"; si entendemos el amor como simple pasión y tratamos los ámbitos como simples objetos, bloqueamos de raíz nuestra capacidad creativa y hacemos imposible nuestra realización personal.

2. El *intrusismo*. Esta banalización del saber y el actuar permite hablar en público de temas sumamente relevantes a personas no capacitadas para ello. La libertad de expresión debemos comprarla al precio de una preparación adecuada. Nuestra responsabilidad social nos prohíbe concedernos libertad para influir en la opinión pública respecto a cuestiones que no conocemos profundamente. Esa autocensura limita nuestra libertad de maniobra pero fomenta nuestra libertad creativa.
3. La *subversión de valores*. Considerar lo agradable como el valor más alto nos impide abrirnos con voluntad colaboradora, creativa, a las realidades del entorno, porque el agrado sensorial y psicológico es privativo de cada uno, nos recluye en nuestro organismo, fomenta el individualismo egoísta. Lo agradable es, sin duda alguna, un valor, pero debe supeditarse a valores más altos, como es, por ejemplo, la salud. Y ésta tampoco constituye la cima del valor; en casos, ha de sacrificarse en cierta medida para salir al paso a situaciones graves, como puede ser la enfermedad de un allegado.
4. La *entrega a los diversos modos de vértigo*. El proceso de vértigo responde al ideal egoísta del dominio y la posesión. El que se entrega al vértigo piensa que va a lograr el máximo desarrollo personal fusionándose con cuanto sacia sus instintos y halaga su sensibilidad. Pero se equivoca gravemente, pues el vértigo amengua e incluso anula del todo la capacidad creativa, porque reduce de valor las realidades de nuestro entorno y hace imposible el encuentro.
5. La *proclividad al nihilismo y al absurdo*. La tendencia a negar la posibilidad de que la vida tenga sentido procede de la falta de creatividad. Ya sabemos que la actividad creativa transfigura la vida porque nos eleva al *nivel 2*, el nivel de la vida regida por el ideal de la unidad y el encuentro. Tener sentido la vida significa *estar bien orientada*, dirigida a la realización del ideal auténtico. Para el hombre – definido por la mejor biología actual como "ser de encuentro- no hay otro ideal verdadero que la creación de modos elevados de unidad. Alguien tan preocupado como Friedrich Nietzsche por la marea de nihilismo y absurdo que amenaza con anegarnos nos dejó esta sentencia enigmática: "¡Ay de aquel que no tenga hogar!". El hogar es el lugar por excelencia del encuentro, de la creatividad, del sentido y la plenitud de vida.

8

LA ELEVACIÓN DE LOS PROFESORES AL RANGO DE "FORMADORES"⁴⁹

Los alumnos se van formando a medida que descubren las doce fases del proceso de crecimiento personal y se hacen cargo de los distintos niveles de realidad y de conducta en que pueden moverse⁵⁰. Para ejercer de forma eficaz el papel de *formador*, además del de *informador*, cada profesor ha de sacar partido a su disciplina para clarificar el sentido de los conceptos decisivos en dicho proceso formativo. Se trata de los conceptos de *ámbito, experiencia reversible, encuentro, valores, virtudes, ideal de la unidad, libertad creativa, sentido, creatividad, pensamiento relacional, lenguaje y silencio, vértigo y éxtasis, afectividad...*

Al hacer la experiencia de nuestro proceso de desarrollo, descubrimos por nosotros mismos que tales conceptos reciben su valor y su sentido de uno básico: el de *relación*. Para promover la formación ética de los alumnos, cada disciplina debe ayudarles a descubrir el valor de las interrelaciones, admirar su fecundidad y constatarla en las múltiples realidades que pueblan el universo y en las que tejen el mundo cultural. Un ejemplo nos pondrá ante los ojos el poder formativo de cinco disciplinas: las ciencias matemáticas y las físicas, las artes plásticas, la arquitectura y la música. Esta experiencia puede ser realizada, asimismo, con otras áreas de conocimiento.

En este trabajo pondremos de manifiesto el papel decisivo que pueden jugar dichas áreas de conocimiento -centradas en torno a la categoría de *relación*- en orden a fundamentar la Ética, es decir, el estudio del proceso humano de desarrollo.

I. La relación y el poder formativo de cinco disciplinas: ciencias matemáticas, ciencias físicas, artes plásticas, música, ética

1. Las *Ciencias Matemáticas* tienen por cometido la creación de estructuras. Toda estructura implica una ordenación de diversos elementos. Esta forma de *orden*, configurado por la mente humana, presenta una afinidad enigmática con el orden que rige el universo y permite expresarlo en lenguaje matemático. Los grandes pioneros de la ciencia moderna – Johannes Kepler, por ejemplo- se extenuaron buscando las fórmulas que permiten comprender y expresar la constitución íntima del universo por la convicción de que éste fue configurado por una Inteligencia Suprema de forma *ordenada*. Por eso, eminentes científicos contemporáneos –entre ellos, Albert Einstein, Max Planck y Werner Heisenberg- no tuvieron reparo

⁴⁹ Lo expuesto en este capítulo es ampliado notablemente en mi obra *Enseñanza escolar y formación ética*, Puerto de Palos, Buenos Aires, 2005.

⁵⁰ Véase *Descubrir la grandeza de la vida*, o. c., págs.193-209.

en afirmar que es imposible investigar científicamente el mundo sin el respaldo último de la fe religiosa⁵¹.

"Aunque es cierto –escribe Einstein- que los resultados científicos son enteramente independientes de cualquier tipo de consideraciones morales o religiosas, también es cierto que justamente aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus logros más significativamente creativos fueron individuos impregnados de la convicción auténticamente religiosa de que este universo es algo perfecto y susceptible de ser conocido por medio del esfuerzo humano de comprensión racional. De no haber estado dotada esta convicción de una fuerte carga emocional, y de no haber estado inspirados en su búsqueda por el **amor dei intellectualis** de Spinoza, difícilmente habrían podido dedicarse a su tarea con esa infatigable devoción, única que permite al hombre llegar a las más encumbradas metas"⁵².

Einstein consagró su talento durante treinta años a la tarea de buscar una formulación unificada de la gravedad y el magnetismo. Se mantuvo fiel a su propósito, considerado por todos como inviable en ese momento, merced a la fe que tenía en la unidad y el orden de la naturaleza. Sus hallazgos fueron decisivos para la actual física de las partículas elementales⁵³.

En la misma línea, M. Planck afirma que Kepler se mantuvo fiel a su investigación científica, a pesar de mil avatares, merced a su "fe profunda en la existencia de un plan definido detrás de la creación entera"⁵⁴. Esta idea la expresó, asimismo, Heisenberg de forma muy bella en diversos pasajes de sus obras⁵⁵.

En virtud de lo antedicho, el profesor de matemáticas debe enseñar a operar con las estructuras: resolver una ecuación, interpretar una fórmula, realizar una integral o una derivada... Al mismo tiempo, ha de subrayar el *poderío* de tales estructuras -que permiten dar razón de la marcha de la naturaleza-, y la *belleza* que la armonía interna les otorga. Recordemos que, para Kepler, "la geometría es el arquetipo de la belleza del mundo". Al recibir el Premio Nobel, Chen Ning Yang hizo la siguiente declaración:

"Permítanme ustedes subrayar que la sencillez conceptual y la verdadera belleza de las simetrías que resultan de experimentos tan

⁵¹ Para Kepler y Maxwell, las leyes naturales eran objeto de contemplación religiosa. Cf. W. Heisenberg: *Más allá de la física*, BAC, Madrid 1974, págs. 240-242; A. Fernández-Rañada: *Los científicos y Dios*, Nobel, Oviedo 1994, p. 182. Véase el texto de Kepler transcrito por Laín Entralgo y López Piñero en el *Panorama histórico de la ciencia moderna*, Guadarrama, Madrid 1963, págs. 465-472.

⁵² Heisenberg y otros: *Cuestiones cuánticas*, Kairos, Barcelona 1987, p. 170.

⁵³ A. Fernández-Rañada: o. c., p. 232. El autor aduce testimonios muy elocuentes de grandes figuras de la ciencia, entre ellas los Premio Nobel R. Feynman y Ch. H. Townes. Este último, descubridor del máser y el láser, afirma que los campos de la ciencia y la religión "son actualmente mucho más similares y paralelos de lo que nuestra cultura supone", pues "la fe es esencial para un científico, que siempre debe estar comprometido íntimamente con la creencia en que hay orden en el universo y en que la mente humana puede entenderlo". Cf. o. c., págs. 231-232. Ese orden es el que hace *inteligible* la realidad al hombre, lo cual supone un prodigio que nunca admiraremos bastante.

⁵⁴ *Cuestiones cuánticas*, o. c., p. 212.

⁵⁵ *Más allá de la física*, o. c., p. 240.

complicados representa para los físicos un gran aliento. Aprendemos a esperar que la naturaleza tenga un orden"⁵⁶.

En esta línea, el gran científico Henri Poincaré escribe en su obra *La valeur de la science*:

"Más allá de la belleza sensible, coloreada y sonora, debida al centelleo de las apariencias, única que el bárbaro conoce, la ciencia nos revela una belleza superior, una belleza inteligible, únicamente accesible –diría Platón- `a los ojos del alma´, debida al orden armonioso de las partes, a la correspondencia de las relaciones entre ellas, a la eutimia de las proporciones, a las formas y a los números"⁵⁷. "... El goce estético de la matemática –afirma el matemático Miguel de Guzmán- se encuentra en el mundo de la armonía intelectual, y así su percepción requiere una preparación inicial tanto mayor cuanto más elevado sea el objeto que se presenta"⁵⁸.

Si se orienta así el curso de Matemáticas, el alumno lo termina firmemente convencido de que algo muy hondo late en el concepto de relación.

2. El profesor de *Ciencias físicas* ha de destacar –con palabras del físico atómico canadiense Henri Prat- que "la materia no es más que energía ´dotada de forma´, *informada*; es energía que adquirió una estructura"⁵⁹. Ello permitió decir al famoso físico inglés A. S. Eddington: "*Dadme un mundo –un mundo con relacione– y crearé materia y movimiento*"⁶⁰.

El alumno empieza a pensar seriamente que la relación no afecta de forma *accidental* a cada uno de los seres; decide la existencia de los mismos.

3. La *Historia del arte* nos enseña que la maravilla del arte griego se debe al descubrimiento de que la belleza es debida a la *armonía*, y ésta se logra conjuntando la *proporción* y la *medida*. Subes a la Acrópolis ateniense y admiras, en la explanada, la grave majestuosidad del Partenón. Te asombra su armonía, admiras su equilibrio y dejas que la vista se complazca en el halo de sereno poderío que irradia. Luego descubres que esa armonía responde a un cálculo preciso de la interrelación de toda la obra con la figura humana (que se toma como *canon* o *medida*) y de las distintas partes de la obra entre sí (*proporción*). La altura de las columnas, por ser dóricas, es 16 veces mayor que el radio de la base, que es considerado como módulo. La anchura de los triglifos y las metopas se halla en una proporción de 1 a 1,6. Hasta los pormenores más exiguos guardan proporción entre sí.

⁵⁶ *Physikalische Blätter*, 14 (1958) 344.

⁵⁷ Apud Inés M. Gómez-Chacón: "Valores y conocimiento matemático", en *Diálogo filosófico* 62 (2005) 297.

⁵⁸ Apud Inés M. Gomez-Chacón: *L. cit.*, p. 300.

⁵⁹ *L´univers multidimensionnel*, Les Presses de l´université de Montréal, Montréal 1971, p. 15.

⁶⁰ *Space, time and gravitation*, Cambridge 1920, p. 202.

Algo semejante cabe decir de las obras esculturales, como la Venus de Milo y el Apolo del Belvedere. Sus dimensiones guardan relación con las de la figura humana, son *medidas* o *mesuradas* por ésta. Pero también las dimensiones de cada una de sus partes tienen una medida interior porque están *proporcionadas* entre sí conforme a ciertos cánones generadores de belleza. Los artistas griegos advirtieron que, si se divide una superficie en dos partes, de la cual una ocupe el 0,382 del conjunto y la otra el 0,618 -o bien, el 0,528 y el 0,472- el efecto resultante es de gran equilibrio y belleza. Las proporciones de la Venus fueron calculadas de esta forma. Se dividió su figura en dos partes: desde la coronilla de la cabeza hasta el ombligo, y desde aquí hasta la planta del pie. Esta segunda parte abarca el 0,618 de la longitud total. La otra se reduce al 0,382. Cada una de estas dimensiones es subdividida en otras dos: de la coronilla de la cabeza hasta el arranque del cuello, y de aquí al ombligo. La primera parte abarca el 0,472, y la segunda el 0,528. Cada una vuelve a dividirse, de forma que hasta la parte más diminuta del cuerpo queda sometida a proporción mutua.

Esta relación proporcional -determinada por la llamada "sección áurea" o "número de oro"- no se ve, pero se siente. Es una realidad de tipo distinto a la del material de que está compuesta la obra, pero no es menos real. Es tan real que, merced a ella, esos productos del ingenio humano se convierten en *campos expresivos* llenos de *armonía*. Tales campos son *ámbitos*, no meros objetos. Estas obras pesan, ocupan un lugar, tienen límites precisos, ofrecen *resistencia*, pueden ser tocadas, desplazadas, vendidas... Pero superan con mucho el nivel de los meros objetos -*nivel 1*-. Son puntos de irradiación de belleza, de armonía, de expresividad y simbolismo...-niveles 2 y 3-.

Este criterio de la belleza fue extendido por los griegos a todos los aspectos de la vida humana: el urbanístico, el político, el moral... Una acción moral es bella si es equilibrada, medida, armónica.

Al final del curso, el alumno se ve sumergido gozosamente en el sugestivo mundo del arte y sobrecogido por el poder que tiene la relación de "engendrar obras en la belleza" -como decía Platón- y convertir la vida humana en algo digno de ser amado.

4. Lo dicho acerca de la importancia de la relación -del entrecruzamiento de ámbitos de realidad o encuentro- halla en *la música* una confirmación inmediata, vivaz e impresionante. La música comienza con la relación y crea sus espléndidos edificios sonoros a base de interrelaciones. El ritmo surge al interrelacionar diversos sonidos y dar lugar a "intervalos". La música no comienza con las notas sino con los intervalos, con el impulso que nos lleva de una nota a otra. Esta interrelación rítmica da origen a la melodía. Diversas melodías superpuestas permitieron descubrir el fenómeno sorprendente de la armonía. Todo en la música es relación: relación de nota a nota, de intervalo a intervalo, de tema a tema, de temas a la obra entera. Al oír el primer tema de la sonata *Appassionata* de Beethoven, vibramos con la obra entera. Al entrar en contacto con los materiales sonoros, presentimos los otros siete niveles de la composición: los sonidos intervinculados, la estructura que los ensambla, los ámbitos que expresa la obra, el mundo cultural que inspiró su estilo, la situación vital para la que fue compuesta la obra, la relación de ésta con un intérprete cualificado, la emotividad que suscita. La música nos insta a no quedarnos en los valores

inmediatos sino a trascenderlos hacia las realidades a las que remiten. Aprendemos, así, a dotar nuestra inteligencia de las tres condiciones de la madurez: *largo alcance, amplitud y profundidad*.

Por el mero hecho de practicar la música, se cultiva la vida del espíritu -con lo cual se promueve la auténtica *cultura*-, sencillamente porque sentimos vivamente la importancia de la relación para crear formas perfectas y engendrar la más alta belleza⁶¹.

5. Cuando un alumno así formado en las diferentes áreas de conocimiento asista a clase de *Ética -o Formación humana-* y oiga explicar al profesor que somos "seres de encuentro" y nuestro verdadero ideal es el de la unidad, dirá para sus adentros espontáneamente: "¡Pues claro! ¿Cómo iba a ser de otro modo si todo el universo está fundado en la relación y nuestras obras culturales más excelsas son tramas de relaciones?" Al oír que, para crecer como personas, debemos vincular libertad y normas, libertad y estructuras, autonomía y heteronomía, independencia y solidaridad..., el alumno no se dejará llevar por la tendencia actual a considerar las estructuras y las normas como una camisa de fuerza impuesta a la espontaneidad creadora de la conducta humana. Sabrá entender esos esquemas como *contrastos*, no como *dilemas*, pues aprendió en diversas disciplinas que la estructura, bien entendida, es principio de vida -de fuerza y solidez, de elegancia y levedad-, y la norma -si es juiciosa y fecunda- ofrece un cauce a la libertad humana para desplegarse airoosamente.

Vemos que, merced a este método, las enseñanzas de las profesoras se conectan, en el espíritu del alumno, merced al hilo conductor de la categoría de relación. Además de transmitir unas enseñanzas, los profesores irradian un espíritu peculiar, un modo positivo de ver la realidad, una perspectiva lúcida desde la cual puede el alumno penetrar en el reducto último de la existencia. Esa perspectiva es la propia del *pensamiento relacional*. A partir de ella es posible levantar todo el edificio de la formación humana, pues, al ejercitar esa forma de pensamiento, nos preparamos para descubrir que la meta -y, a la vez, el impulso- de nuestra existencia personal es el *ideal de la unidad*.

De modo semejante a lo que sucede con el concepto de relación, los otros conceptos que deciden la marcha del proceso de crecimiento personal pueden ser clarificados por las distintas áreas de conocimiento. Si los profesores arrojan luz sobre ellos, prestan una ayuda inestimable al profesor de ética, que debe vivir con los alumnos el proceso de desarrollo humano *en su conjunto*.

II. La importancia de la relación en el estudio de la realidad

Conviene que los alumnos adviertan con claridad la importancia que tiene la categoría de relación en las ciencias matemáticas, las físicas y las naturales. Por eso, ampliamos ahora un tanto esta cuestión. Sin dificultad podrán ampliar, por su cuenta, lo indicado antes sobre el papel que juega la relación en las artes plásticas y en la música.

⁶¹ Estas ideas son ampliamente expuestas en mi obra, ya citada: *Poder formativo de la música. Estética musical*, Rivera editores, Valencia 2010, 2ª ed.

Si quiere contribuir a la formación integral de los alumnos, el profesor de esta área debe asumir el espíritu de la investigación científica actual y proyectarlo sobre cuanto se estudie en clase. La Física de las partículas elementales no puede ser reducida a un mero tema del programa. *Es el punto de vista desde el cual hemos de ver toda la realidad.* La forma de contemplar la realidad que muestra la Física actual nos impresiona y nos invita a cambiar nuestro modo de pensar. Ya no podemos considerar el universo como "una gran cosa, compuesta de muchas cosas menores". Esta expresión de Ortega y Gasset podría llevarnos a un estilo rígido de pensar. Visto a la luz de la investigación actual, el universo se nos aparece como una *inmensa trama de relaciones*, que constituyen todo cuanto existe, desde las partículas elementales hasta la más extensa galaxia.

El concepto de *relación* cobra, así, una importancia decisiva y nos invita a superar todo estilo de pensar poco flexible, más adecuado al análisis de las meras cosas que al de las realidades abiertas a toda suerte de interrelaciones. Al hacernos cargo de ello, recibimos una gran luz en orden a comprender el largo alcance de nuestra tendencia al *encuentro*. No olvidemos que, según la Biología actual más cualificada, somos "seres de encuentro": vivimos como personas, nos desarrollamos y perfeccionamos como tales creando modos valiosos de encuentro.

Los seres del universo, vistos como "nudos de relaciones" o "hiperespacios"

Lo que llamamos *materia* y *vida*, con su variedad inagotable de formas y manifestaciones, está constituido en el fondo por despliegues de energía, configurada de modos diversos en el espacio-tiempo. "Partículas, materia (átomos), campos de fuerza (atracciones, repulsiones), luz, espacio, tiempo, velocidades, aceleraciones, masas (inercia), presiones, temperaturas, densidades, etc.; todas estas expresiones no son sino aspectos derivados de estos dos elementos fundamentales: la *puesta en forma de la energía*⁶².

Este origen común de los seres explica 1) que haya una profunda unidad entre la sustancia que nos constituye a nosotros y la que da cuerpo a las realidades que nos rodean y hacen posible nuestra vida, 2) que todos los seres tiendan a vincularse con otros y formen una especie de "campos de realidad" complejos. Henri Prat los denomina "hiperespacios", término cuyo sentido se corresponde en buena medida con el de "ámbito". Si un niño te pregunta lo que es un pez, señalas hacia uno de esos silenciosos seres que se deslizan blandamente por el agua y dices: "eso es un pez". Tu respuesta es muy incompleta; sugiere que la realidad llamada "pez" es algo perfectamente delimitado, como lo es una cosa. Pero un pez es todo un *campo de realidad*, que implica una serie de factores, relativos al *espacio* (longitud, latitud, profundidad), al *tiempo* (estación del año, fecha, hora), a la *energía* (radiaciones, longitudes de onda), a la *materia* (vientos, nubes, precipitaciones, olas, corrientes, gases disueltos, sales ionizadas, bacterias, virus, algas, animales). El pez flota, como un astronauta, en este espacio multidimensional, que es el suyo, y a él se ajusta perfectamente merced a los prodigiosos aparatos sensoriales que tiene en su línea lateral, a través de los cuales percibe las menores variaciones de las cualidades del océano: gases, sales, presión, campos eléctricos, etc. El pez constituye un sistema

⁶² H. Prat: o.c., p. 147.

"hiperespacial", *cerrado y abierto* al mismo tiempo; independiente del medio en que se halla inmerso y, a la vez, en interacción con él⁶³.

Conviene sobremanera que el alumno se habitúe a determinar los factores que integran un "ámbito" o "hiperespacio"; por ejemplo, el de un submarino, un avión, una nave espacial... En todos ellos hay diversos factores (relativos al espacio, al tiempo, a la energía, a la materia...) que determinan el tipo especial de ámbito o campo de realidad que denominamos con esos nombres. Un submarino no se lo puede entender como tal si no está vinculado con la presión, la salinidad, las corrientes, el campo magnético, la temperatura, los marinos que lo habitarán activamente, etc.

Nuestro organismo constituye, asimismo, un "hiperespacio" o ámbito dentro de otro "hiperespacio" envolvente -el entorno- al cual se opone para mantener su independencia, y del cual necesita para alimentarse, mantener su actividad energética, crecer y reproducirse. Nuestra persona muestra también estas dos condiciones: es independiente del entorno cultural y realiza intercambios con él para nutrirse espiritualmente. Al transmitir sus conocimientos a otras personas, realiza una especie de "reproducción" espiritual, porque de alguna forma "engendra" hijos espirituales en cuanto modela su personalidad.

Un cristal que crece dentro de una solución salina sobresaturada se comporta, en cierto modo, como un ser vivo. De nuevo nos encontramos con dos ámbitos distintos y tensionados entre sí. La configuración del cristal es totalmente distinta de la del medio exterior. Todos sus átomos están ordenados de forma perfecta, mientras las moléculas del medio están desordenadas.

En todos estos ejemplos queda patente que lo decisivo en la formación de un ser es la "configuración" o con-formación, que opera de forma "contagiosa". Un germen de configuración transmite su poder configurador al entorno, sea un germen cristalino, o una protoestrella o un impulso cultural... Un pueblo constituye un *espacio multidimensional* bien configurado frente a los pueblos que forman su entorno vital, como el medio ambiente lo está respecto al ser vivo, y la solución salina respecto al cristal. Lo decisivo en todo pueblo es su grado de configuración interna, su "campo unificador". Su energía vital pende de la unidad interna y de los tipos de unión e intercambio que establece con el entorno. Al faltar esa capacidad de unión, sobreviene la disolución total y la muerte. Cuando hay factores configuradores, el orden sucede al caos, la prosperidad a la miseria, la fuerza a la impotencia.

Es decisivo para nuestra formación integral descubrir que el nacimiento, desarrollo y declive de los seres está regido por esta ley universal: *toda realidad debe tener en sí un "principio unificador" que mantenga su independencia al tiempo que lo relaciona activa y receptivamente con su entorno*. Es una *norma* que se observa en la vida de un hombre y en un imperio, en una estrella y en una colonia bacteriana, en un animal y en una escuela artística, en un lenguaje y en un palacio, en un tema musical y en una dinastía, en un ciclón y en una guerra, en una moda y en una civilización...

Figúrense la importancia que reviste para un joven darse cuenta de que su afán de independencia es legítimo, por responder a una necesidad

⁶³ H. Prat: o. c., p. 23.

de su ser, pero sólo es fecundo si se coordina con la vinculación al entorno, forma de unión activa que aúna el dar y el recibir posibilidades. El cultivo del narcisismo egoísta por parte de personas particulares o de pueblos enteros va contra corriente de la investigación actual más cualificada en todas las áreas. El "nacionalismo" exclusivista y agresivo respecto a los pueblos vecinos constituye un fenómeno tumoral dentro del tejido de la cultura contemporánea, porque supone un conglomerado de células muertas, ya que sólo hay vida donde se coordina la independencia con la interacción solidaria. Nada extraño que haya sido fuente de innumerables daños a lo largo de la historia.

Todos los seres vivos deben, en cierta medida, enfrentarse al entorno para sobrevivir. Pero ese enfrentamiento tiene una finalidad constructiva. Así, los pueblos han de contrastarse, pero no oponerse; han de reconocer que son distintos, pero no necesariamente distantes, extraños y hostiles. Si ponen en juego su capacidad creativa y se relacionan con fines constructivos, logran una armonía mil veces más fecunda que las ganancias inmediatas que se derivan de la agresividad. En la vida hemos de ser combativos, no diluirnos blandamente en el entorno, mantener la propia personalidad, pero esa combatividad no debe perseguir la anulación del otro, sino una eficaz colaboración tensionada.

Relación entre la mente y la realidad

Este orden admirable que vamos descubriendo entre los seres del universo se da también entre la mente humana y la realidad. El matemático comienza inspirándose en la realidad para llevar a cabo sus primeras operaciones, pero pronto se eleva a un nivel de abstracción. En este nivel, aparentemente desligado de la realidad concreta, configura toda suerte de estructuras lógicamente articuladas, y más tarde observa que le sirven para comprender la estructura de la naturaleza, que "está escrita en lenguaje matemático" (Galileo Galilei).

En principio, la mente humana se nos presenta como autónoma, capaz de operar en solitario, pero, al intentar conocer a fondo cómo está constituida la realidad, descubrimos que mente y realidad se hallan en sintonía, como si hubiera un plan de ordenación conjunta del universo. Es muy conveniente que el alumno se haga cargo personalmente de esta enigmática adecuación entre mente y realidad, que hace del universo un auténtico "cosmos", un conjunto ordenado. Para ello conviene que perciba la profunda emoción que embargó a René Descartes y a Pierre de Fermat al inventar la *Geometría analítica* -que permite pasar de una figura a su ecuación, y viceversa-, y a Leibniz y Newton al poner las bases del "cálculo infinitesimal", que hizo posible a la mente humana estudiar racionalmente fenómenos de la naturaleza que parecían evadirse a todo control intelectual preciso. El hecho de que hoy hablemos de "ciencias físicas matemáticas" - sin una y intercalada- indica de por sí el profundo vínculo, no por enigmático menos real, que une la mente y la realidad⁶⁴.

⁶⁴ B. D'Espagnat: *En busca de lo real. La visión de un físico*, Alianza Editorial, Madrid 1983, p. 206. "...Ocurre -sin que sepamos por qué- que ciertos aspectos de la realidad empírica entran en estas formas (matemáticas) como si hubieran sido amoldados a ellas originariamente (...)"

Nada más fecundo para la formación que despertar en los jóvenes la capacidad de *asombro* ante la grandeza sorprendente de mil aspectos de lo real. Esa labor se orienta en sentido contrario al *reduccionismo*, pues su meta es enriquecer nuestra concepción de cada uno de los modos de realidad, y no depauperarla. El empobrecimiento dificulta o incluso anula del todo la posibilidad del encuentro. El enriquecimiento la facilita e incrementa. A través de los estudios de Biología, un profesor avezado puede despertar en los alumnos un sentido de admiración profunda hacia lo que implica la vida, el hecho de que existan seres capaces de tener independencia respecto al medio, ejercer un tipo específico de control sobre él al tiempo que reciben del mismo cuanto necesitan para pervivir. Hay que evitar que el alumno dé por consabido todo cuanto lo rodea, por estar contemplándolo reiteradamente desde la niñez. Justamente, una de las tareas básicas de todo educador es avivar la capacidad de *sorpresa ante lo cotidiano*, que es el *principio de la sabiduría*.

Las consecuencias éticas de esta *instalación en el asombro* son insospechadas. Si un joven llega a sentir admiración ante lo que es e implica un árbol, un bosque, un campo en flor..., experimentará un dolor casi físico ante el deterioro del paisaje y extremará sus cuidados con la naturaleza en torno. En esa misma línea, quien se abra al enigma prodigioso del ser humano se guardará muy bien de pensar o expresarse de forma superficial o frívola cuando se refiera a la vida naciente o declinante.

Relación entre teoría y práctica

Al hilo del estudio de las Ciencias de la Naturaleza resalta la estrecha y fecunda vinculación que existe entre la "teoría" y la "práctica". Esta *distinción*, cuando se malentiende como *escisión*, provoca graves daños a la vida humana, pues no hay actividad concreta que se ajuste a la realidad y sea, por tanto, fecunda si no va orientada por un análisis "teórico" de la cuestión. El término "teoría" procede, en griego, del verbo "ver", muy relacionado con el verbo "pensar". Ver algo con claridad es conocerlo profundamente. La actividad teórica no está de por sí alejada de la práctica. Es su más fiel aliada, la base sobre la que opera. En toda actividad humana bien orientada y realizada se da un influjo mutuo -una especie de "feed back"- entre lo teórico y lo práctico, como resalta al estudiar cuidadosamente la génesis de la técnica actual.

Por este motivo, la formación integral de los jóvenes requiere una clarificación teórica muy aquilatada de lo que es la realidad en general y, en concreto, la realidad humana. De ahí la necesidad de ponerlos al tanto de los cambios que se van operando en la manera de concebir el ser humano y su forma de desarrollarse. El gran biólogo A. Portmann, al comienzo de su trabajo sobre "la nueva imagen del organismo", advierte que nuestra idea de la vida influye en nuestra actividad, y las investigaciones teóricas sobre los procesos nucleares del organismo pueden traducirse en actuaciones sobre la persona humana tan fecundas como arriesgadas⁶⁵.

"Cada nuevo conocimiento -escribe el físico W. Gerlach- amplió en medida proporcional nuestra visión del macro y microcosmos. Ese nuevo saber acerca del mundo cambió nuestra visión espiritual del mundo en el que

⁶⁵ Cf. *Die Welt in neuer Sicht*, Editorial Barth, Múnich 1957, págs. 24-25.

vivimos y, consiguientemente, la cosmovisión según la cual vivimos, así como nuestra situación en el espacio material en que desarrollamos nuestra existencia"⁶⁶.

Con espíritu afín al de estos grandes científicos, el filósofo Xavier Zubiri subrayó con énfasis que "en el fondo de toda moral lo importante no es el sistema de deberes que la sociedad determina; lo que importa es la idea que se tenga del hombre"⁶⁷. Este texto figura como lema al comienzo del libro para destacar que la formación integral de los jóvenes no puede conseguirse mediante el estudio de unos cuantos temas, por bien seleccionados y explicados que estén; exige que los formadores tengan una *idea cabal del hombre*, no depauperada por prejuicios y malentendidos, sino enriquecida por las aportaciones de la investigación más cualificada en todos los órdenes del saber: el científico, el filosófico, el artístico, el deportivo, el teológico⁶⁸...

Relación entre perfección orgánica y belleza

Llama la atención el nexo que existe, en muchos seres, entre la *perfección funcional* y la *belleza*. Un panal de miel, una tela de araña, una concha marina, una gacela de Grant, la trama membranosa de una hoja... cumplen de modo perfecto su función específica y muestran una belleza extraordinaria. Para realizar adecuadamente una función orgánica debe haber unidad entre las partes y el todo, proporción de las partes entre sí, medida o mesura de las mismas: justo las condiciones de la belleza según la Estética griega, que ha inspirado hasta hoy la búsqueda de la belleza en el mundo occidental. Desde la constitución misma de la materia, las leyes matemáticas rigen la formación y crecimiento de toda realidad. Las matemáticas crean estructuras perfectamente ordenadas. Todo cuanto se ordene conforme a estructuras matemáticas es bello de raíz. En un retoño de bambú, los intervalos entre cada dos pisos sucesivos disminuyen a medida que la estructura del mismo se hace mayor. Eso mismo sucede en la torre de San Fermín de Pamplona. El crecimiento se ajusta a la serie numérica 2:3, 3:5, 5:8, 8:13, 13:21..., que se halla en relación con la famosa "sección áurea", según la cual la parte pequeña es a la grande como la grande es a la suma de las dos. Aquí se observa cómo el arte imita a la naturaleza en su forma espontánea de crear belleza⁶⁹.

La observación de la naturaleza nos permite descubrir una y otra vez cómo se unen estrechamente la configuración de las realidades, la ordenación perfecta de sus diversas partes y el logro de formas bellas. Werner Heisenberg, tan eminente físico como buen intérprete musical y

⁶⁶ Cf. o. c., págs. 5-7.

⁶⁷ Cf. *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid 1986, p. 425.

⁶⁸ Es bien sabido que, sin un conocimiento un tanto aquilatado de lo que es la experiencia religiosa, ni creyentes ni agnósticos pueden entender a fondo buena parte de la historia de la cultura, que es la génesis de cuanto somos cada uno de nosotros como personas y como seres sociales.

⁶⁹ Cf. A. López Quintás: *El enigma de la belleza*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2016, p. 101. A. Feininger: *Anatomía de la naturaleza*, Jano, Barcelona 1962. Exactamente, la "sección aurea" (o "número de oro") viene dada por esta proporción: $(\sqrt{5}+1):2 = 1:(\sqrt{5}-1)/2$, que equivale a 0,618:0,382. Cf. W. Tatarkiewicz: *History of Aesthetics*, Mouton, La Haya 1970, p. 72.

entusiasta lector de Platón en su lengua original, supo captar lúcidamente la relación entre la belleza, la unidad, el orden, la armonía, las interrelaciones expresables en fórmulas matemáticas, la importancia de lo bello en la búsqueda de la verdad...

"En el momento en que el hombre descubre las ideas exactas -escribe-, se produce en el alma de quien las ve un proceso indescriptible de extraordinaria intensidad. Estamos ante el sorprendente estremecimiento del que nos habla Platón en el Fedro: el alma recuerda algo que ha poseído desde siempre sin darse cuenta. Kepler dice: geometría est archetypus pulchritudinis mundi, 'las matemáticas -podríamos traducir, generalizando- son el prototipo de la belleza del mundo'. En la física atómica este proceso ha tenido lugar hace más de cincuenta años, y con premisas nuevas ha conseguido volver de nuevo al estadio de bella armonía, perdido durante un cuarto de siglo"⁷⁰.

La Ecología y la interrelación de diversos seres

Hemos visto que la realidad está constituida por interrelaciones desde su última raíz. Nada extraño que el universo esté formado por un conjunto de "hiperespacios" o "ámbitos", en los que diversos seres se agrupan en torno a un *principio unificador*. Resulta muy instructivo para el alumno descubrir el carácter de hiperespacio o ámbito que presenta, por ejemplo, un bosque. Un bosque es una comunidad de seres vivos intervinculados. Se compone de diversos estratos -*región subterránea, suelo, estrato herbáceo, estrato arbustivo, techo*- que forman un sistema de interrelaciones nutritivas, es decir, el "metabolismo" del conjunto. Este metabolismo implica dos acciones básicas: la *bacteriana* y la *fotosintética*. Las bacterias "heterótrofas" actúan sobre los restos de plantas y animales que contiene el *suelo* y los transforman en compuestos orgánicos. Éstos son convertidos por las bacterias "autótrofas" en sales minerales, que son absorbidas por las raíces de las plantas verdes y nutren el arbolado. La fotosíntesis es una fuente de alimento para las plantas a base de la energía solar. Los hidratos de carbono sintetizados por los vegetales se combinan con las sales minerales absorbidas del suelo para formar las proteínas de las plantas. Estas proteínas alimentan a los animales herbívoros, que a su vez nutrirán a los animales carnívoros. De este modo se forma una "cadena alimentaria".

En cada comunidad de seres vivos, unos seres sirven de alimento a otros y éstos son consumidos por unos terceros, en forma encadenada. Ya Charles Darwin destacó que el trébol rojo es polinizado por las abejas y de éstas pende su existencia. Pero el ratón destruye las colmenas para comer la miel, con lo cual disminuye la población apícola y se impide el crecimiento del trébol. Mas he aquí que los gatos cazan ratones, lo que beneficia a las abejas y al trébol... Las cadenas alimentarias se constituyen en forma piramidal. En la base se hallan los seres más pequeños y numerosos. Estos son devorados por animales mayores, que, a su vez, son presa de otros más poderosos y más reducidos en número. Cada animal depredador suele consumir animales más pequeños que ellos en un grado, por así decir, a fin de no consumir demasiada energía en la captura y asimilación del alimento. De esta forma se mantiene el equilibrio ecológico.

Un ejemplo, asimismo, de cadena alimentaria es la que existe en el mar entre los peces que mueren, la formación del fitoplancton y el

⁷⁰ *Más allá de la física*, p. 248.

zooplancton, los peces que se nutren de éste y son capturados por peces mayores, que son luego capturados por el hombre o mueren y reanuda así la cadena... En relación con la cadena alimentaria marina se halla el "ciclo del guano". La corriente de Humboldt en Chile y Perú y la de Benguela en las costas de África occidental sacan a la superficie del océano gran cantidad de minerales, sobre todo fosfatos, que se hallan depositados en los fondos marinos. Estos minerales alimentan el fitoplancton, y éste enriquece el zooplancton. Gracias a ello, existen inmensos bancos de clupeidos, que atraen a millones de aves marinas. Éstas viven en colonias apretadas sobre islotes costeros. Merced a la sequedad del clima, la capa de excrementos de tales aves se conserva durante siglos sin perder su alta concentración de nitrógeno. Como estas aves guaneras se alimentan de anchovetas, cuando se incrementó la pesca de esta clase de peces disminuyó la colonia de aves. Las anchovetas son convertidas en fertilizantes y harina de pescado. Pero la calidad del guano como fertilizante es superior a la del producto derivado de la anchoveta. Ello obligó a cultivar de nuevo las aves guaneras...

Estos casos de interacción y otros mil que podrían aducirse ponen de relieve la coordinación que existe entre los seres vivos. Alterar esta coordinación supone hacer violencia a la naturaleza y perturbarla gravemente, con notable daño para el ser humano. J. J. Sanz Jarque nos ofrece un ejemplo bien penoso en la obra *La tierra, un hogar habitable*. En un lugar frondoso de los Pirineos españoles se talaron árboles para construir una fábrica. Esta decisión provocó una serie de agresiones en cadena al paisaje. En principio, pareció que esta pérdida se traduciría en una gran riqueza. Al final, la vida humana se vio en esa comarca muy deteriorada⁷¹. Intervenir en la naturaleza con espíritu dominador, sin voluntad de diálogo, significa rebajar los seres del entorno a condición de *medios para nuestros fines*. Tal envilecimiento impide la relación constructiva con el entorno que postula la auténtica Ecología. Ésta ha de basarse en un conocimiento lo más profundo posible de lo que son los seres del entorno humano y la fecundidad que encierra su mutua interrelación.

Diversos casos de interrelación

El conocimiento de los vínculos que se dan entre diversos seres, a veces muy alejados en tiempo y espacio, es decisivo para la formación integral de los jóvenes.

A. *El ciclo de las rocas*. Ves una roca sedimentaria. Te llaman la atención sus diferentes estratos, que se asemejan a los diferentes "pisos" de un pastel. A veces, en alguna de las rocas se halla incrustada alguna planta o concha marina. Sin duda te asombra ese espectáculo, pero ¿sabes leerlo, como se lee una partitura musical? Claude Lévy-Strauss comparaba esas rocas a partituras, porque remiten a algo expresivo que se revela en ellas, y la consideración conjunta de ambas le inspiró su investigación del sentido oculto de los mitos. Se trata de aprender a ver con profundidad, más allá de las apariencias sensibles. Contempla la roca "silenciosamente", es decir, atendiendo simultáneamente a diversas realidades y

⁷¹ R. Alvarado Ballester (ed.): *O. cit.*, Professors World Peace Academy, Nueva York 1990, pp. 92-95.

acontecimientos, y verás, a lo largo de *millones* de años, ríos que arrastran fragmentos de rocas erosionadas por el viento y el agua, y los sedimentan en lagos y mares; la formación de rocas debido a la presión de la tierra y al carbonato de calcio; el agua que desaparece; la erosión que desplaza las capas más blandas de los sedimentos y deja al descubierto las partes más resistentes: rocas, montañas... Dentro de este "ciclo de las rocas" entra también la reducción de las rocas a lava, su salida al exterior en los volcanes, la formación de rocas de lava volcánica, etc. Al ver una roca, no contemplas una realidad cerrada en sí, bien delimitada, aislada del exterior; sientes vibrar en ella la acción de muchas otras realidades durante períodos de tiempo casi inimaginables. Es una forma sobrecogedora de contemplar la génesis y el poderío increíble de este universo en el que vamos cabalgando por los espacios siderales a velocidades vertiginosas.

B. El ciclo del agua. Desde hace millones de años el suministro total de agua sobre la tierra ha permanecido constante, merced al intercambio ininterrumpido entre tierra, mar y aire. Conviene que los alumnos conozcan en pormenor este proceso. Cobrarán un gran aprecio por muchas realidades cuyo papel en la vida del hombre conviene no desconocer: por ejemplo, los árboles. Un roble arroja a la atmósfera unos 400 litros de vapor de agua al día y crea un microclima húmedo a su alrededor. El vapor favorece la formación de nubes, y éstas facilitan la lluvia, que hace posible el crecimiento de los árboles. La deforestación contribuye a la sequía, y deja a la tierra fértil en grave riesgo de ser arrastrada por el menor temporal. Todo en la naturaleza está íntimamente conectado.

C. La polinización de las plantas. Un caso de interconexión bien conocido es el de la polinización de las plantas. La dualidad sexual en las plantas es una manifestación elocuente de la condición *relacional* de los seres vivos. Ver en bloque la condición sexuada de las plantas, la función fertilizante del polen, la colaboración auxiliar del viento y los insectos para conectar el polen de una flor con el pistilo de otra es contemplar el orden preestablecido del universo y tocar fondo en lo más originario, lo que está operante en el comienzo de la realidad: la *relación*. Los pétalos, con sus colores, sirven para atraer a los insectos y fecundar la planta. Una vez que el óvulo fecundado se desarrolla, los pétalos se marchitan y mueren, pero el pistilo sigue creciendo para poder contener y proteger las semillas recién formadas. Este pistilo crecido es el fruto. No deja de ser emocionante pensar que nos alimentamos de algo que nació para hacer posible que las plantas perduren. Se unen así la belleza, el perfume, el buen sabor, el valor alimenticio y la capacidad de perduración.

D. Otros casos de interacción. Multitud de temas de las ciencias naturales ofrecen ocasión propicia para subrayar esa unidad dinámica que constituye la realidad del universo. Piénsese, por ejemplo, en los siguientes:

- La *atmósfera*: origen de los vientos y las nubes, los cambios de temperatura y presión....
- La formación de las *playas*: su relación con los ríos, las olas marinas, los cañones del fondo marino...
- Los diferentes *climas* que muestran las laderas de una misma montaña.
- La función *ecológica* de los insectos...

III. El pensamiento relacional fomenta el "espíritu abierto"

Actualmente, se encomienda a los profesores la tarea de *contribuir cada uno, desde su perspectiva peculiar, al logro de la formación integral de los alumnos*. Este tipo de formación sólo se realiza cuando cada uno se ajusta a las leyes y exigencias de su propia realidad. La realidad humana se desarrolla y llega a madurez a través del encuentro. En éste se centra toda la vida humana auténtica: su ideal, sus valores, su creatividad. Para entender en su génesis el acontecimiento de encuentro, debemos comprender a fondo lo que son e implican los "ámbitos", las "experiencias reversibles", los valores, la creatividad..., y, en la base de todo ello, las interrelaciones.

Si vinculamos entre sí los temas antedichos para que se enriquezcan mutuamente, se alumbra en nuestro interior una forma de mirar la realidad más abierta, más comprensiva, más penetrante y rica de matices. Al ver así la realidad, observamos que nada se explica plenamente a solas; todo está en conexión con todo, y alcanza su máxima dignidad cuando es visto de manera *relacional*. Este modo de ver y de pensar es decisivo en la formación: ayuda a salir de sí sin perderse, a hacer justicia a cada realidad y al todo en que está inmersa, a captar la articulación interna de los distintos procesos, a saber prever...

Esta misma impresión de claridad y plenitud es la que recibe el alumno cuando, a lo largo de sus estudios, va asumiendo este método a través de las distintas áreas. Al ver que cada área le abre este amplio horizonte de comprensión de la realidad y de la vida, cobra una alta estima de la misma. Con ello se salva el grave riesgo de que el alumno se forme una idea pobre del alcance de las distintas disciplinas, y reduzca, por ejemplo, la literatura a un conglomerado de datos, fechas, argumentos de obras que relatan meras ficciones..., y considere la Historia como un relato de hechos más o menos azarosos, interpretados de modo partidista y pasional.

El adiestramiento en la forma relacional de pensar nos dispone para *pensar con rigor, razonar de modo persuasivo y fundamentado, abrirnos a la realidad* en sus diferentes niveles y ganar facilidad para *trascender los niveles inferiores hacia los superiores*. Esta flexibilidad de espíritu nos dota de una especie de connaturalidad con los valores y las realidades espirituales. Tal afinidad con lo valioso nos permitirá, en los Temas siguientes, analizar los grandes temas éticos y religiosos con los conceptos y el método adecuados. Si intentamos comprender lo que sucede en un nivel superior de realidad y de conducta con categorías elaboradas a base de experiencias propias de los niveles inferiores, no haremos sino tergiversar la realidad y desorientarnos. Por esta profunda razón, diversos pensadores contemporáneos advierten sagazmente que no procede estudiar las realidades más elevadas –como es el ser humano– con conceptos adecuados solamente al estudio de los objetos de trato cotidiano, que son dominables y manejables precisamente porque presentan un modo de ser precario. Debemos analizarlas con los conceptos y con el método que les son propios.

9

EL ENIGMA DE LA BELLEZA⁷²

Desde antiguo, el arte –toda forma artística y, de modo singular, la musical– despertó en el ser humano una especial emoción. En la película *La misión*, un misionero jesuita se adentra en la espesura de un bosque. Al llegar a un claro, saca de su funda un oboe y toca una melodía. Súbitamente, de la profundidad de la selva salen grupos de hombres armados con lanzas. Pero no vienen en son de guerra, sino gozosos, pues el hechizo de la música los ha cautivado y ven al misionero como un portavoz de la belleza y un heraldo de alegría y de paz. Esta obra tiene como protagonista singular la música, vista como un medio privilegiado de comunicación entre los hombres.

Beethoven afirma en su testamento de Heiligenstadt que, gracias a la virtud y al amor a su arte musical, no recurrió al suicidio como salida a la desesperación⁷³. ¿Qué enigmático valor tiene el arte para elevar el ánimo de esa forma tan eficiente? Para contestar a esta pregunta, debemos clarificar a fondo qué es la belleza. Ello nos exige volver al origen de nuestro canon estético: la antigua Grecia.

I. Las categorías estéticas griegas

Los griegos fueron muy sensibles al fenómeno de lo bello y lo cultivaron con extraordinaria maestría en tres niveles distintos. 1) Crearon una literatura y un arte admirables –arquitectura, pintura, escultura, música...–; 2) reflexionaron sobre las condiciones que favorecen el brotar de la belleza en las obras literarias y artísticas. Descubrieron, así, las “categorías estéticas”, y pusieron las bases de la *Estética occidental*. 3) Se elevaron a un plano superior y se preguntaron genialmente qué es “la belleza”, entendida como ese principio enigmático que hace bellas todas las realidades que admiramos como tales. Fundaron con ello la *Metafísica de la belleza*.

En las diversas artes, los griegos nos dejaron monumentos imperecederos de belleza, que todavía hoy nos asombran. Pero ellos tenían conciencia clara de que no *creaban* la belleza; la *encontraban*, en cuanto la hacían surgir, o, dicho con palabras certeras de Platón, “generaban obras en la belleza”. De ahí su afán por determinar cómo se realizaba esta tarea generadora. Para ello se esforzaron en precisar las categorías estéticas decisivas, entre las que sobresalen la armonía, la repetición, la simetría, la unidad en la variedad, el contraste, la luminosidad.

⁷² El tema de la belleza y del arte plástico y musical lo analizo en estas obras: *El triángulo hermenéutico*, Publicaciones Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2015; *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao 2010, 3ª ed.; *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp, Madrid 1998, 3ª ed.

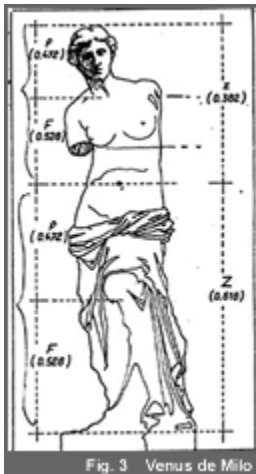
⁷³ Una traducción completa de este Testamento puede verse en mi obra *Poder formativo de la música. Estética musical*, o. c., págs. 301-303.

Armonía

Al hilo de su labor creadora, observaron que la belleza de una obra de arte surge como fruto de una relación *armónica* de las partes que la componen y de su ajuste a la figura humana, considerada como canon. La armonía es integrada por dos tipos de relaciones: la *proporción* y la *medida* o *mesura*.

a) Lo *sometido a medida* era lo comedido, lo delimitado, lo ajustado a la figura humana. Tal comedimiento debía darse en todas las realizaciones humanas –artísticas, éticas, urbanísticas, políticas... – si había de reinar en ellas la belleza. Lo *no mesurado* era considerado por los griegos como desmesurado, indelimitado, incontrolado, “bárbaro”.

b) La *proporción* consiste en fijar las dimensiones de las distintas partes de una obra conforme a ciertos cánones, expresables en fórmulas algebraicas. Visitas el Louvre y admiras la elegancia y esbeltez de la Venus de Milo, así como la armonía de sus formas y la expresividad de su porte. Ésta es la forma *cualitativa* de contemplar la obra. Seguidamente, puedes adoptar una actitud *cuantitativa* y reparar en la proporción mutua que guardan cada una de las partes de la escultura. Lúcidos estudios han descubierto que todas las partes se ajustan exactamente a las medidas de la “sección áurea” o “número de oro” y a la función de la misma. Los artistas y arquitectos griegos advirtieron que, si se divide una superficie en dos partes, una de las cuales ocupe el 0,382 del conjunto y la otra el 0,618 –o bien, el 0,528 y el 0,472–, produce un efecto de equilibrio y belleza. Las proporciones de la Venus fueron calculadas de la forma siguiente. Se dividió su figura idealmente en dos partes: desde la coronilla de la cabeza hasta el ombligo, y desde aquí hasta la planta del pie. Esta segunda parte es la más larga: ocupa el 0,618 de la longitud total. La otra cuenta solamente con el 0,382. (En el caso del *Apolo del Belvedere*, se invierten estas proporciones para dar una impresión, no de elegancia –como en la Venus–, sino de solidez). Cada una de estas dimensiones es subdividida en otras dos: desde la coronilla de la cabeza hasta el arranque del cuello, y desde aquí hasta el ombligo. La primera parte abarca el 0,472, y la segunda, el 0,528. Cada una de ellas vuelve a dividirse; por ejemplo, desde el arranque del cuello hasta la parte baja del seno derecho, y desde aquí hasta el ombligo. Y así sucesivamente, de modo que la superficie del cuerpo quede sometida toda ella a proporción.



Ambas formas de acceso a la obra –la cualitativa y la cuantitativa– se complementan y fecundan, en cuanto contemplan y analizan, respectivamente, la proporcionada y medida interacción de sus elementos, vistos como *fuentes de expresividad*, es decir, como *ámbitos*, no como meros objetos.

Al pasar ante una fragua, Pitágoras reparó en la distinta altura de los sonidos producidos al golpear los yunques. Entró, y advirtió que esos intervalos entre los sonidos eran proporcionales a las dimensiones de los objetos que los producían. Este descubrimiento del nexo que media entre la calidad y la cantidad produjo un estremecimiento de asombro en el espíritu de los griegos, afanosos de penetrar en los enigmas de la realidad.

A partir de ese momento se inició una carrera entusiasta en la investigación de las proporciones que se dan entre las medidas de los materiales y el surgir de la belleza. La estética griega y la romana, la patrística, la medieval y la renacentista estuvieron impulsadas, en buena medida, por la intuición de que los fenómenos estéticamente valiosos se ofrecen al hombre por dos vías: la intuitiva y la intelectual-calculadora, la sensible y la matemática.

“Entonces –escribe Aristóteles–, como todas las cosas parecían modeladas según los números, y los números parecían lo primero en toda la naturaleza, pensaron (los pitagóricos) que los elementos de los números eran los elementos de todas las cosas, y que los cielos enteros eran armonía y número”⁷⁴.

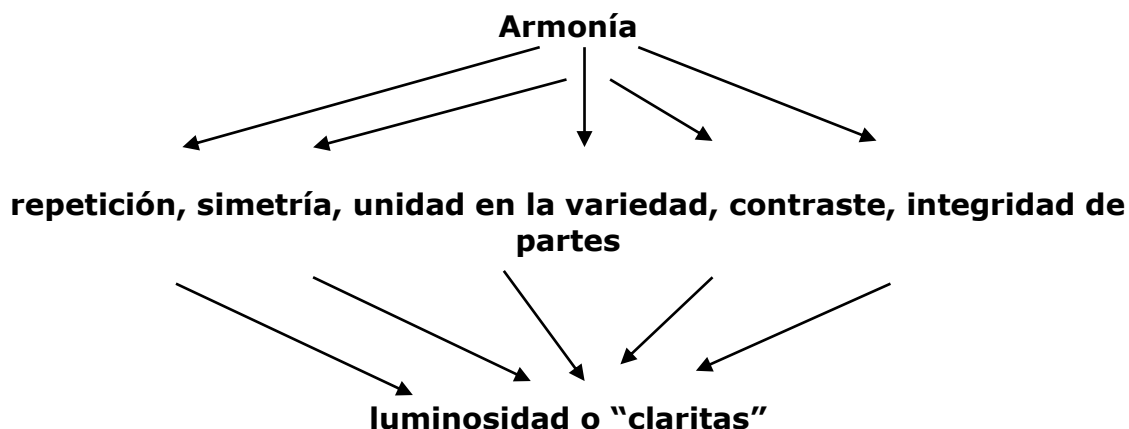
“Mira el cielo –exclama San Agustín–, la tierra, el mar y cuantas cosas hay en ellos, ya brillen en lo alto o se arrastren, naden o vuelen acá abajo. Todo está investido de forma, porque todo tiene números. Suprime éstos, y los seres se convierten en nada. ¿De quién proceden las cosas sino de quien procede el número, supuesto que en tanto tienen ellas ser en cuanto tienen número?”⁷⁵.

Los números y las fórmulas generan proporción y, por tanto, unidad y orden, en el sentido positivo de *ordenación*. Una realidad bien configurada

⁷⁴ Cf. *Metafísica* A 5, 98 5b, 98 6b 8.

⁷⁵ Cf. *De libero arbitrio*, 2, 16, 4. Por esta primacía del número en la Estética de San Agustín, su libro *De musica* parece, a primera vista, más bien un escrito de álgebra que de estética.

es luminosa, en el sentido de que patentiza lo que es con toda claridad. Tal patentización constituye su *verdad*. La verdad, la luminosidad y el orden van siempre unidos en la generación de belleza. Nada ilógico que la armonía –y las categorías que de ella se derivan– ejerzan el papel de fuentes de luz. La doctrina de las categorías estéticas puede condensarse en este gráfico:



Repetición

Si repetimos un elemento sensible expresivo con el fin de crear un *ámbito de vida*, surge una fuente de belleza. Los elementos repetidos se hallan aunados por un orden interno que les da configuración y sentido. La riqueza expresiva de la repetición se debe a un modo peculiar de armonía: la unidad que forman los elementos repetidos al integrar su capacidad expresiva. En el Partenón y demás templos griegos no se repiten las columnas para insistir en lo mismo sino para crear un ámbito de majestuosidad y luminosa transparencia.

La categoría estética de la repetición ha seguido vigente a lo largo de toda la historia de la estética occidental. En los claustros se repiten columnas y arcos para crear *ámbitos de marcha serena y recogida*. Si queremos comprender un claustro como obra de arte, debemos recorrerlo sosegadamente –conforme al ritmo que sugieren las columnas y los arcos–, hacer la experiencia viva de cómo confluyen en él la naturaleza y la obra de las manos humanas, y cómo vibran en todos sus rincones siglos de vida intensa.

En el *Gloria* de la gran *Misa en si menor*, Juan Sebastián Bach repite unas 33 veces el versículo del evangelio de San Lucas "En in terra pax hominibus bonae voluntatis" (Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad). En el lenguaje *prosaico* de la mera información, esta reiteración sería del todo impertinente. En el lenguaje *poético* de la creación de ámbitos, tiene pleno sentido porque crea un *ámbito de paz evangélica* e invita al oyente a adentrarse en él.

La repetición da lugar a múltiples recursos estéticos: el *ritmo* del lenguaje poético y musical, la *rima*, la composición de las diversas formas poéticas, los estribillos, los temas musicales y poéticos...

Simetría, unidad en la variedad, contraste, integridad de partes

Otras formas fecundas de conseguir armonía son 1) la simetría – repetición de un mismo elemento en torno a un eje, que puede ser vertical u oblicuo–, 2) la conjunción equilibrada de la unidad y la variedad, 3) la alternancia de elementos contrastados, 4) la configuración perfecta de cada realidad, es decir la “integridad de partes”.

Todas las categorías estéticas proceden de la armonía y florecen en la “claritas” o luminosidad. Esta es la meta de las categorías. Aquella es la fuente.

Luminosidad o “claritas”

Desde antiguo se vincula lo luminoso y lo bello en el ámbito de la estética y la ética. Hablamos de un día “espléndido” y de un varón “preclaro”, en la línea de la expresión latina “clarissimus vir”. La belleza es fruto de la armonía, y ésta implica proporción y medida, es decir, ordenación conforme a cánones fecundos. Con razón, los clásicos definieron la belleza como “el esplendor del orden”. Pero el orden lo establece la forma. De ahí la vinculación de la belleza al “esplendor de la forma”. Y la forma es el principio vital de la realidad. Con toda profundidad se consideró la belleza como “el esplendor de la realidad”, la realidad que, al estar bien conformada o configurada, se manifiesta de forma luminosa, es decir: espléndida.

Eminentes pensadores medievales acogieron con entusiasmo la Metafísica de la luz elaborada genialmente por los griegos. El fenómeno de la luz era sentido por ellos como la expresión quintaesenciada de la belleza. En la Escuela de Chartres se decía, como un lema: “Ipsa lux pulchra est” (la luz es bella de por sí).

Este asombro ante el valor simbólico de la luz inspiró al abad Suger la construcción de la iglesia abacial de Saint-Denis, en las afueras de París. Así nació el prodigio del estilo gótico, que libera a los muros de la función sustentante y los habilita para acoger amplísimas vidrieras. Este cambio estilístico no fue debido, en principio, a la capacidad técnica de adelgazar los muros, sino al deseo de vincular el mundo exterior y el ámbito interior, y mostrar que todo el universo adquiere una especial luminosidad, transparencia y densidad de sentido cuando se deja traspasar por la energía creadora del Espíritu del Creador. Vistas desde fuera, las vidrieras policromadas ofrecen un aspecto sombrío, inexpresivo. Desde dentro, se asiste a la conversión de unos sencillos materiales en perlas resplandecientes, símbolo del alma menesterosa que se transfigura al ser iluminada por la gracia divina.

En el Renacimiento, la metafísica griega de la luz inspiró relevantes obras literarias, como la oda “El aire se serena”, dedicada por Fray Luís de León al músico Salinas:

«El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada,
por vuestra sabia mano gobernada».

En nuestros días, Martin Heidegger moviliza términos que aluden a la luz cuando describe fenómenos bellos y acontecimientos de interacción de realidades. Basta leer su descripción del templo griego y del cuadro de Van Gogh "Las botas de campesina". En esas botas gastadas se halla toda la vida de la campesina, su duro laboreo en la tierra húmeda, sus esperanzas en tiempo de siembra y su gozo sereno a la hora de la recolección.

"En la oscura oquedad del gastado interior de la bota –escribe– queda plasmada la fatiga de los pasos laboriosos. En la ruda pesadez de la bota queda retenida la tenacidad de la lenta marcha por los monótonos y dilatados surcos del campo por el que corre un viento áspero. En el cuero está depositada la humedad y saturación del suelo. Bajo las suelas se desliza la soledad del sendero al caer la tarde. En la bota vibra la llamada silenciosa de la tierra, su callado ofrendar el grano que madura y su misteriosa inactividad en el árido yermo del campo invernal. Este útil está transido de la inquietud latente por la seguridad del pan, la callada alegría por la superación renovada de la penuria, la angustiada espera del parto y el temblor ante la amenaza de la muerte. Este útil pertenece a la tierra y está resguardado en el mundo de la campesina. Esta resguardada pertenencia le confiere al útil su identidad y sustantividad"⁷⁶.

Al contemplar en bloque estos aspectos de la vida de la campesina, se nos "ilumina" su mundo peculiar. La luz brota cuando confluyen las realidades que están llamadas a dar origen a una nueva realidad. Tal confluencia es un entreveramiento de ámbitos, una ordenación. De ahí que la "integridad de partes" haya sido otra de las condiciones del surgir de la belleza.

De aquí se infiere que lo contrario de la luminosidad o claridad no es la profundidad, sino el caos, lo informe, lo no logrado, lo que no está bien configurado y no se muestra de modo espléndido, luminoso. A veces se contraponen la profundidad del Norte europeo a la claridad del Sur, como si la claridad fuera unida con la superficialidad. Si Bach y Haendel son profundos, no le van en zaga Palestrina y Victoria. Si Goethe asombra por su hondura, nunca admiraremos bastante la penetración de Cervantes.

De lo antedicho se desprende que la armonía es la raíz de las diversas condiciones del surgir de la belleza, y la luz es su corona. Por eso, la luminosidad o "claritas" no puede verse como una categoría estética entre otras; constituye su quintaesencia, pues la belleza es, de por sí y en sí, una forma de luminosidad o "esplendor". Con toda verdad puede decirse que "la luz misma es bella", la luz que brota en la integración armónica, bien proporcionada y mesurada, de diversos elementos expresivos.

II. Carácter relacional de las categorías estéticas griegas

Suele decirse que las categorías estéticas representan las "condiciones objetivas" de la belleza. Objetivas, en el sentido de que no dependen exclusivamente del sujeto cognoscente, sino que están

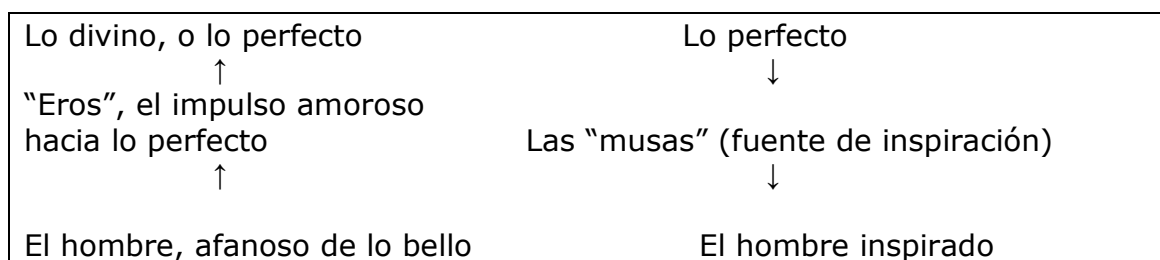
⁷⁶ Cf. *Der Ursprung des Kunstwerkes*, en Holzwege, V. Klostermann, Frankfurt 1957, 3ª ed., págs. 21-22. La traducción completa del texto heideggeriano relativo al cuadro de Van Gogh y al templo griego la ofrezco en mi obra *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao 2004, 2ª ed., cap. 3. Actualmente contamos con una buena traducción de Holzwege, debida a Helena Cortés y Arturo Leyte: *Caminos de bosque*, Alianza Editorial, Madrid 1998, 4ª ed.

arraigadas en el "objeto de conocimiento" que es la obra de arte. Pero la obra de arte no es un mero objeto, sino un "ámbito", una realidad abierta, relacional, por ser capaz de ofrecer ciertas posibilidades y recibir otras. Las categorías estéticas –armonía, simetría, repetición, unidad en la variedad...– no pertenecen ni al sujeto ni al objeto, tomados a parte, sino al juego que hacen entre sí. Jugar significa, exactamente, recibir activamente posibilidades para crear algo nuevo dotado de cierto valor.

Es muy significativo que El Partenón, el emblemático templo griego, implique en sí mismo la relación al posible espectador. Fue construido de tal modo que las líneas verticales y las horizontales presenten al contemplador la forma de un cuadrilátero perfecto, a pesar de las deformaciones visuales que produce la luz sobre los materiales. Para ello, las columnas fueron ligeramente inclinadas hacia dentro. De haber sido construidas en forma vertical perfecta, aparecerían desplazadas hacia fuera. Las columnas que quedan en sombra fueron dotadas de una mayor anchura, pues, al no incidir en ellas la luz, dan impresión de mayor delgadez. Algo semejante sucede con el arquitrabe y la base. Los constructores de esta obra modélica tuvieron muy en cuenta que toda obra de arte es relacional, ni objetiva ni subjetiva, sino ambas cosas a la vez. En el nivel de la creatividad se superan muchas paradojas y múltiples falsos dilemas.

Esta condición relacional se da ya en el proceso de búsqueda de la belleza. Por genial que sea, el artista griego tiene clara conciencia –como queda dicho– de que no crea la belleza con sus meras potencias personales; la descubre, la *encuentra*⁷⁷. Los seres humanos sentimos dentro de nosotros una voluntad de ascenso hacia lo divino –entendido como lo perfecto– que los griegos denominaron "eros" –amor a lo elevado y relevante–; pero tal ascenso extático –que nos eleva a lo mejor de nosotros mismos– sólo podemos realizarlo si lo divino –lo perfecto– nos sale al encuentro. Ese salir al encuentro fue personificado en la imagen de las "musas". Podemos elevarnos a lo divino en cuanto lo divino se nos torna accesible. Esa manifestación de lo perfecto recibe el nombre enigmático de "inspiración", que es netamente relacional.

Este doble movimiento simultáneo –de abajo arriba y de arriba abajo– puede visualizarse de la siguiente forma:



Cuando la belleza se encarna en una obra de arte y reluce en ella, las condiciones que hacen posible tal encarnación presentan también un carácter relacional. La armonía, la simetría, la repetición, la unidad en la variedad... son condiciones propias de la obra y pueden ser sometidas a verificación. Pero, si han de adquirir valor estético, deben ser captadas y

⁷⁷ Recuérdese que encontrar se dice en latín *invenire*, cuyo participio es *inventum*, de donde procede el verbo español *inventar*. Inventar no significaba tanto para los griegos *crear* cuanto *hallar*.

valoradas por un sujeto contemplador, dotado de la debida sensibilidad. Las categorías estéticas no existen como tales sin la colaboración del sujeto, pero éste no es dueño arbitrario de ellas. Aquí resalta un hecho decisivo: el pensamiento relacional supera por elevación el pensamiento relativista, tanto en su versión subjetivista como en la objetivista.

Se teme a veces que, al no conceder primacía al pensamiento objetivista, se diluya la solidez y la independencia de las obras de arte. Se advierte que éstas poseen una estructura, tienen consistencia, gozan de independencia respecto a su mismo creador, no son meramente subjetivas. Nada más cierto, pero es falso afirmar que tal independencia de las obras de arte equivalga a estar cerradas en sí mismas. Precisamente, la consistencia propia de tales obras les viene del hecho de que son valiosas, es decir, son fuente de posibilidades para quienes sepan y quieran asumirlas como principio interno de actuación. Ya sabemos que todo lo valioso no sólo existe, sino que se hace valer, pide ser asumido creadoramente y realizado.

En Estética y en Ética es decisivo descubrir que no hay más forma eficaz de superar el relativismo que pensar de modo relacional y conceder la importancia debida tanto al sujeto como al objeto. El valor de una realidad no se descubre sin la colaboración de un sujeto, debidamente dispuesto, pero éste no crea dicho valor, no es dueño del mismo sino colaborador.

III. *El ascenso al plano metafísico: Qué es la belleza*

Podría parecer que los griegos iban a aquietar su afán de búsqueda estética al descubrir las principales categorías estéticas. Sus reflexiones sobre la génesis de las obras bellas dieron lugar a tratados que determinaron la marcha del arte durante siglos. Vas al monasterio de El Escorial y adviertes que el patio de los reyes está edificado conforme a las normas que fija, para la construcción de los atrios, el arquitecto romano Vitrubio en su famoso tratado *De architectura*, inspirado en la sabiduría de los arquitectos griegos. Lo que al final resultó un patio –por haberse elevado la altura de la fachada principal– fue diseñado, en principio, como atrio, lugar de entrada a la basílica. La labor de maestros del arte realizada por los griegos fue impagable, pero ansiaban ascender a un nivel todavía más elevado: el *metafísico*.

Un día, encontró Sócrates al sofista Hippias y le preguntó “qué es la belleza” (*ti esti to kalón*). Estaba en la plaza y alguien le dijo: “Tú hablas mucho de cosas bellas, pero ¿sabrías decirme qué es la belleza?”. Se sonrojó al advertir que no sabía contestar de forma precisa. No bien encontró a un “sofista”, que –a juzgar por el nombre– debía de ser un verdadero sabio, Sócrates se apresuró a trasladarle la pregunta sobre lo que es *la belleza*. El autosuficiente sofista no adujo sino ejemplos de *realidades bellas concretas* –una joven, una yegua, un ánfora, el oro...–, pero no penetró en el secreto último de la belleza⁷⁸. Al final de la larga conversación, el sofista, al verse reducido por Sócrates al absurdo, perdió la paciencia y le pidió que respondiera de una vez a la pregunta para no perder más tiempo. Sócrates contestó que él no sabía hacerlo, pero que no habían perdido el tiempo dialogando sobre ese tema, porque al final una cosa le quedó clara: que “lo bello es difícil” (*jalepón to kalón*).

⁷⁸ Cf. Platón: *Hippias Mayor*.

También nosotros padecemos esta carencia, pues todos llevamos un Hippias dentro. Desde niños, hablamos de cosas bellas, como de algo obvio, pero, si nos preguntan "qué es la belleza", entramos en perplejidad. Es el enigma metafísico que nos hace tocar fondo en el misterio de lo real.

El enigma de la belleza

La belleza es uno de esos conceptos que rehúyen ser definidos, es decir, descritos con contornos y límites bien determinados. Más que definirlos, hemos de procurar acotar su campo de acción y sugerir su sentido profundo mediante ejemplos en los que tal sentido resplandezca de forma patente e inequívoca, según criterio de personas avezadas en diversos países. Tanto en el aspecto investigador como en el pedagógico, el método más adecuado para clarificar la idea de la belleza es, sin duda, adentrarnos en su campo de acción e irradiación.

Canto la antífona gregoriana *Rorate coeli desuper* y me parece bellísima; no me canso de repetirla, y cada vez me resulta más sugestiva por la expectativa de redención que sugiere, la paz que desprende, la luminosidad del mundo a que me remite.

Oigo en una iglesia la *Tocata y fuga en re menor* de Bach. Me sorprende la vibrante llamada del arranque, que parece venir de lo alto. Inmediatamente, el rugido de la disonancia formada por la conjunción del re y el do # me sitúa en la tierra y me causa zozobra. Pronto la música parece elevarse y perder pie. Pero, una vez y otra, el potente *tutti* vuelve a situarme en un mundo de precisión y vigor impresionantes. En la fuga, las diferentes voces que entran en juego parecen en principio luchar entre sí, contradecirse, bloquearse el camino, pero sucede lo contrario: se enriquecen mutuamente y acrecientan su potencia expresiva, su energía interior, su carácter contundente. Esa fuerza acrecentada dinamiza el conjunto hasta la explosión final de energía, que sólo puede aquietarse con unos severos acordes en re menor, que dejan el templo repleto, al mismo tiempo, de soberanía y de paz. Es una obra muy bella, pero con una modalidad de belleza distinta a la anterior. Aun tomadas en sí mismas como puras estructuras musicales, ambas muestran una gran afinidad por su notorio cultivo de la belleza. No sé todavía definir la belleza de estas obras, ni explicar por qué me parecen bellas, pero, desde que las oí por primera vez, me vi inmerso en el reino de la belleza.

Contemplo el poema dramático de Richard Wagner *El holandés errante*, y me sobrecoge la balada de Senta. El *leitmotiv* de la redención por el amor me remite a un mundo de sentimientos muy hondos y depurados, que parecen tomar cuerpo en la transparencia de la música. Vuelvo a verme incorporado a un mundo de belleza, revestida de otro ropaje, pero igualmente atractiva y reconfortante. En los tres casos se trata de una experiencia de *inmersión* en una realidad expresiva. Tal experiencia es posible porque esta realidad no es un *objeto*, por excelente que lo supongamos, sino un "ámbito", una realidad abierta, una fuente de posibilidades.

Para comprender esto a fondo, debemos recordar que las artes –así como la literatura de calidad– no tienen por meta expresar *objetos* sino *ámbitos*; no relatan *meros hechos* sino *acontecimientos*; no describen *procesos meramente artesanales*, sino *creativos*. Por *ámbito* entiendo una realidad que no está cerrada en sí sino abierta a otras realidades con las

que se intercambia ciertas posibilidades. Un piano, como mueble, es un *objeto*: podemos medirlo, pesarlo, manejarlo, situarlo en un lugar o en otro. Como instrumento, es una realidad que nos ofrece posibilidades de sonar y es capaz de recibir las posibilidades que tiene un pianista de crear formas musicales en su teclado. Más que un objeto delimitado, es como un *campo de sonoridad* que se abre entre él y el pianista que lo toca. Podemos considerarlo como un "ámbito".

Algo semejante puede decirse de una partitura musical. Como fajo de papel, presenta las características de un mero objeto: es delimitable, pesable, asible, manejable... Como expresión de una obra musical, es una fuente de posibilidades para conocer dicha obra y volver a crearla. Como tal, merece ser tratada con respeto y estima, e invita a la colaboración. Ha de ser considerada, asimismo, como un "ámbito".

Las últimas escenas de la ópera *Don Giovanni*, de Mozart, plasman un *ámbito de conflicto* entre la actitud hedonista de Don Juan, por una parte, y, por otra, la actitud ética y religiosa de Don Gonzalo. No se trata de una lucha entre dos personas antagonistas (el verdugo y la víctima), sino de la confrontación de dos posiciones ante la vida. De modo semejante, *Antígona* de Sófocles no destaca el enfrentamiento de dos personas (Creonte y Antígona) sino el de dos ámbitos de vida: el de la *ley positiva* (representado por el gobernador Creonte) y el de la *piEDAD* o *ley natural*, encarnado en Antígona, hermana de Polinice, acusado de traición y condenado al ultraje supremo de no ser enterrado y quedar expuesto a la voracidad de las alimañas.

La belleza se alumbra cuando respondemos a su apelación

No sólo es difícil sino imposible determinar lo que es la belleza si queremos hacerlo de forma dominadora, al modo como se procede con los objetos. La belleza, al igual que todo gran valor, es más una *fuentes de realidad y de vida* que una realidad bien delimitada, situable en un lugar o en otro, manejable a discreción. Por eso, más que intentar definirla, delimitarla, marcar sus contornos, hemos de estar atentos a los diversos modos como se nos revela cuando adoptamos una actitud acogedora de escucha y colaboración. Todo arte debe servir a la belleza, generando obras en el campo de acción de la belleza. A pesar de su genialidad en la creación artística –o precisamente por ella–, los antiguos griegos no se arrogaron nunca el privilegio de ser *creadores de la belleza*; se consideraron capaces de descubrirla, a través de las obras, como principio de su excelencia estética.

Resulta sumamente instructivo advertir, al hilo de la Historia de la Música, con cuánto talento y esfuerzo se fueron descubriendo modos distintos de cultivar la belleza, y se crearon formas, se fabricaron nuevos instrumentos y se perfeccionaron los ya existentes, se configuraron estilos a base de otros anteriores que habían llegado a su máximo logro, se crearon toda suerte de obras excelsas, lugares privilegiados de revelación de la belleza... De este recuerdo histórico se desprende que los seres humanos no engendramos la belleza; la descubrimos gradualmente a medida que la cultivamos como fieles servidores suyos, mediadores en la tarea de mostrar todas sus posibilidades. Mozart y Beethoven –entre otros muchos genios– eran muy conscientes de que ellos no creaban la belleza; vivían y actuaban en su reino y creaban obras en las que ese principio de elevación espiritual

resplandecía de forma sorprendente. La belleza no la creamos; estamos dinámicamente en su campo de actuación, como nos hallamos, sin advertirlo, en un campo gravitatorio o electromagnético.

La belleza no se *halla* en las obras artísticas –y en todas las realidades que juzgamos bellas, tal como ciertos paisajes y pueblos –, al modo como un objeto se halla en un determinado lugar. La belleza *surge* entre las realidades estéticamente valiosas y el contemplador capaz de recibir activamente las posibilidades que le ofrecen. Al hacerlo, se siente inmediatamente en presencia de la belleza, nutrido espiritualmente por ella, elevado a un estado de gozo. Para descubrir que una obra es bella, no hace falta confrontarla con otra que sea considerada como tal. Es una impresión *originaria*. Cuando oí por primera vez la *Fantasía cromática y fuga* de Bach, me sentí invadido de belleza, de orden, de energía creadora, de una especie de ganas arrolladoras de vivir. La fuerza vibrante de la *fantasía*, el fluir sereno e ininterrumpido de la fuga se convirtieron, de por sí, en un referente, y ampliaron notablemente mis espacios interiores. Lo mismo me sucedió con los *Motetes* de Victoria, Palestrina y Bach, que me revelaron un mundo de una calidad sobrehumana.

La belleza artística la encontramos cuando respondemos a su apelación. Esta respuesta implica una disposición adecuada del ánimo: cierta sensibilidad natural y alguna preparación estética. Ciertamente es que hay formas sencillas de experiencia estética que podemos realizar espontáneamente si estamos dotados de cierto gusto. Cuando, de niño, oía la canción gallega “Umha tarde na eira do trigo”, solía decir espontáneamente: “¡Qué bonita es!”. Si me preguntaran –como Sócrates a Hipias– qué es la belleza, no hubiera sabido contestar, pero estaba bien seguro de que mi afirmación era cierta. La belleza es una de esas realidades –como la bondad, la simpatía, la afabilidad...– que se nos revelan *por vía de presencia*, sin necesidad de llegar a ellas a través de razonamientos. Puedo progresar inmensamente en el conocimiento de lo que es la belleza –la natural y la artística–, pero apenas añadiré un ápice al encanto que me producía, en mis despertares infantiles, el paisaje marino de la ría de Ferrol. Tenía buena vista, cierta sensibilidad estética, afán de vivir plenamente, y, cuando veía un paisaje así, la belleza se me revelaba espontáneamente. ¿Cómo llegó Beethoven a sentir que “lo más bello de la tierra es un rayo de sol atravesando la copa de un árbol”? No necesitó seguir ningún curso o leer sesudos tratados de Estética. Le bastó pasear por el campo en primavera, con los ojos bien abiertos.

La belleza se nos da en una especie de campo espiritual en el que nos hallamos instalados desde antes de nacer. Todo descubrimiento estético es un acceso a la belleza, a ese espacio de luz y armonía en el que participamos como en un tesoro común. Para comprender la valía de ese tesoro compartido, basta imaginar por un momento que en el mundo no existiera la armonía, el orden, la medida..., y que todo presentara la fealdad de lo caótico.

El acceso a la belleza se da por vía de elevación; nos vemos *atraídos* hacia ella, pero no *arrebatados* de modo que perdamos la libertad creativa y, con ella, la personalidad. El gran artista se ve, a menudo, llevado en volandas, pero conserva la serenidad suficiente para mantener las riendas de la inspiración. En el Andante del *Concierto para piano en re menor*, Mozart se ve sorprendido por la inspiración genial, pero embrida ese torrente inspirador y mantiene el discurso dentro de unos cauces perfectos,

que, lejos de arrollarnos, nos invitan a seguir por dentro la marcha equilibrada de la obra.

El canon de la belleza

Se han propuesto diversos criterios o cánones para juzgar cuándo una realidad es bella. El criterio griego de la *armonía* (constituída por la vinculación de proporción y medida o mesura) fue muy fecundo y orientó los estudios estéticos durante más de 20 siglos. A ese criterio se añadió en el Romanticismo el de la *expresión*. Una obra que nos revela luminosamente un mundo humano –el mundo, por ejemplo, del desvalimiento, encarnado en la figura de un niño enfermo que es ayudado a penetrar en el mar– es muy expresiva y, en cuanto tal, bella. Por eso se entiende la belleza como el *resplandor* peculiar que produce la manifestación luminosa de una realidad. De antiguo viene definida como el resplandor de la realidad (“splendor realitatis”). Pero toda realidad concreta se constituye merced a la forma, que la configura y ordena. La belleza será definida, consiguientemente, como el resplandor de la forma y del orden (“splendor formae, splendor ordinis”).

Tomás de Aquino, maestro en el arte de condensar los pensamientos en frases bien cinceladas, nos legó dos definiciones de la belleza:

1ª) «Son bellas las cosas que, al ser vistas, agradan» (*Pulcra sunt quae visa placent*). Siguiendo una sugerencia de San Agustín, podemos preguntarnos si las realidades bellas son bellas porque agradan o si agradan porque son bellas. Sabemos, por experiencia, que no todas las personas están capacitadas para percibir la belleza de una obra artística y sentir agrado ante ella. La belleza es un valor relevante, y este tipo de valores sólo se revelan a quien está bien dispuesto para asumirlos creativamente. *El arte de la fuga* de Bach es una delicia para quienes son capaces de vibrar interiormente con los juegos contrapuntísticos y vivirlos como si los estuvieran gestando. Pero al no iniciado en este género de expresividad puede resultarle una obra críptica y tediosa. Podemos afirmar, pues, que ser fuente de agrado y de gozo *para personas debidamente preparadas* es una de las condiciones de la belleza. Si el buen olor de un campo indica que estamos ante plantas en sazón, el sentimiento de agrado, visto como la reacción de toda la persona ante lo valioso, es, en el plano espiritual, un fiel detector de la belleza.

2ª) Lo bello es una “luz que resplandece sobre lo que está bien configurado” (*lux splendens supra formatum*). Santo Tomás expresa aquí la intuición nuclear de la estética griega, la romana y la patrística: la belleza va unida siempre con el orden, y éste irradia una luz singular. La admiración por el fenómeno sorprendente de la luz inspiró, en buena medida, el pensamiento griego, el romano y el patrístico, e inspiró los estilos gótico, barroco y rococó.

Estos criterios o cánones de belleza nos ayudan a vislumbrar por qué unas realidades suscitan en nosotros admiración y gozo estético, y otras no. Pero la belleza sigue siendo enigmática. No acabamos de comprender por qué razón un simple tema musical nos enardece al solo oírlo y otro nos deja fríos; qué tiene un giro melódico para encender nuestro entusiasmo y dejarnos prendidos, aunque sea muy sencillo. Pensemos en el

tema del tercer tiempo de la *Sonata en do mayor* ("Aurora") de Beethoven. Está compuesto conforme a reglas y proporciones, pero otros no lo están menos y nos dejan indiferentes. Este tema beethoveniano tiene ángel, gracia, luminosidad, el "no sé qué" latente en la poesía auténtica, según expresión de nuestro Padre Benito Feijoo.

La belleza es, en definitiva, enigmática, aunque no irracional. Se muestra por vías distintas de la razón que quiere apresar intelectualmente la realidad. La belleza es esquiva a todo intento de adueñarse de ella. La canción polifónica *No la podemos dormir* es muy sencilla, pero tiene una gracia inefable que nos conmueve en las veladas de Nochebuena. El "Et incarnatus est" de la *Misa en do menor* de Mozart puede parecer un aria de coloratura –usual en la ópera diociesca–, pero presenta el encanto peculiar de los retablos navideños. ¿De dónde procede este peculiar hechizo? No lo podemos determinar con el lenguaje prosaico. Sólo el buen gusto –el sentido musical que llamamos "musicalidad"– nos sugiere intuitivamente cuándo se da tal encanto y cuándo falta. El perfume es una sensación inexplicable. No hay razón alguna para que uno te agrade y otro te repela. De modo semejante, la capacidad que tiene el Aria de la *Suite en re* de Bach para elevarnos a una región de claridad, transparencia y amor sin límites no la podemos explicar, mas sí sentir y valorar.

La belleza artística va estrechamente unida a la *inspiración*, pero este concepto no es menos misterioso que aquél. Sentimos una obra como inspirada cuando tiene un alma que la impulsa y da sentido, la unifica y dota de una peculiar energía, viene del corazón y apela al corazón. Parece transmitirnos un mensaje que procede de lo alto, y por eso emociona. ¿Dónde encuentra Mozart esa belleza sin mácula, sin decaimiento alguno, que nos sorprende como un paisaje radiante en casi todas sus obras? Mozart no va nunca a tuestas, no vacila, no está esperando a que se le ocurra algún motivo sugerente; rebosa de ideas desde el comienzo y las expone con generosidad, a borbotones, como quien comunica todas las maravillas que descubrió en un viaje. ¿De qué región admirable viene este compositor cada vez que se dirige a nosotros con una obra? Bien se ha dicho que jamás estimaremos como es debido el don que nos concedió el Creador al regalarnos a este hombre de figura diminuta, inquieto, simpático, aparentemente superficial pero comprometido día y noche con la belleza. Su vida no tenía otra meta que ponernos en presencia de lo bello, hacernos ver y sentir que es posible un reino de belleza, de orden y bondad.

La belleza y la bondad

A veces, una acción buena la calificamos de "hermosa", término propio de la Estética, no de la Ética. Vemos a un niño ayudando a un ciego a cruzar la calle, y decimos: "¡Fíjate, qué bonito!". Recordamos cómo el Padre Damián se inmoló por los leprosos, y consideramos su actitud como *sublime*. Estos dos calificativos son de carácter estético. ¿Se confunde aquí la ética y la estética? Más que de confusión, se trata de complementación.

Los antiguos griegos descubrieron la profunda afinidad que existe entre la belleza y la bondad debido a la *armonía* que late en ambas. Cuando la armonía es de tal calidad que nos invita a la *contemplación*, utilizamos términos tomados de la estética más que de la ética. Si un adulto ayuda a un minusválido, realiza una buena acción, que nosotros solemos estimar. Cuando un niño modera su natural inquietud, se detiene y ajusta su ritmo al

del ciego para ayudarlo a salir de un apuro, lleva a cabo una acción que es "digna de ser vista" y, por ello, no sólo es buena sino bella. Esta belleza, cuando supera los límites de lo que solemos ver en personas de vida éticamente recta, alcanza la alta cota de lo "sublime", el término estético de mayor excelencia. La intuición de la afinidad profunda que hay entre belleza y bondad llevó a los griegos a unir lo bello ("kalós") y lo bueno ("agathós") en una sola palabra: "Kalokagathía".

«La acción heroica –advierte el escritor francés Gustavo Thibon- no sólo tiene un valor de utilidad; posee, sobre todo, un valor trascendente de ejemplo. Instintivamente se siente que existe menos para servir a alguien o a algo que para ser contemplada. A la nobleza y al heroísmo corresponde unir en las alturas la belleza y el bien, y, en la cumbre, realizar la síntesis de lo bello y de lo bueno»⁷⁹.

La belleza nos da posibilidades para perfeccionarnos. En principio, nos produce asombro. La encontramos en la vida y la admiramos. Lo admirable no es lo raro, lo anormal, sino lo sobremanera valioso, lo que asombra por su calidad. Una rosa que exhala su olor específico y se nos muestra como floración del rosal y expresión del mismo –rosal que aparece, a su vez, como expresión viva de la madre tierra, que lo amamanta...– no es algo extraordinario pero sí maravilloso, por lo que significa el hecho de que una flor se revele y exprese de manera tan delicada, atractiva y a distancia, y sea, así, la mensajera de la planta y de su vinculación ecológica a la naturaleza entera.

Esta capacidad de descubrir, con ojos asombrados, nuevas y sorprendentes bellezas –la luz, las formas artísticas, la expresividad del lenguaje... – y dar lugar a realidades y acciones bellas hemos de incrementarlas en todo momento. Vamos, pues, a afinar lo más posible nuestra sensibilidad para la belleza haciendo experiencias de diverso orden, y de ellas se desprenderá, sin pretenderlo nosotros expresamente, una idea enriquecida de lo bello: su carácter irradiante, su fuerza persuasiva, su capacidad de hacerse valer, sus distintos modos...

No sólo existe la forma de belleza exquisita que perseguían en todo momento espíritus refinados como Oscar Wilde. En las situaciones más sombrías puede brotar la belleza, aunque no parezca haber tipo alguno de luz que pueda suscitarla. Debemos cultivar el sentido de la belleza en todos los órdenes. Vestir a un niño puede ser algo muy bello, pero también dar de comer a un anciano desvalido que no logra hacerlo sin mancharse. Es un tipo singular de belleza. Un niño disminuido que se introduce a trompicones en el agua del mar no presenta la misma belleza que un cuerpo lozano cuando se echa a nadar. Pero el gesto de ayudar a ese niño a bañarse tiene una belleza inigualable en el plano ético.

⁷⁹ Cf. *El pan de cada día*, Rialp, Madrid 1952, p. 49. Con su habitual lucidez y profundidad, Goethe vincula la belleza y la bondad en estos versos: "No es distinto lo bello de lo bueno; lo bello / es sólo lo bueno que se nos muestra amorosamente velado". (*Unterschieden ist nicht das Schöne vom Guten; das Schöne / ist nur das Gute, das sich lieblich verschleiert uns zeigt*). Apud Rudolf Schott: *Der Maler Bô Yin Râ*, Zurich 1960, p. 42.

La belleza que salva

En su obra *El idiota* (III, cap. V), Fedor Dostoievski advierte que “la belleza salvará al mundo”. Se refiere a la belleza redentora de Cristo. Es conveniente meditar hasta el fondo esta sentencia porque, ante las múltiples calamidades que afligen a las gentes, puede considerarse como un esteticismo frívolo dedicar tiempo a contemplar realidades bellas. Esta objeción es difícilmente rebatible si reducimos la experiencia de la belleza a dejarse mecer por el agrado de las proporciones armoniosas, el halago del color y el sonido, la fuerza seductora de ritmos electrizantes. En cambio, no tiene sentido tal reparo cuando advertimos que, al entrar en contacto directo con la belleza, nos sentimos atraídos hacia lo más valioso. Tal atracción no es una mera efusividad sentimental; es la instalación personal en una región elevada.

Beethoven confesó, en cierta ocasión, que a él se le había concedido vivir en una región de belleza inigualable, y la tarea de su vida consistía en transmitir a los hombres ese tesoro a través del lenguaje musical. Cuando oímos los primeros compases de su Misa Solemne, nos vemos inmersos en un reino de belleza sin par, pero nuestra atención no se queda prendida en el halago que nos produce; nos adherimos plenamente al torrente de súplica que fluye de la humanidad hacia el Creador cuando se entona el *Kyrie eleison*.

Este poder elevador del arte musical lo experimentó vivamente un genio de la dirección orquestal, Leopoldo Stokowski:

«Es imposible describir esto con palabras; sin embargo, todos hemos sentido el haber sido llevados mediante el mágico poder de la música lejos de este mundo, hacia estados de emoción de irresistible poder y misterio, completamente desconectados de nuestra vida real, a veces temerosos, otras con una visión extática de la belleza, en una tierra de ensueño que jamás olvidaremos...»⁸⁰.

Conviene notar que ese éxtasis estético no constituye un *raptó irracional* –como a veces se afirma–, sino un acto de *lúcida participación en el mundo de la belleza*, con la consiguiente elevación a lo mejor de uno mismo⁸¹. No pocas personas se vieron en un momento dado inundadas de belleza, sumergidas en un mundo de perfección que las lanzó decididamente hacia lo alto. *Lo alto* significa aquí exactamente *el reino de los grandes valores*, que constituyen, en todo rigor, *el hogar del espíritu*. Me refiero a la bondad, la justicia, la verdad, la unidad, la belleza. Estos valores eximios son reales, pero no al modo como lo son los entes concretos que tenemos a mano en la vida diaria. Son “la tercera potencia” de que habla V. Soloviev: la que hace que existan actitudes y acciones buenas, justas, verdaderas, bellas, generadoras de unidad. Cuando me siento *ob-ligado* en

⁸⁰ Cf. *Música para todos nosotros*, Espasa-Calpe, Madrid 1954, 5ª ed., p. 234.

⁸¹ Sabemos que Platón tuvo vacilaciones a este respecto. En el diálogo *Ión* indicó que el poeta se halla “transportado”, “arrebatao” por la inspiración. En el *Fedro* opina que es elevado a un nivel superior por una especie de “locura divina” (*theia manía*) que no lo priva de su lucidez cotidiana sino la potencia.

mi interior a la bondad y pienso que debo *incondicionalmente* hacer el bien y evitar el mal, me hallo en esa región de los valores radicales. Y lo mismo cabe decir de los otros cuatro valores. Al optar incondicionalmente por estos valores, nos movemos en el *nivel 3*.

Pero ¿por qué he de ser incondicionalmente bueno y justo, por ejemplo, con alguien que ha lesionado mi honor arbitrariamente, sólo por ensañarse con quien juzgaba desvalido? Todo mi ser se revela ante tal injusticia, pero una voz interior me dice –como sucedió a Sócrates– que debo practicar el bien en toda circunstancia. Para fundamentar esta opción radical, no hay otra vía que elevarse de nivel y recordar que todos los seres humanos procedemos de un Ser Perfecto, el bueno y justo por excelencia, que nos creó a su imagen y semejanza y nos dotó, con ello, de una dignidad inquebrantable (*nivel 4*). En esa dignidad se funda el gran precepto del Señor de que vivamos en unidad y nos amemos unos a otros.

El descubrimiento de estos dos niveles de vida (el *nivel 3* y el *nivel 4*, que hacen posible una vida humana auténticamente creativa, *nivel 2*) nos permite comprender en alguna forma cómo, al encontrarnos en presencia de la belleza –con su inmensa fuerza de atracción–, nos sentimos trasladados al reino de lo divino, lo incondicionalmente bueno, justo, amable y bello. Al atardecer de un día de Navidad, el gran diplomático y poeta Paul Claudel acudió a la catedral de Notre Dame, a la hora del canto de Vísperas. Lo hizo sin intención religiosa alguna, sólo por inmergirse en el grato y noble ambiente que crea la música sacra navideña. Estuvo de pie, apoyado en la última columna de la derecha, mirando hacia el coro. De éste salían chorros de música bellísima que llenaban las naves de una intensa alegría. Cuando, al final, sonó el canto navideño *Adeste fideles*, que invita a las gentes a reunirse en torno al Niño, el agnóstico poeta se sintió transportado a un reino de bondad tan acogedor que no dudó en tomarlo como su hogar; tan real y poderoso que no pudo sino adentrarse en él. Comprendió enseguida que muchos aspectos de su vida necesitarían retoques y ajustes. Pero el gran paso estaba dado. No se trató de una decisión precipitada, tomada sobre la ola de una efervescencia sentimental. Claudel no sólo oyó unos cantos bellos; se vio sumergido en el mundo de la belleza y elevado por ella al *nivel 3*, en el que se gestan las opciones radicales a favor de los grandes valores. Al vivir una de tales opciones, se sintió transportado al *nivel 4*, en el que se fundamenta esa “religación” incondicional a la belleza. Sin saber bien cómo, fue súbitamente introducido en un mundo nuevo, cuyas inmensas posibilidades tendría que ir asumiendo poco a poco, con el *tempo* lento de los procesos de maduración espiritual.

En estos procesos de elevación a lo divino juegan un papel decisivo el *asombro* y la *admiración* suscitados por lo altamente valioso. En un momento de crisis, Jorge Federico Haendel, el genial compositor barroco, veía cegada en buena medida la fuente de su inspiración. Una tarde se puso a callejear por el viejo Londres, y, de repente, advirtió que, en una casa, una joven tocaba el piano y cantaba una canción relativa a la historia de Israel y a la vida, muerte y resurrección del Señor. Su espíritu se transfiguró. Volvió a casa, y durante 22 días se consagró febrilmente a la composición del oratorio *El Mesías*. “Me pareció estar en el Cielo”, confesó posteriormente. Esta transfiguración espiritual –cuyo fruto admiramos una vez y otra a través de interpretaciones cada cual más bella– fue debida al hecho de entrar en contacto con la plenitud de vida que expresaba una sencilla canción. En ella había energía sobrada para inspirar una

composición admirable. Esta anécdota nos hace pensar en los sugerentes versos de Hölderlin:

«El que ha pensado lo más profundo ama lo más viviente.
Comprende la juventud en sazón el que ha contemplado el mundo;
Y los sabios acaban a menudo
inclinándose hacia la belleza»⁸².

10

LA LITERATURA DE CALIDAD, FUENTE DE FORMACIÓN HUMANA⁸³

En el momento de encrucijada que vivimos, nada más importante que configurar métodos formativos muy eficaces a base de las actividades que más atraen a los niños y jóvenes de hoy. Entre tales actividades figura, en primer plano, la asistencia a proyecciones cinematográficas. Conviene, por ello, encontrar un método que permita convertir las películas de calidad en una fuente de formación. Como en toda buena película late un libreto literario sobresaliente, debemos fundamentar dicho método en un análisis lúcido del poder formativo que alberga la literatura cualificada. Es el propósito del presente capítulo.

Padecemos hoy una situación de "emergencia educativa" en dos aspectos: el *cuantitativo* –la falta de los conocimientos necesarios– y el *cualitativo*: el colapso en la forma de pensar. Esta segunda forma de emergencia es la más peligrosa y la más difícil de erradicar. Se necesitan verdaderos formadores que no sólo transmitan contenidos sino que, a la vez, ayuden a las gentes a pensar de forma aquilatada, ajustada a las condiciones de la realidad.

Para facilitar esta tarea, he elaborado seis métodos, en los cuales no deseo tanto comunicar contenidos cuanto ayudar a las personas a *descubrirlos por sí mismas*. De esta forma se promueve sobremanera su creatividad, como explico en la obra *Descubrir la grandeza de la vida*⁸⁴.

⁸² "Wer das Tiefste gedacht liebt das Lebendigste.
Hohe Jugend versteht wer in die Welt geblickt,
und es neigen die Weisen
Oft am Ende zu Schönem sich".

⁸³ El método *lúdico-ambiental* de análisis literario lo expongo de forma teórica y práctica en las obras: *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid 2008, 3ª ed.; *Literatura y formación ética*, Puerto de Palos, Buenos Aires 2006.

⁸⁴ Desclée de Brouwer, Bilbao 2011, 2ª ed.

- El primer método ayuda a descubrir las doce fases del desarrollo humano. Al hacerlo, se aprende el arte de pensar con la debida precisión.
- Los métodos segundo y tercero aplican el primer método a dos grandes tareas: a) convertir en fuentes de formación humana la literatura, el cine, las artes plásticas y la música.
- El método cuarto muestra a los profesores una forma viable y relativamente fácil de convertirse en *formadores* de la personalidad de los alumnos.
- El quinto método descubre la forma de aplicar los métodos anteriores a la gran tarea de la humanización de la empresa
- El sexto método descubre los ardides de la manipulación del hombre a través del lenguaje y muestra la forma más eficaz de superarlos.

Cómo convertir la literatura de calidad en una fuente de formación

En el momento actual de confusión y desconcierto, ninguna tarea más urgente que elaborar métodos eficaces para instruir a las gentes en las cuestiones básicas de la ética. Esta instrucción ha de realizarse de tal forma que los destinatarios de la misma se sientan respetados en su libertad y dotados de las claves de orientación necesarias para orientarse debidamente en las encrucijadas de la vida. La formación verdadera consiste en adquirir *poder de discernimiento*, y éste sólo se alcanza si se conoce la lógica que rige internamente los diversos procesos humanos.

Actualmente, los jóvenes se resisten a aceptar doctrinas por la vía del argumento de autoridad. Sólo se muestran dispuestos a asumir aquello que sean capaces de interiorizar y considerar como algo propio. De ahí su aversión a toda forma de enseñanza que proceda o parezca proceder de forma autoritaria, extrayendo conclusiones a partir de principios inmutables. Debido a ello, se ha propuesto como método ideal para formar en cuestiones éticas la lectura penetrante de obras literarias de calidad. Al rehacer sus experiencias más profundas, los alumnos pueden *descubrir* los procesos espirituales que construyen su personalidad o la destruyen -los procesos de éxtasis y de vértigo, respectivamente-, clarificar los conceptos decisivos -encuentro, generosidad, agradecimiento, amor...-, captar el sentido -no sólo el significado- de los actos humanos más relevantes, descubrir la lógica propia de los ocho niveles de realidad y de conducta. La tarea de los profesores es la de liderar esta experiencia de descubrimiento.

«...Al buen profesor de ética -escribe José Luis L. Aranguren- le es imprescindible un hondo conocimiento de la historia, de la moral y de las actitudes morales vivas. Ahora bien, éstas donde se revelan es en la literatura. El recurso a la mejor literatura, a más de poner al discípulo en contacto con las formas reales y vigentes de vida moral, presta a la enseñanza una fuerza plástica incomparable y, consiguientemente, una captación del interés del alumno. Naturalmente [...], este método de enseñanza no debe sacrificar el rigor a la amenidad, por lo cual las

“figuras” literarias sólo cuando puedan ser fuente de auténtico conocimiento moral deben ser incorporadas a las lecciones»⁸⁵.

La sugerencia es valiosa, pero apenas ha sido recogida por los estudiosos. A lo que se me alcanza, no hay todavía un esbozo de lo que puede ser un método bien aquilatado de enseñanza de la ética a través del análisis de grandes obras literarias. Por mi parte, he intentado colmar esta laguna en varios trabajos, inspirados en la idea de que toda forma de juego -entendido en sentido creativo- funda “ámbitos de realidad”, y el entreveramiento de éstos suscita un alumbramiento de sentido y una eclosión de belleza. Desde hace años he podido comprobar, en diversos centros culturales de España y del extranjero, que este método es fácilmente asimilable por los jóvenes y les facilita la perspectiva justa para abordar la lectura de obras literarias -e incluso, en cierta medida, de obras cinematográficas-, de tal forma que incluso las que parecen poco constructivas en el aspecto pedagógico se convierten en aleccionadoras, porque dejan al descubierto las consecuencias que acarrea la entrega a procesos de vértigo o fascinación.

Si queremos descubrir el papel relevante que juegan las obras literarias de calidad en nuestra formación ética, debemos saber a punto cierto qué es una obra literaria y cómo ha de ser leída e interpretada.

Interpretar es entrar en juego

Una obra literaria es *independiente de su autor*, pero no es un *objeto*; no es *producto* de un proceso fabril, sino *fruto* de un encuentro, el encuentro entre el autor y un aspecto de la realidad, la realidad propia o la de los seres circundantes. Ostenta, en consecuencia, un modo de ser superior, en virtud del cual puede abrirse a los lectores, ofrecerles posibilidades para comprender algún aspecto importante de la vida. Un objeto puedo *utilizarlo* en algún menester, pero me sigue siendo *distante*. Una obra literaria puedo asumirla, hacer juego con ella, convertirla en una especie de *voz interior*, en impulso de mi obrar. A este tipo de realidades que son más que objetos las denominamos “ámbitos”. Toda interpretación auténtica de una obra implica entrar en juego con una realidad “ambiental”, no meramente “objetiva”. Comprender esto es el secreto para convertir la lectura de obras literarias en una *escuela de formación integral*.

Una obra literaria de calidad no es sólo *producto* del esfuerzo de su autor. Alguien puede decir: Cervantes poseía talento literario; un buen día se propuso escribir y produjo una obra genial que llamamos *Don Quijote de la Mancha*. Tal explicación reduciría esta obra a mero *producto* de un esfuerzo realizado por una persona bien dotada. Una obra literaria exige más que ese esfuerzo. Se ilumina cuando el autor entra en relación de encuentro con un aspecto de la realidad, en este caso la realidad del alma hispana en su doble vertiente quijotesca y sanchopancesca. Un día y otro, en condiciones diversas, pero siempre incitantes, Cervantes vivió de cerca esos dos modos de encarar la existencia, con lo que tienen de noble y plebeyo, heroico y rutinario. La vida es un gran *campo de juego* o *encuentro*. Y, como el encuentro es fuente de luz y de sentido, todo campo

⁸⁵ Cf. *Ética*, Revista de Occidente, Madrid 1965, 3ª ed., págs. 413-414.

de juego es un *campo de iluminación*⁸⁶. Cervantes supo entrar en juego, aceptar el reto de la vida diaria, y en su interior se le fue iluminando el sentido de la existencia humana. A esa luz escribió *El Quijote*. No lo hizo para comunicar a los demás algo que él sabía perfectamente. Al escribir, se le fue iluminando a él de forma plena lo que constituía su objeto de análisis y de expresión.

Si la obra literaria es en sí misma un *campo de juego*, interpretarla debe consistir obviamente en *hacer juego* con ella, es decir: *rehacer sus experiencias básicas*. Toda obra se estructura a partir de una o varias experiencias nucleares. En *El principito* (A. de Saint-Exupéry) es la experiencia del encuentro personal; en *El túnel* (E. Sábato), la de la confusión entre amar a una persona y poseerla; en *La metamorfosis*, la necesidad de vivir creativamente para sentirse personas y no verse envilecidos... Al revivir tales experiencias, se alumbran en el espíritu del lector las mismas intuiciones que tuvieron en su día los autores e impulsaron y guiaron su proceso creador. A la luz de tales intuiciones podemos leer las obras por dentro, reviviendo su *génesis*. La forma más perfecta de leer es ir reviviendo la obra como si fuera uno el autor y anticiparse incluso a lo que va a suceder⁸⁷.

Para llevar a cabo esta lectura creativa, *genética*, re-creadora del texto, se debe evitar toda precipitación en la lectura, no limitarse a tomar nota de los hechos narrados, de las peripecias argumentales descritas, sino detenerse en las experiencias que dan al conjunto su verdadero sentido. Al ir leyendo, hemos de prestar atención, sobre todo, a los *temas* que el autor quiere exponer a través de los *argumentos*. El "principito" pide al piloto que le dibuje un cordero. Este es un hecho que pertenece al *argumento* de la conocida obra de Saint-Exupéry. Pero, ¿cuál es el tema que quiere el autor plantearnos? Indudablemente, el de la *primacía de la vida creadora sobre la vida biológica*. El principito representa la vertiente elevada del hombre que no se preocupa tanto de salvar la vida en los momentos de extremo peligro cuanto en darle pleno sentido a través de la creatividad, sobre todo, la que funda relaciones de encuentro entre las personas y entre éstas y las diversas realidades ambientales, como son las obras culturales⁸⁸.

Los temas que los autores suelen destacar no son algo sencillo; encierran una gran riqueza de aspectos que el lector debe aprestarse a recibir. En una obra literaria se describen múltiples actos humanos a través de los cuales una persona o un grupo social van desarrollando un proyecto vital e intentando dar sentido a su existencia conforme a determinados criterios. He aquí los tres aspectos que debemos poner al descubierto.

1. Los *actos humanos* que no son hechos intrascendentes sino decisivos para la marcha de la vida.

⁸⁶ Esta idea es expuesta con cierta amplitud al hilo del análisis del juego que realizo en mi *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp, Madrid 1998, 3ª ed., págs. 33-183.

⁸⁷ En la *Estética de la creatividad*, págs. 373-477 muestro cómo se puede comprender una obra (*La Náusea*, de Sartre, *El extranjero* y *Calígula*, de Camus) hasta el último pormenor si se rehacen personalmente sus experiencias nucleares.

⁸⁸ Cf. *El principito*, Alianza Editorial, Madrid 1972, 2ª ed., p. 14. Versión original: *Le petit prince*, Harbrace Paperbound Library, Nueva York 1946, p. 6. Un amplio comentario de esta obra puede verse en mi libro *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid 1994, 2ª ed., págs. 197-229.

2. Los *procesos* en que se hallan dinámicamente insertos los actos humanos relevantes.
3. La *lógica interna* de tales procesos.

1. Los actos humanos relevantes

En *El túnel*, de Ernesto Sábato, parece indicarse al principio que el protagonista, Castel, *ama* a María. Pero, ¿la ama de verdad, o simplemente desea poseerla, dominarla, sacar provecho de su existencia y su sensibilidad artística para su propia vida de hombre solitario e incomprendido? En un primer momento, no podemos responder a esta pregunta decisiva, pero debemos estar alerta al hilo de la lectura, a fin de penetrar en el sentido verdadero de cuanto acontece. Pronto observamos la conducta posesiva de Castel, su afán de conocer a María para tenerla fichada, su tendencia a interrogarla, su decisión de mantener con ella relaciones eróticas para hacerse así dueño de ella. Estos datos, bien sopesados, nos dan luz para comprender las diferentes reacciones de María, como su voluntad de replegarse a la intimidad ante el afán inquisidor de Castel. La clarificación de estas actitudes deja patente por qué ambos protagonistas sienten tristeza, y esta tristeza degenera, por lo que toca a Castel, en desesperación y afán de destrucción.

Al iluminar este proceso, se esclarece la razón profunda de cada uno de los sucesos, su articulación interna, su lógica, y comprendemos que Castel se ha dejado llevar de la *fascinación del dominio* y es presa de un proceso de *vértigo*. Al hacernos cargo de esta lógica soterrada, podemos volver a considerar los pormenores de la obra, algunos de los cuales se nos habían presentado un tanto herméticos, y quedamos sorprendidos de la claridad con que se nos revela su sentido más profundo. Al ahondar en cada pormenor, descubrimos su coherencia con los demás. Si, al leer o releer una obra, somos capaces de descubrir diversos *acontecimientos* -no sólo *hechos*-, captar su sentido profundo, prever incluso lo que va a suceder..., tenemos razones para estimar que nos hallamos en un buen camino «hermenéutico», en una pista segura de interpretación. *El método más adecuado es el que permite descubrir en un texto mayor riqueza de sentido y una coherencia más rigurosa.*

En el momento cumbre del relato, el Principito de Saint-Exupéry exclama: «*Tengo sed. Busquemos un pozo*». No podemos seguir leyendo sin preguntarnos de qué tipo de sed se trata. Si damos por supuesto, superficialmente, que el pequeño se refiere a la sed *fisiológica*, pues se encuentra en el desierto, adoptamos una perspectiva inadecuada para comprender el párrafo clave, sin duda el más bello y hondo, de la obra, en el que afirma el piloto que esa agua no era un alimento, «era buena para el corazón como un regalo»⁸⁹.

En *San Manuel Bueno, mártir*, Miguel de Unamuno describe al párroco como un hombre vertido a la acción. ¿Se lanza a la actividad para olvidar una cuita interna, o bien para fundar unidad con el pueblo? Esta es la cuestión decisiva, y el lector debe tenerla muy presente para revivir la obra

⁸⁹ Cf A. de Saint-Exupéry, *El principito*, Alianza, Madrid 1972, 2ªed., p. 86; *Le petit Prince*, Harbrace Paperbound Library, Nueva York 1943. Una amplia interpretación de esta obra puede verse en mi libro *Cómo formarse en Ética a través de la literatura*, o.c., 197-229.

sobre el fondo de inquietud que la misma suscita. La inquietud aviva la atención, y ésta hace percibir mil matices del mayor interés. La fundación de unidad con los feligreses es la clave para entender cabalmente por qué con toda seriedad, sin entregarse a ceremonias de la confusión, puede Ángela -cuyo nombre indica que era portadora de una «buena nueva»- indicar al final de la obra que tanto el párroco como Lázaro, el prepotente librepensador, “creyendo no creer han muerto, sin embargo, creyendo”.

Algunos comentaristas suelen interpretar esta obra a la luz de la conocida tendencia de Unamuno a tensionar su pensamiento y expresarlo de forma paradójica. Pero esta interpretación anula el alto valor formativo de la obra. El método que propongo permite ver los sucesos de tal forma que aparecen como perfectamente *lógicos*, no *paradójicos*. Se trata, obviamente, de la lógica de la vida *creadora*, creadora de ámbitos de vida personal.

Unamuno, en su *Diario íntimo*⁹⁰, revela haber entrevisto que la vida de fe implica una *adhesión personal*, no sólo la *aceptación intelectual de unas verdades*. Esta adivinación le abre una ventana a la esperanza de que es posible conciliar el entendimiento y la voluntad, y superar, así, el *agonismo*, la lucha interior que atenazaba su espíritu. El presentimiento que expresa Ángela responde a una sospecha de largo alcance: que el buen párroco y Lázaro pensaban que su entendimiento no podía demostrar la existencia de Dios y de la vida eterna porque su idea de fe y de conocimiento intelectual era demasiado unilateral, demasiado despegada de la capacidad humana de crear vínculos personales. Pero, con su vida solidaria, habían puesto de manifiesto que participaron de la vida y la doctrina del Maestro, que dio la vida por amigos y enemigos⁹¹.

Tomemos el relato de Richard Bach *Juan Salvador Gaviota*⁹². Al principio leemos que Juan «no era un pájaro cualquiera», uno de los que vuelan sólo para cobrar piezas y subsistir; quería cultivar el vuelo por afán de volar cada vez con mayor perfección. Nos vemos con ello abocados a la cuestión de qué sea *volar* y qué significa concebirlo como un *fin en sí*, no como un medio para lograr una meta. Es el gran tema del *juego*, que hoy ocupa la atención de diversos especialistas: filósofos, psicólogos, antropólogos, historiadores, incluso teólogos. El juego persigue una finalidad interna y se realiza a la luz que él mismo alumbra. Hay modos diversos de juego, y todos se caracterizan por su capacidad de crear jugadas deportivas, formas artísticas, ámbitos de convivencia, modos de encuentro y diálogo... Si aprovechamos la experiencia multiforme que tenemos de lo que es y significa en la vida humana el jugar, y ahondamos en la esencia del juego, valiéndonos incluso de las investigaciones contemporáneas sobre este sugestivo fenómeno, estamos en buena disposición para penetrar en el «tema» que quiere proponernos R. Bach en su deliciosa narración que, como *El principito*, está lejos de ser un mero cuento intrascendente para niños.

La primera tarea del método que propongo es hacerse cargo del *sentido profundo* de los diversos actos y acontecimientos que tienen lugar en las experiencias fundamentales de cada obra. Para ello hay que hacer un

⁹⁰ O. cit., Alianza, Madrid 1970, 1972.

⁹¹ Cf. *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, págs. 79-117.

⁹² Pomaire, Barcelona 1972. Versión original: *Jonathan Livingston Seagull. A story*, Pan Books, Londres 1970, 1973, 2ª ed.

descubrimiento muy fecundo: el de los *ámbitos*. La realidad que plasman expresivamente las grandes obras literarias no está constituida por un conglomerado de *objetos*, sino por un tejido de *ámbitos*. El entorno en el cual debe el hombre realizar su vida presenta dos tipos de realidades distintas y complementarias: los *objetos* -realidades que se pueden delimitar, situar en el tiempo y en el espacio, pesar, medir, tocar...- y los *ámbitos*, realidades que no pueden ser medidas, pues no presentan límites precisos, ni pueden ser asidas con la mano, ni vistas, ni pesadas...

Para comprender a fondo las obras literarias -así como las cinematográficas-, debemos tener bien presente que existen -entre otras- las siguientes clases de *ámbitos* o *realidades abiertas*:

1. *Una realidad dotada de iniciativa, de libertad, del poder de superar el tiempo y el espacio y abarcar mucho campo*. Piénsese, por ejemplo, en la persona humana. Lo que un hombre abarca en el aspecto objetivo, corpóreo, es fácilmente delimitable mediante una cinta métrica. Lo que implica como persona en todos los órdenes -biológico, afectivo, estético, ético, profesional, religioso...- nadie, ni siquiera el interesado, puede precisarlo con rigor. Martin Buber solía decir que «el tú no limita»⁹³; es real, pero constituye un *campo de realidad* más que un *objeto*. Al ver a una persona, hemos de pensar siempre que su mundo verdadero, el alcance de su personalidad, se escapa a nuestros sentidos.
2. *Un campo de posibilidades de acción*. Una red vial, un tablero de ajedrez, un campo de fútbol, un instrumento musical, un barco, un avión, el mar, el lenguaje, una obra de arte... y tantas otras realidades presentan una vertiente objetiva, pero no se reducen a ella; ofrecen al hombre diversas posibilidades de juego creador en distintos aspectos y deben ser consideradas como *ámbitos*. *Tocarle al piano* -como objeto- no es lo mismo que *tocar el piano* -como instrumento-. Lo primero es una acción *objetiva*, no creativa; lo segundo es una actividad *lúdica*, significa un tipo de *juego*, un *intercambio de posibilidades* entre realidades que no son objetos sino *ámbitos*.

Cuando se da este tipo de intercambio, acontece el fenómeno del *encuentro*, que implica la fundación de *modos relevantes de unidad*, el alumbramiento de *sentido* y la eclosión de *belleza*. Las diversas formas de juego creador están constituidas por *ámbitos* que se entreveran, no por objetos que se yuxtaponen.

Los diferentes modos de entreveramiento (o entrelazamiento) de *ámbitos* -los gozosos y los dramáticos, los constructivos y los destructivos- es lo que artistas y literatos intentan dejar patente, luminosamente perceptible en imágenes sensibles. *La tarea primaria del arte no es reproducir objetos o narrar hechos; es plasmar ámbitos*. Pero los *ámbitos* no son realidades estáticas, sino dinámicas; tienen poder de iniciativa, se relacionan entre sí, dan lugar a procesos de muy diverso carácter. Esta circunstancia nos lleva a la segunda tarea que debemos destacar.

⁹³ Cf. M. Buber, *Ich und Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, L. Schneider, Heidelberg 1954, 8; *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1995, 2ª ed., p. 8.

2. Los procesos humanos

No basta comprender los diferentes actos y actitudes del hombre, tales como el amor, la fidelidad, la ambición, la perfidia, el odio, la traición... Hay que captar los *procesos creadores* que arrancan de las diferentes actitudes y son realizados por los diversos actos humanos. Tales procesos no son meras cadenas de hechos; son encabalgamientos de ámbitos. Jugar al fútbol no es dar una serie de golpes a un balón, sino crear jugadas que tengan sentido, es decir, que conduzcan a la meta del juego, que es meter gol. Las jugadas no se dan aisladas, sino entretejidas, porque se forman merced al entrecruzamiento de diversas acciones guiadas por una voluntad creadora de juego. Estas diversas acciones van cargadas de posibilidades de juego -en tanto mayor grado cuanto más excelentes sean tales jugadas-; son ámbitos, y su entretejimiento da lugar a nuevos ámbitos, y la red de ámbitos entretejidos constituye un partido.

Todo relato literario auténtico es una sucesión bien trabada de ámbitos de vida. El Principito ruega al piloto que le dibuje un cordero. Por estar enfrascado en el arreglo del motor del avión, el piloto le dibuja precipitadamente una figura, que el principito rechaza por defectuosa. Tras otros dos intentos fallidos y como recurso para desentenderse del pequeño, le dibuja una caja con agujeros y le dice: "*Esta es la caja. El cordero que quieres está dentro*". Teme, sin duda, el piloto que el principito se enoje, pero éste, con el rostro iluminado, exclama: "*Es exactamente así como yo lo quería*"⁹⁴. ¿Qué significa este diálogo? Las palabras y las frases son tomadas de la conversación cotidiana. Parecen, en principio, no plantear mayor problema. Pero, si las leemos en su contexto, es decir, en el campo de juego en que están inscritas, veremos que cambia su sentido. El principito acaba de aparecer de repente en el desierto, solo, bien vestido, sin síntoma alguno de agotamiento; no muestra temor, no pregunta por sus padres, no pide ser llevado a casa; solamente ruega que se le dibuje un cordero y se contenta con un cordero imaginado tras las paredes de una caja pintada. A continuación, comienza a preguntar por el sentido de las espinas de las flores y, ante la negativa del piloto a responderle por estar muy ocupado en «cosas serias» -tan serias como resolver el problema mecánico del que pende su vida-, el Principito entra en estado de desconsuelo y rompe a llorar⁹⁵.

Para descubrir el sentido riguroso de esta serie de actos, debemos profundizar en las experiencias a que se alude en el diálogo: *dibujar, oler una flor, hacer sumas y restas, mirar una estrella, ser un hongo...* Dibujar es un acto creador, lo mismo que oler una flor o contemplar una estrella, pues tanto el olfato como la vista son movilizados para crear una relación personal con la realidad entorno (*nivel 2*). Hacer sumas y restas significa aquí una mera operación de cálculo, no un diálogo entre diversas realidades. Por eso viene a representar la actitud de quienes sólo intentan controlar, dominar, reducir la realidad a medio para los propios fines, sin crear en verdad nada nuevo (*nivel 1*).

Bien hechas tales experiencias, llegamos a un primer esbozo de interpretación que la lectura irá permitiendo clarificar y puntualizar cada vez mejor: el diálogo en cuestión no es sino el comienzo de un proceso en el

⁹⁴ *El principito*, págs. 14-17; *Le petit prince*, págs. 6-10.

⁹⁵ *El principito*, p. 38; *Le petit prince*, p. 31.

cual el principito -que viene a buscar amigos a la tierra, según confiesa más adelante- intenta elevar al piloto de nivel, haciéndole pasar de la *actitud objetivista* –manipuladora de objetos y atendida a lo puramente mecánico– a una *actitud lúdica*, despreocupada de lo material e incluso de la vida biológica para ocuparse de realidades y acontecimientos que no parecen tener ninguna utilidad pero deciden el sentido de la vida. Al hilo de la lectura, descubrimos el profundo sentido de esta estrategia del pequeño, porque sin tal cambio de actitud no es posible el encuentro interhumano que implica la amistad. Un mundo de esperanza se derrumbó en el interior del principito cuando vio que el piloto se mostraba insensible a su propuesta, y esta decepción le provocó el llanto, fenómeno humano que responde a un desmoronamiento interior. El sentido de cuanto acontece en la obra viene determinado por el deseo que los dos protagonistas abrigan de fundar ámbitos de amistad; el principito, con toda el alma, de modo exclusivo, y el piloto como una vieja nostalgia soterrada.

Hay obras en las que el movimiento dramático viene impulsado por la ruptura de ámbitos o por la quiebra de la posibilidad de fundarlos. Este es un dato que no suele ser indicado de modo patente por el autor, pero debe ser averiguado por el lector si no ha de quedar preso en la pura trama argumental, que de por sí no encierra el menor valor estético. En *Yerma*, de García Lorca, Juan -el marido- presenta todas las características de una excelente persona y un buen partido: cuida a su mujer, se preocupa de la hacienda familiar, no se entrega a ningún vicio. Yerma es una mujer fiel, delicada, afectuosa con el marido. Pronto observamos, sin embargo, que Yerma empieza a crispase, manifiesta un deseo incesante de tener un hijo, rompe con la familia y al final asfixia al marido, a quien momentos antes no había querido ser infiel. Si vemos esta serie de actos y acontecimientos en el plano de lo meramente objetivo, sacamos la conclusión que diversos críticos han hecho prevalecer: Yerma está obsesionada por tener un hijo y, al fracasar, toma venganza de su marido, al que considera culpable de ello. Tal interpretación anula el valor estético de la obra. Considerado cuanto acontece a la luz de una teoría bien perfilada del juego y de los ámbitos que el hombre puede y debe ir fundando en su vida para llegar a ser plenamente hombre, la obra aparece en toda su complejidad, su riqueza y su grandeza trágica. Juan es un hombre honrado y bueno, incluso obsequioso con su mujer, le concede cuanto puede necesitar en el *nivel 1*, pero le cierra la posibilidad de hacer juego: encontrarse con el paisaje, con el pueblo, con las gentes (*nivel 2*). Yerma se siente, poco a poco, falta de espacio vital, incapaz de desplegar su afán creador. La casa se le convierte así en una tumba, el pueblo en una niebla que oprime, el marido en un obstáculo para el verdadero encuentro. El hijo que no acaba de llegar es la única esperanza de un encuentro que nadie podría impedirle realizar. Por eso, Yerma, tan fiel a los ámbitos que ha ido creando –por ejemplo el del matrimonio–, se rebela contra la ley natural que vincula la fecundidad biológica y la espiritual a la unión de dos personas. «Yo sé que los hijos nacen del hombre y de la mujer, ¡Ay, si los pudiera tener yo sola! [...] pero una cosa es querer con la cabeza y otra cosa es que el cuerpo, imaldito sea el cuerpo!, no nos responda”⁹⁶. Yerma se enfrenta definitivamente a su marido cuando se convence de que éste nunca buscó en el hogar la creatividad sino la comodidad, de que a su lado es imposible el encuentro

⁹⁶ F. García Lorca, *Yerma*, Cátedra, Madrid 1970, págs. 93-98.

personal y, en tales condiciones, prolongar la vida biológica es una farsa que urge acabar cuanto antes. Por eso asfixia *físicamente* a quien antes la había asfixiado a ella *en el aspecto lúdico*.

Esta interpretación viene exigida por el texto de García Lorca si se lo lee desde una perspectiva lúdica y ambital, es decir, desde el punto de vista de los ámbitos que se crean o se anulan o se impide fundar. Hasta los pormenores de la obra más difíciles de interpretar quedan a esta luz plenamente de manifiesto en su sentido más hondo. Yerma no estaba obsesionada por tener un hijo en el aspecto biológico, sino por llevar a cabo los diferentes modos de encuentro que debemos crear en la vida para desarrollar de modo normal nuestra personalidad. Al ver cerrado por completo el camino del encuentro, Yerma sueña cada vez con más intensidad en el hijo, que viene a ser en la obra la encarnación del encuentro, su símbolo, su imagen expresiva. Todo el proceso dramático de *Yerma* viene impulsado por la imposibilidad gradualmente creciente de instaurar ámbitos de encuentro. Por eso conduce a un final trágico. La tragedia está provocada por la actitud poco o nada creativa de Juan, que, sin saberlo y sin quererlo, provoca la asfixia lúdica de su esposa⁹⁷.

Para leer la obra desde esta perspectiva lúdico-ambital, debe el lector realizar un *cambio de mentalidad*; de la mentalidad objetivista -propia del nivel 1- ha de ascender a la creativa. Cuando se adopta ante la vida una actitud verdaderamente creativa, los seres del entorno dejan de verse sólo como objetos para pasar a ser considerados como ámbitos, reales o posibles. La actitud ante ellos se trueca de manipuladora en reverente, de dominadora y utilitarista en colaboradora, colaboradora en la tarea incesante de entreverarse para fundar ámbitos nuevos de mayor envergadura.

Pero, ¿cuál es la razón de que prevalezcan en unos casos las actitudes objetivistas manipuladoras y en otros las actitudes creativas, respetuosas, dialógicas? Contestar a esta pregunta con lucidez es decisivo para penetrar en el trasfondo de las obras literarias, el mundo enigmático del espíritu humano que los grandes autores han sabido intuir y expresar con inigualable fuerza expresiva. Ello nos lleva a la tercera tarea indicada.

3. La lógica de los procesos humanos

Los ensamblamientos de ámbitos tienen lugar de forma articulada, siguiendo una lógica que es del mayor interés conocer. Al contemplar *La tragedia de Macbeth*, de Shakespeare, seguimos paso a paso una serie de acciones y reacciones que culminan en la catástrofe del usurpador del reino. Esta serie concatenada de hechos, ¿sucede del modo expresado en la obra por un azar de la historia, o más bien obedece a una lógica interna, la lógica de la existencia creativa? Si fuera lo primero, la obra literaria no tendría sino un valor testimonial de unos hechos históricos y un cierto valor literario; pero no aportaría una lección pedagógica de primer orden, como es sin embargo el caso. El método lúdico-ambital que propongo nos muestra nítidamente que el protagonista, inducido por su mujer, se entrega al *vértigo de la ambición* y, una vez dado al primer paso, se ve sorprendido por todas las fases de dicho proceso: incremento de la violencia, exacerbación del espíritu de temor y suspicacia, tristeza, angustia,

⁹⁷ Cf. *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, págs. 169-197.

desesperación, destrucción. El «bosque» que avanza y cerca el castillo de Macbeth no es sino un símbolo de la fuerza destructiva que encierra el vértigo. Si se conoce la lógica de las diferentes formas de vértigo, puede uno adelantarse al autor, a medida que va leyendo la obra, y prever lo que va a suceder o, al menos, profundizar en las causas más hondas de cuanto está acaeciendo.

Don Juan, en *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, lleva una vida de *exaltación sensorial* y acaba siendo *condenado*. Don Juan Tenorio es *salvado* por Zorrilla mediante el concurso de Doña Inés. El Don Juan de Mozart-Da Ponte vuelve a recibir el máximo castigo de manos del Comendador. ¿Qué significan en verdad estas tres versiones del mito donjuanesco? Con frecuencia se indica que Tirso es un autor contrarreformista y actúa con el rigor de la época. Zorrilla, en cambio, redime a Don Juan por amor, al modo romántico. Este género de explicaciones no penetran en el núcleo de las obras. Nos abre más hondas posibilidades de clarificación el método lúdico-ambital cuando ve a Don Juan como el hombre entregado al vértigo de las impresiones sensibles por afán de mera gratificación egoísta. Tal actitud es polarmente opuesta a la actitud creativa que hace posible las diversas formas de encuentro. Como el hombre es *un ser de encuentro*, que vive como persona, se desarrolla y perfecciona fundando vínculos relevantes con otras personas y con las realidades ambitales que le ofrecen posibilidades de juego, el hombre entregado a tal forma de vértigo *destruye de raíz su personalidad*, o, dicho en términos religiosos, "se condena". En cambio, Don Juan Tenorio se pone en vías de configurar su personalidad de forma cabal por el hecho de intentar, al menos una vez en la vida, elevarse al nivel de la creatividad mediante el compromiso matrimonial con Doña Inés. Por eso es ella quien viene de lo alto a rescatarlo de la perdición. Al captar la *lógica del vértigo* que subtiende la ópera de Mozart, resalta el sentido de todas sus incidencias, hasta el más insignificante pormenor⁹⁸.

Para poner en forma la capacidad de adivinar, al hilo de la lectura, los diversos tipos de lógica que orientan los diferentes relatos y obras dramáticas, debemos conocer de cerca las características de los dos modos básicos de experiencia humana: las experiencias de *vértigo* y las de *éxtasis*. Este conocimiento permite seguir por dentro, en su génesis, las incidencias de los diferentes procesos que el hombre inicia, prosigue y culmina en su vida⁹⁹.

La obra literaria y su modo peculiar de realismo

Las obras literarias de calidad son el fruto de la intensa experiencia de personas que han sabido adivinar la diversidad de procesos que tejen o destejen la vida humana en cuanto fundan ámbitos o los anulan, incrementan su grado de realidad o lo amenguan. El literato no describe *meros hechos*, sino *sucesos*, acontecimientos que abren posibilidades de

⁹⁸ Un amplio análisis de las obras de Tirso, Zorrilla y Mozart puede verse en mis obras *Cómo formarse en Ética a través de la Literatura*, 93-151, y *Poder formativo de la música. Estética musical*, Rivera Editores, Valencia 2010, 2ª ed., págs. 347-360.

⁹⁹ El tema del vértigo se halla expuesto ampliamente en mis obras: *Inteligencia creativa*, págs. 331-408; *vértigo y éxtasis*, Rialp, Madrid 2006.

acción o las ciegan; deja al descubierto el trasfondo de la vida humana y marca sus perfiles ante quienes, en su vida ordinaria, quedan presos en la superficie de cosas y acontecimientos. La obra literaria es profundamente realista por cuanto no se limita a *representar hechos* sino a *plasmear ámbitos y entreveramiento de ámbitos*.

Es una ficción que un actor determinado esté vestido de rey y responda al nombre de Macbeth, porque en su vida no desempeña tal papel; pero el *ámbito de rencor* que se establece entre el traidor y los allegados de su víctima, y la lógica implacable con que se suceden todos los acontecimientos es algo eminentemente real, por cuanto constituye el fondo eterno de la vida humana, con sus armonías y sus conflictos. Que un ser humano llamado Gregorio Samsa aparezca una mañana convertido en vil insecto es una ficción, pero el estado de envilecimiento personal que tal metamorfosis implica y expresa es compartido espiritualmente por millones de personas que existen de modo real. Es ficción el *argumento* de la obra, no su *tema*.

Este género de realismo explica la perennidad -el «clasicismo»- de ciertas obras. Si seguimos reviviendo la tragedia de *Antígona* (Sófocles), no es porque hace veinticinco siglos dos personas hayan entrado en conflicto y haya perecido la más indefensa. La actualidad de esta tragedia se debe al hecho de que también hoy se dan graves conflictos entre el ámbito de la ley -representado por Creonte- y el ámbito de la piedad, representado por Antígona. No son los conflictos psicológicos los que provocan las tragedias, sino las interferencias colisionales de ámbitos: el ámbito de los blancos y el de los negros (en *Todos eran mis hijos*, de E. O'Neill), el ámbito de la pobreza y el de la riqueza (en *La salvaje*, de J. Anouilh), el ámbito de la elevación y el del servilismo (en *Don Quijote*, de Cervantes, y *Los intereses creados*, de Benavente). Obviamente, en numerosos casos el impulso dramático obedece a colisiones de ámbitos más complejas. Lo decisivo es advertir que la literatura de calidad no atiende tanto a los hechos cuanto a los ámbitos, a los entreveramientos armónicos o colisionales de ámbitos y a la sucesión articulada de ámbitos que se van suscitando unos a otros conforme a la lógica de la creatividad.

La comprensión exacta del objeto propio de las creaciones literarias nos permite evitar multitud de malentendidos y de interpretaciones que minimizan el valor de las obras, y hace posible descubrir el valor humanístico de pasajes que a menudo pasan inadvertidos a los comentaristas. La honda expresividad e incluso la calidad humana de una obra tan desolada como *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett, no se debe a lo que en ella se dice o se hace, sino a su acierto en plasmar de modo patente la falta casi absoluta de creatividad en varios seres humanos. El *argumento* de esta obra es casi inexistente. Su *tema* es la figura que ofrece el ser humano cuando bordea el grado cero de creatividad. Vista la obra desde la perspectiva del juego creador y de los ámbitos, se ilumina el sentido de cada pormenor, incluso -y no en último término- el de los silencios que asfixian los diálogos y los reducen a vanos intentos de liberarse del océano del tedio. El gran protagonista de esta obra es el *aburrimiento*, fenómeno que sigue necesariamente a la quiebra de la creatividad. La obra produce tedio, no porque esté mal lograda, sino porque ha conseguido expresar certeramente el momento en que unos hombres lúcidos cobran conciencia clara de que se hallan asintóticamente cerca de la quiebra absoluta de su capacidad creativa.

De todo lo antedicho se desprende que el método lúdico-ambiental se basa fundamentalmente en el análisis de las experiencias decisivas de cada obra. Estas experiencias integran diversos actos realizados por seres que son ámbitos o campos de posibilidades de juego. Cuanto mayor sea la preparación filosófica que posea un lector, más nítidamente advertirá en cada obra el juego de los ámbitos que van surgiendo y entrelazándose para incrementar sus respectivos radios de acción o bien para luchar entre sí y anularse. El análisis literario, si ha de hacer justicia a las obras en lo que tienen de reveladoras del alma humana y de la vida de los grupos sociales, debe partir de un conocimiento bien aquilatado de todos los fenómenos que implica la actividad creadora del hombre. Filosofía y Literatura están llamadas de por sí a operar conjuntas y potenciar sus respectivos campos de acción. Esta fecunda colaboración sólo es posible cuando el lector dispone de una formación adecuada. A ello alude Serge Doubrovsky cuando afirma que "una reflexión sobre la literatura es de orden filosófico o no es nada"¹⁰⁰.

El eminente crítico literario J.P. Richard destaca el carácter comprometido de la literatura contemporánea, que es, a su juicio, «expresión de las preferencias, de las obsesiones y de los problemas que están situados en el núcleo mismo de la existencia personal»¹⁰¹.

En esta línea se mueven diversos escritores contemporáneos:

«El deber del escritor -afirma Stangerup- es plantear al lector las verdaderas preguntas existenciales. Si, al terminar el libro, el lector (...) comienza a preguntarse sobre el sentido de la vida, puedo decir que he alcanzado mi objetivo»¹⁰².

«Escritores como yo -escribe Ernesto Sábato- nos formamos espiritualmente en medio de semejante desbarajuste, y nuestras ficciones revelan, de una manera o de otra, el drama del argentino de hoy»¹⁰³. «La literatura, esa híbrida expresión del espíritu humano que se encuentra entre el arte y el pensamiento puro, entre la fantasía y la realidad, puede dejar un profundo testimonio de este trance, y quizá sea la única creación que pueda hacerlo. Nuestra literatura será la expresión de esa compleja crisis o no será nada»¹⁰⁴.

En efecto, la literatura de calidad está llamada de por sí a dar cuerpo expresivo a esa vertiente profunda de la vida humana que Unamuno denominaba "la intrahistoria". Está perfectamente dotada para ello pues no intenta sólo *narrar hechos*, sino *expresar acontecimientos*; no describe meros *objetos*, nos pone en presencia de *ámbitos de realidad* y de *entreveramientos de ámbitos* que dan lugar a otros ámbitos o destruyen los ya existentes; además de ofrecernos una cadena bien articulada de acontecimientos, nos revela cuanto de revelarnos la *lógica interna de un proceso espiritual*, que puede ser constructivo -como el proceso de *éxtasis o encuentro*- o destructivo -como el proceso de *fascinación o vértigo*-.

¹⁰⁰ Cf. *Pourquoi la nouvelle critique*, Mercure de France, Paris 1972, p. 182.

¹⁰¹ *Littérature et sensation*, Du Seuil, Paris 1954.

¹⁰² Cf. E. Stangerup, en *Studi Cattolici VII-VIII*, Milán 1991.

¹⁰³ Cf. *Itinerario*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1969, p. 208.

¹⁰⁴ Cf. *El escritor y sus sombras*, Aguilar, Buenos Aires, 1963, p. 162.

En el Prólogo de la obra *Germinie Lacerteux* -cuya protagonista es una empleada de hogar que se siente desvalida a causa de un embarazo prematuro-, los hermanos Goncourt se esfuerzan por mostrar que todo suceso humano, por anodino que sea, es digno de ser tomado como tema principal de una obra literaria, pues «en estos años de igualdad en que vivimos [...], en un país sin castas y sin aristocracia legal, las miserias de los pequeños y de los pobres deben despertar el mismo interés, emoción y piedad que las miserias de los grandes y los ricos». Esta razón es válida en el campo ético y social, pero no en el estético. En éste, la verdadera razón para conceder honores de primera figura a un argumento sórdido radica en su condición de *ámbito de realidad*. Todo lo que signifique un *mundo lleno de sentido* puede ser asumido como tema literario. Plasmar un mundo, un ámbito de realidad, es la meta de todo arte, que no atiende tanto a lo *objetivo* -los "argumentos"- cuanto a lo *ambital*, las vertientes profundas de la vida. La realidad está constantemente cambiando, incrementando su riqueza de ámbitos o bien amenguándola. Los procesos de enriquecimiento o de depauperación son el tema propio de todo arte, el plástico y el literario.

El gran poeta y escritor Pedro Salinas, en el primer capítulo de su obra *La realidad y el poeta*¹⁰⁵, estudia las diversas vertientes de la realidad: la vida interior del hombre, la realidad exterior, el mundo de lo fabril -lo producido por el ser humano-, las acciones y gestas del hombre, la realidad cultural. Advierte con razón que estas vertientes de la realidad son potencialmente poéticas, pero lo poético las trasciende a todas ellas. No indica, sin embargo, cómo puede el poeta «transmutar la realidad material en realidad poética»¹⁰⁶. Por eso, aun subrayando con acierto que la poesía de Jorge Guillén asume las más diversas realidades del mundo, no acierta a precisar qué tipo de realidad o qué aspecto de la realidad es lo que convierte a cada ser en «materia poética»¹⁰⁷. Se acerca al tema, lo bordea una y otra vez, pero lo deja en suspenso.

«Lo bello del mundo, lo que tenga de poético, se da de un modo vago, disperso, genérico; hay poesía en todas partes, en ninguna. El primer paso de la actividad poética es dejarse apoderar de esa belleza, recibirla, entregarse a ella. [...] Pero cabe una actitud reactiva: la de apoderarse a nuestra vez de aquello que dejamos se apoderara de nosotros. ¿Y cómo? Pues simplemente cobrando conciencia clara, plena, de ello»¹⁰⁸.

Obviamente, no queda con esto clarificado el paso o salto de lo prosaico a lo poético. A mi ver, este salto coincide con el tránsito del nivel objetivo al ambital¹⁰⁹. El verso de Jorge Guillén «*No hay soledad. Hay luz entre todos. Soy vuestro*» está situado en el nivel poético porque no se limita a describir *hechos*, antes plasma un *acontecimiento* decisivo: la luz que brota en el encuentro interhumano. Salinas destaca que «*la poesía*

¹⁰⁵ Ariel, Barcelona 1976, págs. 15-34.

¹⁰⁶ Cf *O. cit.*, 209.

¹⁰⁷ Cf *O. cit.*, págs. 209-210.

¹⁰⁸ Cf *O. cit.*, p. 209.

¹⁰⁹ Sobre la transformación del *espacio físico* en *ámbito lúdico*. Cf *Estética de la creatividad*, o.c., págs. 233-245.

tiene el deber primordial de crear». Ciertamente, pero lo decisivo es mostrar que la creación poética consiste ante todo en plasmar ámbitos de vida.

«Eran las cinco en punto de la tarde».
 «Las heridas quemaban como soles
 a las cinco de la tarde,
 y el gentío rompía las ventanas
 a las cinco de la tarde.
 A las cinco de la tarde.
 ¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
 ¡Eran las cinco en todos los relojes!
 ¡Eran las cinco en sombra de la tarde!»

Estas frases de la elegía de Federico García Lorca a la muerte de Ignacio Sánchez Mejías trascienden el nivel prosaico de la mera indicación de un dato horario objetivo para convertirse en creación poética, porque con esa indicación repetida de forma lúgubre, no se limitan a indicar algo en plan significativo; fundan un ámbito de encuentro, el encuentro múltiple que tiene lugar a las cinco de la tarde en un día de toros.

De todo lo antedicho se desprende que la obra literaria de calidad, lejos de ser una mera ficción, presenta una condición *eminente real* pues, a través de las peripecias vitales que describe, quiere revelarnos el sentido o el sinsentido de los ámbitos que se tejen y destejen a través de las mismas. Por eso, vista en toda su hondura, la literatura de calidad nos ofrece lúcidas *claves de orientación* de la existencia, de las que pueden extraerse certeras *pautas de conducta*.

11

PODER FORMATIVO DEL CINE DE CALIDAD

El cine de calidad no se limita a sumergirnos en la vida de otras personas y grupos; desea hacernos vibrar con su historia interna (la "intrahistoria", como decía Miguel de Unamuno), sus armonías y conflictos, es decir, los procesos de construcción y destrucción que forman el tejido de sus vidas. Cada hecho y cada serie de hechos hemos de verlos al trasluz, adivinando las posibilidades de vida que en ellos se crean o se anulan, se hacen fructificar o se agostan. Sólo entonces adquiere la contemplación de las obras cinematográficas un valor formativo.

Para lograr esta forma de visión es indispensable tener muy en cuenta dos temas ya tratados anteriormente: a) los ocho niveles de realidad en que podemos vivir: cuatro positivos y cuatro negativos, y b) los dos

procesos opuestos que podemos seguir en la vida: el de éxtasis -o encuentro- y el de vértigo -o fascinación-¹¹⁰.

I. *La conversión del cine en una fuente de formación*

El cine de calidad nos pone en presencia de realidades valiosas y nos sitúa en los niveles en que se decide el sentido de nuestra existencia. A menudo nos muestra que, si no nos quedamos en el *nivel 1*, movidos por el egoísmo, sino que ascendemos generosamente a los niveles 2 y 3, llevamos nuestra vida a plenitud. Cuando nos aferramos al *nivel 1*, con su actitud de dominio, posesión, manejo y disfrute, el cine nos descubre que caemos fácilmente en niveles inferiores de realidad y de conducta: niveles -1, -2, -3, -4. Entonces la realidad auténtica se nos vela, se nos vuelve ausente, porque somos nosotros quienes dejamos de crear auténticos vínculos con las realidades más valiosas.

Veamos en pormenor los temas que acabamos de señalar, a fin de mostrar de qué forma concreta puede constituir el cine de calidad una escuela de formación.

El cine de calidad muestra ámbitos, no meros objetos; acontecimientos, no meros hechos. En la obra maestra de Karl Theodor Dreyer *Dies irae* observamos que un joven y una joven, unidos por lo que entonces se llamaba un "amor imposible", caminan hacia un lago. Montan en una pequeña barca; ella se sienta al timón y él agarra fuertemente los remos. En la quietud de la tarde, el joven pregunta a su amada: «¿A dónde vamos?» Ella contesta serenamente: «A donde nos lleve la corriente». Como en ese lago no hay corrientes que arrastren a la barca, interpretamos esas palabras como dichas en el *nivel 2* y, por tanto, transfiguradas: *Ir* no significa aquí sencillamente *navegar* (*nivel 1*), sino orientar la vida (*nivel 2*). La corriente no se reduce a una masa de agua que se desliza enérgicamente en cierta dirección (*nivel 1*); alude al proceso de vértigo que arrastra a quien se le entrega espiritualmente (*nivel 2*). Con ello, el relato cinematográfico alcanza una nueva dimensión y un valor relevante. En el *nivel 1* -el de las realidades observables sensorialmente, calculables y dominables-, la respuesta de la joven no tiene sentido. Si lo tuviera, por haber en el lago corrientes submarinas, sería estéticamente irrelevante. Sólo en el *nivel 2* -en el que se dan los procesos de vértigo y de éxtasis- adquiere un valor sumamente expresivo y revela un mundo interior de amarga nostalgia.

Es decisivo, en el ser humano, ese tirón hacia los niveles superiores y el tipo de vida que implican. El arte, la literatura y el cine valiosos nos invitan a movernos en el *nivel 2*, el nivel de los ámbitos y las experiencias reversibles, del encuentro y los valores, la creatividad y las interrelaciones fecundas. Se subraya, a menudo, que el cine nos transporta, porque nos sumerge de súbito en distintas situaciones vitales, acogedoras o repulsivas, nobles o ruines, serenas o convulsivas...¹¹¹ Esto es cierto, pero resulta insuficiente si no se agrega que la meta del cine de calidad no es introducirnos en tramas de acciones más o menos espectaculares y atractivas, sino hacernos vibrar interiormente, reviviendo los procesos

¹¹⁰ Véanse los capítulos 2 y 3.

¹¹¹ Véase, por ejemplo, Julián Marías: *La educación sentimental*, Alianza Editorial, Madrid 1992, p. 212.

espirituales que impulsan esas cadenas de hechos. Si conocemos de antemano tales procesos, podemos fácilmente intuirlos, observar cómo deciden la marcha de las historias narradas en la pantalla. Con ello incrementamos nuestro conocimiento de los mismos.

La espectacular película que reproduce la tragedia del *Titanic* –en la versión de James Cameron– se puede ver en dos niveles: el del poderío técnico y económico, la aventura pasional, la angustia y el pánico... (*nivel 1*), y el de la nostalgia por un nivel superior, el *nivel 2* en el que surge el verdadero encuentro personal. Al cerciorarse de que la situación era crítica, el capitán habrá dicho para sus adentros: «¡Soy el capitán! ¡Soy el capitán!», e, impulsado por el grave sentido que tienen estas palabras para un marino, subió a la torre de mando, asió fuertemente el timón en sus manos, y espero así un largo rato, hasta que un golpe de mar lo sumergió en la tragedia común. El final trágico y gélido de la obra nos indica que, tras tanta agitación, sólo queda la voz humana, el recuerdo, el afán de sobrevivir y elevarse a un plano de realización más elevado (niveles 2 y 3).

En *Candilejas*, la obra maestra de Charles Chaplin, el viejo Calvero se ve abocado al fracaso, pero vive una *etapa ascendente* al ayudar a la joven artista a triunfar de la desesperación. No desciende nunca al *nivel 1*, aunque hubiera podido hacerlo; ni siquiera desea situarse en el *nivel 2* mediante el legítimo recurso de contraer matrimonio con la joven, ya que, por la diferencia de edad, supondría una pronta soledad para ella. La suya es una actitud de generosidad pura, que convierte su caída final en un ascenso glorioso; redime su decadencia artística y confiere a su personalidad una grandeza inédita (*nivel 3*). Podría pensarse que para el genial artista lo primario era la fama, el prestigio, la situación social y los recursos económicos. Él, en cambio, lo supedita todo al bien de la joven. Por eso no se avergüenza de rebajar su rango al de un músico de café y mendigar una limosna, sombrero en mano. Para él todo tiene sentido y dignidad cuando sirve a una gran causa: la de favorecer el porvenir de la joven.

Esta sabia actitud constituye –más allá del mero *argumento*– el *tema* profundo de esta sencilla narración, en la que el Chaplin maduro lleva a perfección su arte de condensar lo complejo en imágenes desbordantes de expresividad y sentido. Este sentido y esa expresividad convierten la historia narrada en un referente para cuantas personas se pregunten alguna vez si la vida declinante puede tener un sentido positivo o es un inevitable desmoronamiento total. Ese carácter aleccionador confiere a esta obra una gran eficiencia y fecundidad para nosotros, y la dota de un modo elevado de realismo.

II. El cine no es una mera ficción; muestra un modo de realismo peculiar

Vista en el *nivel 1*, *La tragedia de Macbeth* parece reducirse a un amasijo de cadáveres. En el *nivel 2*, nos revela las distintas fases del proceso de vértigo. Este proceso muestra una eficiencia temible en nuestra vida diaria. No es sólo algo real; decide nuestra suerte en la vida cuando nos entregamos a él. Su modo de realidad es, por tanto, eminente.

Desde antiguo, los seres humanos nos complacemos en contar historias porque a través de ellas, cuando discurren en el *nivel 2*, descubrimos nuestra condición relacional de "seres de encuentro". Las narraciones –cuentos, poemas, novelas, dramas...– que más atraen al ser

humano –desde la niñez hasta la ancianidad– son aquellas que muestran la fecundidad de la *vida en interrelación*, en la que se hacen proyectos y se los realiza bajo la inspiración del ideal de la unidad. Este tipo de vida es plenamente real, pero no se ofrece inmediatamente a los sentidos; se revela únicamente a la imaginación, que no es la facultad de lo irreal sino de las *imágenes*, vistas como expresión viva de realidades “ambientales”, abiertas a la comunicación creadora.

Al sumergirnos en tramas de ámbitos que ofrecen posibilidades de vida, el cine nos anima a hacer juego¹¹², y así nos entusiasma, porque ensancha nuestro horizonte vital. Eso sucede de forma modélica en películas como *La vida es bella* –de Roberto Begnini–, aunque su argumento muy bien podría haber sido deprimente. El cine de calidad nos redime de la presión que ejerce sobre nosotros el afán de atenernos a lo sensible dominable, poseible, manejable, y nos invita a movernos en niveles de mayor libertad interior. Tal invitación ejerce un papel educador sobresaliente. En esta película, Guido presta a su niño todos los cuidados que requiere en el *nivel 1*, pero su mayor preocupación es elevarlo al *nivel 2* –mediante el recurso del juego–, por pura bondad incondicional –*nivel 3*–, frente a las circunstancias que podrían despeñarlo hacia los niveles negativos. El dominar y disfrutar propios del *nivel 1* son una fuente de energía para el ser humano, pero no lo son menos –en un nivel superior– el amor, la bondad, la verdad, la belleza... En el cine valioso se descubre la fuerza operativa, la eficacia y fecundidad de los grandes valores. Estos valores constituyen el auténtico “elemento” en el que vive el hombre plenamente, como le sucede al pez en el agua.

La vida es bella expresa y encarna emotivamente el *ideal de la vida* de Guido, consistente en ejercitar la bondad y la piedad con los suyos en toda circunstancia, aun con riesgo de su vida, que acaba sacrificando en aras de su entrega a la familia. Mostrar la impresionante eficiencia del auténtico ideal es la mejor prueba del carácter eminentemente real de esta obra, que es fruto de una imaginación potente, entendida la imaginación como la facultad, no de meras fantasías, sino de imágenes que remiten a lo esencial de la existencia humana.

De ahí la importancia de no buscar la solución a los problemas psíquicos exclusivamente en las fuerzas reprimidas del inconsciente. Destacados psiquiatras actuales –encabezados por la figura del vienés Viktor Frankl– subrayan la necesidad de buscar en las energías superiores del ser humano la verdadera solución a los estados depresivos¹¹³. Buen número de problemas humanos responden a falta de confianza y de amor, no a disfunciones del inconsciente, como subrayó unilateralmente Sigmund

¹¹² Entendido en todo su alcance, no como mera diversión, el juego es una actividad creadora, porque el jugador asume activamente las posibilidades que le ofrece el reglamento del juego con el fin de dar lugar a algo nuevo valioso; por ejemplo, las jugadas en el deporte, las formas en el arte. Puede verse, sobre el concepto filosófico del juego, una amplia exposición en mi obra *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp, Madrid 1998, 3ª ed., págs. 33-183.

¹¹³ A este respecto se destacan, en su producción, las obras siguientes: *Psicoanálisis y existencialismo. De la psicoterapia a la logoterapia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, 5ª ed.; *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1991, 12ª ed., (Versión original: *Man's search for meaning*, Pocket books, Nueva York 1946); *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn* (El hombre ante la cuestión del sentido) Piper, Múnich, 1989, 7ª ed.

Freud. Simplificando, podemos decir que éste mira hacia abajo, y Frankl eleva la mirada hacia arriba, hacia niveles superiores a aquellos en los que se plantean o manifiestan los problemas.

De lo antedicho se desprende que el cine auténtico no es una mera ficción ni intenta sólo evadirnos de nuestra vida cotidiana. Desea elevarnos a un nivel de vida más auténtica, más creativa, y por ende, más propiamente humana. Es una ficción el argumento, y el hecho de que unos actores jueguen papeles que no les corresponden en la vida diaria. Vista en el *nivel 1*, una película nos aparece como una ficción, una narración irreal que nos arrebatara durante un tiempo de nuestra vida de compromiso con el entorno y nos sumerge en historias que tal vez nunca hemos vivido. Contemplada desde la perspectiva del *nivel 2*, esa misma película puede ayudarnos a comprender el trasfondo de la vida cotidiana, los procesos que la impulsan, los ideales que la inspiran, las fuentes del sentido que la plenifica o del sinsentido que la devasta.

El criterio decisivo para determinar si el cine es algo real o irreal es analizar si genera nueva vida en nosotros y nos ensancha el horizonte. Para ello no hemos de fijar la atención en el esquema "real-irreal", sino en la dualidad de niveles 1 y 2. En el *nivel 1*, la realidad es cerrada, carece de intimidad, de poder expresivo, de iniciativa, de capacidad de ofrecer posibilidades. Para expresarla bastan las *figuras*. En el *nivel 2*, los seres tienen intimidad, profundidad, capacidad de revelarse y ofrecer multitud de posibilidades. Para expresarlos se requieren las *imágenes*, que son bifrontes: sensibles y metasensibles a la vez. Un retrato artístico nos ofrece la imagen de la persona representada; hace vibrar en su figura su personalidad entera. Rembrandt, Goya y Van Gogh nos permiten, en sus autorretratos, penetrar en el enigma de su personalidad. Una foto no artística nos presenta sólo la figura de una realidad, nos facilita los datos que la distinguen de otras, pero no traspasa el nivel de lo sensible, perceptible a simple vista.

En el nivel en que imperan las figuras y los torrentes de figuras –o de imágenes reducidas a meras figuras– nos quedamos en lo aparente, no llegamos a lo sustancial, lo que constituye la fuente del sentido. Si vivimos en el *nivel 1*, tendemos a quedarnos en lo sensible, en las meras figuras, y a dejarnos llevar del vértigo de las impresiones sensoriales que nos arrastran como un torrente de montaña. Al ser arrastrados de esta forma por la sucesión de meras figuras, no tenemos huelgo para contemplar las imágenes y entrar en relación de presencia con lo que ellas re-presentan. Esto explica que la avalancha de figuras no produzca en nosotros asombro sino *fascinación*, y no nos sumerja en el mundo de la belleza –que implica orden, estructura, hondura de vida– sino en el de la fealdad, que va aliado con el de la deformidad, la superficialidad, el desorden.

Si nos movemos en el *nivel 2*, tenemos energía interior suficiente para ver imágenes en las figuras y movernos no sólo en el plano sensible sino a la vez en el metasensible, el plano de los ámbitos y tramas de ámbitos. Al ver –en *Candilejas*– al fracasado Calvero que cuida a la joven que intentó suicidarse, intuimos su buena intención, su actitud generosa, aunque pudiéramos temer que la atendiera con segundas intenciones, y nos impresiona advertir que se dirige noblemente hacia una experiencia extática de encuentro. Sólo a través de experiencias como ésta, en la que trascendemos el mundo de las figuras –superficiales y chatas–, entrevemos la capacidad humana de elevación y sus inmensas posibilidades creativas.

¿En qué nivel de realidad se mueven los personajes de *Candilejas*? El melancólico Calvero se sitúa en los niveles 2 y 3. Lo mismo puede decirse de la joven bailarina, porque se quiere casar con Calvero –pese a su edad y su fracaso–, y deja a un joven que, en el *nivel 1*, podría resultarle más atractivo, más acorde a sus apetencias sensoriales. Otros personajes relevantes, como el empresario, acaban imitando esa noble actitud. La música, definidora del clima espiritual de la obra, muestra una peculiar nostalgia, que debemos entender –al modo de Romano Guardini– como el melancólico afán de superar los bienes inmediatos y alcanzar otros más altos. La persona verdaderamente melancólica es consciente de que, por mucho que ahonde en el misterio del hombre, no lo agotará nunca, pero no debe por ello desanimarse y ceder a la tentación del escepticismo, o bien contentarse con adoptar una actitud superficial. Ha de esforzarse a diario por intentar lo imposible y soportar el dolor de constatar incesantemente la propia menesterosidad¹¹⁴.

III. El cine de calidad nos eleva de nivel

El cine de calidad tiende a elevarnos del *nivel 1* a los niveles superiores; por eso suele levantarnos el ánimo. En *El dictador*, Charles Chaplin nos presenta un argumento deprimente: la persecución injusta y devastadora del pueblo hebreo. Pero acaba llevándonos, en su memorable discurso final, a una proclamación de la verdadera actitud ante la vida.

En esa joya del séptimo arte que es *Ben-Hur*, nos sorprende la escena en que el engreído cónsul se encuentra en una balsa, tras la batalla naval, con el galeote Judá Ben-Hur, al que había maltratado largo tiempo en la galera, llamándole por el número del remo –el 41– al que se hallaba atado. Al querer entablar amistad con él, porque acaba de salvarle la vida, lo primero que le dice es esto: "Oye, 41, en realidad ¿cómo te llamas?". Este salto del *nivel -2* (en que solía moverse respecto al joven Judá) al *nivel 2* –en que florece el lenguaje verdadero, el que crea vínculos amorosos– nos causa sorpresa y emoción, por tratarse de una verdadera conversión a una relación de encuentro. Esta escena es una *imagen del salto a la vida auténtica*. El director nos pone, así, en presencia de un proceso espiritual que debemos vivir a diario: el salto de la actitud egoísta a la generosa. Este proceso no ostenta la realidad propia de los objetos y los hechos cotidianos, pero en él late una admirable eficiencia, pues de él depende nuestra verdad de hombres y nuestra felicidad.

Por eso, bien está afirmar que "el cine es una fábrica de sueños que empieza avivando nuestros sentidos y suscitando emociones a menudo superficiales, correspondientes a las meras figuras, pero debemos conseguir que las ideas plasmadas en las imágenes inunden nuestro intelecto y nos hagan reflexionar"¹¹⁵. Pero convendría resaltar que, si vemos las figuras como imágenes, ya estamos ahondando en el sentido de las mismas y de toda la trama de acontecimientos. Consiguientemente, cargamos las imágenes de sentido y de vida intelectual, afectiva y volitiva.

¹¹⁴ Sobre el sentido de la melancolía en Guardini puede verse mi obra *Romano Guardini, maestro de vida*, Palabra, Madrid 1998, págs. 151-183.

¹¹⁵ Cf. Juan José Muñoz García: *Cine y misterio humano*, Rialp, Madrid 2003, p. 30.

En cuanto nos insta a elevarnos a los niveles 2 y 3, el buen cine ejerce sobre nosotros una función *transfiguradora*: nos insta a ver los meros objetos como ámbitos y los hechos como acontecimientos. *Candilejas* no sólo narra la relación que se establece entre un anciano artista y una joven bailarina que intenta suicidarse. Nos revela la actitud creativa con que un anciano, al parecer abatido por haber fracasado, aborda la situación desesperada de una joven. No sólo narra hechos, propios del *nivel 1*; descubre acontecimientos, característicos del *nivel 2*, en virtud de una opción realizada en el *nivel 3*. Atender a la joven que está a punto de morir no es un mero hecho; es la manifestación patente de una actitud generosa, de la opción incondicional por el valor de la piedad (*nivel 3*). Calvero no actúa por interés, se expone a la maledicencia, se echa una carga sobre los hombros; no aprovecha el ascendiente que adquiere sobre la joven y renuncia a su inmediata felicidad, al menos a la satisfacción de un deseo – verse saturado de cariño–, para garantizar la felicidad de la joven y su pretendiente. Todo sirve a un ideal (*nivel 3*): ayudar a una persona desvalida. Al moverse en los niveles 2 y 3, la película adquiere una elevación especial y una emotividad profunda.

El cine de calidad no tiene como meta evadir a los espectadores de la rutina de la vida diaria. Quiere mostrarnos horizontes más amplios y fecundos, que se abren ante nosotros cuando vivimos a la vez en los niveles 1, 2 y 3. El buen cine nos hace constatar de forma palpable, en el cuerpo sensible de las imágenes, que no basta contemplar relatos superficiales de la vida para comprenderla. Debemos aprender a movernos a la vez en los niveles 1, 2 y 3, integrándolos cuidadosamente. El lenguaje literario y el cinematográfico son fuente de luz si se mueven, a la vez, en estos tres niveles. Sólo esta mirada penetrante nos permite adentrarnos poco a poco en el misterio humano, que tanto nos asombra.

En *Jim et Jules*, François Truffaut no sólo intenta narrar el curso de una relación amorosa entre dos jóvenes y una joven; quiere, a través de él, mostrar cómo una vida aparentemente idílica se va minando por dentro y estalla, un mal día, en pedazos. Con ello nos hace ver que, si nos aferramos al *nivel 1*, caemos fácilmente en el despeñadero de los niveles inferiores. No parecieron adivinar esta valiosa función catártica de la película los espectadores que, casi terminada la proyección, dieron por hecho que ya conocían el *argumento*, y abandonaron la sala. Perdieron, así, la clave de la obra, que aparece al final cuando la joven invita al amigo a dar un paseo en coche con ella y ruega al marido que abra bien los ojos. Arranca y, al cruzar el puente, gira bruscamente el volante y se precipita al río, provocando así un accidente mortal. El espectador descubre, entonces, la profunda razón que tenía uno de los jóvenes protagonistas al decir, pocos días antes: “*Hemos jugado con las fuentes de la vida, y hemos perdido*”. Ver esto con hondura es el *tema* de la obra. Quien sepa ver cine conservará largo tiempo en la memoria esa campiña acogedora como un lugar siniestro donde, bajo apariencia de dulzura, se fue tejiendo una tragedia. Y la frase relativa a la insensatez de *jugar* –en sentido banal– con las fuerzas de la vida se convertirá en una clave de orientación sobre aspectos de nuestra existencia que se hallan hoy demasiado confusos.

Al ofrecernos múltiples vertientes de la vida humana, el cine de calidad nos ayuda a descubrir de cerca que el ser humano es un “misterio”, no en el sentido de incognoscible, sino de inagotable, de tan complejo y rico que no puede ser conocido exhaustivamente con nuestro conocimiento

finito, sobre todo cuando no cultivamos debidamente la inteligencia y no le otorgamos las tres condiciones que definen su madurez: largo alcance, comprensión –o amplitud– y profundidad. Lejos de ser una mera ficción, el cine que se inspira en una concepción profunda del ser humano se muestra eminentemente realista, con el realismo propio de los niveles 2, 3 y 4.

IV. El arte de ver películas

Lo expuesto anteriormente nos permite trazar las líneas maestras de un método de contemplación de películas que ponga al descubierto su posible poder formativo, incluso cuando el argumento no parezca ajustarse a nuestra escala de valores. El gran peligro que presentan las obras cuando exhiben escenas de violencia y erotismo –es decir, de sexualidad entendida de forma banal– es que éstas sean tomadas en sí, desgajadas del contexto y despojadas, así, del sentido que a veces adquieren en el conjunto de la obra. Existen películas que, vistas en su totalidad, presentan una intención clarificadora de ciertas actitudes poco recomendables a nuestro entender, y resultan en conjunto aleccionadoras. Tal intención sólo se descubre si se sobrevuelan las diversas escenas y se sigue atentamente su articulación interna.

El arte de ver películas consiste en descubrir la razón de los acontecimientos, la lógica que teje su trama. La película de Bernardo Bertolucci *El último tango en París* exhibe un puñado de escenas fuertemente eróticas y alguna que otra deleznable. El que se pierda en los pormenores y no sobrevuele el film para verlo globalmente correrá riesgo de entregarse a la complacencia –si siente atracción por ese género de espectáculos– o bien experimentará una profunda aversión. En el primer caso, asistirá complacido a la proyección del film. En el segundo, apagará indignado el televisor y se preguntará si es legítimo ofrecer a los televidentes este tipo de obras, sobre todo en horas de gran audiencia. En cambio, si alguien contempla la película cuidándose de leer entre líneas, sin fijar demasiado la atención en las escenas crudas, descubrirá una lección sumamente provechosa, al advertir el vínculo que existe entre la actitud de banalidad en las relaciones sexuales, la crueldad en el trato con las personas a quienes se dice amar y la falta absoluta de alegría.

Una forma sutil pero patente de crueldad es no dirigirse a la persona en cuanto tal sino más bien a su cuerpo. La persona viene sugerida y representada por su nombre propio. De ahí que el protagonista se niegue a decir el suyo y a conocer el de su compañera. Léase atentamente el siguiente diálogo entre los dos protagonistas: un hombre de unos cuarenta años (H) y una jovencita de 19 (J), que conviven en un piso.

J. No sé cómo te llamas.

H. ¡No tengo nombre!

J. ¿Quieres saber el mío?

H. ¿No, no! ¡No me lo digas! No quiero saber tu nombre. Tú no tienes nombre y yo tampoco. No hay nombres.

Aquí no tenemos nombre.

J. ¡Estás loco!

H. Es posible que lo esté, pero no quiero saber nada de ti. No quiero saber dónde vives ni de dónde eres. No quiero saber absolutamente nada de nada. ¿Has comprendido?

J. ¡Me asustas!

H. ¡Nada! Tú y yo nos encontraremos aquí, sin saber nada de lo que nos ocurra fuera. ¿De acuerdo?

J. Pero ¿por qué?

H. Pues porque aquí no hace falta saber nombres. No es necesario. ¿No lo comprendes? Venimos a olvidar. A olvidar todas las cosas, absolutamente todas. Olvidaremos a las personas, lo que sabemos, todo lo que hemos hecho. Vamos a olvidar donde vivimos, a olvidarlo todo.

J. Yo no podré. ¿Tú sí?

H. No lo sé. ¿Tienes miedo?

J. No.”

Si queremos descubrir el poder de este amargo y desconcertante diálogo –que salva la obra en el plano estético-, debemos adivinar los niveles de realidad y de conducta en que se mueven los dos protagonistas.

- El joven se mueve en el *nivel 1* –el del manejo y el disfrute– y rehúye elevarse –siquiera pasajera– al *nivel 2*, el propio de las personas, que vienen caracterizadas por su nombre propio. Por eso afirma hoscamente que ellos –los protagonistas– no tienen nombre y se niega a decir el suyo y a saber el de su compañera. Al negarse a recordar, se niega a vivir una vida propiamente personal, pues –como bien dijo Miguel de Unamuno– “recordar es vivir”. Por eso, la memoria, bien entendida, es la mejor colaboradora de la inteligencia.
- A la joven le parece extraña esa conducta, ajena al modo normal de proceder las personas. Ello explica su temor de que su compañero esté loco, es decir, que sufra una enajenación mental, porque desquicia los órdenes naturales y se expresa como un *perturbado*.
- Compartir la intimidad corpórea y rechazar la forma de comunicación propia de las personas implica un grave desajuste de la conducta. Ello explica que la joven se asuste.
- El desajuste provocado por la actitud del joven sólo podemos tolerarlo si renunciamos a la vida reflexiva y optamos por vivir en un nivel infrapersonal, en el cual olvidamos los nombres, las significaciones de las cosas y de los actos, y nos fusionamos con el entorno. Esta especie de embotamiento supone una alteración de la conducta normal de las personas, y produce una sensación de extrañeza y de miedo.

Nada ilógico que no exista en la obra el menor atisbo de comunicación amistosa y de ternura. A medida que los protagonistas repiten los actos de ayuntamiento corpóreo, se intensifica la dureza inmisericorde en el trato, que llega a la descalificación personal. Sabemos que el *erotismo* tiende a manipular las pulsiones instintivas, que sólo tienen pleno sentido cuando se integran en un proceso de intimidad personal y no son reducidas a mera fuente de gratificaciones individuales. Tal actitud manipuladora responde a un afán de dominio, que puede invadir el área entera de la vida de quien se entrega a las experiencias de vértigo o fascinación.

En una entrevista realizada en la revista *L'Europeo*, María Schneider, la protagonista femenina, hizo la siguiente declaración:

"He sido explotada: no era famosa, era sólo una mujer, que además tenía 19 años. Por aquello recibí en total cinco millones de liras (unos 3.000 €). Mientras Marlon Brando (protagonista masculino y codirector) y Bernardo Bertolucci (director) continúan ganando dinero con aquella película, yo paso verdaderas dificultades para poder vivir. Me pusieron la etiqueta de la chica del tango. He sido aniquilada por esta película. Para mí fue una violencia moral. La desnudez es algo que no debería ser explotado de esa manera por el cine".

Puede alguien argüir que esta actriz carece de talento para interpretar papeles de primer orden. Es posible que no brille por sus dotes artísticas, pero ello no justifica el hecho de haber sido invitada a realizar un papel envilecedor bajo el señuelo de abrirse camino hacia la gloria artística. Con razón interpreta que ha sido manipulada. Manipular es, básicamente, reducir una persona a *medio para los propios fines*, procedimiento propio del *nivel 1*. Tal medio puede ser considerado como maravilloso, adorable, seductor, pero esto no consuela a la víctima, pues tales adjetivos no la levantan de su estado de envilecimiento. Al oír las amargas palabras de una joven que ve su persona maltrecha debido a los vejámenes de una manipulación solapada, resulta deprimente que un magistrado italiano haya justificado la exhibición de dicha película en su país con el pretexto de que "el sentimiento del pudor en el hombre medio ha cambiado últimamente de modo notable". Esta consideración sociológica –sea o no exacta– no toca el fondo del asunto e ignora los sufrimientos y avatares espirituales de un número de personas que nunca podremos determinar.

El arte de ver películas consiste, sobre todo, en descubrir la razón profunda de los acontecimientos, la lógica que teje la trama de los sucesos. Esta lógica suele resplandecer en las obras de calidad, que resultan por ello aleccionadoras aunque muestren ciertos aspectos negativos de la existencia humana. Bien es cierto que las personas que no han tenido la fortuna de recibir una buena formación pueden verse seriamente dañadas por obras que exigen, para resultar positivas, cierto entrenamiento espiritual. En atención a tales personas especialmente vulnerables, deberían los responsables seleccionar al máximo las obras que emiten a través de medios que afectan a multitudes. Esto no sería censurar, sino seleccionar, es decir: dar primacía a las obras que promuevan el bien de los menos capacitados para distinguir lo que construye de lo que destruye.

Bien visto, el cine de calidad está llamado a ser un medio de formación excelente, que bien haremos en cultivar, pues nos ayuda a pensar bien y discernir lo que nos ennoblece y lo que nos envilece. Colabora, así, a superar la situación de *emergencia educativa* y abrir horizontes de auténtico humanismo.

12

EL PODER FORMATIVO DE LA MÚSICA¹¹⁶

Suele subrayarse, a menudo, que la música de calidad es una fuente inagotable de belleza, que nos distrae, nos agrada y nos hace desbordar de alegría. En casos nos transporta a mundos de ensueño, como indica con palabras emocionadas un eminente director de orquesta, Leopoldo Stokowski:

«Es imposible describir esto con palabras; sin embargo, todos hemos sentido el haber sido llevados mediante el mágico poder de la música lejos de este mundo, hacia estados de emoción de irresistible poder y misterio, completamente desconectados de nuestra vida real, a veces temerosos, otras con una visión extática de la belleza, en una tierra de ensueño que jamás olvidaremos...»¹¹⁷.

Todo esto es verdad, pero conviene resaltar asimismo que la experiencia musical, cuando la vivimos de forma creativa, nos enriquece con aportaciones decisivas que podemos describir *de forma precisa y bien fundamentada*. Además de procurarnos experiencias emotivas, la música nos ayuda a incrementar la madurez personal: la capacidad de pensar con amplitud y profundidad, ser creativos incluso en las actividades más sencillas, promover una auténtica "cultura del corazón", ejercitar una forma de libertad creativa... Veamos algunas de estas cuestiones un poco más de cerca.

I. La experiencia musical y el desarrollo de la personalidad humana

Poco antes de morir, el gran violoncelista, compositor y director de orquesta Pablo Casals afirmó que "la humanidad todavía no sabe lo que tiene al poseer el don de la música". ¿A qué habrá querido aludir con ello? Sin duda tuvo ante la vista el papel ennoblecedor y consolador que juega la música en nuestra vida. Pero es posible que haya profundizado todavía más y haya considerado que la experiencia musical nos insta a vivir de modo *relacional* y adentrarnos, así, en el enigma de la realidad.

Hoy sabemos, por la Física de las partículas elementales, que la materia se resuelve, en última instancia, en "energías estructuradas", es decir, relacionadas. «*La materia* –escribe el físico canadiense Henri Prat- *no es más que energía dotada de "forma", informada; es energía que ha adquirido una estructura*»¹¹⁸. Todo el universo, en sus diversos estratos, se asienta en el poder de las relaciones. Por su parte, la música es toda ella relación; no se basa en notas sino en intervalos, que son el impulso que nos

¹¹⁶ El tema de este capítulo es analizado muy ampliamente en la obra *Poder formativo de la música. Estética musical*, Rivera Editores, Valencia 2010, 2ª ed.

¹¹⁷ *Música para todos nosotros*, Espasa-Calpe, Madrid 1954, 5ª ed., p. 234.

¹¹⁸ Cf. *L' espace multidimensionnel*, Université de Montréal, Montréal 1971, p. 15.

lleva a pasar de una nota a otra; y con intervalos se configuran temas, y, a base de entrelazar temas según las distintas formas musicales, se componen los grandes edificios sonoros. Por eso, cada elemento del edificio musical nos remite a todos los demás. Cuando entramos en contacto con los materiales sonoros, vibramos con los otros siete niveles de la composición. De ahí que, al vivir intensamente ese carácter relacional de las composiciones musicales, nos parezca asistir a la génesis del cosmos, porque sentimos vivamente el poder de las relaciones.

La Música tiene una capacidad formativa extraordinaria cuando se ahonda en su sentido más profundo y se la practica de modo creativo, viéndola como una trama prodigiosa de interrelaciones. El intérprete y el oyente han de *recibir activamente* las posibilidades que cada obra les ofrece en orden a crear formas musicales, que son haces de relaciones. Esa forma de *recepción activa de posibilidades* es la quintaesencia de la creatividad. La música promociona de modo especial la capacidad creadora de quienes la cultivan por cuanto -a una con la danza y el teatro, artes "temporales"- tiene que ser re-creada una y otra vez para gozar de existencia *real*, no sólo *virtual*. Por esta profunda razón insta a que se la asuma de modo activo. Todo valor pide ser realizado. El valor propio de la música acrecienta esta solicitud de modo especialmente enérgico. De ahí se deriva su poder formativo de nuestra personalidad.

1. *La música nos acostumbra a pensar, sentir y actuar de modo "relacional"*. Un sonido a solas no tiene valor musical. Lo adquiere al entrar en relación con otro. A solas, el *do* y el *sol* no presentan interés estético. El intervalo *do-sol* encierra ya un gran interés. Tomados individualmente, los sonidos que integran la escala tienen un *significado*: responden a un determinado número de vibraciones y ostentan una altura determinada. Pero no presentan un *sentido* musical. Éste surge cuando los sonidos se interrelacionan. Al hacerlo, forman un *hogar expresivo*, rebosante de posibilidades.

Cada tonalidad -u hogar expresivo- presenta dos ejes básicos. En el hogar familiar, los ejes que impulsan y ordenan el movimiento de quienes lo componen son el padre y la madre. Suele decirse que el padre impulsa y la madre acoge, aúna. En el hogar musical, los ejes vienen dados por la *tónica* y la *dominante* (*do* y *sol*, *re* y *la*, por ejemplo). Cuando una melodía se teje en torno a ellos, muestra una especial serenidad, un espíritu confiado. Si se aleja, adquiere cierto carácter inquietante. Como modelo de sosiego en el dolor y en la exultación pensemos en el Requiem gregoriano y en el Sanctus de la Misa en IV tono, respectivamente.

Los cuatro elementos básicos de la música -ritmo, melodía, armonía y timbre- poseen valor musical merced a la relación mutua de diversos elementos expresivos. El ritmo, por ejemplo, nace de una repetición de sonidos, pero tal repetición sólo encierra valor estético cuando no es puramente *mecánica*, sino que funda un *ámbito expresivo*. Las cuatro notas del *tema masculino* del primer tiempo de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven unen su poder expresivo para crear un *ámbito de apelación*, una especie de llamada o aldabonazo. Ese carácter de *ámbito* (o "fuente de posibilidades") permite a estas notas unirse a otras y formar frases musicales. Tal intervencionalidad de elementos expresivos da lugar a las diferentes partes de las formas musicales (*exposición, desarrollo, etc.*). De este modo relacional se "componen" las obras. Es magnífico descubrir cómo de una célula

musical brevísima se deriva una obra extensa. La sonata *Appassionata* de Beethoven arranca de las tres notas iniciales (*do, la b, fa*) y se nutre constantemente de ellas.

Encierra el mayor interés formativo que el alumno, al interpretar música o sencillamente oírla, sienta su carácter relacional y el inmenso poder expresivo que genera la interrelación de sus diversos elementos. Estará, con ello, afirmando en su interior una idea decisiva en la vida humana: *las formas de unión valiosas encierran una fecundidad insospechada*. Recuérdese la sentencia de Martin Buber: "El que dice *tú* a otro (es decir, el que lo trata como persona, no como un "ello" impersonal) no tiene nada, no posee nada, pero está en relación"¹¹⁹. El alumno que, a través de su experiencia musical, haya adquirido una idea muy positiva de la relación se percatará enseguida de que *estar en relación* -o mejor: *estar creando relaciones*- presenta un valor muy superior al hecho de tener y poseer realidades objetivas.

La música es relacional por esencia y consiste en entreverar ámbitos expresivos. De ahí su capacidad para fomentar en el hombre la *vida espiritual*, que es vida de *interrelación creadora*. Nada ilógico que la práctica de la música haya ido ligada desde antiguo a todo género de celebraciones humanas, entre las que descuellan los ritos religiosos¹²⁰.

2. *La música nos insta a no quedarnos en las impresiones primeras, vibrar con el todo y captar la vinculación de palabra y silencio*. Merced a su carácter relacional, en la música todo vibra con todo: un tema con otro, una frase con otra, un tiempo con otro. Mozart reveló a su padre Leopoldo que, al terminar de componer una obra, la veía "toda de golpe". Esta visión sinóptica constituía para él un "banquete", según propia expresión¹²¹. Hay que conseguir que el alumno sienta vibrar toda una obra en el acorde inicial. Piénsese en el de la sonata "Patética" de Beethoven. Ese acorde sombrío en *do menor* nos revela *toda la obra*, aunque no *la obra toda*. Entramos en relación de *presencia* con ella, nos *encontramos* desde el primer momento. Pero luego debemos captar el valor expresivo de cada uno de los temas y vincularlos entre sí. Conviene para ello hacerse cargo de los temas principales antes de oír la obra, a fin de poder seguir con nitidez la marcha de cada uno de ellos, sus transformaciones y desarrollos, sus luchas con los demás, sus entreveramientos... Esta forma "holista" de oír las obras que anuda las partes entre sí y con el todo e interpreta cada pormenor con el impulso que procede del conjunto es posibilitada por el lenguaje musical mismo, que, merced a su condición relacional, lleva en sí el poder y la necesidad de crear vínculos.

3. *De aquí se deriva que el lenguaje musical de calidad sea silencioso*. El silencio auténtico no es la mera falta de sonidos, sino la capacidad de atender simultáneamente a diversos aspectos de la realidad. El silencio es

¹¹⁹ Cf. *Ich und Du*, en *Schriften über das dialogische Prinzip*, Schneider, Heidelberg 1954, p. 8; *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1995, 2ª ed., p. 10. El paréntesis es mío.

¹²⁰ Algunos testimonios muy expresivos del papel promotor de vida espiritual que desempeña la música sacra pueden verse en mi obra *Cuatro filósofos en busca de Dios*, Rialp, Madrid 1999, 3ª ed., págs. 231-266.

¹²¹ Cf. "Auszüge aus Mozartbriefen", en *Das Musikleben*, Maguncia, I (1948). Sobre el carácter relacional de la belleza puede verse mi obra *El triángulo hermenéutico. Introducción a una teoría de los ámbitos*, Madrid 1971, págs. 185-223.

un *campo de resonancia*. Dices una palabra, y en ella vibran diversas realidades que van unidas con la realidad aludida directamente. Es cierto que los sonidos musicales emergen del silencio, entendido ahora como *ausencia de ruido*. Piden que se haga silencio. No resaltan sino en un ámbito de silencio y recogimiento, visto como cese de la agitación extrovertida. Pero encierra todavía un valor educativo mayor subrayar que el sonido musical debe ser *en sí mismo* silencioso, lo mismo que sucede con las palabras auténticas. Cuando tocas una melodía o un acorde, o los oyes, debes hacerlo desde el recogimiento necesario para sentirlos vibrar con otros acordes y otras melodías. Cada pormenor de una obra cobra su auténtico *sentido* cuando se lo ve inserto activamente en el conjunto.

4. *La flexibilidad de mente que vamos adquiriendo al vivir de modo creativo música nos permite descubrir que podemos ser a la vez "autónomos" y "heterónomos", libres y atentos a normas.* El buen intérprete obedece a la partitura, que es la que encauza su actividad artística, y, al hacerlo, se siente plenamente libre, con un tipo de *libertad creativa*. No puede salirse de ese cauce, debe limitar su "libertad de maniobra", pero esa limitación es la que hace posible su auténtica libertad como intérprete.

La experiencia de aprendizaje de una obra musical presenta un gran valor formativo por cuanto nos revela cómo se articula internamente un proceso creador. El pianista coloca sobre el atril del piano la partitura de una obra que desconoce. Ésta se halla lejos de él; cerca está solo la partitura. Empieza a re-crear sobre el teclado las formas musicales. Lo hace de forma tanteante, a impulsos de la obra misma que desea conocer. Es sorprendente y fecundísimo: *va buscando algo en virtud de la fuerza que irradia aquello mismo que todavía no conoce del todo*. Y llega un momento en que la obra le indica que su poder expresivo se halla patente de modo luminoso. El intérprete se mueve ya con absoluta libertad por las avenidas de la obra. Podríamos decir que la *domina*. La domina porque *se deja dominar* por ella.

Pero aquí recibimos la primera gran lección: *en este nivel de creatividad nadie domina a nadie*. Lo justo es afirmar que el artista *configura* la obra en cuanto *se deja configurar* por ella. Cuando se vive creativamente (nivel 2), no interesa dominar y poseer (nivel 1), sino enriquecerse mutuamente. Es una experiencia *reversible* de *plenificación* (nivel 2). En ella cobra conciencia el intérprete de que no se basta a sí mismo, ya que para ser creativo debe recibir las posibilidades que le otorgan las partituras y los instrumentos. Pero también éstos adquieren todo su sentido al ser asumidos activamente por el intérprete.

En esta experiencia de configuración mutua, la obra se hace presente a quien la configura. Éste mira la partitura, pero ya no la ve. Lo que tiene ante su atención es la obra plenamente configurada. Toca el piano con sus dedos, pero ya no repara en él. Con lo que se halla en contacto verdaderamente es con la obra. Piano y partitura se hacen *transparentes* cuando la creatividad es perfecta. Siguen ahí ejerciendo su función, pero no se interponen entre la obra y el artista. Son el lugar en que la obra se hace presente al intérprete. Al ser asumida por éste como algo propio, deja de serle distante, externa y extraña para convertirse en *íntima*, aun siendo distinta.

Una realidad es íntima cuando crea con nosotros un campo de juego común, una relación de encuentro. En este campo se supera la escisión entre el *fuera* y el *dentro*, lo *exterior* y lo *interior*. Por eso el intérprete, al obedecer a la partitura, no se entrega a algo ajeno, no se enajena o aliena; gana su plena libertad creadora y su total *identidad* como artista. Se ajusta a un cauce que le viene marcado desde *fuera*, por alguien *distinto* de él y en principio *distante* y *ajeno*. Pero ese cauce se ha convertido en su *voz interior*. Al ajustarse a él, sigue el impulso que le viene dictado por su propia musicalidad. Es por tanto *autónomo* -se rige por una ley propia-, aún siendo *heterónimo*, pues tal criterio le vino sugerido desde fuera. Aquí se alumbra una clave de orientación decisiva: *Puedo actuar en virtud de criterios que me fueron sugeridos de fuera y no ser "heterónimo", como puedo dedicarme por amor a cuidar a las personas que me rodean y no estar "des-centrado"*. Mi verdadero centro es el estado de apertura a los demás. Mi auténtico criterio de acción es el que me impulsa interiormente hacia la realización de algo valioso. No importa el origen de tal criterio, norma o cauce de acción. Lo decisivo es su capacidad de promocionarme hacia modos de actuación sumamente eficaces y valiosos.

5. *A la luz del análisis de la experiencia musical puede edificarse toda una doctrina ética.* La vida ética llega a madurez cuando el hombre es capaz de sacar pleno partido a las realidades materiales e incluso a las corpóreas sin *fusionarse* con ellas, antes tornándolas "transparentes", uniendo la máxima eficacia y la máxima discreción. El hombre éticamente maduro elige siempre en virtud del ideal; pone en juego los medios necesarios para conseguirlo, pero no los convierte en metas; hace que el ideal se realice merced a ellos y aparezca en ellos como al trasluz. En este caso ejercen función "mediacional", no "mediatizadora". Esta distinción luminosa queda patente en la experiencia de interpretación musical.

6. *La experiencia de interpretación musical nos revela la posibilidad de ser a la par a) dependientes de otras realidades y creativos, b) independientes y solidarios.*

a) El intérprete sabe muy bien que sin él no existiría realmente la obra, que en la partitura se halla en estado virtual y necesita ser puesta en acto. Pero nadie sabe como él que su actividad creativa pende de la obra. Cuando se canta una obra polifónica, las diversas voces entran y salen del edificio sonoro que ellas mismas están configurando. Lo hacen con la libertad y el gozo que uno siente al relacionarse con su propio hogar. Pero lo curioso y lo enigmático es que ellas están creando ese hogar y al mismo tiempo se sienten amparadas por él, impulsadas, acogidas, nutridas musicalmente.

Algo afín sucede en nuestra relación con las instituciones: familia, colegio, club, Iglesia... Las configuramos sus miembros, pero ellas nos forman en buena medida a nosotros. Aquí vemos cómo la música clarifica la experiencia básica de la vida creativa del hombre: *Yo me pongo a disposición de algo que pende de mí para existir, pero al mismo tiempo se me presenta como superior a lo que yo soy y a cuanto puedo dar de mí.* Marcel lo describe con toda precisión:

«La música, en su verdad, me ha aparecido siempre como una llamada irresistible de aquello que en el hombre supera al hombre, pero también lo funda»¹²².

Marcel supo expresar con fuerza inigualable que en la música participamos de una fuente de energía que nos viene dada pero necesita de nosotros para tomar cuerpo sensible. En la experiencia musical de calidad sentimos algo poderoso, fuertemente expresivo, que nos invita a participar de su energía y nos llena interiormente si respondemos a tal apelación. Pregúntale a Mozart si existe *la* música.

- «Por supuesto, te contestaré. Es mi vida, mi ideal, mi impulso, mi razón de ser...».
- «Pero la música la creas tú», puedes argüirle.
- «De ningún modo, te corregirá él. Ella me crea a mí como músico. Yo *configuro* obras, pero no *creo* la música. Tengo "musicalidad", sentido para la música, pero la música me viene dada. Es distinta de mí, superior a mí. Yo participo de ella, y mis obras son fruto de este vínculo nutricional».

Lo que Mozart afirma aquí de "la música", Marcel lo aplica además al "ser", y elabora toda su metafísica desde el horizonte que le abrió la experiencia musical.

b) Cada voz en la polifonía y cada grupo instrumental en la orquesta gozan de *total independencia* respecto a los demás. Nadie puede inmiscuirse en la tarea de los otros. Pero cada uno, al iniciar su labor re-creadora de la obra con total independencia, vibra con los demás, atempera su volumen, ajusta su *tempo*. El fruto de esta unión de total solidaridad y total independencia es una perfecta *armonía*, fuente de belleza y de bondad. *Una interpretación musical de calidad es un modelo perfecto de convivencia familiar y social.*

Como ser individual, debo preocuparme por mi suerte, por la buena marcha de mi salud y mis proyectos, pero con la misma intensidad he de atender a las necesidades de los demás, que son otros tantos centros de iniciativa, llamados a crear conmigo un campo de armonía, belleza y vitalidad. Todos estamos llamados a realizarnos, pero esta realización se da al crear en común algo valioso, que pende de nosotros en buena medida y, al mismo tiempo, nos enriquece y nos permite darle una forma de existencia concreta. La experiencia de interpretación musical nos hace ver y sentir con toda nitidez que, si el compañero de juego baja de nivel, pierde energía o calidad, queda dañado el efecto de conjunto. Estamos todos en el mismo barco, entregados a la tarea de desarrollarnos como personas, y toda persona sólo crece comunitariamente, fundando vida de comunidad. El *otro* no es nunca en la música el *enemigo*, el usurpador de la propia personalidad, el que achica nuestro ámbito de vida. Al contrario, es el polo necesario para que podamos instaurar encuentro, vida comunitaria, campos de juego, de auténtica libertad y realización plena. En la música sentimos la necesidad imperiosa de los otros para realizarnos como músicos -creando armonías, relaciones de contrapunto y todo tipo de contrastes-, y agradecemos que existan y accedan a colaborar con nosotros.

¹²² Cf. *L'esthétique musicale de Gabriel Marcel*, Aubier, Paris 1980, p. 112.

"No hay soledad. Hay luz entre todos. Soy vuestro", escribió certeramente Jorge Guillén.

Y George Poulet comenta: "Yo soy, pero soy por la gracia del aire y de la luz, por la revelación de un mundo cuya admirable esfericidad se concentra en mí, como se redondea en torno a mí mi deseo de abrazar la esfera. Yo me descubro como el punto mediano de las cosas. Ellas culminan en mí, como yo me dilato en ellas"¹²³.

Esta vinculación fecunda del yo y su entorno se vive con intensidad en la experiencia musical. Cuando aprendemos el arte –típicamente musical– de vivir relacionadamente, tan atentos al cultivo del propio yo como vertidos al cuidado de los otros, adquirimos un maravilloso equilibrio interior.

II. *Ludwig van Beethoven, heraldo de un reino de solidaridad y alegría*

Se cuenta que Mozart, tras oír un cuarteto de Beethoven en uno de los palacios vieneses, se acercó a él y le dijo cordialmente estas palabras: «Yo admiro mucho tu talento de pianista y compositor, pero te pediría que no atiendas demasiado a la expresión de tus sentimientos, pues eso te lleva a veces a endurecer la armonía. Rinde siempre culto a la belleza; ella es la diosa a la que debemos servir incluso en los momentos de mayor desconuelo. Oye el final de mi *Don Giovanni*, y verás lo que quiero decir». A pesar de su fuerte temperamento, Beethoven asumió el encargo de su admirado amigo, y, en su edad madura, nos legó una joya del arte universal, la *Novena Sinfonía*, en la cual no se sabe qué admirar más: si la ternura con que expresa la solidaridad y fraternidad de los hombres entre el sí y con el Creador o la alegría desbordante que irradia esa actitud modélica.

Las obras musicales podemos analizarlas en dos niveles: el puramente estructural y el humanístico. En la *Novena Sinfonía*, Beethoven nos presenta una serie de temas, formas, frases y períodos ensamblados conforme a las reglas del arte musical. Encontramos la forma sonata en el primer tiempo; un scherzo en el segundo; en el tercero, un adagio "tres veces sublime" –como se ha dicho– que combina las variaciones con la forma del Lied... En el campo expresivo de esta estructura musical (nivel estructural), Beethoven expresa la lucha del hombre contra un duro destino y señala la vía para alcanzar la victoria (nivel humanístico).

En el Cuarto Tiempo nos sugiere una solución venturosa, inspirada en el ideal de la solidaridad de los hombres entre sí y de todos con el Creador, el "Padre amoroso que debe habitar por encima de la bóveda estrellada". Debido a ello, esta sinfonía constituye, con la *Missa solemnis*, el testamento espiritual de este espíritu sensible que sólo pudo soportar la amargura de la vida diaria elevándose a las cimas del arte. Parece como si Beethoven, a un paso de la meta, recapitulara su vida entera, con sus expectativas frustradas, sus escasos días luminosos y su tenaz fidelidad a las raíces humanas y religiosas, y decidiera abrirse a un horizonte definitivo de luz.

Al principio, se ve sobrecogido por el clima de discordia reinante en la Humanidad. La orquesta –que, con el coro, representa al conjunto de los

¹²³ Cf. *Les métamorphoses du cercle*, Plon, Paris 1961, p. 518.

seres humanos- produce un chirrido violento, que todavía hoy nos impresiona. Podemos fijarnos en cómo se produce tal disonancia y advertimos que se basa en un acorde de sexta de re menor. Pero sin duda el autor quiso expresar también el estado de discordia en que lamentablemente se halla a menudo la sociedad humana.

Inmediatamente, los violoncelos y los contrabajos –con su timbre grave- entonan un breve recitativo para expresar su descontento y su ansia de vivir de forma más serena. Esta interpretación se basa, no sólo en la estructura misma de la frase, sino en la proclamación que un barítono hará poco después sobre una melodía semejante.

El autor busca una salida a esa situación conflictiva aludiendo a la lucha atormentada del Primer Tiempo, mediante la repetición de sus ocho primeros compases. Pero los violoncelos y los contrabajos repiten el gesto negativo. Sucede igual con el Segundo Tiempo –la danza desmadrada- y el Tercero –el Adagio melancólico, que parece evadirnos hacia esferas de belleza sobrehumana-. Entonces se deja oír brevemente un tema luminoso en re mayor -tonalidad vibrante y animosa-, y los violoncelos y contrabajos se muestran complacidos. La orquesta enmudece, y de su seno surge la voz suavísima de los violoncelos y los contrabajos que interpretan –se diría que “cantan”- el tema entero iniciado anteriormente. Es una melodía que alberga la intimidad y el brío interior de los corales que canta el pueblo alemán en los oficios religiosos. La voluntad de unidad que dinamiza la sugestiva canción se afirma a medida que discurren sus 24 compases

The image shows a musical score for Violoncello (Vlc.) and Contrabajo (Cb.). The tempo is marked 'Allegro assai' with a quarter note equal to 80 beats (♩ = 80). The score consists of three systems of music. The first system starts at measure 100 and ends at measure 110. The second system starts at measure 110 and ends at measure 120. The third system starts at measure 120 and ends at measure 130. The music is in 2/4 time and features a melodic line with dynamics like *p*, *cresc.*, and *p*.

Al concluir esta melodía –cuya elaboración tanto costó a Beethoven-, la repiten las violas y los violoncelos –acompañados por los contrabajos-, y entran en juego contrapuntístico con ellos tres familias instrumentales: primer fagot, segundo fagot y contrabajos. En versión humanista, esta colaboración significa que una parte de la humanidad se une a la defensa de la unión solidaria. Es aleccionador advertir que, al incrementarse la unidad, se acrecienta la belleza. Ésta se intensifica todavía más en la segunda variación, pues en ella se incorporan dos nuevas familias instrumentales: los violines primeros, que asumen la melodía, y los segundos, que tejen con ellos un delicioso juego contrapuntístico. La intensidad expresiva del conjunto aumenta progresivamente hasta que estalla en la afirmación solidaria de toda la orquesta, que entona la melodía con estilo homofónico, en forma de bloques sonoros, y con un ritmo de marcha que produce un efecto heroico. Al concluir el “canto”, la orquesta quiere expresar la alegría desbordante de la humanidad aunada y parece desmadrarse. Pero los seres humanos pronto volvemos a las andadas y surge de nuevo la disonancia abrupta, para recordar la disensión espiritual de las gentes.

Beethoven se percata entonces de que no basta expresar con los instrumentos la insatisfacción ante la discordia y moviliza un recurso jamás utilizado en la música sinfónica: la voz humana. Cuando la orquesta calla,

por hallarse la humanidad desconcertada ante su disarmonía interior, un barítono con voz potente proclama la necesidad de convertirnos hacia la unidad y la alegría. «¡Oh amigos, estos tonos no; sino entonemos otros más agradables y alegres!» Estos dos versos –escritos por el mismo Beethoven– los canta el barítono con una melodía afín a la que sirvió a los violoncelos y contrabajos para oponerse al rugido orquestal del principio. Su enérgica proclamación mueve a la orquesta y al coro a adherirse al deseo de unión y de gozo que muestra Friedrich Schiller en su Oda a la alegría. Para expresar de forma patente esa voluntad de unión, el coro y los solistas realizan el inmenso esfuerzo de cantar con el estilo propio de los instrumentos. A ello se debe, en buena medida, la sorprendente contundencia con que expresan y resaltan los diversos temas de la Oda:

Alegría y hermandad

*"Freude, schöner Götterfunken,
Tochter aus Elysium;
Wir betreten feuertrunken,
Himmlische, dein Heiligtum!
Deine Zauber binden wieder,
Was die Mode streng geteilt;
Alle Menschen werden Brüder,
Wo dein sanfter Flügel weilt".*

Alegría, bello fulgor divino,
Hija del Elíseo;
Ebrios de fuego penetramos,
Oh celeste, en tu santuario.
Tu encanto une de nuevo
Lo que la moda separó
rigurosamente;
Todos los hombres se vuelven
hermanos
Donde tu dulce ala se posa

Amistad, júbilo y alianza

*"Wem der Grosse Wurf gelungen,
Eines Freundes Freund zu sein,
Wer ein holdes Weib errungen,
Mische seinen Jubel ein!
Ja, wer nur eine Seele
Sein nennt auf dem Erdenrund!
Und wer´s nie gekonnt, der stehle
Weinend sich aus diesem Bund.*

Quien haya tenido la suerte
De ser amigo de un amigo,
Quien haya conseguido una mujer
amable
Una su júbilo al nuestro.
¡Sí, el que aunque sea a sólo un alma
pueda considerar suya en la tierra!
Y el que no lo haya podido
aléjese, llorando, de este grupo.

La naturaleza y Dios

*"Freude trinken alle Wesen
An den Brüsten der Natur;
Alle Guten, alle Bösen
Folgen ihrer Rossespur.
Küsse gab sie uns und Reben,
Einen Freund geprüft im Tod;
Wollust ward dem Wurm gegeben
Und der Kerub steht vor Gott"*

Todos los seres beben alegría
En los pechos de la Naturaleza;
Todos los buenos, todos los malos
Siguen su huella de rosas.
Ella nos ha dado los besos y la vid,
Un amigo fiel hasta la muerte;
Se le ha dado deleite al gusano
Y el querubín se yergue ante Dios

Es de notar que, en esta última estrofa, los solistas y el coro ven envuelto su canto en una trama colorista de trinos que tejen los instrumentos de cuerda y que prepara una especie de coral solemne,

vigorosamente armónico, que resalta con intensidad creciente las palabras finales: "Und der Kerub steht vor Gott" (Y el querubín se yergue ante Dios). La tonalidad modula de re mayor a la dominante (la mayor), al tiempo que el volumen se incrementa poderosamente hasta alcanzar el momento culminante en las palabras "vor Gott" (ante Dios). El efecto que produce es de un enorme poderío. Pero esta grandeza impresionante se transforma en una sensación de paz derramada sobre todo el universo cuando, sorpresivamente, se modula a fa mayor, y orquesta y coro atacan en fortísimo la tercera fa-la.

La primera parte de la Oda termina elevando a una altura de sublimidad la esperanza de que todos los hombres alcancen un alto grado de unidad entre sí y con el Creador. Queda así patente, plasmada en el cuerpo sensible de la música, la idea de que la unidad y la belleza proceden de la misma fuente y se potencian mutuamente.

Alegría y búsqueda heroica de la hermandad

"Froh! Froh!

*Froh, wie seine Sonnen fliegen
Durch des Himmels prächtigen Plan,
Laufet, Brüder, eure Bahn,
Freudig, wie ein Held zum Siegen!"*

iAlegres! iAlegres!

iAlegres, como vuelan sus soles
A través del espléndido firmamento,
recorred, hermanos, vuestro camino,
alegremente, como el héroe hacia la
victoria!

Tras el choque emotivo del final de la estrofa anterior, Beethoven concede al oyente un breve respiro con un largo silencio, entendido como campo de resonancia del densísimo mensaje recibido. Comienza, así, la segunda parte de este brillante Cuarto Tiempo, que consta de siete Variaciones del tema de la solidaridad y la alegría. La primera comienza con una melodía sencilla, de aire marcial. Podría ésta parecer en principio algo banal, pero en realidad no hace sino preparar el ánimo del oyente para contemplar la grandiosa imagen que le ofrece Schiller en la estrofa cuarta. En ella invita a los hombres a recorrer el camino de la fraternidad con la majestuosidad con que los soles recorren sus órbitas a través del firmamento y la festiva alegría que muestran los héroes al avanzar hacia la victoria. El tenor se adelanta a transmitir el mensaje con decisión, y el coro y la orquesta –en nombre de la Humanidad– lo asumen con fervor entusiasta. Este ardor lo hace suyo la orquesta y, a base del tema expuesto por el tenor, teje un fugato en el que parecen entrecruzarse impetuosamente el ardor bélico y la alegría por la victoria. Si tenemos en cuenta las dos cumbres expresivas entre las que se halla este pasaje, podemos colegir con razón que se trata, a la vez, de una lucha contra la discordia y de la victoria del amor y la solidaridad. Beethoven logró aquí un efecto expresivo sin par en la Historia de la Música.

Este galope ardiente de la orquesta tiene que ser calmado con varios acordes pausados y con dos entradas falsas del tema de la solidaridad y la alegría, que crean una gran expectativa ante la reexposición festiva y vibrante de la primera estrofa de la Oda. La palabra "Freude" –alegría– estalla en coro y orquesta para dar lugar a una proclamación vivaz, saltarina, brillante, intensísima, verdaderamente arrebatadora, que culmina

en la afirmación contundente de que “todos los hombres se vuelven hermanos” (*Alle Menschen werden Brüder*).

El abrazo y el beso al mundo entero

*Seid umschlungen, Millionen!
Diesen Kuss der ganzen Welt!
Brüder! Über ´m Sternenzelt
Muss ein lieber Vater wohnen.*

¡Abrazaos, millones (de seres)!
¡Este beso al mundo entero!
Hermanos, sobre la bóveda
estrellada
Tiene que habitar un Padre amoroso.

Esta vibrante proclamación de la solidaridad humana inspira al poeta Schiller y al músico Beethoven un gesto conmovedor de confraternización, que alcanza toda su expresividad en un clima intimista. Para crearlo, Beethoven sume a orquesta y coro en una atmósfera contemplativa, en la cual el abrazo y el beso que envían al mundo entero le salen del alma y llenan el cosmos de una inmensa paz. Tenores y bajos, al unísono, invitan a las gentes, de modo sobrio y enérgico, a abrazarse y les envían un gran beso. Al oírlo, el coro entero y la orquesta –en nombre de la humanidad- se abren lentamente como para expresar un abrazo cósmico, que llena el mundo de una honda serenidad. Este clima de unidad entre los hombres prepara los ánimos para oír el mensaje definitivo: “Über ´m Sternenzelt muss ein lieber Vater wohnen” (Sobre la bóveda estrellada debe habitar un Padre amoroso). Lo entonan de nuevo los tenores y bajos conjuntamente, y lo retoma el coro en una tesitura altísima, que parece tocar las dimensiones más altas del firmamento.

Unión reverente del hombre con el Creador

*Ihr stürzt nieder, Millionen?
Ahnest du den Schöpfer, Welt?
Such ´ihn über ´m Sternenzelt!
Über Sternen muss er wohnen*

¿Os prosternáis, millones (de seres)?
¿Presientes tú, oh mundo, al
Creador?
¡Búscalo por encima de la bóveda
estrellada!
Sobre las estrellas tiene que habitar.

Tras ese acercamiento al misterio del Creador que reside en lo más alto, la música adquiere un carácter misterioso, afín al de la música sacra. Beethoven escribe en la partitura: “Adagio no demasiado lento, pero devoto”. Con acordes lentos, sobrios, se pregunta a la humanidad si no presiente al Creador y se prosterna ante Él. Seguidamente, se le insta a que lo busque por encima del firmamento, cuajado de estrellas, pues más allá de éstas tiene él que habitar. Para expresar musicalmente esta imagen, con la que Schiller quiere reflejar la presencia del Dios Altísimo, Beethoven se arriesga a modular de la tonalidad de *re mayor* a la de *mi b mayor*. Esta famosa “modulación de las estrellas” sume a orquesta y coro en una emotiva contemplación extática.

A partir de aquí, Beethoven conjuga los diferentes temas –la alegría, la hermandad, el abrazo y el beso universales...- para entonar un himno enérgico y conmovido a ese retorno de la humanidad a la fraternidad y la

adoración. Estos dos temas inspiran a Beethoven los momentos más bellos y elevados de la cuarta variación: "Allegro energico, sempre ben marcato". Es de notar al final, antes del Prestissimo con que termina la obra, cómo moviliza Beethoven todas las posibilidades artísticas de los cuatro solistas para subrayar la hondura de los versos: "Alle Menschen werden Brüder wo dein sanfter Flügel weilt" (Todos los hombres se vuelven hermanos donde tu dulce ala se posa). La soprano asciende a la altura inverosímil del *si* agudo, y, al descender al *fa* #, la armonía modula de *si mayor* a *si menor*, consiguiendo transmitir todo el sentimiento de ternura que sin duda abrigaba Beethoven hacia el ser humano, según consta en su testamento de Heiligenstadt.

La obra culmina con un final rapidísimo y deslumbrante que constituye una explosión de alegría. Para concluir, la poderosa orquesta se deja caer de golpe sobre un seco *re* de seis octavas, dando una impresión inolvidable de poderío y rotundidad.

Así analizada y oída esta obra cumbre, queda grabada de por vida en nosotros la idea de que su grandiosidad no es sólo estética; es fiel reflejo del valor que encierra la unidad profunda que creamos con todo cuanto existe, en la tierra y por encima de la bóveda estrellada.

13

El papel promotor del cristianismo en la cultura occidental

En una tertulia radiofónica reciente, un escritor afirmó, con la contundencia del que cree decir algo obvio, que, en los foros de la Unión Europea, tiene más interés discutir cuestiones económicas perentorias que "ciertas cuestiones teóricas que a nadie interesan, como, por ejemplo, la necesidad de aludir a las raíces cristianas de Europa en la futura Constitución de la Unión Europea". Si se analiza este tema con cuidado y serenidad –lejos del ambiente pasional suscitado por ciertas disputas–, se descubre que no es una cuestión meramente teórica, sino eminentemente práctica, ya que tiene una incidencia decisiva en la cultura de Europa y de todo el mundo occidental.

Una de las formas de manipulación más temibles, por destructivas, es la que tiende a desgajar a una persona o a un pueblo de sus raíces. Si una persona llega a avergonzarse de sus mayores, o de su patria o de sus creencias, se despoja de su pasado y queda espiritualmente en vacío. Con ello, se quiebran las bases de su *cultura*, de la trama de relaciones entrañables con el entorno que ha ido tejiendo a lo largo de su vida. Un ser tan desvalido no puede formarse debidamente, porque toda formación

auténtica debe partir del enraizamiento en las bases históricas que nutren su vida presente.

Vivir históricamente es vivir en vinculación creativa

Es ineludible tratar con hondura esta cuestión, pues sólo entonces veremos que reconocer en el Preámbulo del *Tratado por el que se establece una constitución para Europa* el papel decisivo jugado por el Cristianismo en la configuración del espíritu y las instituciones de Europa y de todo Occidente tiene un alcance muy superior al mero reconocimiento de hechos sólo vigentes en otro tiempo. Sabemos por la actual *Filosofía de la Historia* que pertenece a nuestra condición de seres humanos *vivir históricamente*, y esto no se reduce a llevar una existencia decurrente, circunstancia que también afecta a los animales. *Vivir históricamente* significa que los hombres de cada generación asumen las posibilidades creativas que les han transmitido las generaciones anteriores, crean nuevas posibilidades y se las transmiten a las generaciones más jóvenes. *Transmitir* se dice en latín *tradere*, de donde procede *tradición*.

Para abrirnos al futuro, debemos estar fecundamente vinculados al *pasado histórico*, visto con precisión, no como lo ya sido, sino como aquello que sigue ofreciéndonos posibilidades para vivir creativamente. Los hispanos, por ejemplo, no podemos hablar sin estar conectados vivamente a los griegos, los latinos y los árabes, que nos transmiten su sabiduría a través de sus lenguas. Dices "entusiasmo", y estás participando de la teoría griega del ascenso a *lo divino*, que para los griegos significaba *lo perfecto*. Un cúmulo de sabiduría nos viene dado en esa palabra, considerada en todo su alcance. Aceptar activamente el pasado histórico no es fruto de una nostalgia romántica, de un afán de conservar el legado de nuestros mayores. Es una medida indispensable para ser creativos en el presente.

En el Preámbulo de toda *Ley de leyes* debe figurar el espíritu con que se desea configurar la vida del pueblo, vida que ensambla dinámicamente dos vertientes: la llamada *privada* y la llamada *pública*, que mejor deberían denominarse, respectivamente, *personal* y *comunitaria*. Toda vida personal se desarrolla y crece creando vida comunitaria. No hay hiato entre ambos aspectos. Se ve claramente cuando se ahonda en el sentido de la vida *personal*. Tachar de "puramente retórico" un Preámbulo que reconozca las fuentes cristianas de la vida europea es una superficialidad hartamente peligrosa, que no debemos permitirnos.

Para aclarar si el Cristianismo ha jugado un papel decisivo y deberá seguirlo jugando en la configuración de Europa, debemos *analizar a fondo las raíces de la cultura europea*. No debemos quedarnos en las meras anécdotas. Las hay muy significativas. Por ejemplo, el hecho de que los revolucionarios franceses de 1789 se hayan basado en la regla de los frailes dominicos para redactar una constitución respetuosa con los derechos humanos. Ciertamente, dicha regla era perfectamente "democrática" *avant la lettre*, y podía muy bien servir de modelo. Pero este pormenor histórico, por sugestivo que sea, no puede considerarse como decisivo en la marcha de la cultura. Lo verdaderamente decisivo son las *raíces culturales*, o mejor, tal vez: las *fuentes de la cultura*, las convicciones radicales que marcan la vía a seguir, fecundan las más relevantes realizaciones sociales de todo orden, dan sentido a la historia de los pueblos. El Cristianismo no sólo es

raíz de nuestra cultura –en el sentido de que es su origen en buena medida– sino *fuentes* de toda vida cultural auténtica que queramos llevar en el futuro.

Si queremos estar a la altura que exige este tema, no podemos permitirnos la menor superficialidad, pues de ella arrancan mil malentendidos y prejuicios que perturban el razonamiento. Veamos, sucintamente, algunas de tales raíces o fuentes:

1ª fuente: *La configuración de la vida social*

El Cristianismo nace en Israel, dentro de un pueblo de mentalidad oriental, troquelada en buena medida por la Religión de la Alianza. Pero crece en Roma, debido a la orientación que dio San Pablo a su labor apostólica. Allí reciben los cristianos la mejor herencia hebrea, griega y latina. Esa herencia es asumida y asimilada sobre todo en los monasterios, que desempeñaron el papel de refugio de la cultura durante los siglos “bárbaros”. Es impresionante pensar que durante los siglos I al IX después de Cristo se elaboró esa maravilla de paz, equilibrio y altísima expresividad que es el canto gregoriano, del que surgió la música occidental, en sus dos vertientes: sacra y profana. Que en el desconcierto cultural provocado por la caída del Imperio romano se haya logrado una cumbre estética y religiosa fue debido a la capacidad de los monjes de asumir lo mejor de la técnica musical griega –su teoría de los ocho modos– y de la cultura religiosa y musical de la sinagoga hebrea, e integrar ambos legados en la corriente de vida espiritual comunitaria suscitada por el Cristianismo.

Pero no sólo realizaron los monjes esa labor estética y religiosa; contribuyeron decididamente a la recta ordenación de la vida social europea. Pio XII declaró a San Benito de Nursia (480-547) “Padre de Europa” por haber creado comunidades consagradas a la oración y el trabajo –según el lema “ora et labora”–, dignificando con ello dos actividades básicas de la vida humana. En un momento de grave desconcierto y desorden social, las comunidades monacales de San Benito atrajeron hacia la civilización cristiana a multitud de países, desde el litoral mediterráneo hasta el norte europeo; desde España hasta Siria y Turquía. Su gran obra fue unificar a los pueblos mediante la creación de un gran espacio cultural, integrado por la fe cristiana, el canto religioso, la lengua latina y el mejor pensamiento griego y romano.

La cultura –entendida en sentido amplio y profundo– fue fomentada por los monjes con el fin de propagar el Evangelio, que es, de por sí, fuente de unidad profunda y amplitud de espíritu. Los monasterios enseñaron a los pueblos el arte de la agricultura y fertilizaron comarcas enteras; organizaron la enseñanza de las artes liberales; transmitieron las letras antiguas, mediante un organizado sistema de copias. El selecto espíritu de los monjes supo convertir lo que fue un trabajo de esclavos para los romanos en una labor ascética de gran elevación espiritual, que todavía hoy nos asombra.

Con todo ello, no sólo realizaron un trabajo cultural admirable; enseñaron a las gentes a configurar la vida conforme a criterios de buen orden y eficacia, capaces de estructurar sólidamente la vida social. Sabemos que desde el abad Pacomio –primer legislador del monacato cenobítico– se obligaba a los monjes a aprender a leer, para que pudieran memorizar la Biblia. En su *Regla*, San Benito establecía para los monjes un tiempo de “lectio” o lectura, al lado de otro de trabajo manual. A partir del

siglo V, los monasterios benedictinos debían autoabastecerse en todos los aspectos, también en el cultural. De ahí su empeño en nutrir abundantemente sus bibliotecas.

En la época carolingia, San Benito de Aniano (750-821) reformó el sistema de vida benedictino y consiguió que todo Europa se impregnara del espíritu cultural, laboral y religioso de San Benito, plasmado en ese prodigio de discreción, sabiduría humana y elevación espiritual que es su *Regla*.

Con toda razón, Paulo VI nombró a S. Benito "Patrono de Europa", al consagrar el nuevo templo de Montecasino, destruido en la Segunda Guerra Mundial.

El Conde de Montalambert exagera, sin duda, al elogiar sin medida - en su conocida obra *Les moines d'Occident* (Los monjes de occidente)- la labor cultural lleva a cabo por los benedictinos. Su talante romántico nos resulta hoy un tanto excesivo, pero es un hecho que su lectura ayudó notablemente a la restauración del *ordo monasticus* tras el vendaval revolucionario francés. Al buscar a Dios, bajo la guía del código benedictino, los llamados "monjes negros" realizaron una espléndida labor cultural y social. Su influencia en Europa va más allá de la organización del espacio agrícola, la copia de códices y la construcción de iglesias. Se extiende a la configuración de las mentes y a la ordenación recta y fecunda de la vida social. Recuérdese, entre otros mil pormenores, cómo desde los monasterios se intentaba "sacralizar" todo el paisaje mediante la colocación de imágenes en los cruces de caminos.

2ª fuente: *La vinculación a la trascendencia religiosa, al Ser Supremo*

Desde que San Pablo dio el salto de Asia a Europa, en su primer viaje a Grecia, la fe cristiana abrió a los europeos horizontes nuevos que decidieron su orientación cultural y espiritual. Por ejemplo, les inspiró un concepto claro, preciso y vivo, de *la trascendencia*, o, más exactamente, del *Ser Supremo* que *trasciende* todo lo creado y no presenta un carácter abstracto y difuso sino concreto, incluso personal.

Este concepto de trascendencia dio lugar a un nuevo canon en estética y en ética, y determinó el sentido profundo de la vida religiosa. La idea de trascendencia, unida a la de infinitud, enriqueció la experiencia estética con el concepto de lo *sublime*, ajeno al mundo griego, atenido al canon de la *proporción* y la *medida* o medida. El criterio de bondad ética ya no viene dado por el *justo medio* -como en Grecia-, sino por la perfección absoluta del Ser Infinito, considerada por el Señor como la medida de nuestra conducta: "¡Sed perfectos -nos dijo- como vuestro Padre celestial es perfecto!" De una forma o de otra, este nuevo horizonte abierto al hombre determinó la marcha de todas las vertientes culturales, entendiendo la cultura como el fruto de la relación creativa del ser humano con la realidad circundante.

El Cristianismo asumió la herencia platónica, que tiende a buscar la raíz y la fuente de lo que constituye el sentido de nuestra vida: las "ideas", vistas con toda radicalidad. Acertadamente indica el filósofo alemán Peter Wust que la vuelta a Platón es siempre una garantía de auténtico progreso intelectual. La teoría platónica de las "ideas" alcanza una definitiva solidez al vincularse a la idea cristiana del Ser Absoluto, Creador de toda la realidad. Esa vinculación fue realizada brillantemente por Agustín de Hipona y Tomás de Aquino.

Frente a los pensadores que intentaron frenar la tensión humana hacia el Absoluto (S. Freud, K. Marx, F. Nietzsche, Cl. Levy-Strauss...), George Steiner escribe sus libros *Nostalgia del absoluto*¹²⁴ y *Presencias Reales*¹²⁵, para mostrar que, si anulamos ese tirón hacia lo alto, lo más logrado de la cultura europea corre peligro de disolverse.

“En términos de prestigio social –escribe–, las ciencias y las técnicas tienen un espléndido futuro. Pero Esquilo, Bach, Proust, Dante plantean hoy como hace mil años un diálogo y un enfrentamiento con la trascendencia. Los geólogos hablan de señales premonitorias que anuncian grandes terremotos y corrimientos de tierras. Si escuchamos bien, quizá nosotros podamos escuchar las señales de los nuevos lenguajes por venir. En cualquier caso, ¿podrá el ateísmo suscitar un arte, una filosofía, una literatura, una música, un arte de envergadura? No sabemos qué pudiera ser la contrapartida atea de la Divina Comedia de Dante ni de la música de Bach. No podemos desembarazarnos impunemente de la hipótesis de Dios. El gran arte plantea y se interroga por las grandes cuestiones que la ciencia ha decretado ilícitas y sin respuesta. Me cuesta trabajo creer que ha terminado la historia que comenzó con los primeros versículos del Génesis”¹²⁶.

Con razón definió Paulo VI al Cristianismo como “un humanismo abierto a lo absoluto” (Véase su encíclica *Evangelii nuntiandi*).

3ª fuente: *La elevación del arte a cotas de muy alta calidad*

El arte europeo no se entiende sin el influjo del Cristianismo, no sólo en cuanto a sus temas sino, sobre todo, en cuanto a su espíritu.

Arquitectura. Es sintomático lo que sucedió en el albor mismo de la arquitectura sacra, cuando los cristianos de Roma asumieron como base de la construcción de sus iglesias, no el Panteón romano -de planta circular y espíritu *estático*-, sino los salones nobles llamados *basílicas*. Partieron de estas salas rectangulares porque en ellas era fácil lograr que prevaleciera la directriz horizontal, que orienta la vista de los creyentes hacia el altar del sacrificio y les hace vivir *dinámicamente* su espíritu de peregrinos que marchan hacia la verdadera patria.

Entremos en la iglesia paleocristiana de Santa Sabina, en Roma. ¿Qué sentido tienen las dos filas de columnas que flanquean la nave? Por tratarse de una obra de arte, es necesario descubrir los distintos modos de realidad que la integran. A primera vista, parece que esas columnas tienen la función de sostener las cargas del techo (*nivel 1*). Pero no es así. Los cristianos encomendaron la función sustentante a los muros, y atribuyeron a las columnas un papel *decorativo y rítmico*. Al obtener del emperador Constantino libertad de culto (año 313) y verse en la urgencia de construir templos para celebrar las reuniones propias de una *comunidad religiosa*, los

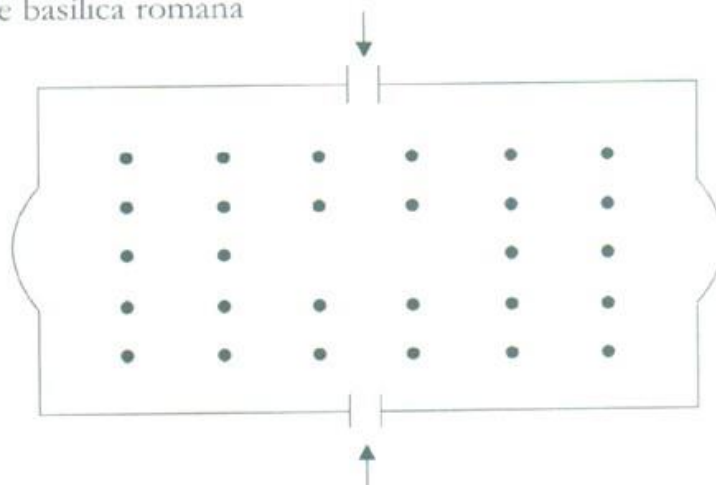
¹²⁴ Cf. *O. cit.*, Siruela, Madrid 2002

¹²⁵ Cf. *O. cit.*, Destino, Barcelona 1998.

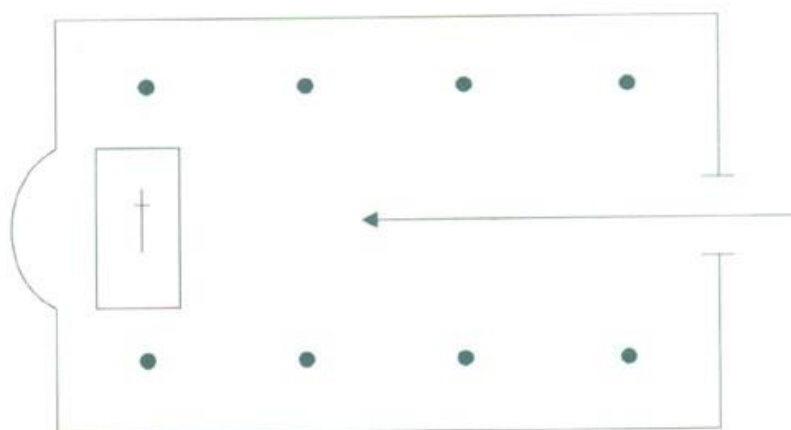
¹²⁶ Véase la entrevista realizada a G. Steiner por Juan Pedro Quiñonero, en ABC, 10.5. 2001, p. 47.

primeros cristianos alteraron las condiciones de las salas nobles romanas, denominadas *basílicas*, a fin de darles el carácter *dinámico* que corresponde a la condición de *peregrino* propia de quienes creen en la vida celeste (niveles 2, 3 y 4). Cegaron las dos puertas laterales, suprimieron uno de los ábsides, abrieron en su lugar una puerta y colocaron el altar frente al ábside de la parte opuesta. Desde la puerta hasta el altar se generó, así, una directriz horizontal que lanza la mirada de los fieles hacia el lugar del sacrificio. Esta marcha es ritmada por la serie de columnas que se alzan a lo largo de la sala rectangular. Ese ritmo es *decidido*, por cuanto la directriz horizontal prevalece sobre la vertical, pero es a la vez *moderado*, ya que la directriz horizontal no está demasiado marcada, como sucede en el estilo bizantino, ni es tan lenta como en el románico.

Diseño de basílica romana



Diseño de iglesia paleocristiana



Al tiempo que vemos los elementos materiales que componen el edificio (*nivel 1*), vivimos el *ámbito dinámico de acceso comunitario al altar del sacrificio* (*niveles 2, 3 y 4*), donde confluyen la mirada y la atención de los creyentes. Ese ámbito de marcha comunitaria, esperanzada y ferviente, hacia la vida sobrenatural lo descubre nuestra imaginación creadora en el edificio (*nivel 1*) visto como *templo* (*niveles 2, 3 y 4*). Y, merced a ese descubrimiento, sentimos la emoción *poética* que suscita en nuestro ánimo

el hecho de superar el plano de los objetos y movernos en un plano de ámbitos.

Este giro dado a las construcciones romanas decidió, en buena medida, la orientación de la arquitectura sacra de todos los países occidentales. A partir del estilo paleocristiano, recordemos las espléndidas realizaciones bizantinas, el misterioso románico, llamado "arte del camino" (el camino de Santiago, que dinamizó a Europa durante siglos), el espectacular gótico –con su peculiar tensión de perspectivas–, el luminoso y dinámico rococó... Es de notar que una de las más vitales renovaciones de la arquitectura, la pintura y la escultura de todos los tiempos tuvo lugar a comienzos del siglo XX cuando una vuelta teológica y estética a los orígenes del Cristianismo inspiró una forma de construir y decorar templos que pone los mejores logros de los estilos anteriores al servicio de la liturgia y la pastoral¹²⁷.

Artes plásticas. Las artes plásticas fueron cultivadas con esmero por la Iglesia desde las pinturas simbólicas de las catacumbas hasta la capilla papal de Juan Pablo II en el Vaticano (obra del artista esloveno, P. Marko Ivan Rupnik), en la cual operan a porfía la teología del icono y la técnica de la pintura mural¹²⁸. La labor mecenística de la Iglesia a lo largo de la Historia del arte occidental jugó un papel decisivo en el desarrollo de la arquitectura y las artes plásticas. Por otra parte, la colaboración de los religiosos y las diócesis en la conservación de los grandes monumentos y obras artísticas es impagable. A través de todos los vaivenes estéticos del último siglo, la Iglesia supo impulsar toda suerte de cambios, sin perder el sentido de lo que es auténtico arte.

La música. La música occidental nace con el canto gregoriano y se nutre de su estética durante buena parte de su historia. El canto gregoriano asume la técnica musical griega de los ocho modos y la pone al servicio de una mentalidad trascendente, heredada de la sinagoga hebrea y cultivada fervorosamente en el monacato cristiano. Tras alcanzar, en el siglo IX, su máximo logro, se hace más popular a partir del siglo XI y parece perder su quintaesencia, pero es entonces cuando su inmensa vitalidad hace surgir dos estilos nuevos: el trovadoresco y el polifónico.

La polifonía se descubrió en medios eclesiásticos mediante la experiencia lúdica de cantar simultáneamente una misma melodía en alturas distintas. A lo largo del siglo XV, la técnica polifónica de composición logró, en los Países Bajos, una perfección sorprendente, pero se alejó un tanto de las exigencias del culto religioso. Un español, Cristóbal de Morales, vinculó genialmente, a comienzos del siglo XVI, la exuberancia de la técnica polifónica flamenca y la sobriedad castellana. Con ello preparó la perfección clásica de la Escuela Romana (siglo XVI), cuyas cimas – Giovanni Perluigi da Palestrina y Tomás Luis de Victoria, dos personalidades íntimamente ligadas

¹²⁷ Cf. J. Plazaola: *Historia y sentido del arte cristiano*, BAC, Madrid 1996; *La Iglesia y el arte*, BAC Madrid 2001. A. López Quintás: *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao 2004, 2ª ed., págs. 29-49, 161-173; *El poder transfigurador del arte. Capacidad formativa de la experiencia estética*, Puerto de Palos, Buenos Aires, 2005, págs. 39 ss.

¹²⁸ Cf. Varios: *La capilla 'Redemptoris mater' del Papa Juan Pablo II*. Editorial Monte Carmelo 2000, Burgos.

a la vida eclesial- asombraron a Europa con sus geniales composiciones. Autorizados musicólogos afirman que la música de Palestrina es la más adecuada ilustración del "Paraíso" de la *Divina Comedia* del Dante.

El estilo clásico romano está impulsado por la estética gregoriana, con su carácter ingrátido, su serenidad interior, su universalidad y espíritu comunitario... La invención de la armonía y la polifonía se cuenta entre los hallazgos artísticos más prodigiosos de la historia. Karl Popper afirma que la polifonía "es un logro singular, original y realmente maravilloso de nuestra civilización occidental", que es compartido –o puede serlo- por otras culturas¹²⁹. "La música occidental –escribe Erwin Schadel, buen conocedor del tema-, por integrar melodías de diversa configuración y diferentes normas de armonía, llegará a ser vista como un espléndido modelo de una paz mundial creativa"¹³⁰.

Una vez logrado su máximo esplendor, la polifonía clásica colaboró decisivamente en la configuración del estilo barroco. Las imponentes creaciones de H. Schütz, D. Bustehude, J. S. Bach, F. G. Haendel y Georg Telemann desbordan los límites de la polifonía romana, pero deben su profunda expresividad a la savia religiosa que ella les transmitió.

Al llegar a su plenitud, el estilo barroco no se desvaneció ante la irrupción de corrientes estéticas de más fácil comprensión, de modos expresivos más comunicativos y vistosos. Fue uno de los elementos culturales más relevantes de los seis o siete que, aunados, permitieron a J. Haydn, W.A. Mozart y L. van Beethoven dar forma al "clasicismo vienés", con su admirable equilibrio expresivo. Su técnica es muy distinta de la gregoriana, pero su espíritu es afín. Basta analizar las cantatas *O bone Jesu* de H. Schütz, *Membra Jesu Nostrae* de D. Bustehude y *Gottes Zeit ist die allerbeste Zeit* (mal llamada "Actus tragicus") de J.S. Bach para confirmar ese soterrado parentesco.

Estudiemus las últimas raíces de las obras cumbre de Haydn, Mozart y Beethoven, y veremos latir en ellas el espíritu cristiano.

- El legado artístico de Joseph Haydn impresiona por su calidad y su cantidad. Pero, si queremos resaltar sus momentos más logrados, sin duda tenemos que citar las *Misas*, *La creación* y *Las siete palabras de Jesús en la cruz*.
- Se dice que el *Don Giovanni* mozartiano es la ópera más perfecta de todos los tiempos. Ciertamente, se da en ella una integración inigualable de fondo y forma. Pero la raíz última de su genialidad, lo que la torna sobrecogedora se da en su escena final cuando entran en confrontación los tres niveles de realidad y de conducta: el nivel "estético" –en sentido kierkegaardiano- de la entrega a las sensaciones placenteras (representado por Don Juan), el nivel ético de la creación de vínculos personales comprometidos y el nivel religioso del respeto incondicional al

¹²⁹ Cf. *Ausgangspunkte. Meine intellektuelle Entwicklung*, Hamburgo 1979, p. 92.

¹³⁰ Cf. "Poliphonie als Modell für interkulturelles Menschenrechtsverständnis" (manuscrito inédito de la conferencia pronunciada en Salamanca, Junio 2003), p. 35.

Ser Supremo (ambos encarnados en la figura del Comendador). Sin la versión profunda al Ser trascendente, esa escena cumbre perdería ese punto de grandeza que la eleva al plano de lo excepcional.

- La obra de Beethoven asombra por la diversidad de géneros que trató con admirable perfección. Pero donde alcanza las cimas de lo sublime es en su *Novena Sinfonía* y su *Missa Solemnis*.

El desarrollo interno de las virtualidades del clasicismo vienés dio lugar al estilo romántico, caracterizado por una mayor libertad en las formas de composición, en la capacidad de modulación, en la incorporación de argumentos de gran calado (mitos, leyendas, creencias religiosas, más o menos secularizadas...). Los *temas* básicos –más allá de los meros *argumentos*- de las leyendas que inspiraron las obras más notables de Richard Wagner presentan una neta inspiración cristiana. Recuérdense las óperas *El holandés Errante*, *Tannhäuser*, *Parsifal*...

Todavía en nuestros días, a pesar del creciente proceso secularizador, las obras más significativas de muchos compositores son de carácter religioso. Piénsese, por ejemplo, en los *Requiem* de G. Fauré y B. Witten, el *Stabat mater* de Antolín Dvorak, la *Sinfonía de los salmos* de Igor Strawinski, *La Natividad del Señor* de Oliver Messiaen, *El Sueño de Geroncio* de Edward Elgar...

La literatura. Las grandes creaciones literarias europeas nacieron en un clima abierto activamente al horizonte sobrenatural. No podemos entender a fondo esas cimas (entre otras muchas, *La Divina Comedia* del Dante, *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, *El Quijote* de Cervantes, la *Celestina* de Rojas, el *Fausto* de Goethe, *Los hermanos Karamazof* de Dostoiévski...) sin la orientación de las gentes hacia un mundo superior, trascendente y cercano al mismo tiempo, tal como se nos revela en la figura del Verbo Encarnado.

El teatro comenzó en las iglesias y fue llevado a la cumbre por diversos eclesiásticos –Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca...-, columna vertebral de nuestro Siglo de Oro. Al mercedario Tirso de Molina se debe uno de los tres tipos teatrales que alcanzaron renombre universal en toda la historia: Don Juan, el Burlador de Sevilla.

4ª fuente: *El cultivo de la vida universitaria y del pensamiento*

Es sabido que las primeras escuelas y universidades nacieron al amparo de la Iglesia, dentro de los recintos catedralicios. La fecundidad de esta siembra cultural resalta en hechos como los siguientes:

- El abad Suger creó en Saint-Denis –extramuros de París- el estilo gótico, al asumir la metafísica griega de la luz e integrarla en la tensión trascendente del espíritu cristiano.
- Diversos pensadores (Anselmo de Canterbury, Alberto Magno, Tomás de Aquino, los pensadores de la Escuela de Chartres, Guillermo de Ockam, Nicolás de Cusa...) pusieron las bases de una filosofía bien articulada, y transmitieron a Occidente el tesoro del pensamiento árabe y judío:

Avicena, Averroes, Maimónides... Sin esa titánica labor no se entiende a Descartes, el llamado "Padre de la filosofía moderna".

- Descartes piensa en vinculación estrecha a la trascendencia religiosa. Basta leer la tercera de sus *Meditationes de prima philosophia*, en la que pide al lector que se mantenga durante meses en presencia de su Divina Majestad. Según autorizados intérpretes actuales (R. Lauth, F. Alquié, J. Manzano...), Descartes no es ni racionalista ni idealista, sino profundamente realista, pero con un realismo abierto a la Trascendencia religiosa.
- M. Kant y J. G. Fichte otorgan a la filosofía una envergadura y una solidez insospechadas, merced a su apertura a la trascendencia.
- K. Jaspers funda todo su pensamiento "inobjetivo" en la necesidad de estar abiertos a la "trascendencia", concepto que –aún secularizado–, recibe su savia de las fuentes cristianas.
- Max Scheler analiza con notable lucidez "lo eterno en el hombre". El pensamiento fenomenológico inspirado en el Husserl de las *Investigaciones Lógicas* prosigue esa labor.

Por lo que toca a España, hemos de recordar algunos datos bien significativos.

- El gran Siglo de Oro español fue, en buena parte, consecuencia del esplendor de las universidades eclesiásticas de Alcalá y Salamanca. Cuando, por falta de subvención económica, decayeron tales centros, sobrevino el declive cultural español.
- Pensadores como el jesuita Francisco Suárez y el dominico Juan de Santo Tomás influyeron en filósofos centroeuropeos –como W. Leibniz– que determinaron en buena medida la marcha de la cultura europea.
- Esta cultura estuvo polarizada, en momentos cruciales, en torno a diversas universidades eclesiásticas, como las de París y Bolonia.
- La difusión entusiasta de la cultura por parte de la Iglesia respondió siempre a su voluntad de respetar y fomentar la personalidad de las gentes, y facilitarles los conocimientos intelectuales que se traducen en poder de iniciativa, reservado –como algo sagrado– en otras culturas a la casta de los magos, los hechiceros y chamanes.

5ª fuente: *Colaboración constructiva en la política expansiva de Europa*

Si prescindimos de prejuicios, no tendremos dificultad en reconocer que la labor realizada por la Iglesia católica –muy en concreto, por los religiosos– en las campañas de expansión territorial de los estados europeos raya en el heroísmo. Limitémonos, por razones de espacio, a la tarea

realizada por los religiosos españoles en el proceso de conquista y colonización de América¹³¹.

La labor cultural de los misioneros

Como consta en multitud de estudios realizados por profesionales de la Historia, su labor fue determinante en diversos aspectos.

- a) Colaboraron decisivamente a convertir, rápidamente, la *conquista* en una verdadera *colonización*. Los misioneros no sólo llevaron el evangelio a América, sino el canto, la arquitectura, las letras, el riguroso saber universitario, el cultivo de la agricultura... El esfuerzo de los misioneros por estudiar las lenguas indígenas y elevarlas a un nivel cultural es altamente ejemplar.

Basta recordar la espléndida labor realizada por los misioneros jesuitas en las famosas Estancias de Argentina, Paraguay y sur de Brasil para advertir que el trabajo realizado por la Iglesia en el Nuevo Mundo fue de proporciones gigantescas.

- b) Los religiosos de la Escuela de Salamanca –bajo la dirección del P. Francisco de Vitoria- realizaron una esforzada y original labor de revisión de la conquista desde el punto de vista moral y jurídico. Su planteamiento fue tan sólido que el Estado español ordenó detener esa victoriosa campaña y la sometió al dictamen de la Santa Sede. Ese trabajo puso las bases del Derecho de Gentes. Es uno de los pocos casos –si no el único- en toda la Historia en que, por razones morales, un Estado revisa una conquista y la detiene, sometiéndose al dictamen de una prestigiosa instancia ajena¹³².

Tanto la decisión arriesgada de los componentes de la llamada *Escuela de Salamanca* como la sinceridad de los gobernantes sólo se explican por el hecho de que su conducta se apoyaba en una vinculación incondicional a la verdad y la justicia. El fundamento último de tal *incondicionalidad* no podemos encontrarlo sino en la creencia de que todos los seres humanos procedemos de un mismo Creador que nos hizo a su imagen y semejanza, lo que nos otorga una dignidad inalienable y nos obliga a imitar a Quien es absolutamente veraz y justo. Más allá de las luces y las sombras que implica toda campaña de expansión, la investigación actual nos lleva a vislumbrar una poderosa libertad interior en quienes impulsaron la revisión crítica de tal empresa y en quienes la asumieron con una sorprendente

¹³¹ Los temas esbozados en este apartado los trato con mayor amplitud en el trabajo "Necesidad de cultivar el sentido histórico", en la obra colectiva *La filosofía y sus márgenes*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1997, págs. 379-401.

¹³² De la copiosa bibliografía existente, citaré el magno *Corpus hispanorum de pace*, editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid, y cuatro libros sumamente útiles a este respecto: Luciano Pereña: *Carta Magna a los indios*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1987; *La Escuela de Salamanca. Proceso a la conquista de América*, Caja de Ahorros, Salamanca 1986. L. Redondo: *Utopía vitoriana y realidad indiana*, FUE, Madrid 1992. Alberto Caturelli: *El nuevo mundo. El Descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, Edamex, México 1991.

flexibilidad de espíritu. Esa libertad interior no fue tanto debida a sus condiciones personales cuanto a su atenuamiento a los preceptos evangélicos.

Un historiador tan autorizado como Luciano Pereña (editor del magno *Corpus hispanorum de pace* -Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid- y severo crítico de los desmanes que se hayan podido cometer en el proceso de la conquista de América) subraya la decisión firme de la Corona española de defender los derechos humanos de los indios.

“La Corona –escribe- se convierte en la clave de la reconciliación. (...) La voluntad de paz respondía a intereses políticos, pero también a imperativos morales que sería injusto desconocer, y pudo abrir cauces de reconciliación insospechados”.

“El gobernador general García de Castro notificaba a su majestad el rey (Felipe II) y al Real Consejo de Indias, el 20 de diciembre de 1567, que todos los encomenderos habían liquidado sus respectivas deudas con los nativos en cumplimiento de la sentencia a favor de los indios que habían demandado a los conquistadores. Después de que el emperador Carlos V suspendiera las guerras de conquista y fueran definitivamente prohibidas por Real Cédula de 30 de noviembre de 1556, la Escuela de Salamanca contribuía a liquidar, finalmente, el contencioso entre los conquistadores españoles y los vencidos indios. A los 25 años de las denuncias de Francisco de Vitoria contra la conquista del Perú por Francisco Pizarro, logró su doctrina el mayor nivel de inserción en la sociedad indiana, vía presión de conciencia, a través de juntas, sínodos y concilios provinciales”¹³³.

Las guerras de conquista fueron prohibidas expresamente por Carlos V con estas palabras:

“... Pues para que se puedan hacer con buen título y nuestra conciencia quede descargada, avemos mandado platicar en ello, y porque entretanto no se tome resolución y se dé la orden y forma que conviene, es necesario que se sobresean y suspendan las conquistas y descubrimientos que al presente se están haciendo”¹³⁴.

De esta forma quedaba planteada, con toda su carga polémica, la llamada “duda indiana”. Tal era la perplejidad en que se hallaba el Emperador por razones morales que, según el gobernador y catedrático de Salamanca García de Castro, hubiera abandonado las Indias si el Maestro Francisco de Vitoria no le hubiera persuadido –contra la posición del también dominico Fray Bartolomé de las Casas- que España debía permanecer en América¹³⁵.

Las razones de dicha permanencia las había expuesto de forma sucinta y luminosa Bartolomé de Carranza en 1540:

¹³³ Cf. *Proceso a la conquista de América. Veredicto de la Escuela de Salamanca*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1987, págs. 39-40. (El paréntesis es mío).

¹³⁴ Cf. L. Pereña: *La Escuela de Salamanca. Proceso a la conquista de América*, Caja de Ahorros, Salamanca 1986, p. 143.

¹³⁵ Cf. o. c., p. 172.

“Puede España ocupar las Indias durante el tiempo que sea necesario para promover y defender los derechos humanos. Pero, cuando estén seguros y la tierra esté llana y no haya peligro de que aquellos pueblos degeneren en su antigua barbarie, España tiene que retirarse y volver aquellos pueblos a su primera y propia libertad, porque ya no necesitan de tutor. Esto podría suceder dentro de diez o dieciocho años”¹³⁶.

6ª fuente: *La reivindicación y defensa de los derechos humanos*

1. Desde el principio, la Iglesia cristiana colaboró de forma eficiente a la abolición de prácticas inhumanas, como la esclavitud. San Pablo escribe una carta a su discípulo Filemón, persona hacendada, y le insta cordialmente a tratar a su *esclavo* Onésimo como a un *hermano*, a pesar de haber cometido éste una grave falta de disciplina.

“Por eso (...) te suplico a favor de mi hijo al que engendré en la prisión, Onésimo (...). Pues quizá te fue retirado por poco tiempo, precisamente para que lo recuperes para siempre, ya no como esclavo, sino como más que esclavo: como hermano querido, muy querido para mí, cuanto más para ti, tanto en el orden natural como en el Señor” (Flm 2, 8-16).

La capacidad de perdonar implica un gran poder creativo, el poder de abrir al otro un horizonte de posibilidades de regeneración sobre las ruinas de la vida anterior. Si no sólo se perdona una falta grave, sino se eleva a quien la cometió a un rango superior de existencia, la capacidad creativa es mucho más elevada. Supera inmensamente nuestra costumbre de atenernos a la ley de la reciprocidad, según la cual sólo damos algo a quien hizo méritos para ello. Lo que le pide el Apóstol a su discípulo Filemón es que realice una verdadera “metanoia”, una conversión de la inteligencia y del sentimiento.

2. A la vista de la hecatombe provocada por la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), no pocos temieron que Europa iba a ser barrida por una oleada de odio. Fueron tres gobernantes *profundamente* cristianos –el adverbio es decisivo– quienes pusieron su vida a la carta de la gran utopía cristiana del perdón y el nuevo comienzo: Konrad Adenauer, Alcide De Gasperi y Robert Schuman, estos dos últimos en proceso de beatificación. En nuestros días, los atávicos conflictos entre franceses y alemanes nos parecen una pesadilla del pasado. Pero esa prodigiosa transformación no fue debida al paso del tiempo sino a la realización decidida de la “utopía” cristiana, que es una utopía verdadera, es decir, una meta muy difícil de lograr, pero realizable con el debido esfuerzo.

¿Quiénes fueron los primeros alemanes que acudieron a Vink, el pueblo belga cuyos varones fueron pasados a cuchillo porque en las cercanías había descarrilado un tren de las temidas SS? Fueron

¹³⁶ Cf. L. Pereña: *Proceso a la conquista de América*, p. 32. Sobre la necesidad de juzgar los acontecimientos pasados con verdadero “sentido histórico” puede verse mi trabajo “Necesidad de cultivar el sentido histórico”, en la obra colectiva *La filosofía y sus márgenes*, págs. 379-401.

comunidades cristianas, que tuvieron el bendito arrojo de pedir perdón y establecer lazos personales. Años antes había pasado por ese dolorido pueblo el legendario P. Werenfried van Straaten, a pedir, en virtud del mandato de Jesús, una ayuda para los enemigos que meses antes habían invadido el país y ahora morían de hambre en los campos de refugiados. Apretando los dientes, aquellas buenas gentes aportaron su contribución y rompieron así el hielo del rencor. Estas transfiguraciones sólo pueden hacerse si se cuenta con la fuerza superior que nos otorga el Cristianismo bien entendido.

3. Una transformación afín la exigió el Evangelio respecto a la función que ejerce la mujer en la vida humana. La doctrina cristiana de la igualdad de todos los seres humanos, hermanados por la unión a un mismo Padre, contribuyó decisivamente a dignificar la figura de la mujer. Basta confrontar el trato que recibe la mujer en los países no cristianos y en los cristianos – por secularizados que estén- para descubrir la preocupación básica del Cristianismo por los derechos humanos.

Esa consagración a la defensa de la dignidad humana inspiró uno de los movimientos intelectuales más lúcidos y bien articulados de reivindicación de los derechos humanos que ha habido nunca: la *Doctrina Social de la Iglesia* (debida, sobre todo, a los papas León XIII, Pío XI, Juan XXIII, Paulo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI).

La actividad presuntamente genocida de la Inquisición española

Se intenta a menudo oscurecer estos logros sociales de la Iglesia –y otros afines- con el recuerdo de la Inquisición. Es un recurso que suele movilizarse rutinariamente cuando se quieren amontonar cargos contra la Iglesia.

- 1) Numerosas críticas acerbas a la Inquisición suelen hacerse sin base seria alguna. Hay quienes no dudan en afirmar en ciertos debates, como algo incuestionable, que “la Inquisición causó millones de muertos”. Cuando se les insta a que citen algún autor de solvencia, muestran su absoluta ignorancia del tema. Hoy día disponemos de estudios rigurosos sobre esta cuestión. Uno de ellos, debido a Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escandell Bonet¹³⁷, nos informa de que, desde 1560 hasta 1700, el número de “relajados” (personas condenadas a muerte por el “brazo secular” -es decir, el Estado- debido a su condición herética, confirmada por el Tribunal eclesiástico de la Inquisición)- fue de 776. Durante ese período de tiempo, fueron ajusticiadas en los territorios hispánicos de América, por razón de su disidencia religiosa, 43 personas.
- 2) Es lamentable que, al utilizar el hecho de la Inquisición como un recurso contra la Iglesia, nunca se subraye el hecho decisivo de que el Tribunal Eclesiástico carecía de autoridad para ejecutar a los herejes. Su función consistía exclusivamente en determinar si una persona delatada como hereje se hallaba o no fuera del ámbito de la

¹³⁷ Cf. *Historia de la Inquisición en España y América*, BAC, Madrid 1984.

fe católica. La sentencia a muerte de quienes eran declarados formalmente herejes era competencia del poder civil.

- 3) Está sobradamente demostrado que las dos formas de Inquisición que estuvieron vigentes en España fueron creadas con el fin de evitar 1) los linchamientos populares de personas o grupos considerados como herejes, y 2) toda clase de decisiones arbitrarias contra personas que no estaban fuera de la disciplina de la Iglesia católica.

Hoy nos duele que, en algún momento de nuestra historia, los gobernantes españoles hayan considerado indispensable para mantener la unidad política una aceptación unánime de la fe católica. Un grupo de personas no católicas, por insignificante que fuera, venía a significar para el Estado –en aquellos tiempos- un riesgo de desestabilización semejante al que supone actualmente un comando de terroristas organizados. Ese dolor no debe llevarnos a juzgar la Inquisición como una institución dedicada a perseguir y castigar cruelmente a ciertos ciudadanos sin más razón que la pura maldad. Los responsables creían tener sus razones. Hoy nos parece que no son válidas. Pero, si estamos debidamente formados y observamos el pasado con el debido “sentido histórico”, nos guardaremos de juzgar a nuestros antepasados de forma simplista, nada matizada y tajante. Podemos y debemos ser críticos con los abusos que se hayan cometido en otros tiempos, pero nuestra crítica ha de ser muy precisa en los datos y sensible a las circunstancias de cada tiempo histórico.

7ª fuente: *La apertura de un campo de libertad investigadora en la ciencia*

Incluso la gran ciencia cultivada por Europa con éxito espectacular se hizo posible, radicalmente, gracias a la idea que nos transmitió el Cristianismo –bien apoyado aquí en la tradición judaica- de que el mundo fue creado por un Dios personal trascendente. El mundo finito está muy vinculado a su Creador, pero es distinto de él y se rige por leyes propias, que ha recibido a una con su existencia; merece inmenso respeto, pero no es algo sacro que resulte profanado si lo sometemos a algún tipo de análisis o experimentación. Más bien, el hombre tiene el encargo del Creador de poblar el mundo y *dominarlo*, en el sentido positivo de investigar las leyes que lo rigen y convertirlo en un lugar de habitación y encuentro. El hombre, en consecuencia, se distancia del mundo para conocerlo y perfeccionarlo, no para alejarse de él y destruirlo.

El conocimiento de las leyes del universo viene posibilitado, en principio, por la creencia de que el mundo fue creado por una Inteligencia Suprema *como un todo bien ordenado, sometido a leyes*, y por ello *expresable en lenguaje matemático*. Lo indica el gran científico y humanista Albert Einstein en este sugestivo párrafo:

“Aunque es cierto que los resultados científicos son enteramente independientes de cualquier tipo de consideraciones morales o religiosas, también es cierto que justamente aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus logros más significativamente creativos fueron individuos impregnados de la convicción auténticamente religiosa de que este universo es algo perfecto y susceptible de ser conocido por medio del esfuerzo humano de comprensión racional.

(...)De no haber estado inspirados en su búsqueda por el 'amor dei intellectualis' de Spinoza, difícilmente hubieran podido dedicarse a su tarea con esa infatigable devoción, la única que permite al hombre llegar a las más encumbradas metas"¹³⁸.

Quien mantuvo viva en Europa esa lúcida conciencia del carácter finito-creatural del universo fue el Cristianismo. Basta recordar la figura señera de Johannes Kepler, genial astrónomo que –como afirmó Max Planck- se mantuvo fiel a la investigación científica, a pesar de mil avatares, "merced a su fe profunda en la existencia de un plan definido detrás de la creación entera"¹³⁹. Esta misma idea la expresó, asimismo, el gran científico y humanista Werner Heisenberg en diversos pasajes de sus obras¹⁴⁰.

Por una serie de malentendidos –que urge superar- se dio a menudo por hecho que la Ciencia Moderna se gestó y desarrolló de espaldas o incluso en oposición al espíritu religioso y, en concreto, a las directrices de la Iglesia cristiana. Nada más falso. De forma precipitada se interpretó el caso Galileo como el paradigma de la actitud retrógrada de la Iglesia respecto a la investigación científica. Se dejó de lado, unilateralmente, el hecho de que la Iglesia, si –debido al estado precario de los conocimientos teológicos y bíblicos en un momento determinado- estima que un dato científico contradice los contenidos de la fe, se pone al lado de ésta frente a la ciencia, pero ello no implica que sienta aversión a la investigación científica. De hecho, en cuanto se aclaró el sentido y la meta de las Sagradas Escrituras –que no intentan transmitir conocimientos científicos sino proclamar una doctrina de salvación-, la Iglesia siguió cultivando animosamente la Ciencia. Algo semejante podría decirse de su actitud ante la posición evolucionista de Darwin.

Necesidad de asumir el pasado cristiano

Descubrir el nexo profundo del Cristianismo y la historia del proceso de constitución del espíritu europeo requiere una voluntad firme de penetrar en los estratos donde se fraguan las grandes corrientes culturales. Por eso resulta penoso que el Presidente de la Comisión encargada de redactar la Constitución de la Unión Europea sólo cite como fuentes de nuestra cultura a Grecia, Roma y la Ilustración. Deja de lado nada menos que toda la Patrística y la Edad Media, a las que debemos –entre otros muchos dones- la transmisión viva y creadora de la mejor cultura grecolatina y árabe, y -lo que es todavía más valioso- la configuración de una filosofía original, profunda y sistemática. Suele decirse que René Descartes es "el padre de la modernidad". Pero el auténtico Descartes no puede ser entendido sin conocer a fondo la Edad Media y el nexo de la razón humana con la trascendencia divina. De ese Descartes abierto a la trascendencia religiosa dependerá después el mejor Fichte y otros eximios pensadores europeos. Cuanto más se estudia el pensamiento europeo, más claramente se advierte que no tiene sentido prescindir del pensamiento cristiano. No es riguroso;

¹³⁸ Cf. Heisenberg y otros: *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*, Kairós, Barcelona 1987, p. 170.

¹³⁹ Cf. o. c., p. 212.

¹⁴⁰ Cf. *Más allá de la física*. BAC, Madrid 1971, p. 240.

incumple las leyes básicas de la metodología de las llamadas Ciencias del Espíritu.

Lo que procede hoy día no es olvidar ese pensamiento, sino purificarlo de malentendidos, incrementarlo hasta desarrollar todas sus virtualidades. No acabamos de lamentar las desventuras que provocó en Europa el hecho de que algunas figuras determinantes de su destino hayan tenido una idea precaria de lo que es y significa la vida religiosa cristiana. Basta pensar en Hegel y Marx. ¡Qué rumbo tan distinto hubiera tomado Europa si esas mentes privilegiadas hubieran dispuesto de un conocimiento aquilatado del Cristianismo! La renovación de Europa habrá de venir por vía de ahondamiento en sus raíces cristianas, no de ataque a las mismas. Es hora de movilizar la inteligencia y purificar la voluntad para ver y reconocer esto con la debida lucidez y decisión.

Resulta, por ello, difícilmente creíble que ciertos grupos sigan empeñándose en privar a los escolares de un estudio serio de la vida religiosa. A veces se achaca esta tendencia a un espíritu sectario. Tal vez sea, más bien, cuestión de ignorancia, unida a cierta indiferencia respecto al papel que juega la educación en el futuro de la sociedad. Si los niños y los jóvenes desconocen la religión cristiana y su historia, no podrán adentrarse en el maravilloso mundo de las artes plásticas, la arquitectura, la música, la literatura, la Historia, las ciencias sociales, la filosofía, incluso las ciencias fisicomatemáticas, bien entendidas. Esta penosa exclusión del mundo cultural supone una regresión calamitosa. A ella se debe, en no pequeña medida, la llamada "catástrofe antropológica" que muy lúcidos pensadores están delatando en la actualidad.

El vendaval ideológico que vació en parte a Occidente de grandes valores, sobre todo el valor supremo encarnado por el Creador, explica la amarga decepción sufrida últimamente por varios intelectuales lúcidos de Europa oriental.

"Nos unimos a los países libres, los países de Europa occidental –escribe uno de ellos-, y vemos una civilización sometida a la divisa: "Vivamos como si Dios no existiera". Y se nos anima a aceptar ese estilo de vida como pasaporte para Europa"¹⁴¹. "En este contexto hay que recordar el concepto de 'homo sovieticus', nacido en la Unión Soviética. Es la hipótesis de una catástrofe sin salida, pues esta deformación monstruosa del hombre tenía como meta su sumisión completa, para hacerle incapaz de ser libre, de vivir para los demás, de tener una vida espiritual propia y de rebelarse. La hipótesis ha resultado ser falsa en su punto principal: el hombre ha conservado su relación con la Trascendencia"¹⁴².

A veces se intenta justificar esa actitud ante la religión afirmando que ésta es un asunto *privado*, por ser *interno* de cada persona. Parece ignorarse que lo externo y lo interno se vinculan estrechamente cuando se vive de modo creativo. Un saludo, una interpretación musical, una comida de amigos... son actos internos y externos a la vez. Hoy nos enseña la mejor Antropología filosófica que la persona humana crece

¹⁴¹ Cf. AAVV: *El horizonte de la libertad. En camino hacia la nueva Europa*, Ciudad Nueva, Madrid 1994, p. 31.

¹⁴² Cf. o. c., p. 32.

comunitariamente, participando en estructuras comunitarias y colaborando a crear otras nuevas. No tiene sentido afirmar que la religión se vive en la interioridad, y la política en la exterioridad. Tal distinción tiene valor cuando se aplica a realidades materiales, sometidas al espacio. Respecto a una sala, o estoy dentro de ella o estoy fuera. Se trata, efectivamente, de un dilema. Pero, cuando oigo activamente una obra musical ¿cabe decir con sentido que estoy *fuera* de ella? De ningún modo, pues, en el nivel de la creatividad, lo interior y lo exterior se integran¹⁴³.

Nada más importante que reconocer en el pórtico de la Constitución europea que tenemos un *pasado cristiano*, entendido el término "pasado" en el sentido de fuente inagotable de energía para configurar en el presente una forma de vida auténticamente creativa. En este momento decisivo de la configuración de una nueva Europa necesitamos tener una idea clara del tipo de hombre que deseamos configurar. Pues bien. Tal configuración estuvo durante siglos determinada por la vinculación efectiva y fecunda de los europeos con el Ser trascendente. No se trata, pues, de aludir a los orígenes cristianos de Europa para hacer una concesión amable a las Iglesias cristianas. Lo decisivo es aclarar si nos decidimos a asumir todas las posibilidades que nos vienen del pasado cristiano en orden a orientar la vida europea hacia la trascendencia divina. Bien sabido que no se trata de cualquier tipo de ascenso a lo sobrenatural, sino justamente del modo concreto y preciso de ascenso que proclama y vive el Cristianismo.

Podemos decidir los europeos lo que deseemos en orden a incluir a Dios en la Carta Magna que ha de configurar nuestra vida, en todas sus vertientes. Pero hemos de estar bien seguros de que la apertura cristiana a la Trascendencia divina no es una gracia que hayamos de hacer al Cristianismo y a las Iglesias cristianas. Es una herencia excelsa que hemos recibido de la tradición cristiana y que bien haremos en no rechazar si queremos mantener incólume nuestra capacidad creadora en todos los órdenes. A ello alude el eminente científico y humanista Werner Heisenberg en este inspirado párrafo:

"Nadie sabe lo que el futuro encierra, ni cuáles serán las fuerzas espirituales que regirán el universo, pero está fuera de duda que no lograremos sobrevivir si no sabemos creer en algo y querer algo. Y desde luego queremos que la vida espiritual reflorzca en nuestro alrededor. (...) Queremos que nuestros jóvenes, a pesar del confuso torbellino de los hechos externos, se sientan iluminados por la luz espiritual del Occidente, y que ella les permita hallar de nuevo las fuentes de vitalidad que han nutrido a nuestro continente a lo largo de dos milenios"¹⁴⁴.

Se advierte en el Preámbulo del *Tratado por el que se establece una constitución para Europa* cierto empeño en obviar la palabra *Cristianismo*. Sus dos primeros párrafos están redactados de la forma siguiente:

¹⁴³ Es lástima que un autor lúcido, Manuel García Morente, no haya clarificado con la debida precisión estos conceptos de interioridad y exterioridad en su *Ensayo sobre la vida privada*, Universidad Complutense, Madrid 1972.

¹⁴⁴ Cf. *La imagen de la naturaleza en la física actual*, Ariel, Barcelona 1976, p. 56.

"*Inspirándose* en la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona humana, la democracia, la igualdad, la libertad y el Estado de Derecho; *convencidos* de que Europa, ahora reunida tras dolorosas experiencias, se propone avanzar por la senda de la civilización, el progreso y la prosperidad por el bien de todos sus habitantes, sin olvidar a los más débiles y desfavorecidos; de que quiere seguir siendo un continente abierto a la cultura, al saber y al progreso social; de que desea ahondar en el carácter democrático y transparente de su vida pública y obrar en pro de la paz, la justicia y la solidaridad en el mundo..."

Esta redacción es inaceptablemente imprecisa y pobre, pues la expresión "herencia religiosa" está muy lejos de indicar todo cuanto el Cristianismo ha aportado a la historia y la cultura de Europa y todo Occidente, y –lo que más cuenta en definitiva– a la vida personal y al destino de sus gentes.

No reconocer expresamente en el Preámbulo de lo que será la Constitución de Europa las raíces específicamente cristianas de la cultura y la vida de ésta significa, en buena medida, olvidarlas, no recordarlas. Y bien sabemos que la memoria es una facultad *creativa*. Recordar es, literalmente, volver a pasar por el corazón, traer de nuevo a la existencia. Con razón ha escrito Miguel de Unamuno que "recordar es vivir".

Si Europa olvida sus raíces, se expone a no *vivir históricamente*, en el sentido más profundo de esta expresión. Y algo análogo cabe decir de todos los pueblos de Occidente.

14

UN MÉTODO PARA HUMANIZAR LA EMPRESA

Introducción

Este trabajo quiere ofrecer una clave sencilla y precisa para seguir, en la vida empresarial, el camino de la excelencia. En la actualidad, se difunde con empeño la idea de que "la ética es rentable para la empresa". Se elaboran códigos deontológicos, se dan prescripciones, se eligen las empresas que mejor cumplen los criterios de excelencia... Todo ello presenta sin duda interés, pero no resulta plenamente eficaz si los directivos de la empresa y sus colaboradores no cambian de actitud; de la actitud propia del *nivel 1* a la propia del *nivel 2*. El *nivel 1* es el de los

objetos, realidades que podemos legítimamente poseer, manejar, poner a nuestra disposición. El *nivel 2* está constituido por las realidades que nos exigen una actitud de respeto, estima y colaboración.

El cambio de la actitud propia del *nivel 1* a la del *nivel 2* no debe forzarse desde el exterior. Ha de surgir en la interioridad de cada uno. Si se sugiere la necesidad de realizar dicho cambio, es posible que alguien se decida a ello. Para llevarlo a cabo, necesita cumplir dos condiciones:

1. La primera es superar una serie de prejuicios respecto al modo como nos desarrollamos en cuanto personas.
2. Se afirma a menudo que "la ética es rentable para la empresa", pues la lleva a un nivel de excelencia en cuanto al logro de beneficios y al perfeccionamiento de los colaboradores; además, nos permite lograr una *cultura de la empresa* altamente beneficiosa para incrementar su prestigio y garantizar su buena marcha en diversos órdenes. Nada más cierto, pero, si queremos comprender a fondo la fecundidad para la empresa de una actitud éticamente valiosa, hemos de dotar a nuestra inteligencia de las tres condiciones propias de la madurez: *largo alcance*, *amplitud* y *profundidad*. Esta tarea es realizada de forma sistemática por la "Escuela de Pensamiento y Creatividad", proyecto formativo consagrado desde hace años al cultivo del arte de pensar con la debida precisión¹⁴⁵.

La inteligencia madura asume cuanto hay de positivo en los estudios actuales sobre la forma óptima de desarrollar la empresa al máximo e intenta darles una fundamentación firme, sugestiva y asumible por toda persona de cultura media¹⁴⁶. Tal fundamentación sólo es posible si se cuenta con un "pensamiento relacional", atento a las realidades que no son simples, sino "polifónicas", es decir: *nudos de relaciones*, como sucede con la persona humana y con la empresa. Ese pensamiento relacional es ejercitado de forma precisa y bien articulada en los escritos y actividades de la "Escuela de Pensamiento y Creatividad".

El empresario que se familiarice con el método de este proyecto formativo advertirá que ha adquirido una nueva forma de ver la vida, una forma más penetrante y abierta, capaz de aunar aspectos de la actividad empresarial aparentemente opuestos.

- ¿Es compatible una actitud éticamente valiosa con la rentabilidad empresarial? ¿Nos expresamos de forma adecuada al afirmar que "la ética es *rentable* en la empresa? ¿Se reduce la meta de la empresa a lograr beneficios económicos, o implica, además, el desarrollo personal de los colaboradores y el consiguiente incremento de su felicidad personal?

¹⁴⁵ Para información puede consultarse la web: www.fundacionlopezquintas.org

¹⁴⁶ Pensemos en obras -ejemplares a este respecto- como *En busca de la excelencia*, de Thomas J. Peters y Robert H. Watermann, y *Estrategia de éxito empresarial*, de Roberto Servitje.

- Al ganar autoestima los trabajadores, ¿se amengua su vinculación y su fidelidad a la empresa o, más bien, se aumenta, de modo que crece la rentabilidad de la misma? ¿Cabe coordinar una dirección firme en la empresa y la concesión de diversos modos de participación a los trabajadores? ¿Qué es más beneficioso para la empresa: ejercer un modo de autoridad distante o dar confianza a quienes colaboran con ella?
- ¿Cabe conciliar la disciplina necesaria a toda organización empresarial con el respeto a la dignidad de la persona? ¿Se puede mantener la competitividad y rentabilidad de la empresa al tiempo que se promueve la dignidad de los trabajadores?
- ¿Nos expresamos con el debido rigor cuando afirmamos que debemos escoger entre "la primacía de la empresa" y "la primacía de la persona"?

En estas preguntas se confrontan actitudes que, a primera vista, parecen opuestas. Por ejemplo, adoptar una actitud ética de respeto a la dignidad de los trabajadores se concilia difícilmente con las exigencias de la competitividad de las empresas actuales. Al encontrarse ante la necesidad de elegir entre posibilidades excluyentes, el empresario se cree obligado a elegir entre las unas o las otras. En la Escuela de Pensamiento y Creatividad descubrimos que, al elevarnos al nivel de la creatividad y el encuentro (el llamado *nivel 2*), las posiciones que se presentan como opuestas en el *nivel 1* –el del manejo de realidades tomadas como meros objetos- pasan a ser complementarias. Esta transformación nos abre la posibilidad de *integrar* –es decir, vincular de raíz- la necesidad de ser competitivos y de colaborar al desarrollo personal de los trabajadores.

Es decisivo, para el buen éxito de la empresa –entendiendo por tal el logro del bienestar de sus colaboradores y sus destinatarios, así como el necesario rendimiento económico- que los empresarios descubran, *por ellos mismos*, la posibilidad de integrar aspectos de la vida aparentemente opuestos. La vía más rápida y eficaz para ello es descubrir las llamadas "experiencias reversibles". En los capítulos anteriores describimos varias de ellas, al realizar los doce descubrimientos que deciden nuestro desarrollo personal¹⁴⁷. Es conveniente que los lectores tengan en cuenta lo dicho en esos lugares mientras leen lo que sigue sobre la forma en que se puede armonizar el trabajo de la empresa con la promoción de sus colaboradores.

I. La experiencia de la vida empresarial

Si realizamos la experiencia reversible del encuentro y nos percatamos de que en ella renunciamos a la voluntad de dominio, manejo y disfrute para tratar a otras realidades abiertas con actitud de respeto, estima y colaboración, nos disponemos para vivir por dentro la experiencia de cómo se desarrolla la vida empresarial.

¹⁴⁷ Pueden verse, entre otros, los cuatro primeros capítulos.

Qué es la empresa

En principio, podemos convenir en llamar *empresa* a toda organización destinada a realizar ciertos servicios con el fin de obtener determinados beneficios. ¿De qué tipo han de ser estos beneficios y a quiénes irán destinados?

Para responder atinadamente a estas cuestiones, hemos de considerar que toda empresa nace y se desarrolla en una sociedad, y es promovida y sostenida por personas. Se debe, por tanto, a las personas que la sostienen –con su talento y su esfuerzo– y a la sociedad que la acoge y promueve, ofreciéndole diversas posibilidades. Por pequeña que sea, una organización empresarial no puede cerrarse en sí, ya que es un *nudo de relaciones*; relaciones con materiales, personas, pueblos e instituciones de todo orden, entre las que se cuentan otras empresas. Tales relaciones han de ajustarse al modo de ser de las realidades tratadas.

- El trato con los materiales tiene un carácter de dominio, manejo y disposición. Al disponer de los materiales para ciertos fines, hemos de atenernos a la condición propia de cada uno.
- El trato con las personas ha de ser ajustado a la dignidad de las mismas. Toda persona es un ser dinámico y abierto, capaz de tomar diversas iniciativas, proponerse metas y hacer proyectos para alcanzarlas, abrigar deseos e ilusiones, sentir felicidad o amargura. Toda persona desea *realizarse*, es decir, desarrollar sus potencias o cualidades y dar a su vida la figura que se ha hecho de sí misma.
- Para desarrollarse, las personas configuran instituciones de diverso orden. El trato con las mismas ha de estar inspirado por la misma actitud de respeto, estima y colaboración que exigen las personas.

No adopta esta actitud la empresa que utiliza la expresión “material humano” para indicar el conjunto de las personas que tiene a su disposición. Es cierto que las personas son elementos indispensables para la empresa –como lo es el “material físico”, los llamados “materiales”–, pero tales elementos no se reducen a ser “medios para lograr los fines de la empresa”. Sabemos –por el testimonio bien fundamentado de eminentes pensadores– que la persona es “un fin en sí”, no un mero “medio para algo distinto de ella”. Si trabaja en una empresa, desea conocer el *sentido* de lo que hace, no sólo su *significado*. Lo que significa cada acción concreta que realiza en su área de competencia lo sabe bien porque es un profesional adiestrado, pero el sentido de la misma únicamente lo descubre si conoce la función que realiza dicha acción en el conjunto de la empresa. Beber un vaso de vino tiene siempre el mismo significado, pero éste adquiere sentidos diferentes en contextos distintos.

Como todo ser vivo, la empresa se desarrolla y mantiene cuando se relaciona debidamente con las realidades de su entorno vital. Es una *realidad relacional*, y, como tal, no ha de recluirse en sí misma, en el círculo cerrado de sus intereses; ha de atender, en todo momento, al modo de ser de tales realidades: los materiales, las personas, los pueblos, las instituciones... Es ley de vida que, a mayor atención, mayor desarrollo propio; a más generosidad, más vitalidad y mayor fortaleza.

«La empresa -escribe José Luíís Fernández-, sin dejar de ser una entidad productiva con ánimo de lucro, constituye una privilegiada forma de encauzar la capacidad laboral, desde la creatividad, con vistas a la satisfacción de las necesidades humanas [...] Puede incluso decirse que es una comunidad en la que nos integramos y en cuyo seno nos vamos desarrollando como personas, junto con otros y en estrecha relación con ellos»¹⁴⁸.

La empresa está constituida por personas, dentro de una comunidad que la hace posible y es, a la vez, su destinataria. Debido a ello, la empresa ha de realizar su actividad en el *nivel 2*, el propio de las personas y el encuentro. Al hacerlo, vincula espontáneamente la promoción de las personas y el aumento de la rentabilidad económica. Veámoslo, sintéticamente, a propósito de varias cuestiones clave.

El logro de una cultura de la excelencia

Por *cultura* se entiende cuanto realiza el hombre para crear diversas formas de unidad con el entorno. El ser humano nace un tanto *distanciado* de la realidad que lo rodea por cuanto puede dar diversas respuestas a cada estímulo. Si un animal tiene hambre y ve un alimento apetitoso para él, reacciona siempre igual: lo toma y lo come. Entre el estímulo y la respuesta no hay distancia. El hombre, en tal situación, puede tomar distintas medidas: comerlo, dejarlo para después, repartirlo con otros, incluso renunciar a él... Lo decide libremente con su inteligencia y su voluntad. Esta posibilidad de elección y decisión da lugar a las distintas formas de libertad y creatividad. El animal, para vivir, no necesita tener creatividad, ni libertad ni inteligencia, pues no se ve requerido a crear unidad con las realidades del entorno. Tal unidad le viene dada, por cuanto su respuesta a los estímulos que recibe de las realidades del entorno es *automática*. Se halla como *fusionado* con tales realidades.

La *cultura* es el *cultivo* de diversas formas de relación y unidad con las realidades circundantes. Esas formas de relación hacen posible la vida humana, desde la selección de los alimentos hasta la construcción de las moradas más lujosas; desde la configuración de los modos primarios de comunicación hasta la composición de las piezas musicales más elevadas. La cultura empieza resolviendo problemas vitales primarios y culmina en la elaboración de productos sumamente valiosos.

Hablar de "cultura de la empresa" significa aludir a una trama de relaciones creada para transformar los materiales y mejorar nuestras formas de vida. Al utilizar la palabra "cultura", se alude al cultivo de la vida humana mediante la creación de diversas formas de unidad. No se puede hablar, por tanto, de "cultura de la empresa" si no se orienta la actividad empresarial a la promoción de la vida de las personas que la realizan. Tampoco tiene sentido hablar de la "cultura de la muerte", pues, si se provoca la muerte, desaparece la vida y, con ella, la cultura¹⁴⁹.

¹⁴⁸Cf. "Más allá del valor económico: la ética en la gestión", en José María Méndez (editor): *Cómo educar en valores*, Editorial Síntesis, Madrid, 2001, págs.154 -155.

¹⁴⁹ En la década de los años 70, diversas investigaciones realizadas en Estados Unidos en el campo empresarial llegaron a la conclusión de que las empresas

Al vincular el término "cultura" al de "excelencia", se eleva al máximo la exigencia de promover la vida humana y la calidad de la misma. Por eso, el cultivo de una forma de empresa que tenga por meta exclusiva el incremento de los beneficios, en perjuicio de la calidad de vida de los colaboradores, no puede considerarse como una forma de *cultura*. La verdadera cultura de la empresa va ineludiblemente unida al desarrollo ético, es decir, al desarrollo pleno de la segunda naturaleza (o *êthos*¹⁵⁰) que vamos configurando a través de nuestros actos y de los hábitos que adquirimos al realizarlos.

Si nos dejamos arrastrar por nuestros impulsos, tendencias o pasiones, no regimos nuestra conducta; actuamos como autómatas, al modo del animal. Nuestra vida no puede considerarse, entonces, como "cultura" –éticamente desarrollada–, fruto de una elección realizada por nuestra inteligencia y nuestra libertad. En cambio, si orientamos nuestras inclinaciones hacia las metas que nos proponemos alcanzar en la vida, creamos con el entorno una serie de relaciones que constituyen nuestro "mundo" propio, nuestro entorno vital peculiar. Es nuestro "mundo cultural", la forma de "cultura" que nos caracteriza. Si dichas metas están inspiradas por el "ideal de la unidad" –que, como hemos visto, es el ideal auténtico de la vida humana–, ese mundo cultural puede calificarse de "excelente".

De modo semejante, una dirección empresarial que considere los grandes valores como principios rectores de su actividad se orienta hacia la excelencia, porque los valores son condiciones del encuentro, y el encuentro es el tipo de unión que nos realiza como personas. Los valores nos ofrecen posibilidades de vida auténtica. Ese ofrecimiento es una *apelación*, una llamada a realizarlos en la vida mediante una respuesta activa, es decir, mediante la asunción de las posibilidades que nos ofrecen. Cuando alguien me pide ayuda, es el valor de la misericordia el que me llama a aceptarlo y realizarlo en ese momento de mi vida. Si *respondo positivamente* a esa llamada, actúo *responsablemente*.

Al hablar de la "responsabilidad social corporativa o empresarial" (RSC), aludimos a la serie de respuestas positivas que da un grupo social diariamente a los diversos valores que apelan a las personas y al conjunto de una institución. Esos valores pueden referirse al cuidado ecológico del

desarrollan culturas propias y únicas que influyen de modo positivo o negativo en su rentabilidad económica. En ese contexto, se empezó a destacar la importancia de conceptos a los que apenas se había prestado atención: "*cultura corporativa*", "*cultura organizacional*", "*cultura de empresa...*".

Una investigación desarrollada en varias universidades y consultorías (Harvard, Standfor, MIT, McKinsey y MAC) llegó a conclusiones que han condicionado toda la reflexión posterior. En esta línea, una serie de obras clave trataron de explicar por qué algunas empresas florecientes en las décadas de los años 50 y 60 en Estados Unidos redujeron notablemente sus beneficios. En busca de nuevas respuestas, se publicaron entre 1981 y 1984 cuatro obras que tuvieron gran repercusión: *Theory Z*, de Ouchi; *The Art of Japanese Managment*, de Pascale y Athos; *Corporate Culture*, de Deal y Kennedy; *In Search of Excellence* de Peter y Watermann. Todas ellas se polarizan en torno a la relación existente entre cultura y rentabilidad. La cultura, entendida como cultivo personal, se refiere a la configuración que el hombre debe ir adquiriendo a lo largo de toda su vida. Cualquier reflexión sobre la ética en la empresa no puede obviar esta cuestión.

¹⁵⁰ Término griego del que se deriva el nombre español *ética*.

ambiente, a la lealtad y al juego limpio en las transacciones comerciales, a la configuración de un medio propicio para el desarrollo personal de los trabajadores...

Una empresa puede realizar amplios y costosos programas de calidad y no ser "excelente", en el sentido profundo que acabamos de esbozar, por dejar de lado la atención debida a la promoción personal de los colaboradores. Los programas de calidad se reducen, en casos, a una operación superficial de marketing, que tal vez aporte éxitos comerciales pero se halla lejos de cumplir las exigencias mínimas de toda forma "cultural" de vida¹⁵¹.

Todo intento de conseguir un verdadero "liderazgo ético" –al modo perseguido, por ejemplo, por el *Instituto Ethisphere*¹⁵²– no debe reducir la vida ética a un medio para motivar a los trabajadores y aumentar, así, la rentabilidad económica. Tal reducción supondría rebajar al hombre y la ética al *nivel 1*, el del dominio y el manejo de objetos. El verdadero liderazgo ético se propone elevar la empresa a un grado de desarrollo integral, que implica el máximo incremento posible de beneficios y la promoción de las personas, la configuración perfecta de su segunda naturaleza o *êthos*. Un verdadero líder de empresa ha de tener una idea clara del proceso humano de desarrollo –tal como lo esbozamos anteriormente– y de la necesidad de orientar el dinamismo del hombre hacia el auténtico ideal, el *ideal de la unidad*. Esto exige un ascenso a los niveles 2 y 3, lo que implica un cambio de mentalidad respecto al espíritu dominador y egoísta del mero *nivel 1*. A ello debemos aludir al hablar de "cambio de mente" y de "cultura empresarial", así como al exigir la "introducción de un nuevo paradigma"¹⁵³. Lo expresa bien Edgard De Bono al indicar que debemos pensar y actuar desde el *nosotros*.

¹⁵¹ En su obra *En busca de la excelencia* –un referente, durante años, en el mundo del *management*–, Thomas J. Peters y Robert H. Watermann generalizaron el uso del término *excelencia* como objetivo a conseguir en la práctica empresarial, tanto en sus procesos de gestión como en su finalidad. Este planteamiento vincula la excelencia, los valores compartidos y las empresas bien gestionadas y exitosas. Se inicia, así, una corriente de reflexión vinculada a la ética empresarial, y se empieza a hablar profusamente de cultura empresarial, filosofía organizativa, valores compartidos..., como elementos clave de la correlación existente entre excelencia, ética empresarial y beneficio. A partir de aquí se han ido desarrollando modelos de gestión –como la "dirección en valores", en contraposición a la "dirección por instrucciones o por objetivos" – que buscan incorporar principios éticos en el liderazgo estratégico de las empresas, de modo que se hagan más competitivas en un mercado cada vez más cambiante y dinámico. En este contexto se introduce el concepto de "responsabilidad social corporativa o empresarial" (RSC).

¹⁵² Su consejo asesor (www.ethisphere.com) gestiona y promueve las mejores y más rentables prácticas de gestión, la ética en los negocios, la responsabilidad social corporativa. Evalúa las empresas en ocho aspectos, conforme a nueve principios éticos. Las empresas seleccionadas son reconocidas como las "Compañías más éticas del mundo" (*The most ethical companis: WME*).

¹⁵³ Actualmente, numerosos estudiosos de la empresa subrayan la necesidad de moverse, a la par, en el nivel del *significado* y en el del *sentido*. En la definición de líder excelente que se utiliza en el modelo EFQM de excelencia se dice que "*los líderes excelentes desarrollan y facilitan la consecución de la misión y la visión, desarrollan los valores y sistemas necesarios para que la organización logre un éxito sostenido y hacen realidad todo ello mediante sus acciones y comportamientos*".

«Ahora mismo el gran reto que exige el mundo es que la humanidad cambie de paradigma, es decir, que cambie nuestra manera de ver y de interactuar con la realidad, aprendiendo a diseñar el futuro en consonancia con nuestros verdaderos valores y necesidades humanas. No podemos seguir funcionando desde nuestro egoísmo y egocentrismo. Es hora de funcionar desde el “nosotros”, desde la cooperación y el altruismo, a partir de lo cual podemos otorgar verdadero sentido a nuestra existencia»¹⁵⁴.

Como el desarrollo de las personas es una cuestión central en la empresa, nos encontramos en disposición de distinguir claramente si los cambios que se articulan para generar un tipo de relaciones interpersonales son pensados para mejorar el rendimiento de la empresa (*viejo paradigma*) o, más bien, si el beneficio es una consecuencia natural de la mejora en las relaciones interpersonales (*nuevo paradigma*). La vinculación interpersonal o la creación de una determinada cultura de empresa puede reducirse a una medida táctica para mejorar el rendimiento económico de la misma. En tal caso, la relación de unas personas con otras sería rebajada a la condición de un “medio para un fin ajeno a cada una de ellas”. Tal rebajamiento manipulador privaría a los conceptos de *relación, confianza y participación* de su sentido profundamente humano – propio del *nivel 2* – para situarnos en el *nivel 1*, el del manejo de objetos o cosas¹⁵⁵. Esta tendencia a reducir el valor de lo humano se halla en el camino opuesto al de la búsqueda de la excelencia. Por eso podemos afirmar que las relaciones interpersonales en la empresa no son un mero medio para un fin económico; constituyen un fin en sí mismas, pues encierran un gran valor para la vida de cada uno, independientemente de su posible rentabilidad, es decir, de su posible influjo positivo sobre la productividad.

«Quienes se mueven en el ámbito de las organizaciones –escribe Joan Fontrodona Felip– se ven envueltos de modo habitual en situaciones en las que está en juego su propio desarrollo personal y el de quienes los rodean. La felicidad personal y la de quienes componen las organizaciones no es algo que se deje en el ropero al entrar a trabajar [...]»¹⁵⁶.

De aquí se desprende la necesidad de analizar de forma precisa cómo las competencias profesionales se vinculan con los valores fundamentales que orientan la actividad empresarial. El incremento del beneficio empresarial ha de ser una consecuencia lógica de la orientación de la empresa al desarrollo personal de quienes la integran. El beneficio se

¹⁵⁴ Cf. Entrevista a Edgard De Bono en *El País*, 8 de marzo de 2009.

¹⁵⁵ Tras el conocido escándalo de la macroempresa Enron –que empleaba, a mediados de 2001, a unas 21.000 personas–, uno de los colaboradores y principales directores ejecutivos de Kenneth Lay escribió lo siguiente: “*Queremos líderes honestos, que sean decididos, creativos, optimistas y también valientes. Pero casi nunca buscamos uno de los rasgos de vital importancia en un líder: la humildad*” (Cf. Sherron Watkins: “Ken Lay still isn’t listening”, en *Time*, 5 de junio de 2006).

¹⁵⁶ Cf. *La ética que necesita la empresa*, Unión editorial, AEDOS, Madrid, 1998, p.14.

convierte, así, en un indicador de calidad, un índice de que las cosas se están haciendo correctamente en todos los sentidos.

La búsqueda de la excelencia ha de ser, pues, el ideal de las empresas responsables y sostenibles. De ahí la importancia de contar con unos criterios precisos para medir la excelencia de una empresa¹⁵⁷.

El reduccionismo se opone al logro de la excelencia

“Funcionar desde el nosotros” –como postula Edgard De Bono– significa ver a las personas como realidades abiertas que están llamadas al encuentro y despliegan en él sus mejores capacidades. Sabemos que las personas son “seres ambivalentes, ambivalizables y ambivalizadores”, es decir, realidades abiertas, capaces de recibir posibilidades para incrementar su campo de juego y dar posibilidades afines a otras personas. Este perfeccionamiento mutuo crea auténtica vida de comunidad, confianza mutua, estima, agradecimiento, participación en tareas fecundas.

Tal creación de vida comunitaria es imposible cuando reducimos a los otros a meros utensilios, “medios para unos fines ajenos”. Esta actitud reduccionista rebaja las personas al *nivel 1*. Incumple la norma básica del *nivel 2*: adoptar una actitud de *respeto, estima y colaboración*. Si esta injusticia básica se realiza en el ámbito de la empresa, ésta queda privada de la unidad necesaria para coordinar esfuerzos, seguir directrices, mirar juntos en una misma dirección; condiciones indispensables para la buena marcha de la empresa en todos los órdenes¹⁵⁸.

La atención a cuanto implica la dignidad de la persona trabajadora se traduce en promoción de la excelencia de la empresa. Carece, pues, de sentido preguntar si ha de concederse primacía a la empresa o a la persona. En el *nivel 2* se supera este dilema y se convierte en un “contraste”, una relación de complementariedad. En ese nivel, la persona no se entiende como un mero “individuo” aislado, sino como *un ser que crece creando vida comunitaria*; y la empresa no se concibe como una organización que reduce las personas a simples “medios para el logro de beneficios”, sino que promueve su crecimiento al tiempo que sus colaboradores ensamblan sus capacidades para conseguir las metas comunes¹⁵⁹.

¹⁵⁷ En el mundo de la empresa se ha investigado ampliamente esta cuestión. El modelo de excelencia empresarial EFQM (*European Foundation for Quality Management*) destaca una serie de recomendaciones sobre la base de nueve criterios básicos: Liderazgo, Personas, Política y estrategia, Alianzas y recursos, procesos, resultados en las personas, resultados en los clientes, resultados en la sociedad y resultados clave. Cf. www.efqm.org. “Los líderes excelentes desarrollan y facilitan la consecución de la misión y la visión, desarrollan los valores y sistemas necesarios para que la organización logre un éxito sostenido y hacen realidad todo ello mediante sus acciones y comportamientos.”

¹⁵⁸ La finalidad de la empresa “consiste en promover la mejora humana de cuantos con ella se relacionan y de la sociedad en su conjunto, mediante la gestión económica de los bienes y servicios que genera y distribuye, y de los que naturalmente se siguen unos beneficios con los que logra también subsistir como empresa” (T. Melendo: *Las claves de la eficacia empresarial*, Rialp, Madrid 1990, p. 27).

¹⁵⁹ Sandy Cutler, directora general de *Eaton Corporation* –empresa industrial que figura en la lista de las WME de la *Ethisphere*– escribe: “Se trata de hacer negocios correctos a través de una filosofía interna y de compromisos con los clientes. Preferimos perder negocios antes de comprometer nuestros valores”.

Esta condición elevada de las personas y la vida de comunidad que ellas crean no se consigue con la imposición de ciertos códigos de conducta y determinadas directrices, que parecen provenir de fuera de cada colaborador. Se logra mediante la serie de transfiguraciones que experimenta, de forma libre y lúcida, el que recorre de modo comprometido las doce fases del proceso de desarrollo humano¹⁶⁰. Toda persona se desarrolla viviendo experiencias reversibles con las realidades abiertas de su entorno. Cuando estas realidades tienen el poder de iniciativa propio de las personas, esas experiencias reversibles dan lugar a la vida comunitaria.

Cabe, por tanto, decir con toda verdad que la vida comunitaria se encuentra enraizada en la constitución del ser del hombre. No se trata de un mero añadido a su existencia. Cuando una persona es consciente de ser una realidad abierta -capaz de recibir posibilidades de otras realidades abiertas y de ofrecerles las suyas-, crea con ellas relaciones de encuentro de todo orden, y teje con ellas una vida comunitaria. Al vivir dentro de una comunidad -así entendida-, no vive sólo *junto a* tales realidades -obras culturales, valores, personas, instituciones...-; vive *entramado con ellas*, vinculado de raíz, comprometido en la creación constante de todo género de relaciones¹⁶¹.

Esta forma profunda de vivir la vida comunitaria no puede ser objeto de coacción y regulación por vía legislativa. Si queremos que los colaboradores de una empresa compartan y asuman una cultura empresarial basada en valores elevados -encuentro, solidaridad, participación creativa...-, tenemos una vía eficaz, adecuada a la sensibilidad de los seres racionales y libres: la formación sugerida por el "método EPC", la vía que propone la "Escuela de Pensamiento y Creatividad" de descubrir personalmente las doce fases del desarrollo personal, con los conocimientos que facilita y las transfiguraciones que exige. Un código deontológico puede proponer ciertos valores como determinantes de la actividad de los colaboradores de una empresa. Pero estos colaboradores sólo pueden conocer tales *valores* y asumirlos como propios -transformándolos, así, en *virtudes*- si, mediante todo un proceso formativo, han descubierto por sí mismos que los valores son fuente de posibilidades que nos apelan -o invitan- a asumirlos en nuestra vida. Sólo al responder positivamente a tal apelación, descubrimos la importancia de tales valores para nuestra vida.

Entre tales valores figura, por ejemplo, la *confianza*. De nada sirve afirmar que este valor ha de ser determinante en la empresa si los trabajadores no han descubierto en su proceso de desarrollo la importancia de este valor -y esta virtud- y si en la empresa no se han establecido unas

¹⁶⁰ Estas doce fases son descritas ampliamente en mi obra: *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2011, 2ª ed.

¹⁶¹ Recordemos que la persona se constituye como tal y se desarrolla creando vínculos de diverso orden con multitud de realidades, como la familia, el colegio, el pueblo, la tradición, las amistades, las instituciones... En una obra ya clásica en psicoterapia: *El proceso de convertirse en persona* (Paidós, Barcelona 2007, 17ª ed.), escribe Carl R. Rogers: «Por cierto, la persona que se embarca en el proceso direccional que he denominado "vida plena" es una persona creativa. Su apertura sensible al mundo y su confianza en su propia capacidad de entablar relaciones nuevas con su medio la convierten en el tipo de persona de quien surgen productos creativos y cuya manera de vivir es igualmente original».

relaciones tan estrechas entre directivos y trabajadores que surja espontáneamente en ellos el sentimiento de confianza¹⁶².

Conviene mucho destacar que la verdadera unión con las realidades de su entorno la gana una persona cuando asume las posibilidades que éstas le ofrecen y, a su vez, les otorga las suyas. En este intercambio de posibilidades creativas se desarrollan las personas y tejen tramas comunitarias, que son tanto más relevantes cuanto más promueven el dinamismo creador de quienes las fundan. Cuanto más se consagra una persona a crear esas formas de unidad profundas –por creativas– con las realidades abiertas de su entorno, más libre se siente –con *libertad creativa*– y más afirmada en su propia identidad.

La entrega al servicio de la comunidad no se traduce, por tanto, en *alienación* o en *fusión*. La persona es independiente y solidaria a la par, autónoma y heterónoma; es decir, se rige por las normas que le vienen propuestas del exterior, pero, al asumirlas e interiorizarlas, las hace propias. De ahí que la inserción en la empresa no se traduzca para el trabajador en servidumbre, sino en medio para el perfeccionamiento de su personalidad. En el *nivel 2*, cuando nos entregamos a algo valioso, no nos perdemos; ganamos posibilidades de crecimiento personal. Es el prodigioso juego de la vida creativa, en la cual sólo nos perdemos como personas cuando nos alejamos, por egoísmo, de las realidades del entorno¹⁶³.

La unión de un trabajador con la empresa puede llegar a ser “íntima” cuando, al intercambiarse posibilidades, crea con ella un campo de juego común, en el cual se superan las escisiones entre el dentro y el fuera, el interior y el exterior, lo mío y lo tuyo. Entonces podemos decir, en verdad, que el trabajo se convierte en un *juego creador* y se llena de sentido. Con ello, adquiere un carácter leve, aunque sea duro, pues nada hay más leve que lo que uno realiza movido por un impulso interior, sabiendo qué papel juega en el conjunto de su centro laboral y qué metas está ayudando a conseguir.

Esta relación con la empresa se gana desde la atalaya de los niveles 2 y 3, en los cuales se relacionan diversas realidades abiertas, que se constituyen como tales precisamente al interrelacionarse creativamente. Al hacerlo, no se *fusionan* diversas individualidades; se *integran*¹⁶⁴. Cuando

¹⁶² En su ya citado libro, Roberto Servitje, cofundador –con su hermano Lorenzo– del Grupo Bimbo, muestra, de forma bien articulada, cómo han de dosificar los directivos la participación de los trabajadores en la empresa a fin de que cobren confianza de modo progresivo

¹⁶³ En la filosofía contemporánea se concede al juego gran relevancia en orden a la formación personal. Pero se trata del juego entendido, no como mera diversión, sino como *relación creativa de los jugadores* dentro de la trama de posibilidades fijada por el reglamento. Véase mi obra *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid 1998. 3ª ed., págs. 33-180.

¹⁶⁴ La fusión es una forma de unión perfecta en el *nivel 1*, en el que dos bolas de cera pueden fusionarse y formar una sola bola de tamaño mayor. En cambio, este modo de unión es letal en el *nivel 2*, pues anula la identidad de las realidades e imposibilita toda forma de unidad de integración. La unión adecuada a los niveles 2 y 3 es la de integración. «*El ser humano –escribe Marcos Arruda– deja de ser concebido como un individuo aislado y en competencia permanente con los otros y pasa a ser visto como un ser en relación, consciente de los desafíos comunes a enfrentar y de una existencia común a compartir*”. Apud Gerardo T. Farrell: “El empleo. Economía solidaria y economía de mercado”, en *Consudec*, Buenos Aires, nº 814, junio 1997.

diversas personas asumen libre y gustosamente las posibilidades de trabajo que les ofrece una empresa con el fin de lograr una meta común valiosa, dan lugar a un modo muy elevado de unidad, años luz superior a la unidad del *colectivismo*, que une externamente en una meta común a personas despojadas de su capacidad de iniciativa.

El trabajo, convertido en juego creador, es fuente de motivación

El trabajo adquiere un carácter valioso de *juego creativo* cuando el trabajador se ve inserto en la empresa *de forma activa* y es invitado a dar, en ella, lo mejor de sí mismo. Se advierte con frecuencia que, cuando las personas tienen la posibilidad de dar lo mejor de sí mismas, acaban dándolo. En cambio, un operario suele volverse indiferente cuando no tiene posibilidad de participar. De aquí se desprende que, además de facilitar un salario justo, debe la empresa –por su propio bien– ofrecer a sus colaboradores la posibilidad de obtener, en el trabajo, satisfacción, prestigio, seguridad y autoconfianza. «*Para crear interés en los trabajadores –escribe Akio Morita, presidente de Sony–, éstos deben ser incorporados a la familia y tratados como miembros respetados de ella*». Y Carlos Llano, especialista en Ética de la Empresa, advierte: “*Se atisba ya un trabajo cuya finalidad sea la afirmación de uno mismo y el cumplimiento de una misión en el mundo*”.

Los seres humanos no nos vemos afirmados en nosotros mismos –seguros de nuestra valía personal y dotados de la necesaria autoestima– cuando carecemos de las posibilidades necesarias para realizar nuestras potencias. Nacemos dotados de ciertas potencias: inteligencia, voluntad, sentimiento, capacidad creativa... Pero, si no tenemos ocasión de aplicar estas *potencias* a ciertas *posibilidades*, apenas podemos ser creativos, y nos vemos abocados a la frustración¹⁶⁵. La empresa ha de analizar bien dichas potencias y ofrecer las posibilidades adecuadas para desarrollarlas. Esta práctica implica una *ética del éxito económico* y, a la vez, una *ética del desarrollo integral del ser humano*. Lo subraya certeramente el gran empresario Akio Morita:

«Pienso que todo el mundo experimenta un sentimiento de satisfacción cuando lleva a cabo un trabajo que representa un desafío, cuando el trabajo de esa gente y el papel que cumple en la compañía son reconocidos».

«En consecuencia –añade Philip de Woot–, todos los esfuerzos deben tender hacia la transformación del trabajo en actividad creadora, factor de enriquecimiento humano. La evolución técnica favorece este curso. Pero las tendencias naturales de toda sociedad [...] se oponen a dicha evolución».

Este sentido creativo del trabajo se acrecienta si, en virtud del *principio de subsidiariedad*, se concede a cada trabajador cierto poder de iniciativa, dentro de su área de competencias y en la medida de lo posible. Tal delegación de funciones suscita interés en el ánimo del trabajador y lo

¹⁶⁵ Recordemos que el genial Leonardo da Vinci estuvo dotado de cualidades extraordinarias, pero no pudo llevar a cabo su deseo de volar. Le faltaron, “posibilidades”. Éstas se las facilita a cada sociedad su pasado histórico.

motiva, pues ve su esfuerzo recompensado al gozar de cierta autonomía. Esta alta motivación dispone al trabajador para realizar el esfuerzo de adaptación que puedan exigirle los cambios que realice la empresa.

Necesidad de dar sentido a la vida de la empresa

Así como toda persona necesita dotar su vida de sentido para no vivir sobre el vacío y sentirse desorientada y, por tanto, insegura e infeliz, las empresas tienen el cometido básico de dotarse de sentido en todo momento y toda circunstancia. El negocio tiene siempre un *significado*. Pero no siempre presenta un *sentido*. La empresa goza de pleno sentido cuando se halla bien orientada, y la orientación justa de una asociación de personas es –según hemos visto en el primer capítulo– la que viene inspirada e impulsada por el *ideal de la unidad*.

Este ideal parece hallarse y actuar en un nivel distinto al de la vida empresarial, y lo está cuando ésta se orienta hacia el mero incremento de la rentabilidad económica. Tal orientación se presenta, a menudo, como la normal. Pero está lejos de serlo, pues la actividad propia de una persona que considera la unidad como su ideal es moverse, al mismo tiempo, en los niveles 1, 2 y 3.

Por esta profunda razón es tan importante en nuestra formación aprender a *integrar*, es decir, a vincular diversos niveles de realidad. Es la tarea de la *inteligencia madura*, que mira hacia más allá de lo inmediato, hacia los lados y hacia lo profundo, y descubre las relaciones que se crean entre las realidades y los acontecimientos. Este *pensamiento relacional* capta la vinculación profunda que debe haber entre el desarrollo personal de los trabajadores y el crecimiento de la empresa, el cumplimiento de los anhelos personales de los colaboradores y el logro de las metas de la institución, la atención de cada uno a sus obligaciones familiares y el cumplimiento responsable de sus deberes respecto a la empresa.

El *pensamiento relacional* -propio del *nivel 2*- tiene flexibilidad suficiente para coordinar actividades que parecen, en principio, opuestas entre sí. Esta oposición no se supera mediante género alguno de lucha entre clases –como se dio por hecho durante demasiado tiempo–, porque tal lucha no hace sino encrespar los dilemas. La solución óptima es superar el carácter dilemático de las actitudes que en el *nivel 1* son opuestas. Todo depende del hecho decisivo de descubrir las experiencias reversibles y, en su cima, las experiencias de encuentro (*nivel 2*), pues la actitud creativa que las lleva a cabo supera la precaria calidad de las actitudes propias del *nivel 1*. En éste, la libertad y las normas se oponen insalvablemente, por tratarse de una mera *libertad de maniobra* y de *normas restrictivas*, que merman ese tipo de libertad. En el *nivel 2*, afortunadamente, la libertad adquiere la alta condición de *creativa* y las normas se convierten en *cauces de creatividad*.

Así, en un mero *negocio* -actividad cuya meta se reduce a lograr los máximos beneficios posibles (*nivel 1*)- es difícil armonizar la competitividad y la promoción de la dignidad personal de los trabajadores. Basta convertir el negocio en *empresa* -institución preocupada, a partes iguales, por promover la ganancia económica y el crecimiento personal de los colaboradores (*nivel 2*)- para que estos dos fines se potencien entre sí. La flexibilidad intelectual para integrar los niveles 1, 2 y 3 la obtiene la empresa cuando moviliza toda la creatividad que albergan y que exigen las

personas, realidades abiertas, capaces de proponerse metas, realizar proyectos para alcanzarlas, poner en juego los medios necesarios, aunarse con otras personas de mentalidad afín e intereses comunes.

He aquí cómo el secreto del éxito integral de una empresa radica en un cambio de nivel, en el ascenso del *nivel 1* a los niveles 2 y 3. No es extraño, pues toda la investigación filosófica y antropológica de los siglos XX y XXI tiende a dar el "salto" (Karl Jaspers) de la vida inauténtica -propia del *nivel 1*- a la "vida auténtica", la que surge en los niveles 2 y 3. Vida auténtica es la que tiene pleno *sentido*, no sólo *significado*. Al situar la vida de la empresa en estos niveles, se armonizan todos los aspectos de la misma que se han considerado durante siglos como opuestos, con las nefastas consecuencias que conocemos, pero que se vuelven complementarios con sólo adoptar la actitud correspondiente a un tipo de actividad, como el empresarial, que debe integrar los tres niveles: el 1, el 2 y el 3. Al armonizar las actitudes propias de éstos, la empresa integra el significado y el sentido, y alcanza un alto grado de excelencia.

Llevar a cabo tal armonización es tarea propia de los líderes excelentes, que hacen gala de una inteligencia madura, flexible y profunda al mismo tiempo, y dotan a las empresas de un espíritu singular que podemos denominar "alma". Las *empresas con alma* movilizan la inteligencia y el corazón para ensamblar fecundamente las personas y la cultura de la empresa, la rentabilidad económica y la atención a proveedores y destinatarios. La verdadera cultura de la empresa es generada, día a día, por las tramas de encuentros que generan los directivos y los colaboradores, con una forma de solidaridad unida al empeño común de competir, al deseo innato que tienen los trabajadores de no verse reducidos a la función que desempeñan en el conjunto¹⁶⁶.

La clave para superar actitudes de la empresa consideradas como opuestas

De manera escueta podemos ahora entrever que la superación de las supuestas paradojas planteadas por el deseo de prestar la debida atención al rendimiento económico de la empresa y al desarrollo personal de los trabajadores sólo puede realizarse si nos situamos en los niveles 1, 2 y 3.

1. La actitud éticamente valiosa es "rentable" para la empresa si ésta entiende la "rentabilidad" no sólo en el *nivel 1* sino también en los niveles 2 y 3. En el primero, significa incremento de beneficios económicos. En el 2, alude a un aumento de calidad en la vida personal de los trabajadores. En el 3, remite a la capacidad de todos, directivos y empleados, de optar por los grandes valores: unidad, verdad, bondad, justicia, belleza. Esta opción garantiza que el encuentro realizado en el *nivel 2*, tendrá continuidad porque no responde sólo ni primordialmente

¹⁶⁶ Desde su amplia experiencia empresarial escribe Roberto Servitje: «La empresa tiene una influencia decisiva en la vida socioeconómica; influye sobre el nivel y la calidad de vida, la economía, los valores, el desarrollo, la paz social. Empresas sanas, eficientes, responsables, que operen con armonía, calidad y productividad, contribuirán a una sociedad sana y positiva. Empresas ineficientes, irresponsables, cuyos integrantes trabajen en pugna, donde no se respeten los grandes valores, serán precarias, improductivas, conflictivas y propiciadoras de una sociedad igualmente enferma y negativa" (Cf. *Bimbo. Estrategia del éxito empresarial*, Pearson Education, México 2003, p. 107).

a mero interés o apetencia sino también al aprecio por los grandes valores que dan dignidad y excelencia a la persona humana.

2. Si los directivos de la empresa conjugan la atención a los intereses y a los valores, actuarán con veracidad, bondad, justicia y belleza. Esta actitud suscitará confianza en los subordinados y hará posible promoverlos a puestos de creciente responsabilidad directiva.
3. Si los trabajadores responden de forma confiada y solidaria con los intereses de la empresa, su más alta participación en la misma se traducirá en una mayor motivación y eficacia laboral. Entenderán las directrices de los superiores más como resultado de su *autoridad* que de su *capacidad de mando*, con lo cual se irá superando paulatinamente la escisión entre la dirección y los subordinados, que irán adquiriendo un progresivo carácter de *colaboradores*.
4. Al conseguir esta cualificación,
 - a) se supera la escisión entre la dirección jerárquica de la empresa y la participación de los trabajadores en ella;
 - b) no sólo se compatibiliza la competitividad de la empresa y la promoción de la dignidad de los trabajadores, sino se incrementa la eficacia de éstos, con el consiguiente incremento de beneficios. Con lo cual queda patente que, para aumentar la productividad de la empresa, no hace falta reducir los trabajadores a meros medios para el logro de beneficios;
 - c) se advierte que el ejercicio de la autoridad no amengua la confianza de los colaboradores, antes la acrecienta;
 - d) se descubre que es posible velar, al mismo tiempo, por los intereses de la empresa y los de los trabajadores;
 - e) se muestra que, en ciertos casos, el beneficio económico no es resultado de una cosificación injusta de los trabajadores; es un indicador de la calidad integral de la empresa. Lo advierte certeramente Juan Pablo II:

«El desarrollo integral de la persona humana en el trabajo no contradice sino que favorece, más bien, la mayor productividad y eficacia del trabajo mismo, por más que esto pueda debilitar centros de poder ya consolidados. La empresa no puede considerarse únicamente como una "sociedad de capitales"; es, al mismo tiempo, una "sociedad de personas", en la que entran a formar parte de manera específica y con responsabilidades propias los que aportan el capital necesario para su actividad y los que colaboran con su trabajo»¹⁶⁷.

En esta línea se movió siempre, según confesión propia, el fundador del Grupo Mapfre, Ignacio Larramendi, como quedó de manifiesto en la

¹⁶⁷ Cf. Encíclica *Centessimus Annus*, 43 b.

conferencia que pronunció, poco antes de morir, en un curso sobre valores organizado por la Sociedad Española de Axiología. “*Sin ética –afirmó– no se puede triunfar en la empresa a la larga. No es que con ética a veces se pueda triunfar, sino que, a la larga, sin ética no se puede triunfar*”. Si confrontamos la buena marcha de su empresa en diversas naciones con el fracaso de otras que adoptaron procedimientos poco éticos, parece confirmarse la exactitud de dicha sentencia. No es extraño que esto suceda, pues los valores éticos ordenan la vida de modo adecuado a las exigencias de toda empresa humana cualificada¹⁶⁸.

Para la comprensión plena de lo antedicho nos ofrecen hoy contribuciones muy sugestivas los estudios realizados sobre las distintas formas de inteligencia; entre ellas, la *inteligencia emocional* de Daniel Golemann y la *inteligencia grupal* de R. Stenberg y W. Williams. Golemann subraya la idea de que saber relacionarse debidamente con los demás, suscitar sentimientos constructivos y crear afectos creativos es más fecundo para la vida humana que poseer un alto coeficiente académico. Inspirado en esta idea, afirma que el nuevo criterio del profesional consiste en valorar «el modo en el que nos relacionamos con nosotros mismos y con los demás mediante cualidades personales como la iniciativa, la empatía, la adaptabilidad o capacidad de persuasión»¹⁶⁹. En la misma línea escriben Stenberg y Williams:

«Una conclusión importante es que el éxito de un equipo laboral y su eficacia están relacionados con el hecho de que existan personas capaces de motivarse a sí mismas y motivar a los otros organizándoles sus redes informales en equipos. Las redes informales hacen referencia a la comunicabilidad y la confianza entre las personas de un trabajo. En este contexto, estar bien, sentirse bien, es requisito necesario para trabajar a gusto y ser eficiente. Hablando en términos empresariales, se dice que produce mucho más una persona que tiene una actitud positiva y optimista que aquella otra que se limita a cumplir con su obligación. La nueva cultura del trabajo que ahora se recomienda es, o al menos así parece, una cultura más humana, dado que se considera que la persona es la clave para interpretar la información y transmitir un conocimiento en continua renovación»¹⁷⁰.

Tras este recorrido, constatamos que para orientar con garantía de futuro la vida empresarial nos ofrece una lucidísima clave la concepción relacional de la realidad y la descripción de los niveles en que podemos movernos. Éstos vienen a configurar una especie de mapa de la vida personal que nos permite definir, rápida y claramente, dónde estamos y qué sentido tiene esa situación nuestra en el conjunto de la vida. Esta idea de lo que somos en cada momento, debido a nuestras actitudes básicas, nos lo

¹⁶⁸ En esta línea de pensamiento se supera radicalmente el riesgo de que el tipo de racionalidad propio de la economía capitalista, eficaz para incrementar la productividad, pueda eclipsar las “razones del corazón”, la tendencia decidida al cultivo de la vida comunitaria.

¹⁶⁹ Cf. *La práctica de la inteligencia emocional*, Circulo de Lectores, Barcelona 1999, p. 15.

¹⁷⁰ Apud Manuel Cuenca: *Ocio humanista*, Universidad de Deusto, Bilbao 2000, págs. 262-263.

dice un estudio bien articulado de nuestra condición relacional y de los niveles de realidad y de conducta en que podemos situar nuestra vida en los diferentes momentos y situaciones¹⁷¹. Aplicar el resultado de este estudio a la organización y dirección de empresas es una fuente inagotable de luz y de creatividad.

Un testimonio elocuente de empresarios preocupados por la excelencia

Roberto Servitje expone de forma sencilla y lúcida, en su libro *Estrategia de éxito empresarial*¹⁷², las razones del sorprendente desarrollo que ha obtenido la empresa panificadora internacional "Bimbo", que fundó en México con su hermano Lorenzo.

Ideal de la empresa

Desde el principio se propusieron los fundadores tener ideas muy claras sobre el tipo de empresa que querían promover desde su concepción cristiana de la vida:

«Vemos a la empresa como una comunidad de personas que trabaja de manera permanente en construir una empresa altamente productiva y plenamente humana. El espíritu de nuestra empresa lo formamos todos, siguiendo nuestra regla de oro: respeto, justicia, confianza y afecto»¹⁷³.

La productividad debe ir aliada con el empeño en perfeccionar a las personas implicadas de algún modo en la empresa. Ambos aspectos pueden muy bien complementarse si se guarda un *respeto incondicional* a la persona humana, respeto entendido –en sentido positivo– como estima y colaboración. «Para nosotros era muy claro, por nuestra formación cristiana, que la persona no es un instrumento» (Lorenzo Servitje) (43). Por eso «la empresa no debe hacer cosas con los hombres, sino hacer hombres con las cosas», en frase de Andrés Restrepo (44). «Como intervención solidaria de seres humanos para servicio de seres humanos, los objetivos económicos y sociales –internos y externos– de una empresa están ligados de manera inseparable» (59).

La filosofía de la empresa

Para lograr esta meta, los hermanos Servitje diseñaron desde muy pronto su "filosofía empresarial", es decir, las líneas maestras de su forma de concebir y realizar la empresa. "La historia reciente nos advierte que en la dura lucha por la supervivencia sólo prevalecen las empresas con una base sólida y con una serie de valores, de principios rectores que les

¹⁷¹ Véase los capítulos 1 y 2.

¹⁷² Cf. o. c., Pearson Educación de México, 2003.

¹⁷³ Cf. o. c., p. 40. En adelante citaré en el texto, indicando sencillamente las páginas del libro.

permiten cobrar fuerza institucional" (46). Podemos condensar tales principios en los puntos siguientes:

1. El hombre viene al mundo con la finalidad de trascender lo inmediato. Nacemos para ser útiles, pensando en los demás.
2. Los valores de la humanidad son éstos: respetar y querer a las personas, permitir que crezcan, solidarizarse con ellas generosamente, reconocer que el trabajo tiene un mérito.
3. Hay que promover cuanto conduzca al bien de las personas y al crecimiento del bien común: el cuidado de la ecología, la limpieza de la publicidad, el respeto a las leyes, el ahorro y la austeridad.
4. La empresa tiene "alma", y en sus actos actúa responsablemente. La responsabilidad social implica no engañar a las personas, no aprovecharse de ellas: ni de los clientes, ni de los proveedores, ni, mucho menos, de los colaboradores (60).
5. La empresa debe lograr toda la excelencia que exige su misión. Para ello debe irse transformando, bajo la dirección de sus líderes, que con corazón, inteligencia y visión de largo alcance se lanzan a esa labor (62).
6. La conquista de la excelencia supone conseguir una alta calidad en los productos y en los servicios. El logro de esta meta exige involucrar al personal en la empresa, darle posibilidades de participar activamente en todo cuanto ella implica¹⁷⁴. Este concepto de *participación* fue decisivo en el despegue espectacular del grupo Bimbo en diversas naciones. Los trabajadores del nuevo Bimbo instalado en Guatemala hicieron este público reconocimiento: «*Nunca nos habían hablado así, nunca nos habían tomado en cuenta así, nunca nos habían respetado así*» (236).
7. Si el trabajador, en cualquiera de las múltiples actividades de la empresa, es consciente de la importancia que tiene en el conjunto de ésta la función que realiza, su trabajo se convierte –como hemos visto– en *juego creador* y cobra verdadero sentido. Al ver su actividad llena de sentido, se siente satisfecho (88). «*Todos queremos saber por qué hacemos algo y para qué lo hacemos; queremos aportar, no sólo nuestros brazos o inteligencia, sino nuestra emoción, creatividad, estilo y responsabilidad*» (113).
8. Este sentido del trabajo se acrecienta si, en virtud del *principio de subsidiariedad*, se concede a cada trabajador cierto poder de iniciativa, dentro de su área de competencias y en la medida de lo posible. Esta

¹⁷⁴ Notemos que, en el *nivel 1*, un producto –por ejemplo, una tarta– se consume con mayor rapidez y toca a menos a medida que aumenta el número de quienes participan de él. En el *nivel 2* –por ejemplo, en el acto de interpretar una obra musical–, la realidad en la que se participa –en este caso, la obra interpretada– no se consume; incrementa su valor a medida que es objeto de mayor atención por un número más elevado de personas. De hecho, el lema de los fundadores de la empresa *Bimbo* parece haber sido éste: "¡Lo mejor, para el mayor número...!" Esta dadivosidad no agota lo que se reparte; al contrario, lo promueve en cantidad y calidad. Vemos, de nuevo, la eficacia insospechada de la teoría de los niveles de realidad y de conducta. Es una fuente de luz para aclarar que ciertas medidas inspiradas en una ética bien configurada no son paradójicas sino *perfectamente lógicas* –con la lógica propia de los niveles 2 y 3–, y, por tanto, viables.

delegación de funciones suscita interés en el ánimo del trabajador y lo motiva, pues ve su esfuerzo recompensado al gozar de cierta autonomía (91). Esa alta motivación dispone al trabajador para realizar el esfuerzo de adaptación que pueden exigirle los cambios que haya de realizar la empresa.

Esta especie de "gerencia múltiple" (Charles McCormick) o "gerencia participativa" (Douglas McGregor) facilita la autorrealización de los trabajadores y supera el riesgo de alienación que entrañan las formas hiperespecializadas de trabajo, como bien fustigó Charles Chaplin en su película "Tiempos modernos" (92). El empresario que es buen líder se cuida de liberar los potenciales ocultos de cada colaborador (112). A menudo, la falta de productividad y eficacia de una empresa es causada por la falta de liderazgo de sus dirigentes. Por el contrario, ciertos éxitos espectaculares de algunas empresas se deben en buena medida al fomento de la participación de los colaboradores:

«Pienso que el éxito del empresariado de ese país (Japón) se debe más que nada al respeto a las personas -escribe R. Servitje-. [...] Se les permite participar. Y ellas se entregan con toda el alma. Piensan que su empresa es un lugar que tienen que cuidar; que es parte de sí mismos [...]. Sin duda, lo más importante en este milagro es que, en vez de usar a las personas, las involucra» (115).

La tendencia a conceder a los trabajadores ciertas competencias dentro de su área de acción es muy rentable para la empresa, pero no ha de realizarse por esta razón utilitarista, sino por la convicción de que debemos orientar la actividad empresarial hacia el logro de una sociedad más libre, más justa y más creativa (116). Tomar a la persona como un ser digno de participar creativamente, no como un instrumento -un "recurso" más dentro del "material humano" de la empresa-, supone un avance histórico, como lo fue el superar las condiciones de esclavitud o cuasi esclavitud de las primeras empresas del tiempo de la Revolución Industrial (117). La posibilidad de participación dignifica a la persona. Es una clave para conseguir la justicia social plena. Ciertamente, en los últimos tiempos se avanzó mucho en cuanto a justicia, pero conviene advertir que la verdadera justicia radica en el comportamiento que dignifica plenamente a toda la persona.

Por ser tan importante este género de *participación*, conviene estudiar cuidadosamente cómo graduar la forma de realizarla:

- *La participación en la empresa.* Se empieza ofreciendo a los trabajadores la posibilidad de participar en la *información*. Para ello se les hace saber cuanto necesitan para situar debidamente su trabajo en el conjunto de la empresa. Esto implica que los dirigentes procedan siempre con la mayor corrección y limpieza, de modo que estén en disposición de decirlo todo, de forma transparente, a las personas adecuadas, de forma adecuada y en el tiempo justo (121-122).
- Una vez que, al actuar así, los dirigentes ganan la confianza de los trabajadores, éstos tienden a adoptar una actitud de cooperación fiel -opuesta a la lucha de clases-, y convierten su posible actitud neutra o

negativa en una actitud receptiva, confiada, activa, participativa. En este clima de mutua apertura, en la que trabajadores y dirigentes se ven mutuamente como fiables, es posible a éstos comunicar a aquellos los éxitos y los fracasos de la empresa, e involucrarlos en las estrategias de la misma para que participen con buen ánimo en ellas aunque impliquen sacrificios, como puede suceder en las revisiones de contrato y en los cambios de puestos de trabajo.

- Los dirigentes no rehúyen recabar la opinión de los trabajadores sobre temas que pueden caer en su campo de atención y conocimiento. Cuando los trabajadores advierten que de veras se les oye, se les escucha, se tienen en cuenta sus opiniones –basadas en su experiencia diaria–, suelen estar más dispuestos a procurar que las decisiones tomadas tras esas consultas no fracasen.
- La participación de los trabajadores presenta, en casos, un carácter institucional. Algunos de ellos llegan a adquirir rango de gerentes. Por ejemplo, para gestionar el funcionamiento de la flota de 25.000 camiones que posee la empresa, con los consiguientes accidentes y la problemática que éstos plantean, se creó una *Comisión de seguridad* formada por los trabajadores del sector. De ordinario, éstos responden a tal muestra de confianza por parte de los directivos con una mayor implicación, una actitud más positiva, una mayor confianza en sus posibilidades y un poder de iniciativa superior. Esta acrecentada autoestima agudiza el ingenio, alimenta la imaginación creadora, mejora la creatividad. Al adquirir este grado de madurez, la participación de los colaboradores en la empresa muestra toda su eficacia. Es así como «se puede liberar y desencadenar ese enorme potencial que hay en todo hombre cuando es tratado como persona» (132).

1. Una vez que los trabajadores se hallan cordialmente implicados en la empresa, se crea el clima de confianza suficiente para que los dirigentes tengan la libertad interior de comunicarles verazmente la tabla de resultados y consideren como algo normal su participación en los beneficios. Este tipo de participación no es considerado por ellos como una imposición molesta, sino como un medio para alcanzar la equidad y promover la armonía y la productividad (131-132).

Esta forma de participación nos lleva a la estación término del proceso de mutua colaboración: la participación en la propiedad (124, 140-142). La voluntad eficaz de que el trabajador se sienta inserto realmente en la empresa lleva a los dirigentes a fomentar y hacer posible el ahorro, por ejemplo mediante el *salario de inversión*, un salario extra destinado a un fondo del trabajador para adquirir acciones. En cuanto empiezan a lograr, así, un patrimonio, los trabajadores advierten que van triunfando en la vida, no se sienten explotados y ganan una creciente confianza en la empresa. Esta mayor confianza intensifica la calidad del encuentro entre los dirigentes y sus colaboradores.

2. Llegar a este tipo de participación supone la creación previa de un clima de mutua confianza, ganada a base de transparencia, honradez, comunicación fluida, generosidad, respeto... Cuando la actitud de los dirigentes favorece el compromiso sincero de todo el personal, las empresas están en condiciones de dar realidad a la utopía que supone una forma de participación tan amplia como la indicada en los puntos anteriores. Queda patente en el ejemplo de ciertas empresas que destaca Servitje en las páginas 142-143.

Fiel a su "filosofía" de convertir a todos los colaboradores en *cogestores de la empresa*, Roberto Servitje considera deseable y viable unir a la dirección de la empresa a los sindicatos, instituciones que, por declararse defensores de los trabajadores, deben ser las primeras interesadas en colaborar de cerca con unos dirigentes que comparten de veras su suerte con la de sus empleados. Esta unión de sindicatos y directivos es inviable en un medio empresarial frío, rígido, interesado, poco permeable; en un ambiente sindical corrupto, y con trabajadores poco cultos. De ahí la necesidad cada día mayor de fomentar la formación en todos los estamentos relacionados con la empresa (224), pero una formación –añado por mi parte– que suponga una transformación del modo de ver la realidad, la transformación que se opera al pasar del *nivel 1* a los niveles 2 y 3. Esta transformación sólo es posible cuando las personas son atraídas por el ideal auténtico de la vida: el ideal de la unidad. Volvemos con ello al comienzo de la exposición: la "filosofía" del grupo Bimbo.

El ideal del servicio, alma de la empresa

Si, al principio, hemos dicho que el ideal del servicio era su punto de partida, ahora vemos que es también su punto de llegada, su meta y su razón de ser. «*La columna vertebral de la empresa es su filosofía*». «*Una empresa debe tener algo que la anime, que le inyecte vida, que les dé a los sindicatos sentido, un propósito que valga la pena*» (147-148). Este ideal constituye la *misión* de la empresa, su tarea a realizar. En el caso de Bimbo, su "alma" es la decisión firme de "servir bien a los demás", por la convicción profunda de que "quien no vive para servir no sirve para vivir" (148).

De aquí se deriva su compromiso, hecho público desde el principio, de ser una empresa

- altamente productiva y plenamente humana,
- innovadora, competitiva y orientada a la satisfacción de clientes y consumidores,
- ejemplar, armoniosa y dinámica (191),
- líder internacional en la industria de la panificación, con visión a largo plazo (151), empeñada seriamente en cubrir dos frentes: el económico (utilidades, calidad, eficiencia, crecimiento) y el humano (remuneración, justicia, responsabilidad social, preocupación política y ecológica...),
- orientada de tal forma que los colaboradores se sientan reconocidos y apreciados, orgullosos de trabajar en una empresa consagrada a fomentar el bien común. «*Es un deseo, consciente o inconsciente, de toda persona pertenecer a un grupo humano que viva sencillamente estos altos valores en su vida diaria*» (190).

Este ideal, considerado como el lema de la empresa, su "alma" o impulso interior, debe ser vivido y realizado a diario por sus dirigentes, cuya primera competencia es transmitirlo persuasivamente a todos los colaboradores. Si lo consiguen, cumplirán a perfección su función de "líderes", que tiene un punto más de exigencia que la condición de "administradores". Ningún cambio que valga la pena –escribe Lawrence M. Villar- *«puede realizarse sin el liderazgo enérgico y tesonero de un funcionario fuerte del más alto nivel»*¹⁷⁵. R. Servitje concede gran importancia al tema del liderazgo en la empresa y lamenta que escaseen los líderes entendidos como personas que ponen sus cualidades intelectuales, sentimentales y volitivas, así como sus destrezas de todo orden, al servicio del bien común. «La legitimación de la autoridad es la voluntad de servicio» (203), pues «el líder nace para servir» (205).

«Con vehemencia afirmo que un sano liderazgo es vital, que debemos estar alerta en cualquier área en la que actuemos para elegir, para nombrar, para aceptar, para apoyar solamente a los líderes que de verdad llenen los requisitos... Y para oponernos con todas nuestras fuerzas y posibilidades a que los puestos sean ocupados por gente indeseable» (210).

Necesidad de formar líderes

Al subrayar la importancia de contar con buenos líderes, pues «estoy convencido de que todo depende de la cabeza que dirige» (218), Servitje insiste en la idea de que «el gran problema es la educación» (224). El que está bien preparado dispone de medios suficientes para informarse y comunicarse de modo rápido y barato, para simplificar los procesos sin perder «el capital que significa un personal bien preparado» (228), para buscar mano de obra asequible pero gratificarla debidamente -en la convicción de que la obtención de beneficios no es la única finalidad de la empresa, sino también la de promover la dignidad y la felicidad de las personas-, para realizar los cambios necesarios en orden a perdurar y mejorar, avanzando así con prudencia hacia la vanguardia de la investigación y la producción.

«Es una tentación seguir haciendo las cosas igual cuando salen bien. Hay que correr riesgos si se quiere perdurar. Hoy es imposible cerrarse en sí y no estar en peligro de perecer...» (238).

El logro de la excelencia exige realizar las transformaciones necesarias para mantener, en situaciones diversas, un nivel de alta calidad. Realizar con prudencia tales cambios exige una formación sólida, no sólo intelectual sino volitiva y emocional.

«Debemos entender primero nuestro sistema educativo y después apoyar con toda nuestra fuerza su mejoramiento constante. Trabajemos firmemente para que la educación no sólo imparta conocimientos, sino que inculque también valores espirituales y principios morales» (255).

¹⁷⁵ Cf. *Un nuevo espíritu empresario*. Apud Servitje: o. c., p. 218.

En esta línea se movía el innovador ruso Mijail Gorbachov cuando escribió en su obra *Perestroika*:

«En la actualidad, nuestro principal trabajo es elevar al individuo espiritualmente, respetando su mundo interior y fortaleciendo su moral» (255).

CONCLUSIÓN

1. La atención a la verdad del ser humano

La Biología y la Antropología nos enseñan que somos "seres de encuentro"; vivimos como personas y nos desarrollamos como tales creando formas de encuentro en todos los órdenes. Nuestro ideal en la vida es crear formas elevadas de unidad con las realidades del entorno. Al hacerlo, nos sentimos personas *auténticas, verdaderas*. Podemos, pues, decir que la unidad es nuestra *verdad*. La quiebra de la unidad, debido al egoísmo, bloquea nuestro desarrollo personal, nos impide crecer –que es ley de vida– y nos hace ir a contrapelo de nuestra propia naturaleza. Nos convierte en seres *inauténticos, falseados, deformes*.

La economía, entendida como una actividad "autónoma" –en el sentido de indiferente a la suerte de los trabajadores (actitud propia del *nivel 1*)–, no hace justicia a la verdad del hombre, a lo que es y a lo que está llamado a ser. Responde a un tipo de pensamiento miope, unilateral, no relacional, inmaduro.

El empresario que es respetuoso con la *verdad* de sus colaboradores –es decir, con su *verdadero modo de ser*–, asume que éstos son personas y necesitan desarrollarse como tales (*nivel 2*). Les facilita posibilidades para ello y evita considerarlos como mero "material humano". No los somete a la rueda dentada de los intereses económicos, pues, si es verdad que pueden ser definidos como "seres de empresa", no lo es menos que son un "nudo de relaciones" de todo orden: biológicas, afectivas, culturales, religiosas... Su trabajo no puede ser reducido a la condición de mera "mercancía" (*nivel 1*), pues su meta es edificar toda una vida personal, familiar y social (niveles 1, 2 y 3).

El empresario que orienta su vida y su actividad hacia el ideal de la unidad se atiene a la verdad del hombre y de la naturaleza. Por eso adopta una actitud *ecológica*, tanto respecto al entorno natural como al humano. Tal cultivo se da en los niveles 1 y 2. Las personas que se mueven exclusivamente en el *nivel 1* –el de la posesión, el dominio y el manejo de objetos– no tienen reparo en maltratar el medio ambiente, pues no operan con una inteligencia madura; se hallan atadas a intereses inmediatos y no ven a lo lejos, ni alrededor ni en profundidad. Basta recordar, por ejemplo, que un vertido injustificado –por no adaptarse a la salubridad del entorno– puede resolver un problema inmediato y satisfacer los propios intereses, pero suele plantear pronto dificultades mayores para la sociedad, incluso para el mismo infractor. En el *nivel 1* no hay ecología posible, ni natural ni personal. Fomenta el afán dominador y posesivo –que es siempre unilateral–; no nos deja ver las realidades en su contexto, y nos enceguece, así, para descubrir el *sentido* profundo de lo que hacemos.

Cuando se ven respetados, como conviene a su *verdadero* ser personal, los trabajadores se hallan satisfechos, por ver salvaguardada su dignidad, y suelen animarse a participar con más ahínco en la vida de la empresa. Ello redundará, obviamente, en un incremento de la productividad y la calidad.

El ideal de la unidad (*nivel 3*) insta a los dirigentes empresariales a promover la participación de los trabajadores en la empresa, y les inspira medios eficaces para ello. *Participar* significa asumir activamente unas posibilidades para dar lugar a algo nuevo dotado de valor (*nivel 2*). Justamente, ésta es la definición exacta de la creatividad. Cuando uno puede participar, se siente creativo y, por tanto, dignificado.

De aquí se infiere que para promover la dignidad personal de los trabajadores no basta concederles un salario justo. Esto es indispensable en lo que toca al *nivel 1*, el de la satisfacción de las necesidades primarias. Es necesario darles posibilidades para desplegar sus mejores potencias. De esta forma, ven su trabajo convertido en *juego creador*, actividad que pertenece al *nivel 2*.

Situar la vida humana exclusivamente en el *nivel 1* es un error antropológico que destruye todo tipo de ecología. En ese nivel se quiere dominarlo todo, incluso las personas, en vez de respetar su capacidad de iniciativa y fomentar su poder creador¹⁷⁶. Para entender bien esto, conviene advertir que es totalmente justa la exigencia de elevar todo lo posible la llamada "calidad de vida", pero esta expresión no debe ser entendida sólo en el *nivel 1*. Si no se presta la atención debida a la actividad creativa propia del *nivel 2* -basada en la atención a la verdad, la justicia, la bondad, la belleza, la unidad (*nivel 3*)-, se corre riesgo de caer en el consumismo y en diversas adicciones. A ese mismo error se debe que en muchos hogares se dé primacía al incremento de los bienes materiales sobre el cultivo del ambiente familiar acogedor, que es el lugar por excelencia del encuentro, con sus valores y sus virtudes peculiares.

El auténtico ideal nos lleva a no alienar el trabajo, es decir, a no bajarlo de nivel. En el *nivel 1*, el empresario toma al trabajador como mero "medio para los fines de la empresa", y el trabajador considera el trabajo como "medio para ganar un salario", y reduce el salario a "medio para adquirir artículos de consumo". Nos alienamos al ser convertidos en "medios para algo" (*nivel 1*) y dejar de ser considerados como personas dotadas de iniciativa que tejen con sus semejantes tramas de ámbitos (*nivel 2*) que constituyen el "elemento" de una vida personal abierta a los más altos valores (*nivel 3*). Aliena al trabajador cuanto le impide crear con su esfuerzo un campo de vida comunitaria. El trabajador supera el riesgo de alienación cuando advierte que el trabajo supone aplicar la inteligencia, la libertad y la capacidad creativa a tareas que siente como propias, pues de alguna manera le pertenecen y constituyen su "mundo".

2. Una empresa ajustada a la verdad de sus colaboradores

Lo antedicho nos permite comprender a fondo por qué tantos empresarios coronados por el éxito destacan la necesidad de vincular la ética y la empresa. Hoy se afirma, con frecuencia, que la ética es

¹⁷⁶ Sobre la conversión del trabajo en juego creador puede verse mi obra *Estética de la creatividad*, págs. 106-110.

“rentable” para la empresa. Nada más cierto, pero la expresión es inadecuada. Y toda expresión desajustada suele reflejar una latente confusión de ideas. La rentabilidad es un concepto propio del *nivel 1*. La vida ética implica un modo de conducta característica de los niveles 2 y 3, pues alude a una interrelación creativa de personas, instituciones y grandes valores.

Si la empresa nace en la sociedad y para la sociedad, su finalidad debe ser a) obtener la máxima rentabilidad del capital invertido y del esfuerzo humano; b) promover el desarrollo humano y profesional de todos los colaboradores. Esta promoción exige dos tareas: una que se realiza en el *nivel 1* –dar un salario digno a los trabajadores, conforme a las posibilidades de la empresa–; otra relativa al *nivel 2*: facilitarles las posibilidades necesarias para desarrollar cabalmente su personalidad. Este desarrollo tiene lugar si los trabajadores ven su vida laboral llena de sentido por desarrollarse en un clima de encuentro, de buen entendimiento y armonía, de apertura a mejoras laborales. Realizar ambas tareas ha de considerarse como una *finalidad primaria de la empresa*.

«Hay que tratar a las personas como adultos, como socios, con dignidad, con respeto –escribe Akio Morita en su obra *Made in Japan*-. Tratarlas a ellas –no a la inversión de capital ni a la automatización– como la fuente principal del aumento de la productividad. Éstas son las lecciones fundamentales que se derivan de nuestra investigación sobre las empresas sobresalientes. En otras palabras, si se desea aumentar la productividad y la consiguiente recompensa financiera hay que tratar a los obreros como la partida más importante del activo»¹⁷⁷.

Al ser personas dedicadas al noble empeño de servir a los clientes, las gentes de empresa han de comenzar su actividad situándose en el *nivel 2*, cuidándose de obtener los beneficios necesarios para sostener la empresa (*nivel 1*) y poder continuar esa labor generosa de servicio (*nivel 2*), inspirada en la opción incondicional por la bondad y la justicia (*nivel 3*). Esta integración de los tres niveles les abre el camino del futuro, y nos orienta a todos hacia un nuevo horizonte:

«La próxima era en la dirección empresarial –escribe C. Francis– pertenece a quienes consideran el éxito en términos del mayor servicio posible al mayor número posible de personas».

«Hoy, quizá por primera vez –agrega R. A. Beck, presidente de la Prudential Insurance–, formamos parte del intento real de integrar dos sistemas de valores distintos: los que están orientados a ganarse la vida y los que van dirigidos a construir la vida».

Según Welbergen, presidente de la Schell alemana,

«Una política empresarial que no tenga en consideración las necesidades sociales de la comunidad y enfoque la actividad solamente bajo objetivos económicos está condenada al fracaso...

¹⁷⁷ Apud T.J. Peters y R.H. Waterman: *En busca de la excelencia*, Ediciones Folio, Barcelona 1990.

[...] La sociedad espera elevadas prestaciones económicas por parte de la empresa; sin embargo, al mismo tiempo incide en su responsabilidad social».

Este modo de concebir la empresa sólo es posible cuando se integran los niveles 1, 2 y 3. No se ve a la persona como un medio para el logro de fines ajenos a ella -lo que la rebajaría injustamente al *nivel 1*-, sino como una realidad abierta, relacional, fuente de iniciativa para servir a otros (*nivel 2*). El lema básico de la "filosofía" del grupo Bimbo se redujo desde el principio a dos palabras muy sencillas: «*Servir bien*» (niveles 1, 2 y 3). Pero ¿es viable montar y sostener una empresa conforme a los criterios de los niveles 1 y 2, bien afirmado éste en el *nivel 3*, el de la opción incondicional por los grandes valores: la bondad, la justicia, la verdad, la unidad, la belleza? Desde la perspectiva del *nivel 1*, tomado a solas, no es posible. Resulta viable, en cambio, si, al tiempo que cubrimos las necesidades propias del *nivel 1*, ascendemos al *nivel 2* y ganamos la flexibilidad de espíritu que nos da la opción por los grandes valores (*nivel 3*).

Con razón destaca Roberto Servitje, en diversos contextos, que la dinámica de la empresa debe venir dada por el amor y el respeto a las personas, lo cual no impide que haya en ella el grado debido de exigencia y firmeza en el cumplimiento de los deberes profesionales. En el *nivel 2* se coordina de forma espontánea, como algo natural, lo que puede tener de impersonal el trato con los trabajadores y el respeto a su condición de personas, vistas como algo incanjeable, no reducible a una mera función. Cuando quedamos a oscuras, solicitamos un electricista que arregle el fallo. Pero el técnico que lo haga merece un trato de *persona* porque no se reduce a la *función de electricista*, como tantas veces destacó Gabriel Marcel.

Esta mentalidad relacional da lugar al tipo de "hombre nuevo" que se viene diseñando y añorando intensamente desde la famosa década del 1920 a 1930.

«El ser humano -escribe Marcos Arruda- deja de ser concebido como un individuo aislado y en competencia permanente con los otros y pasa a ser visto como un ser en relación, consciente de los desafíos comunes a enfrentar y de una existencia común a compartir»¹⁷⁸.

Precisamente en este momento de globalización, se impone cultivar con decisión una vida personal intensa y auténtica, capaz de sustituir el espíritu de competencia hostil por una voluntad de colaboración cordial y eficaz. Esta intensificación simultánea del carácter globalizado de la economía mundial y de la vinculación cordial, sincera y eficiente de las personas, debido a una voluntad interna de comunión, significa un auténtico crecimiento espiritual de la Humanidad.

Para lograrlo, deben coordinarse dos tipos de inteligencia: la *inteligencia racional* propia de la ciencia y la *inteligencia cordial o emocional*, propia de toda persona que promueve la "cultura del corazón". A esa fecunda unión alude el renombrado economista Joseph Aloys Schumpeter al escribir estas lúcidas palabras:

¹⁷⁸ Cf. Pliego, en *Vida Nueva*. Agosto 2000, p. 29.

«Está en juego la condición humana del economista o del político: porque la economía, como actividad humana, no puede desconocer el fin de la misma: el bien, la felicidad del hombre, es decir, no puede prescindir de la ética».

Una metodología adecuada a esta reorientación de la empresa

Esta nueva forma de ver la actividad empresarial abre un nuevo horizonte, una forma de ver la vida más acorde a lo que afirma hoy sobre el ser humano la mejor Antropología filosófica. Esto significa un paso de gigante hacia una humanidad más lograda. Pero no podemos contentarnos con ello. Si queremos sacar pleno provecho de este giro, debemos avanzar más y descubrir que esta nueva actitud *viene exigida por nuestro ser más profundo*. Al hacernos cargo de ello, adquirimos una inmensa energía interior y un gran equilibrio personal, las dos cualidades necesarias para llevar adelante la ingente tarea de remodelar la actividad empresarial, en todos los órdenes: el económico, el ético, el formativo...

Aquí es donde las investigaciones de la Escuela de Pensamiento y Creatividad pueden prestar una ayuda decisiva, por varias razones concatenadas:

1. Ofrece un método eficaz para que directivos y subordinados, formadores y formandos descubran el *carácter relacional* de la vida del hombre y su actividad. El hombre es un *ser de encuentro* y no podemos desarrollarnos de forma individual sino *en relación*, por tanto, creando vida *comunitaria*.
2. Este método se preocupa de superar lo accidental e ir a lo esencial. Por eso
 - a) no sólo ayuda a descubrir ideas sino *claves de orientación*;
 - b) no sólo le interesa descubrir claves, sino fraguar *convicciones*;
 - c) no sólo procura fraguar convicciones, sino diseñar *procedimientos concretos de actuación*.

Por ejemplo, no se contenta con hablar de la necesidad de escalar cotas de alta eficiencia y excelencia. Hace ver, muy en concreto, que, si ese deseo de excelencia responde a una actitud egoísta o altanera, cuanto se haga por realizarlo sucederá en el *nivel 1*, con lo cual el fracaso humano está asegurado.

De la misma forma, no se limita a instar a los empresarios a coordinar el mando y la promoción de los subordinados. Hace ver, con toda precisión, que tal coordinación es viable si la actividad empresarial se mueve en el *nivel 2*, pues muchas relaciones que son paradójicas en el *nivel 1* aparecen en el *nivel 2* como *contrastes*. De esta forma, hace posible a los directivos *comprender por dentro* la viabilidad y la efectividad de cuanto se les recomienda.

3. Los responsables de la *Escuela de Pensamiento y Creatividad* sabemos que, si se plantea bien el problema de coordinar la actitud éticamente valiosa y la rentabilidad económica, se consigue un gran desarrollo de la

empresa y un notable crecimiento personal. Por eso nos hemos esforzado en configurar un método de pensamiento que nos permita realizar dicha coordinación de manera rápida, clara, precisa y persuasiva.

- a) *Rápida*, porque la teoría de los niveles es como un mapa que facilita el diagnóstico.
- b) *Clara*, porque cultivamos una forma de pensamiento aquilatado. Al hablar de la persona, subrayamos, por igual, su carácter individual y su condición comunitaria. De ahí la necesidad de tratar a todos los colaboradores con respeto y promocionar su dignidad.
- c) *Precisa*, porque cuidamos con esmero la coherencia del pensamiento.
- d) *Persuasiva y eficaz*. No hay nada más persuasivo que lo que se muestra, a la vez, coherente con nuestros deseos más íntimos y beneficioso para la comunidad.

Esta fecunda coherencia se consigue cuando todos orientamos la vida hacia el ideal de la unidad, en perfecta correspondencia con nuestra definición de "seres de encuentro". La máxima eficacia para la vida de comunidad la ostenta quien, además de tener una formación profesional sólida, se entrega al ideal del encuentro.

El ideal es nuestra mayor fuente de energía. Cuando es auténtico, el ideal nos da, además de energía, sentido. El que está lleno de energía y de sentido posee una fuerza de convicción insuperable. Es un gran líder, y una bendición para todos. Este tipo de liderazgo¹⁷⁹ es el que promueven con toda ilusión la *Escuela de Pensamiento y Creatividad* y la *Fundación López Quintás para el fomento de la creatividad y los valores*. Tarea del líder es mostrar la fecundidad que tienen las ideas expuestas anteriormente para armonizar la vertiente económica y la humanística en las múltiples actividades que forman la trama de una empresa.

15

LA MANIPULACIÓN DEL HOMBRE A TRAVÉS DEL LENGUAJE¹⁸⁰

En el fondo de la práctica masiva de la manipulación del hombre a través del lenguaje late una crisis del concepto y el significado de la verdad.

¹⁷⁹ En qué sentido ha de entenderse el término "liderazgo" lo explico en mi obra *Liderazgo creativo. Hacia el logro de la excelencia personal*, Ediciones Nobel, Oviedo 2004.

¹⁸⁰ El lector que desee ampliar lo expuesto en este capítulo puede acudir a mis obras: *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid 2008, 2ª ed.; *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*, PPC, Madrid 1998; *La palabra manipulada*, Rialp, Madrid 2015.

La voluntad manipuladora surge en el hombre a consecuencia del *relativismo subjetivista*, según el cual nada es verdad; todo es relativo a la opinión de cada uno. Por eso el empeño primario del manipulador es difuminar los conceptos y dominar las mentes con planteamientos arteros.

Manejado con astucia, el lenguaje permite tergiversar al máximo el sentido de las realidades:

«Conozco bien el movimiento pro eutanasia –escribe el especialista en bioética G. Herranz–. Me asombra su capacidad casi mágica de trucar el lenguaje, desdibujar conceptos, dramatizar casos, hacer de profetas de una humanidad emancipada. No invocan ya el dolor físico para la muerte compasiva, pues la medicina paliativa les ha ganado esa batalla. Quieren liberarnos del abuso tecnológico»¹⁸¹.

No pocos autores destacan el poder que ostenta el lenguaje para ganar batallas dialécticas. José Ortega y Gasset lo advierte de modo contundente: «*iCuidado con los términos, que son los déspotas más duros que la Humanidad padece!*». Por somero que sea, un estudio lúcido del lenguaje nos revela que «*las palabras son a menudo en la historia más poderosas que las cosas y los hechos*» (Martin Heidegger)¹⁸². Este poder insospechado del lenguaje procede sobre todo de la capacidad que tiene para clarificar los conceptos, matizándolos cuidadosamente, o bien para tergiversar su sentido mediante el ardid de no distinguir los distintos niveles.

«Una de las tareas más importantes del pensamiento cristiano –como de cualquier pensamiento en general– es la de distinguir –escribe Romano Guardini–. La confusión que nuestro tiempo provoca a través de conceptos y palabras resulta peligrosa para todos. Destruye el sentido para la verdad y la dignidad del ser humano, que va unida a la verdad, pero también daña la salud espiritual, que depende asimismo de la verdad»¹⁸³.

Este poder destructor del lenguaje es tanto mayor cuanto más indefensas culturalmente se hallan las personas. En cambio, si éstas aprenden a pensar con precisión, neutralizan fácilmente los recursos aviesos de los manipuladores. Si, además, cultivan el amor a la verdad, sienten aversión a toda práctica manipuladora. De ahí que en toda carrera de periodismo debieran considerarse indispensables estas tareas:

1ª) Cultivar la admiración por el lenguaje auténtico, que es algo enigmático y maravilloso por cuanto nos revela lo que es la realidad y cuál es su verdad. El lenguaje auténtico construye la vida humana; el falso la desquicia y destruye. El secreto de una buena formación radica en

¹⁸¹ Cf. Diario *La razón*, Madrid 17 marzo 2007.

¹⁸² Cf. *Nietzsche I*, Neske, Pfullingen, 1961, p. 400.

¹⁸³ *Ética. Lecciones en la universidad de Múnich*, BAC, Madrid 1999, págs. 848-849; *Ethik.Vorlesungen an der Universität München* (1950-1962), dos vols., M. Grünewald, Maguncia 1993.

entusiasmar a los jóvenes con el lenguaje verdadero y constructivo, y ponerlos alerta ante el lenguaje falso y destructivo.

2ª) Aprender el arte de ajustarnos, en el pensamiento y la expresión, a lo que ya somos y a lo que estamos llamados a ser. Esto implica ser fieles a nuestra *verdad* de personas. Nada más importante para un periodista consciente de su dignidad y su responsabilidad social que conocer la función que la verdad debe ejercer en su vida, por cuanto, al ser una persona, está llamado a amar la verdad y a vivir en ella, de ella y para ella. Esta idea es tan densa y fecunda que, si la entendemos bien y la asumimos como canon de vida, nos lleva a lo mejor de nosotros mismos, como personas y como profesionales.

3ª) Aprender a pensar con la mayor precisión y conocer cómo nos desarrollamos en cuanto personas. La ciencia actual más cualificada nos enseña que nuestra vida se desarrolla de forma dialógica, relacional, porque somos "seres de encuentro", vivimos como personas y nos perfeccionamos como tales creando diversas formas de encuentro con otras realidades valiosas. Para fomentar el encuentro debemos adoptar una actitud de respeto, estima y colaboración, que es la propia de los niveles 2 y 3¹⁸⁴. La actitud de dominio, posesión, manejo y disfrute nos aferra al nivel 1, en el cual no podemos ser creativos ni establecer relaciones de encuentro. Podemos manejar el lenguaje y dominarlo, como se hace con la materia al confeccionar utensilios, para utilizarlos conforme a nuestros gustos y fines. Pero, con ello, rebajamos su valor y su función. Este mal uso del lenguaje nos empobrece hasta el envilecimiento. Cuando se desquicia la mente, se corrompe rápidamente la persona. Y, al corromperse una persona y otra, se descompone la sociedad y se desmorona.

Para evitarlo, la primera medida es tomar conciencia de que la manipulación es un fenómeno mundial degenerativo. La segunda consiste en adquirir un modo muy preciso y profundo de pensar y de expresarse. Ambas tareas las expongo seguidamente de modo sucinto, con el deseo de que el lector las explique mediante la bibliografía indicada al final.

1. *Qué significa manipular*

Manipular -en sentido éticamente negativo- es tratar a una persona o grupo de personas -seres pertenecientes al *nivel 2 de realidad*- como si fueran objetos (*nivel 1*), a fin de dominarlos fácilmente -*nivel 1*-. Esa forma

¹⁸⁴ Considero como nivel 1 el estado en el cual nos reducimos a poseer y manejar objetos para nuestros propios fines. En el nivel 2 nos elevamos al plano de la creatividad y el encuentro. En el nivel 3 optamos por los grandes valores -unidad, bondad, verdad, justicia, belleza- y adquirimos la libertad creativa, llenamos de sentido la vida, incrementamos nuestra capacidad creativa, convertimos el lenguaje en vehículo del encuentro, desarrollamos plenamente nuestra afectividad. La descripción de los cuatro niveles positivos -en los que desarrollamos plenamente nuestra personalidad- y los cuatro negativos -en los que seguimos diversos procesos de adicción destructiva- fue realizada en el capítulo 2º y, más ampliamente, en la obra *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2011, 2ª ed., págs. 93-133.

de trato implica un rebajamiento de nivel, un *envilecimiento*. Cuando, en tiempos sombríos, se amontonaba a cientos de prisioneros en un vagón de tren, como si fueran paquetes, y se los hacía viajar así durante días y noches, no se intentaba tanto hacerles sufrir cuanto envilecerlos hasta el punto de que se consideraran unos a otros como seres abyectos y repelentes. Tal consideración les impedía unirse entre sí y formar estructuras sólidas que pudieran generar una capacidad de resistencia.

Tal reducción ilegítima de las personas a objetos es la meta del *sadismo*. En rigor, ser sádico no significa ser cruel, como a menudo se piensa. Implica tratar a una persona de tal manera que se la rebaja de condición. Ese rebajamiento puede realizarse a través de la *crueledad* o a través de la *ternura erótica*. Reducir una persona a condición de objeto y tratarla con la dureza que puede mostrar una niña con la muñeca de la que se ha cansado es una práctica manipuladora sádica. Por otra parte, la *caricia erótica* reduce la persona a mero cuerpo halagador. Es *reduccionista*, y, en la misma medida, sádica, aunque parezca tierna. La caricia puede ser de dos tipos: *erótica* y *personal*. El amor conyugal auténtico se dirige a toda la persona –no sólo a sus cualidades– y presenta cuatro aspectos o elementos básicos: la *sexualidad*, la *amistad*, la *proyección comunitaria del amor* (es decir: la creación de un hogar), la *fecundidad del amor*, su capacidad de incrementar el afecto entre los esposos y dar vida a nuevos seres. Estos cuatro elementos del amor no deben estar meramente yuxtapuestos; han de hallarse *estructurados*. Una estructura es una constelación de elementos trabados de tal forma que, si falla uno, se desmorona el conjunto. El *erotismo* consiste en desgajar el primer elemento, la sexualidad, para obtener una gratificación pasajera –*nivel 1*– y prescindir de los otros tres, pertenecientes al *nivel 2*. Ese desgajamiento puramente pasional destruye el amor de raíz, lo priva de su sentido pleno y su identidad. Por eso es violento, aunque parezca cordial y tierno.

En el albor de la cultura occidental, Platón entendió por "*eros*" la fuerza misteriosa que eleva al hombre a regiones cada vez más altas de belleza, bondad y perfección –*nivel 3*–. Actualmente, se entiende por "*erotismo*" el manejo de las fuerzas sexuales con desenfado, sin más criterio y norma que la propia satisfacción inmediata –*nivel 1*–. Obviamente, esta reclusión en el plano de las ganancias inmediatas supone una regresión cultural.

2. Quién manipula

Manipula el que quiere *vencernos sin convencernos*, es decir, el que intenta seducirnos para que aceptemos lo que nos ofrece *sin darnos razones*. El manipulador no habla a nuestra inteligencia, no respeta nuestra libertad creativa¹⁸⁵; actúa astutamente sobre nuestros centros de decisión a fin de arrastrarnos (*nivel 1*) a tomar las decisiones que favorecen sus propósitos.

En un anuncio televisivo se presentó un coche lujoso. En la parte opuesta de la pantalla apareció súbitamente la figura de una joven bellísima, que no dijo una sola palabra ni hizo el menor gesto; mostró

¹⁸⁵ El respeto, la estima y la colaboración son las actitudes que debemos adoptar respecto a las realidades propias del nivel 2: personas, comunidades, instituciones, el lenguaje, las obras culturales, los valores de todo orden...

sencillamente su imagen encandilante. De pronto, el coche comenzó a rodar por paisajes exóticos, y una voz nos sugirió al oído: «*iEntrégate a todo tipo de sensaciones!*». En este anuncio no se aduce razón alguna para elegir ese coche en vez de otro. Se entrelaza su figura con la de imágenes atractivas *automáticamente* para millones de personas y se las envuelve a todas en el halo de una frase llena de adherencias sentimentales. De esta forma, el coche queda aureolado de prestigio. Cuando vayas al concesionario de coches, te sentirás llevado a elegir éste por una especie de *automatismo*. Y te lo facilitarán, pero no la señorita. En realidad, nadie te había prometido que, si comprabas el coche, te darían la posibilidad de establecer una relación estrecha con esa joven. Eso hubiera supuesto hablar a tu inteligencia y a tu libertad, para proponerte una especie de trueque. Tal propuesta hubiera sido moralmente reprobable –pues una persona no puede ser reducida a medio para un fin–, pero no hubiera constituido una manipulación. Los responsables del anuncio aludido se limitaron a influir sobre tu voluntad de forma oblicua, artera. No te han engañado; te han *manipulado*, que es una forma sutil de engaño. Han halagado tu apetito de sensaciones gratificantes a fin de orientar tu voluntad hacia la compra irreflexiva de ese producto, no para ayudarte a desarrollar tu personalidad y ser feliz. *Te han reducido a mero cliente*. Esa forma de *reduccionismo* es la quintaesencia de la manipulación, arte de seducir que opera a través de automatismos.

Este tipo de manipulación *comercial* suele ir aliada con otra más peligrosa todavía: la manipulación *ideológica*, que impone ideas y actitudes de forma solapada, merced a la fuerza de arrastre de ciertos recursos estratégicos. Así, la propaganda comercial promueve, a menudo, entre las gentes una actitud consumista y la hace valer diciendo que el uso de tales o cuales artefactos es signo de alta posición social y de progreso.

Cuando se quieren imponer actitudes e ideas referentes a cuestiones básicas de política, economía, ética, religión..., la manipulación ideológica adquiere suma peligrosidad. Por "ideología" suele entenderse un sistema de ideas esclerosado, rígido, que no suscita adhesiones por carecer de vigencia y, por tanto, de fuerza persuasiva. Si un grupo social lo asume como programa de acción y quiere imponerlo a ultranza, sólo tiene dos recursos: 1) la violencia, y aboca a la tiranía, 2) la astucia, y practica la manipulación. Las formas de manipulación movilizadas por razones "ideológicas" suelen mostrar un notable refinamiento, ya que son programadas por profesionales de la estrategia.

3. Para qué se manipula

La manipulación responde, en general, a la voluntad de dominar a personas y grupos en algún aspecto de la vida y dirigir su conducta. La manipulación comercial quiere convertirnos en *clientes*, con el simple objetivo de que adquiramos un determinado producto, compremos entradas para ciertos espectáculos, nos afiliemos a tal o cual club... El manipulador ideólogo intenta modelar el espíritu de personas y pueblos a fin de adquirir dominio sobre ellos de forma rápida, contundente, masiva y fácil. ¿Cómo es posible dominar al pueblo de esta forma? Reduciéndolo de *comunidad* a *masa*.

Las personas, cuando tienen ideales valiosos, convicciones éticas sólidas, voluntad de desarrollar todas las posibilidades de su ser, tienden a

unirse entre sí solidariamente y estructurarse en *comunidades (nivel 2)*. Debido a su interna cohesión, una estructura comunitaria resulta inexpugnable. Puede ser destruida desde fuera con medios violentos (*nivel 1*), pero no dominada interiormente por vía de asedio espiritual (*nivel 2*). Si las personas que integran una comunidad pierden la capacidad creativa y no se unen entre sí con vínculos firmes y fecundos, dejan de integrarse en una auténtica comunidad (*nivel 2*); dan lugar a un *montón amorfo de meros individuos: una masa (nivel 1)*.

El concepto de masa es cualitativo, no cuantitativo. Un millón de personas que se manifiestan en una plaza con un propósito bien definido y sopesado no constituyen una *masa*, sino una *comunidad*, un *pueblo*. Dos personas, un hombre y una mujer, que comparten la vida en una casa, pero no se hallan debidamente ensambladas forman una masa. La masa se compone de seres que actúan entre sí a modo de objetos, por vía de yuxtaposición o choque. En cambio, la comunidad es formada por personas que entretejen sus ámbitos de vida para dar lugar a nuevos ámbitos y enriquecerse mutuamente.

Al carecer de cohesión interna, la masa es fácilmente dominable y manipulable por los afanosos de poder. Ello explica que la primera preocupación de todo tirano -tanto en las dictaduras como en las democracias, pues en ambos sistemas políticos existen personas deseosas de vencer sin cuidarse de convencer- sea privar a las gentes de capacidad creadora en la mayor medida posible. Tal despojo se lleva a cabo mediante las tácticas de persuasión dolosa que moviliza la *manipulación*.

4. *Cómo se manipula*

El tirano lo tiene difícil en una democracia. Quiere dominar al pueblo, y ha de hacerlo de forma dolosa para que el pueblo no lo advierta, pues lo que prometen los gobernantes en una democracia es, ante todo, *libertad*, "libertad de maniobra"¹⁸⁶. En las dictaduras se promete *eficacia*, a costa -si es necesario- de las libertades, libertades asimismo de maniobra. En las democracias se prometen cotas nunca alcanzadas de "libertad" -así, en general, sin especificar-, aunque sea con merma de la eficacia. ¿Qué medios tiene en su mano el tirano para *someter* al pueblo mientras lo convence de que es más *libre* que nunca?

Ese medio es el *lenguaje* y la *imagen*, que, por ser *elocuente*, constituye una forma peculiar de lenguaje. El lenguaje es el mayor don que posee el hombre, pero el más arriesgado, por ser ambivalente: puede ser tierno o cruel, amable o displicente, difusor de la verdad o propalador de la mentira. El lenguaje ofrece posibilidades para descubrir en común la verdad, y facilita recursos para tergiversar las cosas y sembrar la confusión. Con sólo conocer tales recursos y manejarlos hábilmente, una persona poco preparada pero astuta puede dominar fácilmente a personas y pueblos enteros si éstos no están sobre aviso. Para comprender el poder seductor

¹⁸⁶ Es absolutamente indispensable distinguir dos tipos de libertad: la *libertad de maniobra* -la capacidad de elegir en cada momento las posibilidades que más nos apetecen- y la *libertad creativa*, capacidad de distanciarnos de nuestras apetencias y elegir en virtud del ideal verdadero de nuestra vida, que es la creación de formas elevadas de unidad, es decir, de encuentro.

del lenguaje manipulador debemos estudiar cuatro puntos: los *términos*, los *esquemas*, los *planteamientos* y los *procedimientos*.

a) *Los términos*

El lenguaje crea palabras, y, en cada época de la historia, algunas de ellas se cargan de un prestigio tal que apenas hay quien ose ponerlas en tela de juicio. Son palabras "talismán", que parecen condensar en sí todas las excelencias de la vida humana. La palabra talismán por excelencia de nuestra época es *libertad*. Una palabra talismán tiene el poder de prestigiar a las palabras que se le avecinan y desprestigiar a las que se le oponen o parecen oponérsele. Hoy se da por supuesto (el manipulador nunca demuestra nada, da por supuesto lo que le conviene) que la *censura* -todo tipo de censura- se opone siempre a la *libertad*, entendida, superficialmente, como "libertad de maniobra". En consecuencia, la palabra "censura" está actualmente desprestigiada. En cambio, las palabras *independencia*, *autonomía*, *democracia*, *cambio*, *cogestión*... van unidas con la palabra libertad y quedan convertidas, por ello, en una especie de *términos talismán por adherencia*.

El manipulador saca amplio partido de este poder de los términos talismán. Sabe que, al introducirlos en un discurso, el pueblo queda intimidado, no ejerce su poder crítico, acepta ingenuamente lo que se le propone. Cuando, en cierto país, se llevó a cabo una campaña a favor de la introducción de una ley proabortista, el ministro responsable de tal ley intentó justificarla con este razonamiento: «La mujer *tiene* un cuerpo y hay que darle *libertad* para *disponer* de ese cuerpo y de cuanto en él acontezca». La afirmación de que "la mujer tiene un cuerpo" está pulverizada por la mejor Antropología Filosófica desde hace casi un siglo. Ni la mujer ni el varón *tenemos* cuerpo; *somos corpóreos*. Media un abismo entre ambas expresiones. El verbo *tener* es adecuado cuando se refiere a realidades *poseibles*, es decir: a objetos (*nivel 1*). Pero el cuerpo humano - el de la mujer y el del varón- no es algo poseíble de lo que podamos disponer; es una vertiente de nuestro ser personal, como lo es el espíritu (*nivel 2*). Te doy la mano para saludarte y sientes en ella la vibración de mi afecto personal. Es *toda mi persona* la que te sale al encuentro. El hecho de que en la palma de mi mano vibre mi ser personal entero pone de manifiesto que el cuerpo no es un objeto. No hay objeto alguno, por excelente que sea, que tenga ese poder. Pues bien, el ministro intuyó sin duda que la frase "la mujer tiene un cuerpo" no se sostiene en el estado actual de la investigación filosófica, y, para reforzar su argumento, introdujo inmediatamente el término talismán *libertad*: «Hay que dar libertad a la mujer para disponer de su cuerpo...». Sabía que, con la mera utilización de ese término supervalorado en el momento actual, millones de personas iban a replegarse tímidamente y a decirse: «No te opongas a esa proposición porque está la libertad en juego y serás tachado de antidemócrata, de fascista, de ultra...». Y así sucedió, efectivamente.

Si queremos ser de verdad libres interiormente, debemos perder el miedo al lenguaje manipulador y matizar el sentido de las palabras. El ministro no indicó a qué tipo de libertad se refería, pues *la primera ley del demagogo es no matizar el lenguaje*. De hecho, aludía a la "libertad de maniobra", la libertad -en este caso- de maniobrar cada uno a su antojo respecto a la vida naciente: respetarla o eliminarla. Pero esta forma de

libertad no es la única ni la suprema. Uno comienza a ser libre plenamente –libre no sólo de trabas para actuar, sino libre para ser creativo- cuando, pudiendo elegir entre diversas posibilidades, opta por las que le permiten desarrollar su personalidad *de modo pleno*.

Ahora respondamos a esta pregunta: Quien utilice la *libertad de maniobra* contra un germen de vida que marcha aceleradamente hacia la plena constitución de un ser humano ¿se orienta hacia la plenitud de su ser personal? Vivir personalmente es vivir fundando relaciones comunitarias, creando vínculos. El que rompe los vínculos fecundísimos con la vida que nace destruye de raíz su poder creador y, por tanto, bloquea su desarrollo como persona.

Esto lo vemos claramente cuando reflexionamos. Pero el demagogo, el tirano, el que desea conquistar el poder por la vía rápida de la manipulación opera con extrema celeridad para no dar tiempo a pensar y someter a reflexión detenida cada uno de los temas. Por eso no se detiene nunca a matizar los conceptos y justificar lo que afirma; da por consabido lo que le interesa y lo expone con términos ambiguos, faltos de precisión. Ello le permite destacar, en cada momento, el aspecto de los conceptos que le interesa para sus fines. Cuando subraya un aspecto, lo hace como si fuera el único, como si todo el alcance de un concepto se limitara a esa vertiente. Así evita que las gentes a las que se dirige tengan elementos de juicio suficientes para clarificar las cuestiones y hacerse una idea serena y bien aquilatada de las mismas. Al no poder profundizar en una cuestión, la persona desorientada tiende a dejarse arrastrar. Es un árbol sin raíces que lo lleva cualquier viento, sobre todo si éste sopla a favor de las propias tendencias elementales. Para facilitar su labor de arrastre y seducción, el manipulador halaga las tendencias innatas de las gentes y se esfuerza en cegar su sentido crítico.

Toda forma de manipulación es una especie de *malabarismo intelectual*. Un mago, un ilusionista hace trueques que resultan sorprendentes e incluso "mágicos" a quien no perciba sus rapidísimos movimientos. El demagogo procede, asimismo, con meditada precipitación, a fin de que las multitudes no adviertan sus trucos intelectuales y acepten como posibles los escamoteos más inverosímiles de conceptos. Por ejemplo, un manipulador proclama ante las gentes que "les ha devuelto las libertades", pero no se detiene a precisar a *qué tipo de libertades* se refiere: si a las *libertades de maniobra* -que pueden llevarlas a experiencias de *fascinación* y despeñarlas hacia la asfixia- o a la *libertad para ser creativas y realizar experiencias de encuentro*, libertad que las conduce al pleno desarrollo de su personalidad. Basta pedirle a un demagogo que matice un concepto para neutralizar sus artes hipnotizadoras.

b) *Los esquemas mentales*

Del mal uso de los términos se deriva una interpretación errónea de los "esquemas" que vertebran nuestra vida mental. Cuando pensamos, hablamos y escribimos, somos guiados por ciertos "esquemas" o pares de términos: *libertad-norma, autonomía-heteronomía, dentro-fuera...* Si pensamos que los términos que forman estos esquemas se oponen siempre entre sí, de modo que debemos escoger entre uno u otro de los mismos, no podemos realizar actividades *creativas*, pues éstas sólo son posibles cuando nos unimos a las realidades que nos rodean y asumimos las posibilidades

que nos ofrecen. Si estimo, por ejemplo, que *fuera* se opone a *dentro* y que cuanto se halla fuera de mí es inevitablemente distinto, distante, externo y extraño a mí, no puedo colaborar con cuanto me rodea y anulo mi capacidad creativa en todos los órdenes.

Una alumna manifestó un día en clase lo siguiente: «*En la vida hay que escoger: o somos libres o aceptamos normas; o actuamos conforme a lo que nos sale de dentro o conforme a lo que nos viene impuesto de fuera. Como yo quiero ser libre, dejo de lado las normas*». Esta joven entendía el esquema *libertad-norma* como un *dilema*. En consecuencia, para ser auténtica y actuar con libertad interior se sentía obligada a prescindir de cuanto le habían dicho *de fuera* acerca de normas morales, dogmas religiosos, prácticas piadosas, usos y costumbres... Con ello se alejaba de la moral y la religión de sus mayores y -lo que es todavía más grave- hacía imposible toda actividad verdaderamente creativa.

He aquí el poder temible de los esquemas mentales. Si un manipulador te sugiere que para ser *autónomo* en tu obrar debes dejar de ser *heterónimo* y no aceptar norma alguna de conducta que te venga propuesta *del exterior*, dile que eso es verdad pero sólo en un caso: cuando actuamos de modo pasivo, no creativo. Tus padres te piden que hagas algo, y obedeces forzado. Entonces no actúas autónomamente. Pero suponte que percibes el valor de lo que te sugieren y lo asumes como propio. Esa actuación tuya es, a la vez, autónoma y heterónoma, porque es creativa.

Ahora vemos con claridad la importancia decisiva de los esquemas mentales. Un especialista en revoluciones y conquista del poder, José Stalin, afirmó lo siguiente: «*De todos los monopolios de que disfruta el Estado, ninguno será tan crucial como su monopolio sobre la definición de las palabras. El arma esencial para el control político será el diccionario*». Nada más cierto, a condición de que veamos los términos dentro del marco dinámico de los esquemas, que son el contexto en que juegan su papel expresivo.

Una clase manipuladora de ética. La peligrosidad de los esquemas utilizados con intención manipuladora queda patente en esta clase de ética. Me dirijo a los alumnos de la forma siguiente: "Ustedes convendrán conmigo en que toda persona adulta debe actuar en virtud de criterios *propios*, surgidos *dentro* de nosotros, en nuestro *interior*. Dentro se opone a fuera, e interior a exterior. Ordenemos estos pares de conceptos -o esquemas mentales- en forma de columna:

Propio - ajeno
 Dentro - fuera
 Interior - exterior, distinto, distante, extraño, ajeno»

Los alumnos muestran su conformidad. Y prosigo:

«El que actúa con criterios interiores manifiesta ser *autónomo*, se rige por leyes propias, con la libertad y la independencia propias de una persona que ha sabido tomar las riendas de su vida. El antónimo del término *autónomo* es *heterónimo*; el de libertad, *sumisión*; el de independencia, *dependencia* o vasallaje. Tenemos estos tres esquemas más:

Autónomo - heterónimo
 Libre - sumiso

Independiente - dependiente»

Los alumnos siguen conformes. Yo continúo, tranquilamente, mi razonamiento:

«Ustedes saben que, en la actualidad, la palabra libertad ostenta la condición de *término talismán*, posee automáticamente un inmenso prestigio. Este prestigio lo irradia aquí sobre los términos de la columna de la izquierda. Actuar de modo libre -por tanto, autónomo e independiente-, con criterios internos, es comportarse de modo *auténtico*, adecuado a nuestra plena *realización*. Añadamos estos dos esquemas:

Auténtico - inauténtico
Realizado - frustrado

Unamos ahora todos los esquemas:

Propio - ajeno
Dentro - fuera
Interior - exterior, distante, extraño
Autónomo - heterónimo
Libre - sumiso
Independiente - dependiente
Auténtico - inauténtico
Realizado - frustrado»

A la vista está que los términos de la columna de la izquierda quedan prestigiados por su vecindad con los vocablos libre, independiente, autónomo, auténtico, realizado. Es el momento para proseguir la clase de esta forma:

«Si ustedes quieren realizarse en la vida, ser auténticos en su obrar, independientes en su conducta, libres y autónomos, como personas que se rigen por criterios internos y propios -por cuanto surgieron en su interior-, deben apresurarse a prescindir de cuanto les ha venido sugerido de fuera y del exterior en cuestiones de usos y costumbres, de vida ética y creencias religiosas, pues lo que nos viene dado *desde fuera* y *propuesto* como norma de acción, impulso y meta de la existencia en una u otra vertiente, es algo *distinto* de nosotros y en principio *distante, externo, extraño* y *ajeno* a nuestra vida. Si es tomado sumisamente como cauce y norma de acción, nos *enajena* o *aliena* y nos vuelve *inauténticos*. ¿Admiten ustedes todo esto?»

Los alumnos permanecen en silencio, un tanto perplejos. Yo pongo entonces las cartas boca arriba: «Si lo aceptan -les advierto-, corren riesgo de anular *de raíz* la posibilidad misma de edificar una vida ética, estética y religiosa, por la razón decisiva de que todas las realidades que hacen posible al hombre desde el nacimiento troquelar su ser personal son distintas de él, le vienen dadas, propuestas, y le son en principio distantes, externas y extrañas. ¿Cómo va a ser posible hacer un juego creador y *encontrarse* rigurosamente con realidades que no han surgido de la *interioridad* humana, tales como la madre, el padre, el hogar, el lenguaje,

los usos y costumbres, las instituciones, la escuela, los valores estéticos, éticos y religiosos...? Si se admite que lo distinto del hombre es siempre distante, externo y extraño, esta pregunta no admite respuesta. Pero tal afirmación es, por fortuna, insostenible.

Darla por supuesto fue el eje de mi *demagógica* argumentación. Ése es justamente el punto en el que hubieran debido ustedes detener mi discurso e invitarme enérgicamente a realizar las debidas matizaciones. ¿Se oponen siempre el fuera y el dentro, lo exterior y lo interior? En el nivel 1 sí; en los niveles 2 y 3, no. ¿Por qué lo *distinto* va a ser siempre e inevitablemente *distante, externo, extraño* y *ajeno*? Si no actuamos con creatividad, lo distinto no se nos puede hacer íntimo; es siempre distante, externo, extraño, ajeno. En cambio, lo distinto, si es asumido por el hombre como un campo de posibilidades de juego creador, se convierte en impulso del obrar, y se hace *íntimo*, sin dejar de ser distinto. Pierde, con ello, el carácter de distante, externo y extraño y, por tanto, impositivo, coaccionante, alienante, promotor de inautenticidad. Cuando lo distinto, lo dado desde fuera, lo propuesto al hombre deja de ser distante, externo y extraño, para convertirse en íntimo -en una especie de *voz interior*, promocionante de las mejores virtualidades creadoras del hombre-, éste inicia de verdad su vida estética, ética y religiosa».

Queda aquí patente que la falta de un pensar bien aquilatado deja a los jóvenes en manos de los manipuladores. Nada es más urgente en los años escolares que acostumbrar a niños y jóvenes a pensar y razonar con la debida precisión.

c) *Los planteamientos estratégicos*

Con los términos del lenguaje se plantean las grandes cuestiones de la vida. Debemos tener sumo cuidado con los planteamientos. Si aceptamos un planteamiento manipulador, vamos a donde tal vez no queremos ir. Desde niños deberíamos acostumbrarnos a discernir cuándo un planteamiento es auténtico y cuándo es falso. En los últimos tiempos se están planteando mal, con el fin estratégico de dominar al pueblo, temas tan graves como el divorcio, el aborto, el amor humano, la eutanasia... Casi siempre se los plantea de forma *unilateral* y *sentimentaloides*, como si sólo se tratara de resolver problemas acuciantes de ciertas personas. Para conmover al pueblo, se aducen cifras exageradas de matrimonios rotos y abortos clandestinos, realizados en condiciones infrahumanas, pero suele rehuirse analizar las consecuencias negativas del divorcio y el aborto. Tales cifras son un ardid del manipulador. El Dr. Bernhard Nathanson, director de la mayor clínica abortista de Estados Unidos, manifestó que fue él y su equipo quienes *inventaron* la cifra de 800.000 abortos al año en su país. Y se sorprendían al ver que la opinión pública recogía el dato y lo propagaba con toda candidez. Más tarde, convertido a la defensa de la vida, se sintió avergonzado de tal fraude, y recomendó vivamente que no se acepten las cifras aducidas para apoyar ciertas campañas.

Al plantear un problema, debemos poner ante nosotros todos los aspectos básicos del mismo. Los partidarios de la ley prodivorcista suelen subrayar el hecho de que existen matrimonios "rotos" y hemos de abrirles una vía de solución. Tienen plena razón en ello. No están acertados, en cambio, al negarse a analizar el posible efecto negativo del divorcio sobre los hijos. Su planteamiento es unilateral y, por tanto, manipulador. No se

debe nunca manipular, ni para defender una causa que uno considera justa. Mucho menos si la causa es indefendible.

De modo semejante, realizan un planteamiento manipulador los partidarios del aborto que destacan la menesterosidad de muchas jóvenes embarazadas pero no prestan la menor atención a los derechos del no nacido.

d) *Los procedimientos estratégicos*

Hay diversos medios para dominar al pueblo sin que éste se aperciba de ello. Pongamos un ejemplo, en el que no voy a *mentir*, pero sí a *manipular*. En un pueblo, tres personas están difamando a una cuarta, y yo le cuento a ésta exactamente lo que dicen, pero altero un poco el lenguaje. No le informo de qué personas concretas se trata; me limito a indicar que "eso dice *la gente*". Paso del singular al colectivo. Con ello no sólo le infundo *miedo* a esa persona sino *angustia*, que es un sentimiento más difuso y penoso. El miedo es temor ante algo adverso que te hace frente de manera abierta y te permite tomar medidas. La angustia es un *miedo envolvente*, que te acosa por todas partes y no encuentras salida. ¿Dónde está la gente que te ataca con su maledicencia? La gente es una realidad anónima, envolvente, una especie de niebla que te bloquea. Te sientes angustiado. Tal forma de angustia es provocada por el fenómeno sociológico del *rumor*, que suele ser tan poderoso como cobarde debido a su anonimato. "Se dice que tal ministro realizó una evasión de capitales". ¿Quién lo dice? *La gente*, es decir, nadie concreto y potencialmente todos.

Otra forma sesgada y subrepticia de vencer al pueblo sin preocuparse de convencerlo es la de repetir una vez y otra, a través de los medios de comunicación, ideas o imágenes cargadas de intención ideológica. No se entra en cuestión, no se demuestra nada, no se va al fondo de los problemas. Sencillamente se lanzan proclamas, se hacen afirmaciones contundentes, se propagan eslóganes a modo de sentencias cargadas de sabiduría. Este bombardeo diario configura la opinión pública, porque la gente acaba tomando *lo que se afirma* como *lo que todos piensan*, como aquello de *lo que todos hablan*, como *lo que se lleva*, *lo actual*, *lo normal*, *lo que hace norma* y *se impone*. Según Anatole France, "una necedad repetida por muchas bocas no deja de ser una necedad". Ciertamente, mil mentiras no constituyen una sola verdad. Pero una mentira o una media verdad repetida por un medio poderoso de comunicación se convierte en una verdad *de hecho*, incontrovertida; viene a ser una "creencia", en el sentido de algo intocable, de suelo en que se asienta la vida intelectual del hombre y que no cabe discutir sin exponerse al riesgo de quedar descalificado. A formar este tipo de "creencias" tiende la propaganda manipuladora con vistas a tener un control soterrado de la mente, la voluntad y el sentimiento de la mayoría.

El gran teórico de la comunicación M. MacLuhan acuñó la expresión de que "el medio es el mensaje": no se dice algo porque sea verdad; se toma como verdad porque se dice. La televisión, la radio, la letra impresa, los espectáculos de diverso orden tienen un inmenso prestigio para quien los ve como una realidad prestigiosa que se impone desde un lugar para uno inaccesible. El que está al corriente de lo que pasa entre bastidores tiene algún poder de discernimiento. Pero el gran público permanece fuera de los centros que irradian los mensajes. Es insospechable el poder que

implica la posibilidad de hacerse presente en los rincones más apartados y penetrar en los hogares y hablar a multitud de personas al oído, de modo sugerente, sin levantar la voz.

Actualmente, la fuerza del número es determinante, ya que lo decisivo se resuelve mediante la mayoría de votos. De ahí la tendencia a igualar a todos los ciudadanos, para que nadie tenga poder directivo de orden espiritual y la opinión pública pueda ser modelada impunemente por quienes dominan los medios de comunicación multitudinarios. Una de las metas del demagogo es anular, de una forma u otra, a quienes puedan descubrir sus trampas, sus trucos de ilusionista del pensamiento.

Antídoto contra la manipulación

La práctica de la manipulación altera la salud espiritual de personas y grupos. ¿Poseen éstos defensas naturales contra ese virus invasor? ¿Cabe poner en juego un antídoto contra la manipulación demagógica? Actualmente, es muy difícil reducir el alcance de los medios de comunicación o someterlos a un control eficaz de calidad. Hay familias que dosifican el uso de la televisión; lo reducen a ciertos momentos del día y ciertos días de la semana. Esta restricción resulta a veces benéfica, pero no puede considerarse como una defensa absolutamente eficaz ante el daño que puede causar ese medio de comunicación. Es ineludible una preparación adecuada por parte de cada ciudadano. Tal preparación abarca tres puntos básicos:

1º) *Estar alerta*, conocer en pormenor los ardides de la manipulación.

2º) *Pensar con rigor*, saber utilizar el lenguaje con precisión, plantear bien las cuestiones, desarrollarlas con lógica, no cometer saltos en el vacío. Pensar con rigor es un arte que debemos cultivar. El que piensa con rigor es difícilmente manipulable. Un pueblo que no cultive el arte de pensar con la debida precisión está en manos de los manipuladores.

3º) *Vivir creativamente*. Lo más valioso de la vida sólo lo aprendemos de verdad cuando lo vivimos. Si prometes crear un hogar con otra persona y eres fiel a esa promesa, aprendes día a día que *ser fiel* no se reduce a *tener aguante*. Aguantar es propio de muros y columnas. Los seres humanos estamos llamados a algo más alto: a ser creativos, es decir, a crear en cada momento lo que, en un momento, prometimos crear. La fidelidad tiene un carácter *creativo*. Cuando el manipulador de turno te diga al oído: "No aguantes, búscate satisfacciones fuera del matrimonio, que eso es lo imaginativo y creador", sabrás contestar adecuadamente: "*Amigo, yo no intento aguantar, sino ser fiel, que es bien distinto*". Lo dirás porque sabrás por dentro lo que es e implica la virtud de la fidelidad.

Movilización de un contraantídoto: la confusión de vértigo y éxtasis

Para dificultar el cumplimiento de las tareas 2 y 3, se promueve actualmente la confusión de los procesos de vértigo –o fascinación- y éxtasis, o encuentro. Inicio un proceso de *vértigo* cuando me dejo fascinar por algo que me encandila y quiero dominarlo, poseerlo y ponerlo egoístamente a mi servicio (nivel 1). Pensemos, por ejemplo, en una

persona (nivel 2). Al dominarla, siento euforia, pero no puedo encontrarme con ella, pues el encuentro exige respeto, estima y colaboración. Por eso siento tristeza, angustia, desesperación, soledad destructora. Vivo un proceso de *éxtasis* al optar generosamente por el encuentro (nivel 2), que me otorga energía interior, alegría, entusiasmo, plenitud y felicidad.

Estos dos procesos son polarmente opuestos por su origen, su desarrollo y sus consecuencias. El vértigo arranca de la actitud egoísta, y el éxtasis es impulsado por una actitud generosa. El vértigo nos va llevando sucesivamente a estados de euforia, decepción, tristeza, angustia, desesperación y destrucción. El éxtasis nos llena de energía interior, de alegría, entusiasmo y felicidad. El vértigo es un proceso espiritual que al principio no te exige nada, te halaga, te promete todo y te lo quita todo al final: te priva de la capacidad de vivir experiencias de encuentro y te engeuece para los valores más altos. El éxtasis es un proceso que al principio te exige todo –te pide generosidad-, te promete todo y te lo concede al final: acrecienta tu capacidad de crear encuentros de todo orden y afina tu sensibilidad para los grandes valores.

A pesar de esta oposición, hoy día se confunde astutamente ambos procesos, para que las personas poco avisadas se lancen precipitadamente a los procesos de vértigo creyendo que van a vivir con la plenitud que nos otorgan los procesos de éxtasis. Esta forma de manipulación está en la base del declive moral que vivimos en la actualidad.

El antídoto adecuado a este contraantídoto es el conocimiento preciso de ambos procesos. Cualquier tema que analicemos en pormenor nos lleva siempre a la convicción de que en la actualidad es más necesario que nunca ayudar a las gentes –sobre todo a niños y jóvenes- a adquirir una formación sólida, que les permita ser libres en una sociedad que, por ambición de poder, moviliza a menudo los recursos arteros de la manipulación.

No basta vivir en una democracia para disfrutar de *libertad interior* o *libertad creativa*. Podemos tener toda suerte de libertades para maniobrar a nuestro arbitrio, y estar, en cambio, dominados por nuestras apetencias y ser incapaces de elegir en virtud del ideal que debemos realizar en nuestra vida, que es el *ideal de la unidad*. Los medios de comunicación nos ofrecen un elenco de posibilidades indefinidas para informarnos, distraernos, compartir otras vidas, asistir a toda suerte de acontecimientos relevantes... Disponer de tales posibilidades supone una impresionante *libertad de maniobra*, que nos da una impresión de poderío y riqueza. Basta apretar un botón para abrirnos a un horizonte siempre nuevo de paisajes, conciertos, noticias, acontecimientos de todo orden... Este incremento diario de nuestra libertad de maniobra nos embriaga y seduce. La seducción y la embriaguez nos empastan o fusionan con la realidad seductora y nos impiden tomar la distancia necesaria para descubrir el riesgo que corremos de que esa inmensa *libertad de maniobra* amengüe o incluso destruya nuestra *libertad creativa*. De ahí la urgencia de disponer de antídotos y contraantídotos.